

que con beneplácito de los pontífices dicen misa mozárabe. Este fin tuvo entonces aquella controversia, á que empero otras muchas veces se volvió hasta tanto que, vencida la constancia ó porfía de los españoles, trocaron el oficio mozárabe con el romano, como se dirá en su lugar. Volviendo á las cosas del Rey, desde el tiempo que se dió la batalla en Junquera pareció haberse mudado la fortuna de la guerra. Todavía el rey don Ordoño, con deseo de honra, y en su compañía el mismo rey de Navarra, entraron por tierra de moros, y en particular trabajaron los campos y pueblos de la Rioja. Con esto el rey don Ordoño dió voz á Zamora. No hay en las cosas humanas entero gozo y contento; toda aquella alegría se trocó en tristeza con la muerte de la reina Munina Elvira, señora de grandes prendas; dejó estos hijos, don Sancho, don Alonso, don Ramiro, don García, y doña Jimena. Casó el Rey segunda vez con Argenta, hija de alto linaje en Galicia, y no mucho despues por sospechas la repudió á tuerto y sin razon, como se entendió por el suceso de las cosas y arrepentimiento del Rey. En su lugar puso á Sanctiva, hija de don Garcí Íñiguez, rey de

Navarra, con voluntad del rey don Sancho, su hermano. Juntaron los dos sus fuerzas, y en una entrada que hicieron de nuevo en la Rioja se apoderaron por fuerza de Nájara, que los antiguos llamaron Tricio, y de otro pueblo llamado Vicaria, en donde en tiempo de los godos se entiende hobo una chancillería, como lo dice don Rodrigo, y por esta causa le dieron este nombre. Hasta aquí las cosas del rey don Ordoño procedían de manera, que muchas dellas se podían alabar, y pocas reprehender cuales se disimulan con los reyes. Es muy dificultoso enfrenarse con la templanza los que tienen suprema potestad, y nunca tropezar en tanta diversidad de cosas casi imposible. La muerte que este Rey dió muy fuera de sazón y sin propósito á los condes de Castilla pareció afeár toda la gloria pasada. Este desórden en qué manera haya sucedido y por qué causas el Rey estuviese dellos ofendido se dirá tomando el negocio un poco de mas arriba con una nueva narracion que declare los principios y progresos que algunos señorios, los mas principales, tuvieron antiguamente en España.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

De los principios del reino de Navarra.

DESPUES de aquel memorable y triste estrago con que casi toda España quedó asolada y sujeta por los moros, gente feroz y desapiadada, de las ruinas del imperio gótico, no de otra manera que de los materiales y pertrechos de algun grande edificio cuando cae, muchos señorios se levantaron, pequeños al principio, de estrechos términos y flacas fuerzas, mas el tiempo adelante reparadores de la libertad de la patria y excelentes restauradores de la república trabajada y caída. Poner por escrito el origen y progreso de todos estos estados y señorios sería cosa dificultosa y mas largo cuento de lo que sufre la medida y traza de la presente obra. Declarar en breve los principios, aumentos y sucesos que tuvieron los mas principales y mas señalados entre los demás téngolo por cosa necesaria por andar de aquí adelante mezcladas sus cosas con las de los reyes de Leon. En particular será necesario tratar de los principados de Navarra, de Aragón, de Barcelona y de los condes de Castilla. Las reliquias de los españoles que escaparon de aquel fuego y de aquel naufragio comun y miserable, echadas de sus moradas antiguas, parte se recogieron á las Astúrias, de que resultó el reino de Leon, de que hasta aquí se ha hablado. Otra parte se encerró en los montes Pirineos en sus cumbres y aspereza, do moran y tienen su asiento los vizcaínos y navarros, los lacetanos, urgelitanos y los ceretanos, que son al presente Ribagorza, Sobrarve, Urgel y Cerdania. Estos, confiados en la fortaleza y fragura de aquellos lugares, no solo defendieron su li-

bertad, sino trataron y acometieron tambien de ayudar á lo demás de España; varones sin duda excelentes y de mayor ánimo que fuerzas. Los tales creo yo pusieron su confianza en la ayuda de Dios, pues contra tantas dificultades ningunlo prudencia era bastante. La ocasion paró ánterlos no fué muy grande. Un cierto hombre religioso y ermitaño, por nombre Juan, con deseo de vida mas sosegada hizo su morada en el monte de Uruela, no léjos de la ciudad de Jaca; y para los oficios divinos levantó en un peñol una capilla con advocacion de San Juan Bautista. La fama de la santidad deste hombre comenzó á volar por todas partes. Juntáronsele cuatro compañeros, deseosos de imitar y seguir la vida que hacia. Asimismo muchas gentes de los lugares comarcanos acudian á visitarle con intento de aplacar á Dios por medio de las oraciones deste santo varon, al cual, mientras que vivió, ayudaron con muchas buenas obras y limosnas que le hacían, y despues de muerto se juntaron los de aquella comarca á hacerle las honras. Acudió gran número de gente; entre estos seiscientos hombres nobles de propósito se juntaron, ó convidados de la soledad del lugar, comenzaron á tratar y consultar entre sí del remedio de la república y de sacudir la pesada servidumbre de los moros. La fortaleza de los lugares y sitio les ponía ánimo, y confiaban que si intentaban cosa tan gloriosa, no les faltarian socorros de Francia; convidábales el ejemplo de los asturianos, que, con tomar al infante don Pelayo por rey y por caudillo, no dudaron de tratar cómo ayudarian á la patria ni de irritar las armas de los moros; cosa que aunque al principio pareció temeridad, el efecto y remate fué muy saludable. Habiendo tratado mucho y

consultado sobre esto, pareció sería lo mas acertado escoger de entre sí alguna cabeza, con cuya obediencia y autoridad atados, mejor pudiesen acometer empresa tan grande. Con esta resolucion nombraron á Garcí Jimenez por acuerdo comun de todos para esto; porque si bien no era de la sangre de los godos, lo que se entiende por el nombre que parece mas de españoles que de godos, pero sin duda fué muy noble, de grande y antiguo solar y linaje, señor de Amescua y Abarsusa. Su mujer era doña Iníga, de igual nobleza. En el tiempo que sucedió esto no concuerdan los autores, ni aun consta qué nombre tuviese el reino para que le nombraron ni qué apellido le dieron. Algunos dicen que se llamó rey de Sobrarve, otros de Navarra, los unos y los otros sin argumentos bastantes; y es toda antigüedad oscura, principalmente la de España, á la manera que las corrientes de los rios son conocidas, los nacimientos y las fuentes de que proceden y salen no tanto. Las armas y insignias del nuevo Rey un escudo rojo sin alguna otra pintura. Ganó algunos pueblos de los moros, y entre ellos á Insa, principal villa de Sobrarve. La capilla del ermitaño Juan, aumentada y ensanchada con nuevos edificios que le arrimaron, poco á poco vino á ser semejable á un edificio real, señalada y noble por los sepulcros de los reyes antiguos que allí se enterraron. Por los milagros y antigüedad y mucha devoción de aquella casa de San Juan de la Peña, el rey Garcí Jimenez y sus sucesores la escogieron para su sepultura. Murió este Rey el año 758. Sucedióle Garcí Iníiguez, dicho así de los nombres de su padre y de su madre, príncipe verdaderamente grande y de felicidad señalada, pues por el esfuerzo deste rey de Navarra, que entre las armas y imperio de los franceses y moros andaba en balanzas, fué sujeta y quedó en perpetua posesion destes reyes. Pasó con las armas hasta aquella parte de Vizcaya que se llama Alava. En tiempo deste Rey otrosí tuvieron principio los condados de Aragon y Barcelona. El de Aragon con esta ocasion. Aznar, hijo de Endon el Grande, venido que fué á aquellos lugares que bañan los rios Aragon ó Arga y Subordan y ganado que hobo algunos pueblos de los moros, con voluntad del rey don García se llamó conde de Aragon, comarca por entonces sujeta á los reyes de Navarra, despues exempta, como en su lugar se declarará. Su hijo se dijo tambien Aznar; su nieto Galindo, de cuyos hechos no hay cosa que de contar sea. Muerto Galindo, sucedió en aquel condado Jimeno Aznar. Lo de Barcelona sucedió desta manera. Ganóse Barcelona por las armas de Ludovico Pio, que adelante fué emperador, y á la sazón era vivo Carlo Magno, su padre. Dejó por gobernador de aquella ciudad á Bernardo, de nacion francés, el año de 804. De aquí tuvo principio el señorío de Barcelona y los condes, que en aquella parte de España alcanzaron gran poder. Este año pasado, y venido el siguiente, falleció el rey de Navarra Garcí Iníiguez. Sucedióle Fortun García, su hijo, de cuyas hazañas los historiadores navarros cuentan grandes cosas y casi increíbles. Lo que se tiene por cierto es que se halló en aquella batalla memorable de Roncesvalles, do la nobleza de Francia pereció á manos de los nuestros y quedó vencido en la pelea Carlo Magno, emperador y general en aquella jornada. De la alegría de aquella victoria no poco se quitó por la muerte de Jimeno Az-

nar, conde de Aragon, que en aquella batalla pereció por haberse adelantado y con deseo de mostrar su esfuerzo metídose muy adelante entre los enemigos sin hacer caso de la muerte. Fué tanto mayor el lloro, que su hermana Teuda estaba casada con el rey Fortun. Al conde Jimeno Aznar sucedió Jimeno García ó Garcés, su tio, sin hacer cuenta de Endregoto, hermano del difunto, que parece tenia mejor derecho que el tio para heredar aquel estado; la causa no se sabe; por ventura la edad no era á propósito para encargarle el gobierno. Murió el rey Fortun el año 818; dejó por sucesor suyo á Sancho García, su hijo, que tenia en su mujer. En tiempo deste Rey los de Valderroncal, por lo mucho que trabajaron en la guerra de los moros, fueron libertados de tributos, como se ve por un privilegio que muestran deste tiempo y deste Rey. Bernardo, conde de Barcelona, á quien algunos llaman marqués, como fuese acusado por aquellos que eran tutores de Bernardo, nieto de Carlo Magno, hijo de su hijo Pipino, de cometer adulterio con la Emperatriz, mujer del emperador Ludovico, y por tanto haber caído en alevosía, movido del dolor desta calumnia, de Francia, do era ido, se volvió en España, do tenia grande autoridad y muchos aliados que en el tiempo pasado ganara. Falleció el año 839; y por su muerte Wifredo, primero deste nombre entre los condes de Barcelona, hobo aquel principado por merced de Ludovico Pio, no por juro de heredad por entonces, sino á voluntad del Emperador y por tiempo determinado ó mientras que viviese, como se usaba en los demás gobiernos. Era señor de Aragon por el mismo tiempo García Aznar, sucesor de su padre Jimeno García ó Garcés, que por este tiempo habia fallecido, en la misma sazón que con las armas del rey Sancho García los navarros, que de la otra parte de los Pirineos estaban sujetos al imperio francés, fueron trabajados, y no los dejó antes sosegar que jurasen de guardar y tener perpetua amistad con los reyes de Sobrarve. Dícese que le mataron en la guerra de Maza, aquel de quien arriba se dijo haberse rebelado contra Mahomad, rey de Córdoba, que fué por los años del Señor de 853. Despues del rey don Sancho cierto autor nombra á don Jimeno García, su hijo. En los archivos del monasterio de San Salvador de Leire, que está en Navarra, metido y situado dentro en los montes Pirineos, se dice que está allí sepultado con su mujer Munia, sin decir otra cosa. A estos papeles, como quier que carezcan de mayor luz de historia y seguridad, cuánta fe se haya de dar cada uno por sí mismo lo juzgue; que no nos pareció determinarnos por la una ni por la otra parte. Muertos estos reyes, faltó la línea de la familia real, por donde se siguió una vacante de cuatro años; en el qual tiempo, antes que las voluntades de los naturales viniesen y se conformasen en uno, á quien nombrasen por rey y le pusiesen por gobernador de la república, los mas escritores navarros dicen que, comunicado el negocio con el Pontífice romano, que parece fué Leon, cuarto deste nombre, con los franceses y los lombardos, por su consejo tomaron de las leyes de aquellas naciones lo que juzgaron ser á propósito para mantenerse en libertad. El mayor cuidado era que en ningún tiempo los reyes pudiesen usar mal del poder que les daban para oprimir los vasallos. Escribiéronse las leyes que vulgarmente se llaman los *Pueros de So-*

brave, cuya fuerza principalmente está y se endereza á que, pues ellos pensaban dar al nuevo Rey lo que de moros se ganara, que tomado el poder y mando, ninguna cosa de mayor momento pensase que le era lícito determinar sin consejo y voluntad de doce hombres nobles que para este propósito se nombraron, ni disminuyese el derecho de la libertad, y que lo que se ganase de los moros fielmente lo dividiese con la nobleza. Para que todo esto fuese mas firme pareció criar un magistrado á la manera de los tribunos de Roma, que en este tiempo se llama vulgarmente el justicia de Aragón; cargo que, armado de las leyes, autoridad y alicion del pueblo, hasta ahora ha tenido el poder del rey cerrado dentro de ciertos límites para que no viviese en demasía; y á los nobles principalmente se dió por entonces que no les fuese imputado á mal si alguna vez hiciesen entre sí juntas para defender su libertad sin que el rey lo supiese. Mas estos y otros privilegios del rey don Alonso el Tercero en este propósito fueron por Cortes generales revocados en tiempo del rey don Pedro, el postrero de Aragón. Ordenadas las cosas en esta forma, Íñigo Sanchez, conde de Bigorra, señorío que está en la Aquitania ó Guiena, llamado por su ligereza por sobrenombre Arista, fué nombrado por rey por voto de trecientos nobles que se juntaron; y como hubiese en Pamplona, en la iglesia de San Victorian, jurado los derechos, leyes y libertad de sus vasallos, le fué dado el gobierno y el mando. Añaden que dió poder á sus vasallos que si quebrantase lo que tenia prometido pudiesen llamar y llamasen en defensa de su libertad al rey que quisiesen, moro ó cristiano; pero que el pueblo, lo que tocaba llamar á los moros, por ser cosa torpe no lo aceptó. Todas estas cosas, que no solo el vulgo, sino algunos hombres eruditos las tienen por averiguadas, otros las tienen por fábulas, y piensan antes que el rey Arista sucedió á su padre el rey pasado. Porque ¿qué causa bastante hobo para hacer nuevas leyes y establecer aquel nuevo magistrado? O ¿cómo pudieron comunicar esto con los lombardos, cuya nacion años antes sujetó y oprimió el poder de Carlo Magno? No hay para qué adivinar en cosa tan dudosa; por ventura lo que sucedió en la eleccion de don Garcí Jimenez, primer rey de Sobrarve, el vulgo de los historiadores, por ignorancia de los tiempos, lo aplicó al rey Íñigo Arista, que pensaban ser el primero de aquellos reyes. Esto consta, que el rey don Íñigo Arista por este tiempo tuvo el reino en los montes Pirineos, y por mujer á doña Íñiga, hija del conde Gonzalo, de la sangre de los reyes de Oviedo. Tambien se casó con Teuda, hija de Genon, duque de Vizcaya, como se tocó en otro lugar. Tuvo un solo hijo, no se sabe de qué matrimonio; pero llamóse Garcí Íñiguez, y sucedióle en el reino. El monasterio de San Salvador de Leire, asentado entre los montes Pirineos, y que por su devocion, majestad de edificio y por sus gruesas rentas es muy principal, se tiene por obra y fundacion del rey Arista. En aquel monasterio están los cuerpos de las vírgenes Nunilon y Alodia, que no muchos años despues deste tiempo fueron muertas por la fe en un lugar llamado Bosca, cerca de Nájara; otros dicen en Huescar, la que está cerca de Baza. Verdad es que la ciudad de Boluña, en la Lombardía, se atribuye la posesion destas santas reliquias; pero hace contra esto un privilegio que se

guarda en los archivos de aquel monasterio; y la vecindad de los lugares donde fueron muertas ayuda á esta opinion y á creer que sus reliquias están en aquel convento, á lo menos grande parte. Extendió el rey Arista los términos de su reino, añadió á lo que antes tenia, y ganó lo llano de Navarra, como quier que los reyes pasados se hobiesen estado hasta este tiempo dentro los montes. Pamplona y Alava, que con la revuelta de los tiempos volvieron á poder de los moros, por sus armas se recobraron. Así se llamó rey de Pamplona, como se muestra por los privilegios destes reyes. En el mismo tiempo Wifredo, llamado el Velloso, hijo del otro Wifredo, alcanzó el condado de Barcelona por juro de heredad por merced de Cárlos, emperador, llamado el Craso, con refencion solamente para sí del derecho de las apelaciones, que fué el año de 884, despues que por mandado del emperador Ludovico II, á causa de la tierna edad deste Wifredo, Salomon, conde de Cerdeña, gobernó aquella ciudad y estado por espacio de diez y nueve años. Hijos deste Wifredo, entre otros, fueron Miro, conde de Barcelona, y Seniofredo, conde de Urgel, que adelante en estos estados sucedieron á su padre. Por el mismo tiempo falleció Garcí Aznar, conde de Aragón. Sucedióle su hijo Jimeno Garcí. Del año en que murió el rey Íñigo Arista hay diferencia entre los autores, sin que se pueda averiguar la verdad con seguridad. Sospechamos, empero, lo que parece pedir la razon de los tiempos, que falleció en el que reinó en las Astúrias don Alonso, rey de Oviedo, llamado el Magno, cerca de los años del Señor de 888. Sucedióle su hijo Garcí Jimenez, que era menor de edad y tenia á la sazón solos diez y siete años; pero en grandeza de ánimo y en las cosas que hizo en tiempo de paz y de guerra no reconoció ventaja á ninguno de los reyes sus antepasados; porque, llegado á mayor edad, ganó grande reputacion, y la conservó con muchas victorias que ganó de los enemigos del nombre cristiano y batallas que dió, que la brevedad que llevamos no sufre que se relaten por menudo. Su mujer se llamó Urraca, hija ó hermana de Fortun Jimenez, conde de Aragón. Digo esto porque los autores asimismo no van conformes en esto, en tanto grado, que algunos la hacen solo parienta de Fortun, nieta de Galindo y hija de Endregoto, aquel de quien se dijo que su tío Jimeno Garcí le usurpó el señorío de Aragón. Lo que se averigua es que este rey de Navarra tuvo en su mujer dos hijos, que se llamaron, el uno Fortun y el otro Sancho, por sobrenombre Abarca, y una hija, llamada Sanctiva, que casó con don Ordoño, rey de Leon, siendo ya viejo, y que estuvo antes casado otras dos veces, como queda dicho en el libro pasado. Este rey de Navarra murió á manos de los moros en un encuentro que con ellos tuvo en el valle de Aivar (el arzobispo don Rodrigo le llama Larumbe), ca hizo muchas veces entradas en tierra de moros con intento de ensanchar su reino y deseo muy encendido que tenia de extirpar toda la morisma de España. Fué su muerte el año de 905, como se entiende del *Cronicon alveldense*. Sucedióronle en el reinado sus dos hijos, primero Fortun, y despues don Sancho, en cuyo tiempo, segun que se dijo al fin del libro pasado, los nuestros perdieron aquella famosa jornada del valle de Junquera. El monasterio de San Salvador de Leire pretende que el rey don Garcí Íñiguez está allí sepultado; con-

tradicen los de San Juan de la Peña por causa de un sepulcro ó lucillo que allí se ve entre los otros sepulcros de los reyes pasados con nombre del rey Garci Íñiguez. Para determinar este pleito ni tenemos tiempo ni lugar, ni creo yo que nadie podría averiguar la verdad. Sospecho que la ocasion desta y semejantes diversidades se tomó de diferentes sepulcros que pusieron á estos reyes por memoria en diversos lugares sin tener allí sus cuerpos, aquellos que á havello se tenían por obligados por alguna merced dellos recebida, como se acostumbra tambien en nuestro tiempo. Esto baste por el presente de los principios del reino de Navarra.

CAPITULO II.

De los condes de Castilla.

Los romanos antiguamente llamaban vaceos por la mayor parte á aquella comarca de España que llamamos Castilla la Vieja y parte términos con el reino de Leon por los rios Carrion, Pisuerga, Heva y Regamon; por otra parte toca las tierras de Asturias, Vizcaya y Rioja; hácia mediodía tiene por aldeaños los montes de Segovia y Avila, do casi por estos tiempos se remataba el señorío de los moros por una parte, y por la otra el de los cristianos. Los campos son fértiles de pan llevar, producen vino muy bueno, son á propósito para los ganados; pero por la mayor parte tienen falta de aceite, alguna mas abundancia de agua que en lo demás de España, así de lluvias como de fuentes y rios. La gente de mansos y grandes ingenios, buenos y sin doblez, de cuerpos sanos, de rostros hermosos; demás desto, son sufridores de trabajo. En aquella provincia, dado que al principio no la poseyeron toda, algunos señores, poderosos en riquezas y vasallos, comenzaron á defender sus fronteras de los moros con esfuerzo y con las armas y de cada día eusanchar mas su señorío. Llamábanse condes por permission, á lo que se entiende, de los reyes de Oviedo; verdad es que no se sabe si el tal apellido era nombre de principado ó solamente significaba gobierno. Por lo menos tenían obligacion de acudir á los dichos reyes, si se levantaba alguna guerra, con sus armas y vasallos; y si se juntaban Cortes del reino, de hallarse en ellas presentes. En los tiempos antiguos se acostumbró llamar condes á los gobernadores de las provincias, y aun les señalaban el número de los años que les habia de durar el mando. El tiempo adelante, por merced ó franqueza de los reyes, comenzó aquella honra y mando á continuarse por toda la vida del que gobernaba, y últimamente á pasar á sus descendientes por juro de heredad. Algun rastro desta antigüedad queda en España, en que los señores titulados, despues de la muerte de sus padres, no toman los apellidos de sus casas ni se firman duques, marqueses ó condes antes que el rey se lo llame y venga en ello, fuera de pocas casas que por especial privilegio hacen lo contrario desto. Como quier que todo esto sea averiguado, así bien no se sabe en qué forma ni por cuánto tiempo los condes de Castilla al principio tuviesen el señorío, mas es verisímil que su principado tuvo los mismos principios, progresos y aumentos que los demás sus semejantes tuvieron por todas las provincias de cristianos, á los cuales no reconocia ventaja ni en grandeza ni aun casi en antigüedad, porque hay muy an-

tigua mencion de condes de Castilla, y en este número por los privilegios de los reyes antiguos se puede contar por primero el conde don Rodrigo, que floreció en el tiempo del rey don Alonso el Casto. En el número de los años y de las datas no hay para qué cansarse, porque tengo por averiguado está estragado en los mas de los privilegios antiguos. Despues de don Rodrigo las personas mas diligentes en rastrear las antigüedades de España ponen á don Diego Porcellos, hijo que fué del pasado, como lo señala en particular el *Cronicon aveldense*. Este vivió en tiempo de don Alonso el Magno, rey de Oviedo, por cuanto se puede conjeturar de memorias antiguas. Dió por mujer una hija suya, llamada Sullá Bella, á Nuño Belchides, que era de nacion aleman, y por su devocion era venido en romería á España y á Santiago. Este caballero, con deseo de adelantar las cosas de los cristianos, habiéndose emparentado con el conde don Diego, junto con él fundó la nobilísima ciudad de Búrgos para que la gente que estaba esparracida y derramada por las aldeas hiciese un cuerpo y forma de ciudad; de que tomó el nombre de Búrgos, porque los alemanes llaman burgos á las aldeas. Habia demás de don Diego Porcellos en el mismo tiempo otros condes de Castilla, por estar, á lo que parece, aquella provincia dividida en muchos señores, como fueron Fernando Anzules, Almondar, llamado el Blanco, y su hijo deste, llamado don Diego. Mas entre todos el de mayor autoridad y poder era Nuño Fernandez, en tanto grado, que vino á tener por yerno al hermano de don Ordoño, el segundo rey de Leon, por nombre don García, que fué tambien rey. Por esto, y porque por las armas forzó á don Alonso el Magno, su consuegro, á renunciar el reino, tenia mas presumpcion que don Ordoño pudiese sufrir, como enemigo que era de toda insolencia y altivez. Fuera desto, malsines atizaban el fuego y avivaban el disgusto, cuales hay muchos en las casas de los principes, que tienen costumbre de subir á los mas altos grados, no por alguna virtud suya, sino derribando los que les están delante, maña muy mala, pero hollada y seguida por los prósperos sucesos que por este camino muchos han tenido. Con los aguijones deste odio movido el Rey, llamó los condes á su corte. Fingió que queria con ellos comunicar los negocios mas graves del reino. Señalóse para la junta un pueblo llamado Regular, situado en medio del camino y á los confines de los señoríos de Castilla y de Leon. Acudieron el dia señalado los condes sin guarda bastante de soldados, por venir sobre seguro y confiados en la buena conciencia que tenían. Echáronles deslealmente mano por mandado del Rey, y fueron enviados en prisiones á la ciudad de Leon. El dolor que las ciudades y lugares de Castilla concibieron, gravísimo por esta causa, se acrecentó grandemente con el aviso que dentro de pocos dias sobrevino de la muerte impía y cruel dada á los condes. Temia el rey don Ordoño nuevas alteraciones y que aquellas gentes se resolverian de acudir á las armas para tomar emienda de aquel agravio; apercebíase para la guerra, juntaba soldados, armas y caballos cuando sobrevino su fin. Falleció en Zamora de su enfermedad año de nuestra salvacion de 923; fué sepultado en Leon en la iglesia de Nuestra Señora, que él mismo hiciera consagrar, como queda arriba apuntado. Hiciéronle las exequias como

á rey con grande solemnidad y aparato. En este tiempo por muerte de Sisnando, obispo de Compostella, sucedió en aquella iglesia Gundesindo, hombre principal, hijo de cierto conde, pero que escurecia con sus malas costumbres y afeaba la nobleza de su linaje. Muerto este, fué puesto en su lugar Ermigildo, igual en la nobleza al pasado y muy semejable en las costumbres y vida. De Nuño Belchides y de Salla Bella, su mujer, nacieron dos hijos, Nuño Rasura y Gustio Gonzalez. Nuño Rasura fué abuelo del conde Fernan Gonzalez, á quien nuestras historias suben hasta las nubes por sus muchas hazañas y valor muy conocido; de Gustio fueron nietos los infantes de Lara; con que la sangre de don Diego Porcellos, mezclada con la real, como se dirá en su lugar, anda asimismo engerida en muchas casas y linajes principales de España y de fuera della, sin que haya faltado sucesion y línea de sus nietos y descendientes hasta esta nuestra era.

CAPITULO III.

De don Fruela el Segundo, rey de León.

Muerto que fué el rey don Ordoño, su hermano don Fruela, segundo deste nombre, sucedió en el reino de León, no por alguna virtud que en él hobiese ni por voluntad de los grandes ó conforme á las leyes, sino por las armas en que muchos ponen el derecho de reinar. Conforme á los principios fueron los medios y los acabos. No le duró mucho el poder, reinó solos catorce meses. Señalóse solamente en afrentas, torpeza y crueldad, por lo cual le pusieron el nombre de Cruel. Forzosa cosa es tema á muchos á quien muchos temen. La seguridad de los reyes está en el amor de sus vasallos, y en el odio su perdicion. Dió la muerte á los hijos de un hombre principal, llamado Olmundo, cuyo hermano, llamado Fruminio, obispo de León, fué forzado á salir en destierro; que por ser persona eclesiástica no quiso el Rey poner en él las manos, dado que no era nada escrupuloso ni templado. Tuvo en su mujer Munia á don Alonso, don Ordoño, don Ramiro; y fuera de matrimonio á don Fruela, padre de don Pelayo, llamado el Diácono, con quien casó el tiempo adelante doña Aldonza ó Alfonsa, nieta del rey don Bermudo, llamado el Gotoso. Sepultóse don Fruela en León. Su memoria y fama quedó afeada, no mas por la enfermedad de lepra, de que murió, que por la cobardía de toda su vida, y por la rebelion y enajenamiento de Castilla que en su tiempo sucedió. Habia alterado las voluntades de los naturales la muerte indigna de los condes que el rey don Ordoño mandó hacer. Esta pena se acrecentaba de cada día con nuevos agravios que les hacian, ca les forzaban á ir á pedir justicia y seguir sus pleitos delante los jueces de León, y quando se tenian Cortes generales acudir á ellas. Así, lo que trataban en sus ánimos y no era fácil ponello en ejecucion, que era levantarse, tuvieron buena ocasion de apresurarlo por la poquedad del rey don Fruela; quitáronle públicamente la obediencia y se le rebelaron. Para dar orden en las cosas y para el gobierno escogieron dos personas de entre toda la nobleza que tuviesen cargo de todo con suprema autoridad. Diéronles nombre de jueces, y no títulos de otros principados mas grandes, porque no tomasen ocasion del apellido para oprimir la libertad.

Fueron nombrados para esto Nuño Rasura y Lain Calvo, dos varones en aquel tiempo muy nobles y poderosos. Lain era de menos edad y casado con Nuña Bella, hija de su compañero. A este se dió cuidado de la guerra por su mucho esfuerzo. A Nuño Rasura, que era persona de grande experiencia y de prudencia aventada, encargaron principalmente las cosas del gobierno y de la justicia, que administraba estando en Búrgos, ciudad principal, las mas veces solo, y tambien en otros pueblos de la provincia. Dos leguas de Medina de Pomar hay un pueblo llamado Bijudico, y en él un tribunal de obra muy vieja, en que los naturales, por tradicion antigua, dicen que estos jueces acostumbraban á publicar sus leyes y determinar sus pleitos. Gobernábase, es á saber, por un antiguo libro y fuero que contenia las antiguas leyes de Castilla, cuya mencion se halla muy ordinaria en los papeles y memorias deste tiempo, y que tuvo fuerza hasta el tiempo del rey don Alonso el Sabio, que le derogó, y en su lugar ordenó las leyes de *Las Partidas*. Cuánto tiempo hayan vivido estos jueces no se sabe, ni aun se tiene bastante noticia de sus hechos. Del linaje destes dos jueces sin duda sucedieron hombres muy nobles, muy valientes y señalados, porque Lain Calvo fué quinto abuelo del Cid Ruy Diaz; hijo de Nuño Rasura fué Gonzalo Nuño, que tuvo el cargo de su padre, no con menor gloria que él, por ser de ingenio fácil, de suavidad de costumbres y afabilidad singular, en todas sus cosas muy curioso. Demás desto, acordó y hizo que los hijos de los nobles se criasen y amaestrasen en su palacio, que era como un seminario y plantel de varones señalados en paz y en guerra; por la cual liberalidad ganó grandemente las voluntades de toda la provincia. Su mujer se llamó doña Jimena, hija del conde Nuño Fernandez, que fué con los demás condes de Castilla muerto por el rey don Ordoño. Deste matrimonio nació el conde Fernan Gonzalez, por la gloria de sus virtudes y proezas, y en particular por la grande constancia que mostró en tanta variedad de cosas como por él pasaron, igual á cualquiera de los antiguos caudillos y príncipes. Pero del conde Fernan Gonzalez se tratará luego en su lugar. Volvamos al cuento de los reyes.

CAPITULO IV.

De don Sancho Abarca, rey de Navarra.

Cosa averiguada y cierta es que las historias de Navarra están llenas de muchas fábulas y consejas, en tanto grado, que ninguna persona lo podrá negar que tenga alguna noticia de la antigüedad. Paréceme á mí que los historiadores de aquella nacion siguieron el afecto y inclinacion vulgar que muchos tienen de hermosear su narracion con monstruosas mentiras de cosas increíbles y con patrañas. Por donde la historia, cuya principal virtud consiste en la verdad, viene á hacerse y ser semejante á los libros de caballerías, compuestos de fábulas y mentiras; en que hombres ociosos y vanos se entretienen y en ellos gastan su tiempo, falta que en todo lo demás de la historia se echa de ver, mas en lo que toca á este tiempo son las invenciones mas evidentes y claras, quando muerto por los moros en un rebate el rey Garci Íñiguez, fingen que sucedió lo mismo á su mujer doña Urraca, que estaba preñada, y di-

cen quedó en el campo muerta, ó en el mismo ó en diferente trance y tiempo; que es cosa mas fácil maravillarse que los autores se diferencien en la mentira que entender y averiguar la verdad. Concuerdan empero en que un caballero, por nombre Sancho de Guevara, como sobreviniese y mirase lo que pasaba, vió al infante que sacaba el brazo por una de las heridas de la madre que muerta quedó; acordó de abrir el vientre de la madre y sacar dél al niño; crióse secretamente en su casa hasta tanto que tuvo buena edad. No sé qué espantajos se temia, pues para mayor secreto dicen que le traía vestido de aldeano, y por calzado unas abarcas, de donde le dieron el sobrenombre de Abarca. Añaden últimamente que pasados diez y nueve años de vacante, como la gente tratase de nombrar rey, le trajo á las Cortes. Allí, averiguado el caso y sabida la verdad, con grande voluntad de todos le fué dado el reino y la corona, teniendo todos por muy alegre agüero y pronóstico para adelante que Dios le hobiese guardado de tantos peligros, y persuadiéndose que conforme á tan maravillosos principios serian los medios y fines. Pero esto, que muy hermosamente se dice, muchos lo tienen por falso, personas de mayor prudencia y erudicion, y no concuerdan las memorias y privilegios antiguos; ni aun la razon de los tiempos da lugar á que don Sancho Abarca naciese despues de la muerte de su padre, pues tuvo por yernos á don Alonso y don Ramiro, reyes de Leon, que vivieron y reinaron poco adelante; antes entiendo que era ya de buena edad cuando murió su padre, y que tomó luego la corona. Dado que de los archivos y papeles del monasterio de San Salvador de Leire aquellos monjes sacan que Fortun, hermano mayor deste rey don Sancho, tuvo primero que él aquel reino por algun poco de tiempo. Si es verdad ó mentira no lo sabria decir; pero afirman que, dejado el reino, creo por estar cansado de las cosas del mundo, tomó el hábito de monje en aquel monasterio. La verdad es que este don Sancho tuvo en su mujer Teuda á Garci Sanchez el Mayorazgo, y despues dél á Ramiro y á Gonzalo y á Fernando, demás desto cinco hijas, que fueron sus nombres Urraca, Teresa, María, Sancha y Blanca. Esta postrera dicen algunos que casó con don Nuño, señor de Vizcaya; otros lo contradicen, movidos de que por aquel tiempo no se halla que ninguno de aquel nombre haya tenido aquel señorío y estado. Fué este Príncipe dichoso, no solo por los muchos hijos que tuvo, sino esclarecido por las armas, porque con su valor y esfuerzo todo lo que por la revuelta de los tiempos se perdió en Sobrarve y Ribagorza, se recobró de los moros; y no solo hizo esto, mas ensanchó mucho los antiguos términos de aquel señorío hasta ganar y sujetar á su corona la Vizcaya ó Cantabria y todo lo que se extiende por las riberas del rio Duero hasta su nacimiento y los montes Doca, y hácia mediodia hasta Tudela y Huesca. Demás desto, da muestra que llegó con el discurso de sus victorias á Zaragoza un castillo que está situado cerca de aquella ciudad, con nombre de Sancho Abarca; y aun no contento con los términos de España, pasados los Pirineos, en Francia sujetó aquella parte de los vascones y Navarra que largo tiempo poseyeron aquellos reyes, y hoy es la tierra de vascos. Estaba el Rey embarazado en esta guerra de la otra parte de los montes; los moros, por pensar

que por los frios del invierno no podría venir al socorro, se pusieron sobre Pamplona. Don Sancho, avisado del peligro, hizo pasar los montes á los soldados con abarcas por causa del frio; y esta fué la verdadera causa de haberle llamado Abarca, á la manera que sucedió en los nombres de Calígula y Caracalla, emperadores romanos, por semejante ocasion. Fué cosa fácil al que venció la naturaleza y el tiempo vencer tambien en batalla á los enemigos y forzallas á que alzaban el cerco, como lo hizo. En todas estas guerras se alaba sobre todos la valentía de un capitán llamado Centullo, hombre sagaz, animoso y denodado. Habia con esto el rey don Sancho ganado gran gloria, si no afeara en gran parte su nombre con volver las armas contra Castilla, cosa que demás de la nota á él acarreó mal y daño, como se verá poco adelante.

CAPITULO V.

De don Alonso el Cuarto y don Ramiro el Segundo, reyes de Leon.

Don Alonso, cuarto deste nombre, llamado el Monje, el reino que don Fruela á tuerto le quitara, despues de su muerte le recobró, año de 924. Don Lucas de Tuy dice que don Alonso fué hijo del mismo rey don Fruela, contra lo que sienten otras personas de mayor diligencia y autoridad, que dicen fué hijo del rey don Ordoño el Segundo. En tiempo deste Rey partió desta vida Juan, prelado de Toledo, año del Señor de 926, sucesor que fué de Wistremiro y de Bonito, y él por sí ilustre ejemplo de la santidad antigua. En su lugar no sucedió algun otro, por vedar, como se entiende, los bárbaros que alguno en aquellas revueltas fuese elegido y puesto en lugar que pudiese gobernar y ayudar las cosas de los cristianos. Solo los demás sacerdotes, con deseo de tener paz entre sí por una manera de concordia, daban el primer lugar al cura de Santa Justa y obedecian á sus mandatos; estado en que se conservaron hasta tanto que Toledo volvió á poder de cristianos. En el mismo tiempo volaba por el mundo la fama de Fernan Gonzalez, conde de Castilla. El nombre y título de conde, porque su padre solamente tuvo nombre de juez, no se sabe si lo tomó con consentimiento de los reyes de Leon, ó lo que parece mas verisímil, por voluntad de sus vasallos, que le quisieron honrar por esta manera, maravillados de las excelentes virtudes de tan gran varon. Señalóse en la justicia y mansedumbre, celo de la religion y en el gran ejercicio que tuvo y larga experiencia en las cosas de la guerra, virtudes con que no solo defendió los antiguos términos de su señorío, sino demás desto hizo que los del reino de Leon se estrechasen y retrajesen de la otra parte del rio de Pisuerga. Ganó de los moros ciudades y pueblos, castigó la insolencia de los navarros con la muerte de su rey don Sancho Abarca. Tenian los navarros costumbre de hacer mal y daño en las tierras de Castilla; no contentos con esto, maltrataron de palabra con amenazas y denuestos á los embajadores que les envió á pedir emienda de lo hecho. Pasaron en esto tan adelante y las demasías fueron tales, que se tuvo por abierta la guerra. El Conde, que no sufría insolencias ni demasías, hizo con sus gentes entrada y rompió por las tierras del Navarro; las talas y presas eran grandes. Acudió el enemigo á la defensa; juntáronse las fuerzas y gentes de ambas partes cerca

de un lugar llamado Gollanda. Dióse la batalla de poder á poder, en que perecieron muchos de los unos y de los otros, sin declararse la victoria por gran espacio. Finalmente, en lo mas recio de la pelea los generales se desafiaron y combatieron entre sí. Encontráronse con las lanzas; y los golpes fueron tan grandes, que ambos cayeron en tierra; y el Rey con una mortal herida, el Conde aunque gravemente herido, pero sin peligro de la vida. Animáronse con esto los soldados de Castilla, y con tal denuedo cargaron sobre los enemigos, que en breve quedó por ellos el campo. Sobrevino á la sazón el conde de Tolosa con sus gentes en socorro de los navarros. Recogió á los que huían, y vueltos á las puñadas, tornóse á encender la batalla. Sucedió lo mismo que antes, que los condes se encontraron entre sí de persona á persona; y cayó de un bote de lanza en aquel combate muerto el de Tolosa, con que los navarros quedaron de todo punto vencidos y puestos en huida. Los cuerpos del Rey y del Conde con licencia del vencedor fueron llevados á sus tierras y honradamente sepultados. Sobre la sepultura de don Sancho Abarca hay pleito entre los monjes de San Juan de la Peña y los de San Salvador de Leire, que cada cual de las dos partes pretende le sepultaron en su monasterio, el cual no hay para qué determinar en este lugar. Solo entiendo que don Sancho Abarca murió al principio del reinado del rey don Alonso el Magno, año de nuestra salvacion de 926, despues que reinó por espacio de veinte años enteros. Sucedió en el reino don Garci Sanchez, su hijo, de quien hallo que se llamaba rey de Pamplona y de Najara. Reinó cuarenta años; su mujer se llamó doña Teresa. Esto en Navarra. El rey don Alonso de Leon fué en sus costumbres mas semejante á don Fruela que á su padre. Ninguna virtud se cuenta dél, ninguna empresa, ninguna provincia sujeta por guerra y allegada á su señorío. El odio de los suyos por esta misma causa se encendió contra él de tal suerte, que, cansado con el peso del gobierno, se determinó de renunciar el reino á su hermano don Ramiro. Llamóle con este intento á Zamora el año del Señor de 931 y de su reinado seis y medio. Dióle el cetro de su mano, resuelto de descargarse de cuidados y de mudar la vida de príncipe con la de particular y de monje. En el monasterio de Sahagun, puesto á la ribera del rio Cea, tomó el hábito sin cuidar ni de lo que las gentes podían pensar de aquel hecho, ni de su hijo don Ordoño, habido en doña Urraca Jimenez, hija de don Sancho Abarca, rey de Navarra, que quedaba en su tierna edad desamparado de ayuda y á propósito para que le hiciesen cualquier agravio. El principio bueno fué; el tiempo, que aclara los intentos, dió á entender que mas se movió por liviandad que por otro buen respeto. Doña Teresa, hermana de la reina doña Urraca, casó con el nuevo rey don Ramiro; della nacieron don Bermudo, don Ordoño, don Sancho y doña Elvira. Don Ramiro, encargado que se hobo del reino, luego tornó á renovar la guerra de los moros. Entendía como varon prudente que con ninguna cosa mas podía ganar las voluntades de los suyos ni hacer mayor servicio á Dios que en perseguir á los enemigos del nombre cristiano; pero la inconstancia de don Alonso puso impedimento á tan santos intentos, porque con la misma ligereza con que la habia tomado dejó aquella manera de vida y se

comenzó á llamar rey. Para atajar los males que podían resultar destes principios, don Ramiro á la hora revolvió contra Leon, do su hermano estaba. Allí le cercó, y vencido de la hambre y de la falta de todas las cosas le forzó á rendirse. En aquella ciudad fué puesto en prision, sin por entonces hacer en él mayor castigo, á causa que los hijos del rey don Fruela, segundo deste nombre, andaban alterados en Astúrias, y forzaban á don Ramiro á ir allá. La ocasion de alterarse no era la misma á los capitanes y al pueblo. Los hijos de don Fruela se quejaban de haber sido despreciados por el Rey, pues no los llamó á las Cortes en que don Alonso renunció el reino. Los asturianos se alteraron por aficion que tenían á don Alonso y llevar mal que tratase de dejar el gobierno. Eran muchos los levantados, y mas por miedo del castigo que por voluntad ó esperanza de salir con la victoria, tomaron por cabezas á los hijos de don Fruela; pero conocido el peligro que corrían, acordaron de enviar embajadores á don Ramiro para avisalle que estaban aparejados á hacer lo que les fuese mandado, recibirle en las ciudades y pueblos, serville con todas sus fuerzas con tal que se determinase de venir sin ejército, de paz y sin hacer mal á nadie; que esto tomarian por señal que su ánimo estaba aplacado. El, sospechando algun engaño ó teniendo por cosa indigna que sus vasallos para obedecelle le pusiesen condiciones, entró con grueso ejército y domó á sus enemigos. Perdonó á la muchedumbre, tomó castigo de los mas culpados. A los hijos de don Fruela luego que los tuvo en su poder los privó de la vista. El mismo castigo se dió á don Alonso, hermano del Rey. No léjos de la ciudad de Leon estaba un monasterio con nombre de San Julian, edificado á costa deste rey don Ramiro; en él fueron guardados por toda la vida, y despues de muertos sepultados, así todos estos como doña Urraca, mujer de don Alonso. Con esto aquellas grandes alteraciones que tenían suspensos los ánimos de los naturales tuvieron mas fácil salida que se pensaba. Concluidas estas revueltas, el Rey, como antes lo pretendió, volvió las armas contra los moros. Entró por el reino de Toledo, tomó por fuerza en aquella comarca, saqueó y quemó á Madrid, pueblo principal, derribóle los muros. En el entre tanto los moros encendidos en deseo de vengarse, juntas sus gentes, entraron por tierra de cristianos. Lo primero se metieron por los campos de Castilla. El Conde, como quier que por la guerra pasada de Navarra se hallase flaco de fuerzas, movido por el peligro que las cosas corrían, envió embajadores al rey don Ramiro para rogarle no permitiese que el nombre cristiano recibiese afrenta ni que los bárbaros se fuesen sin castigo; que él forzado tomó las armas contra el Rey, su suegro, y que el suceso de las guerras no está en manos de los hombres; si algun agravio ó enojo recibió por lo hecho, que era justo perdonarle por respecto de la patria; que le aseguraba no pondria en olvido el beneficio y cortesia que le hiciese en este trance. El peligro comun ablandó el ánimo del Rey. Acudió luego con sus gentes deseoso de ayudar al Conde. Juntáronse las huestes y los campos. Dióse la batalla cerca de la ciudad de Osma, en que gran número de los bárbaros fueron muertos, los demás puestos en huida. Los soldados cristianos cargados de oro y de preseas volvieron á sus casas. Algunos sospechan que desde este tiempo

volvieron los condes de Castilla á estar á devocion y ser feudatarios y vasallos de los reyes de Leon, porque les parece que un rey tan amigo de honra como don Ramiro no juntara de otra manera sus fuerzas; ni perdonara las injurias y desacatos que le habian hecho, sin que primero se le allanasen. Siguióse una nueva guerra contra los moros. El rey don Ramiro, encendido en deseo de oprimirlos con sus gentes, movió la vuelta de Zaragoza. Tenia el principado de aquella ciudad Abenaya, señor de pocas fuerzas, feudatario de Abderraman, rey de Córdoba. Acompañó á don Ramiro en esta jornada el conde Fernan Gonzalez. El Moro, pareciéndole que no podria resistir á dos enemigos tan fuertes, tomó por partido sujetarse al rey don Ramiro y pagalle parias. Con este concierto se hicieron paces y cesó la guerra. No guardan los moros la fe mas de cuanto les es forzoso. Así, partidos los nuestros, y tambien por miedo de Abderraman, que tenia aviso se aprestaba contra él, mudado partido y tomado nuevo asiento, de consuno acometieron los dos las tierras de los cristianos. Llegaron á Simancas; llevaban los moros mal que los cristianos les pusiesen leyes y forzasen á pagar parias los á quien tenian antes por sus tributarios. Acudió luego el Rey y salió al encuentro á los enemigos. Dióse la batalla, que fué muy brava y de las mas señaladas y reñidas de aquel tiempo; murieron treinta mil moros, otros dicen setenta mil. Los despojos fueron muchos y ricos, grande el número de los cautivos. El mismo Abenaya tambien fué preso. Abderraman con veinte de á caballo escapó por los piés. El conde Fernan Gonzalez, por no haberse hallado en la batalla, el por qué no se sabe, pero habiéndose encontrado con los que huían, hizo en ellos no menor matanza. Da muestra desto un privilegio del monasterio de San Millan de la Cogulla, puesto en los montes de Oca, que se llamó antiguamente de San Félix, que concedió el Conde por memoria del beneficio recibido y desta victoria que ganó de los moros. En aquel privilegio se manda que muchas villas y pueblos de Castilla contribuyan por casas cada uno para los gastos y servicios de aquel monasterio, bueyes, carneros, trigo, vino, lienzo, conforme á lo que en cada tierra se daba, por voto que el Conde hizo cuando iba á esta guerra; de donde tambien se entiende que de aquella parte de Vizcaya que se llama Alava fueron gentes de socorro al Rey, y que todos estuvieron persuadidos que dos ángeles en dos caballos blancos pelearon en la vanguardia, y que por su ayuda se ganó la victoria; cosa que no suele acontecer ni aun inventarse sino en victorias muy señaladas cual fué esta. El alfaquí mayor de los moros, que es como obispo entre ellos, vino en poder del Conde. Con esto, la provincia y la gente pareció alentarse del grande espanto causado del aparato que los contrarios hicieron para aquella guerra, además de muchas señales que en el cielo se vieron y muchos prodigios; porque en el mismo año que fué la pelea, es á saber, el de 934, otros á este número añaden cuatro años, siendo reyes don Ramiro en Leon, y don Garci Sanchez en Pamplona; hubo un eclipse del sol á los 19 de julio (mas quisiera á los 18, porque dicen fué viérnes) por espacio de una hora entera á las dos de la tarde, tan grande y cerrado, que se mudó el dia en muy espesas tinieblas. Segunda vez á 15 de octubre, que fué miércoles, la luz

del sol se volvió amarilla, en el cielo apareció una abertura, cometas de extraordinaria forma, que caian á la parte de mediodía; las tierras fueron abrasadas por oculta fuerza de las estrellas, sin otras cosas que daban á entender la ira de Dios y su saña. Todo esto se contiene en el privilegio del conde Fernan Gonzalez; otros dicen que en el mismo dia de la batalla se eclipsó el sol á 6 de agosto, dia de los santos Justo y Pastor, que fué lúnes. Estas señales tenian á todos muy congojados; pero ganada la victoria, se trocó el temor en alegría y se entendió que no amenazaban á los fieles, sino á sus enemigos. Falleció por este tiempo Miron, conde de Barcelona; dejó tres hijos menores de edad. Estos fueron Seniofredo, que le sucedió en el estado; Oliva, por sobrenombre Cabreta, al cual mandó el señorío de Besalu y de Cerdania, y Miron, que en los años adelante fué obispo y conde de Girona. El gobierno por la tierna edad del nuevo Príncipe estuvo mucho tiempo en poder de Seniofredo, su tio, conde de Urgel, que fué escalon para que sus descendientes poco adelante se apoderasen de todo. A la sazón que gobernaba esto Seniofredo aquel estado se tuvo un concilio de obispos en un pueblo llamado Fuentecubierta, tierra de Narbona. En este Concilio se determinó un pleito que andaba entre los obispos Antígiso, de Urgel, y Adulfo, pallariense, sobre los términos y mojones de los obispados, ó por mejor decir, sobre toda la diócesi del pallariense, que el de Urgel pretendia ser toda suya. Así fué determinado por los obispos, que en pasando desta vida Adulfo, la ciudad de Pallas quedase sujeta al obispo de Urgel, porque se probaba por instrumentos muy ciertos que antiguamente lo fué. Presidió en el Concilio Arnusto, prelado narbonense, por estar á la sazón Taragona en poder de moros, á cuyo obispo pertenecia concertar los pleitos entre los obispos comarcanos y sufragáneos suyos. Por muerte de Seniofredo, conde de Barcelona, que falleció adelante sin dejar hijos, bien que estuvo casado con doña María, hija del rey don Sancho Abarca, Borello, conde de Urgel y hijo del otro Seniofredo, se apoderó del señorío de Barcelona. La fuerza prevaleció contra la razon; que de otra suerte ¿qué derecho podia tener ni alegar para excluir á Oliva, hermano del difunto? Tuvo Borello un hermano, llamado Armengaudó ó Armengol, de grande santidad de vida, y por esto puesto en el número de los santos y en los calendarios; pero esto fué algun tiempo adelante. El rey don Ramiro, llegado á mayor edad y vuelto su pensamiento á las artes de la paz y al culto de la religion, de los despojos de los moros edificó en Leon un monasterio de monjas con advocacion de San Salvador, do hizo que doña Elvira, su hija única, tomase el hábito y el velo como se acostumbra. Otro monasterio hizo con nombre de San Andrés. El tercero de San Cristóbal, á la ribera del rio Cea cerca de Duero. El cuarto con nombre de Santa María Virgen. En conclusion, en el valle Ornense levantó otro monasterio con advocacion del arcángel San Miguel. Estaba el Rey ocupado en estas cosas cuando nuevas y domésticas alteraciones le hicieron volver á las armas. Fernan Gonzalez y Diego Nuñez, hombres principales, con deseo de novedades, ó por alguna causa agraviados del Rey, se rebelaron contra él. No tenian bastantes fuerzas, llamaron á los moros y á su capitan Accifa. Destruyeron el ter-

itorio de Salamanca que baña el río Tórmes. En otra parte por las armas de don Rodrigo, que entiendo era uno de los conjurados ó aliado con ellos, las tierras de Amaya y parte de las Astúrias eran maltratadas. No era fácil determinarse á qué parte primeramente se hiciese de acudir. En igual peligro pareció que debían de hacer guerra á los moros por ser enemigos públicos; así se hizo, y los echaron de toda la tierra con gran estrago que en ellos se hizo. Demás desto, los autores y movimientos del alboroto vinieron en poder del Rey, però no mucho despues fueron sin otro castigo sueltos de la prision en que los tenían en Leon encerrados; solamente les hicieron jurar de nuevo la obediencia al Rey y prestalle sus homenajes; muestra que el delito no fué tan grave ó que el Rey usó de la victoria con mucha templanza. Concluida esta guerra, entiendo que de suyo se sosegaron las alteraciones de las Astúrias, en especcial que la clemencia del Rey les convidó á que se redujesen. El conde de Castilla Fernan Gonzalez tenia en doña Urraca, su mujer, una hija del mismo nombre. Importaba mucho para el buen suceso de las cosas que entre las dos provincias y señoríos de Castilla y de Leon hobiese confederacion y avenencia, lo cual don Ramiro no ignoraba. Con deseo pues que la paz se asegurase, trató con el Conde y hizo que su hijo don Ordoño, que le debía suceder en el reino, casase con la dicha doña Urraca. Concluido todo esto, el Rey, como enemigo que era de la ociosidad, á lo postrero de su edad hizo una nueva entrada en tierra de moros; metióse por el reino de Toledo y llegó hasta Talavera. Venció en batalla á los que venian á socorrer á los suyos, en que murieron doce mil moros, los presos llegaron á siete mil. Con esta victoria hizo que su autoridad y reputacion se mantuviese, que junto con la edad se suele envejecer y menguar. Vuelto á sus tierras, envió á sus casas el ejército cargado de despojos de moros, y él se fué en romería á Oviedo á honrar los cuerpos de los muchos santos que allí estaban y dar á Dios gracias por tantas mercedes. En aquella ciudad por ser la tierra mal sana adoleció de una enfermedad mortal. Sin embargo, dió vuelta á Leon, y ordenadas las cosas de su casa, renunció el reino y le dió de su mano á su hijo. Hecho esto, tomados los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía de mano de los obispos y abades que á su muerte se hallaron, falleció en el año de nuestra salvacion de 950 á 5 dias del mes de enero. Sepultáronle en el monasterio de San Salvador, edificio y fundacion suya. Fué este año muy señalado por muchos pueblos que en él, ó se edificaron de nuevo, ó se repararon, conviene á saber, Osma, Roa, Riaza, Clunia en los arevacos, que hoy es Coruña. A Sepúlveda tambien en un sitio fuerte edificó por este tiempo el conde Fernan Gonzalez, por cuyo esfuerzo en particular el partido de los fieles en aquel tiempo se conservaba y aun mejoraba.

CAPITULO VI.

De don Ordoño, tercero deste nombre, rey de Leon.

Muerto el rey don Ramiro, don Ordoño, su hijo, heredó el reino de Leon. Era hombre de gran corazon, tenia gran ejercicio en las armas, prudencia singular en el gobierno. La brevedad de la vida, ca solamente reinó cinco años y siete meses, hizo que no pudiese

ejercitar por largo tiempo las virtudes de que su buen natural daba muestras. Al principio don Sancho, su hermano, ó por deseo de reinar, ó irritado por algun agravio, como es mas verisímil, fué causa que las armas de Garci Sanchez, rey de Navarra, su tío, y las del conde Fernan Gonzalez á su persuasion se moviesen en daño de don Ordoño, sin tener ninguna cuenta con el amor que á su hermano debía. El deseo de reinar y el dolor del agravio, ambos males tienen gran fuerza. Juntas las gentes de Navarra y de Castilla entraron por las tierras del rey de Leon, que por estar desapercibido y poco confiado de la voluntad de los suyos en aquella discordia civil, determinó de fortificarse en algunas plazas fuertes por su sitio ó por las murallas, sin venir á la batalla. Los enemigos, sosegado el furor con que entraron y juzgando que era sin propósito hacer la guerra tanto tiempo en provecho ajeno y con su peligro, sin hacer efecto de momento se volvieron á sus tierras. Don Ordoño con deseo de satisfacerse del Conde, que sin tener respeto al deudo había juntado sus fuerzas con su hermano y tío para su daño, sin dilacion repudió á doña Urraca, hija del Conde, y casó con doña Elvira; que tales eran las costumbres de aquella era. Deste nuevo matrimonio nació don Bermudo, el que algunos años adelante, mudadas las cosas y trocadas, finalmente alcanzó el reino de su padre. Las alteraciones de los gallegos, movidos á lo que se entiendo por aficion que tenían á don Sancho, fueron en breve por las armas y diligencia de don Ordoño sosegadas. Y para que el provecho fuese mayor, con sus gentes entró dando por todas partes el gasto á los campos en aquella parte de la Lusitania que estaba sujeta á los moros, llegó hasta Lisboa, dende se volvió á su tierra. Por el mismo tiempo Fernan Gonzalez, conde de Castilla, con una entrada que hizo por tierra de moros, se apoderó del castillo de Carranzo, echada de allí la guarnicion morisca que tenia. No con menor diligencia Abderraman, rey de Córdoba, aunque de grande edad, enemigo de toda insolencia, juntado un grueso ejército en que se contaban ochenta mil combatientes, mandó á Almanzor Albagib, que es tanto como virey, capitán de gran nombre, acometiese con gran furia las tierras de cristianos. Recelóse el Conde de aparejos tan grandes; llamó la gente de todo su estado á la guerra, y alistó todos los que tenían edad á propósito para tomar armas; y como quier que todavía el ejército fuese menor que el peligro que amenazaba, cuidadoso del suceso de la guerra, en una junta de capitanes que tuvo en el pueblo de Muñon, consultó lo que se debía hacer. Los pareceres fueron varios, como acontece que en grande peligro y miedo ordinariamente cada uno habla conforme á quien es. Los mas atrevidos querian que se hiciese la guerra, otros que, recogidas las provisiones y alzadas en lugares seguros, se entretuviesen hasta tanto que las fuerzas de los bárbaros que tienen grande ímpetu con la tardanza se enflaqueciesen. Gonzalo Diaz, hombre principal, pretendia que aun seria bien comprar de los moros las treguas por dineros sin cuidar de la honra, como suele acontecer cuando prevalece el miedo; que la sabia cobardía puede mas que la honrada vergüenza: «Por ventura, dice, á tan grande ejército y tan experimentado ¿pondremos el pequeño número de los nuestros, y locamente nos despeñarémos

en tan clara perdición? ¿No miras que en el suceso y trance de una batalla consiste el peligro de toda la cristiandad, pues en tu tierra se hace la guerra? Si venciéremos el provecho será poco; si fuéremos vencidos será forzoso que la provincia desnuda de fuerzas y vencida del miedo venga, lo que Dios no quiera, en poder de los enemigos. Mira no sea perder en un punto y en un momento las ciudades y pueblos ganados en tantos siglos y con tanta sangre de cristianos; lo que los venideros digan no fué esfuerzo, sino locura; como ordinariamente los consejos atrevidos tienen la fama según lo que dellos resulta, y conforme á sus remates se juzga dellos. Considera otrosí que muchas veces es de mayor esfuerzo refrenar el ánimo con la razón que con las armas vencer á los enemigos. En esto tiene gran parte la fortuna, y el recato es oficio muy propio de grandes varones. Y ¿qué cosa puede ser mas temeraria que por un vano deseo de alabanza y honra poner en cierto y grave peligro las cosas sagradas, la patria, las mujeres y hijos y toda la religion? Tú haz lo que juzgares ser mejor, que tambien yo no rehusaré de ponerme á cualquier trance por tu mandado; pero de mi parecer nunca con tan grande peligro y riesgo de todo te pondrás, señor, al trance de la batalla.» El Conde no ignoraba que el parecer de Gonzalo Diaz era de otros muchos que hablaban por la boca de uno; pero prevaleció el deseo de la honra y reputación. Así, como razonase largamente de las fuerzas de los suyos, de la ayuda divina, de la gloria ganada, que tenia por mas grave que la muerte amancillarla con alguna muestra de cobardía, y los demás, quién de verdad, quién fingidamente alabasen su parecer y se conformasen con él, hechos sus votos y plegarias, movieron contra el enemigo, que tenia sus reales cerca de la villa de Lara. No vinieron luego á las manos; y el Conde cierto dia salió por su recreación á caza, y en seguimiento de un jabalí se apartó de la gente que le acompañaba. En el monte cerca de allí una ermita de obra antigua se via cubierta de hiedra, y un altar con nombre del apóstol San Pedro. Un hombre santo, llamado Pelagio ó Pelayo, con dos compañeros, deseoso de vida sosogada, habia escogido aquel lugar para su morada. La subida era agria, el camino estrecho, la fiera acosada como á sagrado se recogió á la ermita. El Conde, movido de la devoción del lugar, no la quiso herir, y puesto de rodillas pedía con grande humildad el ayuda de Dios. Vino luego Pelayo, hizo su mesura al Conde; él por ser ya tarde hizo allí noche, y cenado que hobo lo poco que le dieron, la pasó en oración y lágrimas. Con el sol le avisó Pelayo, su huésped, del suceso de la guerra; que saldria con la victoria, y en señal desto antes de la pelea se veria un extraño caso. Volvió con tanto alegre á los suyos, que estaban cuidadosos de la salud, declaró todo lo que pasaba. Encendiéronse los ánimos de los soldados á la pelea, que estaban atemorizados. Ordenaron sus haces para pelear. Al punto que querian acometer, un caballero, que algunos llaman Pero Gonzalez, de la Puente de Fitero, dió de espuelas al caballo para adelantarse. Abrióse la tierra y tragóle sin que pareciese mas. Alborotóse la gente espantada de aquel milagro. Avisóles el Conde que aquella era la señal de la victoria que le diera el ermitaño, que si la tierra no los sufria, menos los sulririan los contrarios; con estas

palabras volvieron todos en sí. Dióse luego la batalla de poder á poder, en que por pequeño número de cristianos fué destrozada aquella gran muchedumbre de enemigos. El general con los que pudieron escapar salió huyendo de la matanza. Con esta victoria las cosas de los cristianos, que estaban para caer, se repararon. Los nuestros alegres y cargados de despojos de moros se volvieron á sus casas. Dióse parte de la presa al santo varon Pelayo, y con el tiempo á costa del Conde se edificó de los despojos de la guerra un magnifico monasterio á la ribera del rio Arlanza con advocación de San Pedro, en que fueron puestos los huesos de don Gonzalo, padre del Conde. En nuestra edad se muestra la ermita de Pelayo en una peña que está cerca de aquel monasterio. El cuerpo de san Vicente, mártir, menos solamente la cabeza, y los de las santas Sabina y Cristeta, sus hermanas, dicen los monjes de San Benito de aquel monasterio de San Pedro de Arlanza que los tienen allí, otros que están en otras partes. Un sepulcro sin duda se muestra en aquel lugar de García, abad que fué antiguamente de aquel convento, que ponen en el número de los santos. Los moros sin perder en alguna manera el ánimo por aquel destrozo y desman trataban de acometer á Castilla; y por otra parte el rey don Ordoño, despues de la entrada que hizo en la Lusitania, encendido todavía en deseo de vengarse del Conde, se aparejaba para le hacer cruel guerra. Hallábanse las cosas en gran peligro; el ánimo del rey don Ordoño, como de príncipe modesto, fácilmente se amansó con una embajada del Conde, en que le pedia perdon con toda humildad, que no por su voluntad le habia errado, sino antes por engaño de aquellos que usaran mal de su facilidad; que estaba aparejado para hacer lo que le mandase y recompensar con nuevos servicios la ofensa pasada. Avisóle otrosí que grandes gentes de moros se aparejaban para daño de cristianos; no era justo antepusiese sus particulares afectos y dolor á la causa comun del nombre y religion cristiana. Con esta embajada, no solo el Rey se aplacó, sino le envió tanta gente de socorro cuanta era menester para rebatir la furia de los moros, que eran llegados á Santisteban de Gormaz haciendo mal y daño. Diéronse vista los campos, y tras esto la batalla, que fué herida y brava. La victoria quedó por los nuestros, el estrago de los bárbaros fué grande. El rey don Ordoño, con la nueva alegre de tan grande victoria y lleno de nuevas esperanzas, se aparejaba para hacer otra vez guerra á los moros, cuando en Zamora murió de su enfermedad, el año de 955. Su cuerpo fué sepultado con reales exequias y aparato en Leon, en San Salvador, do estaba enterrado su padre.

CAPITULO VII.

De don Sancho el Gordo, rey de Leon.

En vida del rey don Ordoño no se sabe en qué parte haya estado don Sancho, su hermano, y si tuviese alguna mano en el gobierno del reino; ni aun hay noticia si los dos hermanos hicieron amistad entre sí, ó si duró siempre la enemiga que al principio tuvieron. El vergonzoso descuido de los coronistas destes tiempos fuerza á que la historia muchas veces vaya sin claridad; concuerdan empero que despues de la muerte de don

Ordoño, don Sancho sin contradicción fué hecho rey de Leon. Tuvo sobrenombre de Gordo porque lo era en demasía, y por la misma razón de cuerpo inútil para el trabajo. Verdad es que tuvo muy buen natural y admirable constancia en las adversidades, no nada malicioso, antes muy noble en sus cosas y condición. El segundo año de su reinado, que se contó de Cristo 956, por alterarse el ejército á causa de las parcialidades que aun no se segaban de todo punto, fué forzado á recogerse y hacer recurso á su tío, el rey de Navarra, y desamparar el reino por dudar de las voluntades de los amigos y estar contra él declarados muchos enemigos, que se inclinaban en favor de don Ordoño, hijo del rey don Alonso, llamado el Monje; el cual con la ida de don Sancho, su competidor, se apoderó fácilmente de todo, y para tener mas autoridad casó con doña Urraca, repudiada del rey don Ordoño, su primo, casamiento en que vino el Conde, padre della. Era este don Ordoño de malo y perverso natural, tanto, que le llamaron el Malo; y como soltase las riendas á sus inclinaciones malas (cosa siempre muy perjudicial á los que tienen gran poder y mando) cayó en odio de la gente, y por el odio en menosprecio. No dejaba don Sancho de advertir la ocasión que se presentaba por este respeto para recobrar el reino, sino que primero para adelgazar el cuerpo por consejo del rey de Navarra, su tío, fué á Córdoba, do se decia por la fama habia grandes médicos, en particular á propósito para curar aquella enfermedad. Abderraman le recibió benignamente, púsose en cura, y por virtud de cierta yerba, cuyo nombre no se refiere, deshecha la gordura, quedó el cuerpo en un medio conveniente. Para que el beneficio fuese mas colmado, le dió á la partida buenas ayudas de moros para que recobrase su reino. Era al Rey bárbaro cosa muy honrosa que se entendiese tenia en su mano la paz y la guerra, hacer y deshacer reyes. Venido don Sancho, su contrario don Ordoño sin tratar de defenderse se fué á las Astúrias; tan grande era el temor que le vino repentinamente. De allí con la misma desconfianza pasó á las tierras del Conde, su suegro. A los miserables todos los desamparan, y las piedras se levantan contra él que huye. Donde pensaba hallar refugio, allí quitándole la mujer por su cobardía, fué desechado. Recogióse á los moros, en cuya tierra pasó su triste vida pobre y desterrado, y últimamente falleció cerca de Córdoba. En el mismo tiempo las armas de Castilla se alteraron con guerras domésticas. Don Vela, uno de los nietos y descendientes del otro Vela que dijimos tuvo el señorío de Alava, allí y en la parte comarcana de Castilla tenia grande jurisdicción. Este, feroz por la edad y confiado por los parientes, riquezas y aliados, que tenia muchos, tomó las armas contra el conde Fernan Gonzalez. El Conde no sufría ninguna demasía, acudió asimismo á las armas. Venció á Vela y á sus aliados y consortes, y siguiólos por todas partes sin dejarlos reposar en ninguna hasta tanto que los puso en necesidad de hacer recurso á los moros, dejada la patria; que fué ocasión de grandes movimientos y desgracias. El Alhagib Almanzor, ó á ruegos y persuasión destes foragidos, ó con deseo de satisfacerse de la afrenta pasada, juntado que tuvo un grueso ejército, entró por tierras de Castilla, espantoso y airado contra los nuestros. El Conde con los suyos le salió al encuentro; pero primero que

se viese con los enemigos, con deseo de visitar á Pelayo, su huésped, de camino pasó por su ermita; halló que era ya muerto. Aquejado con el cuidado de lo que le sucedería, entre sueños le apareció Pelayo, y le certificó que sería vencedor; confiado por ende en la ayuda de Dios fuése á la guerra sin recelo, y en pudiendo dióse á los moros la batalla. La pelea se trabó cerca de Piedrahita con tan grande denuedo y porfía de las partes cuanto nunca antes mayor; los bárbaros confiaban en su muchedumbre; los nuestros en la justicia, esfuerzo y buen talante de la gente, sobre todo en la ayuda de Dios, dado que eran pocos para tan grande morisma, conviene á saber: cuatrocientos y cincuenta de á caballo, quince mil infantes, pero muy valientes en el pelear y arriscados. Dicen que duró la pelea por espacio de tres dias sin cesar hasta que cerraba la noche, lo que era menester para reposar. El dia postrero el apóstol Santiago fué visto entre las haces dar la victoria á los fieles. De los enemigos en la pelea y huida perecieron mayor número que jamás; por espacio de dos dias siguieron los nuestros el alcance y ejecutaron la victoria en los que huían. Acabada esta guerra, vinieron de toda Castilla embajadores, los principales de las ciudades, eso mismo de las otras naciones á dar el parabien al Conde por beneficio tan señalado, confesando que por su esfuerzo los cristianos eran librados de presente de un grave peligro, y para adelante de no menos miedo. En particular don Sancho, rey de Leon, con una muy noble embajada que le envió, despues de alegrarse con él le pedía que por cuanto trataba de juntar Cortes de todo su reino para consultar cosas muy graves, no se excusase de venir á Leon y hallarse en ellas. Fué esta demanda pesada al Conde por temer asechanzas en aquella muestra de amistad, y que con color de las Cortes no fuese engañado de aquel Rey astuto, ca sospechaba no debía estar olvidado de las diferencias pasadas; mas no se ofrecia alguna bastante causa para rehusar lo que le era mandado. Prometió de ir allá, y cumpliólo el dia señalado, acompañado de gran número de sus grandes. Supo el Rey su venida, y para mas honrally le salió á recibir. Tuviéronse estas Cortes el año 933, en las cuales no se sabe qué cosas se tratasen. Solo refieren que el Conde vendió al Rey por gran precio un caballo y un azor de grande excelencia, por no querer recibillos de gracia como se los ofrecia, y que se puso una condición en la venta que, caso que no se pagase el dinero el dia señalado, por cada dia que pasase se doblase la paga. Demás desto, por astucia de la reina viuda, doña Teresa, que deseaba vengar la muerte de su padre, se concertó que doña Sancha, su hermana, casase con el Conde; la cual estaba en poder de don García, hermano de las dos, rey de Navarra; era ya doña Urraca muerta, la primera mujer del Conde. Entendia que por fuerza no aprovecharia nada; y el rey don Sancho no queria abiertamente faltar en su fe; determinaron de poner asechanzas al Conde y usar en lugar de armas de la deslealtad de los navarros. No sabia estos meneos y tramas el rey Garci Sanchez; y así, con deseo de vengar las injurias pasadas, no cesaba de hacer cabalgadas, talar y maltratar las tierras de Castilla. El Conde, vuelto á su tierra, le amonestó por sus embajadores hiciese emienda de los daños hechos; que de otra guisa no podría excusarse de mirar por los

suyos y satisficelles sus agravios. Con esta embajada parece se abría la guerra; de lance en lance vinieron á las armas. Juntaron sus huestes, dióse en breve la batalla, en que el Conde salió vencedor. En esta guerra Lope Diaz, señor de Vizcaya, como cuentan las historias de aquella gente, ayudó al Conde en esta jornada. Dicen fué hijo de Íñigo Ezquerria, biznieto de Zuria, que fué antiguamente señor de Vizcaya. Después desta victoria bechas las paces, el conde Fernan Gonzalez, conforme á lo que se capituló, fué á Navarra con acompañamiento de gente desarmada como para bodas y fiestas. La cosa daba muestra de alegría y seguridad mas que de miedo; con todo eso fué preso por el Rey desleal, que se halló en el lugar aplazado con gente y con armas. Desta prision fué librado por astucia de doña Sancha, por cuyo amor cayera en aquel trabajo, y con ella huyó á su tierra. Encontraron con él los soldados castellanos en la frontera de Castilla y en aquella parte de la Rioja do despues se edificó el pueblo de Villorado; que iban juramentados de no volver á sus casas antes que el Conde recobrase su libertad. Fueron grandes las muestras de alegría y regocijo de ambas partes, del Conde y de sus buenos vasallos. Llegados á Búrgos, se celebraron las bodas. El rey de Navarra, engañado por la astucia de su hermana, se apercebía para la guerra. El Conde no rehusó la batalla, que se dió á las fronteras de Castilla y de Navarra. Fué el Rey vencido, y vino en poder de su enemigo el año 969. El mismo año, que fué el de los árabes 350, Abderraman, rey de Córdoba, murió siendo muy viejo; poco antes que muriese le envió una magnífica embajada el rey don Sancho de Leon. El principal de los embajadores, que era Velasco, obispo de Leon, le pidió por el derecho de la amistad que antes tenían asentada entre los dos le enviase el cuerpo del mártir Pelagio, que lo tendría por singular beneficio. Abderraman no quiso venir en lo que se le pedía, pero no mucho despues lo concedió Albaca, su hijo y sucesor, el cual por la muerte de su padre reinó diez y siete años y dos meses; y con deseo de la paz, á que era inclinado, pretendía hacer placer y cortesía á los príncipes comarcanos. Don Garcia, rey de Navarra, despues que estuvo preso en Búrgos trece meses, fué restituido en su libertad. Las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de los otros príncipes aplacaron el ánimo airado del Conde. La reina doña Teresa, mujer de ánimo feroz, por no habeille sucedido como pretendia el engaño que tenia urdido contra el conde de Castilla, se determinó armalle nuevos lazos. Persuadió á don Sancho, su hijo, rey de Leon, llamase el Conde á las Cortes generales del reino con voz que quería en ellas tratar de los negocios mas graves de su estado. Fué él contra su voluntad, porque sospechaba engaño; el Rey no le salió á recibir como antes, y puesto de rodillas para besar como era de costumbre su real mano, con palabras afrentosas desechándole de sí, mandó ponerle en prision. Por esta causa gran tristeza y lloro entró en los ánimos de los buenos vasallos del Conde. Doña Sancha, hembra varonil y de ingenio astuto, con deseo de librar á su marido, se aprovechó desta maña. Finge que quiere ir en romería á Santiago; era el camino por Leon donde tenían el Conde preso; el Rey, avisado de su venida, como á tan noble dueña y tia suya, la salió á recibir y la hos-

pedó amorosamente. Ella con grandes ruegos pidió licencia para visitar á su marido; no podia ser cosa mas honesta ni mas justa que el deseo que mostraba de consolarle. Permitted el Rey que aquella noche se quedase con él; á la mañana antes que fuese bien claro, el Conde, vestido de las ropas de su mujer, como si ella fuera, salió de la cárcel, y en un caballo que para esto tenían aprestado se fué á su tierra. Doña Sancha desde la cárcel, en que se quedó en vez de su marido, avisó al Rey cómo el Conde era huido; que perdonase á ella como á persona de sangre real y deuda suya, que no era justo rehusar algun poligro por causa de su marido y por salvalle; lo que por esta causa habia hecho era digno, si no de loa, á lo menos de perdon; que la principal virtud de los reyes consiste en levantar á los miserables y caidos. El Rey doliose al principio del engaño; despues sosegada la saña con la razon, alabó la piedad y el valor de aquella señora, su astucia y la constancia de su ánimo; en conclusion, honrándola con muchas palabras, mandó fuese llevada á su marido con grande acompañamiento. El Conde, alegre por lo sucedido, dado que pudiera romper la guerra contra aquel Rey como contra enemigo, contentóse con pedirle lo que por el caballo y el azor se le debia. Habia crecido grandemente la deuda por la dilacion. Como no le pagasen, talaba los campos de los leoneses sin desistir de hacer mal y daño hasta tanto que el Rey envió sus contadores para hacer la paga enteramente. Llegados á cuenta, hallaron que no bastaban los tesoros reales para pagar. Concertóse que en recompensa de la deuda Castilla quedase libre sin reconocer adelante vasallaje á los reyes de Leon. Este asiento dicen que se tomó año de nuestra salvacion de 965. En el mismo año un grueso ejército de moros rompió por el reino y puso cerco á Leon; mas fueron por el esfuerzo de la guarnicion y ciudadanos rechazados con grave daño. Del Océano grandes llamas, causadas, á lo que se entiende, de algun aspecto malino de las estrellas, se derramaron sobre las tierras cercanas y hasta Zamora, tanto cundieron, abrasaron muchos pueblos y campos; anuncio de mayores males, segun que el pueblo lo pronosticaba. Don Garci Sanchez, rey de Navarra, falleció el año siguiente de 966; dejó de su mujer, doña Teresa, á don Sancho y don Ramiro, asimismo tres hijas: á doña Urraca, doña Hermenesilda y doña Teresa. En qué parte haya sido enterrado no se sabe; algunos sospechan que en el monasterio de San Salvador de Leire. El *Cronicon alveldense* dice que en el castillo de Santisteban, lo cual tengo por mas cierto. El reino se dió á don Sancho Garcia, hijo del difunto, y junto con él á don Ramiro, su hermano; si dividido ó como á compañeros y de igual poder, no se declara; lo que se averigua por el dicho *Cronicon alveldense*, que se escribió por este mismo tiempo, es que reinó don Ramiro mas de diez años; no parece fué casado, por lo menos que murió sin sucesion hay grandes conjeturas, certidumbre ninguna. Don Sancho, que se intitulaba, como se ve por los privilegios antiguos, rey de Pamplona, Najara y Alava, tuvo el reino veinte y siete años, sin saberse dél otra cosa digna de memoria por descuido de los escritores de aquel tiempo. Solo consta que añadió á su reino el señorío de Vizcaya y á Najara, que en aquel tiempo era la ciudad principal y silla de aquel estado. Da

muestra que fué amigo de aumentar el culto divino la grande liberalidad con que dió diversos campos y pueblos al monasterio de San Salvador de Leiro, al de San Millán en Najara, y al de San Juan de la Peña. Su mujer se llamó doña Urraca, de quien tuvo á don Garci Sanchez, su hijo, llamado Trémulo, porque solia al principio de la pelea temblar mas que parece sufría el grande ejercicio que tenia de las armas y la dignidad real, vicio y falta de su natural, que solia recompensar con notables hazañas; luego que entraba en la pelea y en calor cumplia con lo que debía á buen soldado y prudente capitán. En Galicia hobo nuevos bullicios por estar aquella provincia dividida en parcialidades muy fuera de sazón, pues tenian tanto que hacer en la guerra de los moros. La causa destes alborotos no se refiere, solo dicen que por diligencia del Rey fueron en breve sossegados estos movimientos; castigó algunos de los alborotados; otros fueron echados y desterrados á aquella parte de la Lusitania que estaba en poder del Rey, como á frontera. Tenia el gobiernó de aquella tierra un cierto conde, llamado Gonzalo, hombre mal intencionado. Este, en defensa de los desterrados, por ser de su parcialidad, tomó las armas contra el Rey, y llegó con ellas hasta la ribera de Duero. Allí, desconfiado de las fuerzas, acordó valerse de engaño; alcanzó perdon de lo hecho por ruegos muy grandes. Habia sido muy familiar del Rey en otro tiempo; recibióle en el mismo lugar y grado que antes; con que tuvo comodidad de dar al Rey una manzana emponzoñada con yerbas mortales; la fuerza del veneno, luego que la comió, se derramó por las venas y comenzó á apoderarse de las partes vitales. Mandóse llevar á Leon, pero desahuciado de los médicos, rindió el alma antes de llegar, cerca de aquella ciudad, tres dias despues que le emponzoñaron, el año de 967. Su cuerpo enterraron en la iglesia de San Salvador de Leon. Reinó por espacio de doce años.

CAPITULO VIII.

De don Ramiro el Tercero, rey de Leon.

Averiguado es que el rey don Sancho casó con doña Teresa, asimismo que don Ramiro era de cinco años cuando su padre murió. Tuvo el reino por espacio de quince años, pero por su tierna edad el gobierno estuvo en poder de la Reina, su madre, y de doña Elvira, su tia, que otros llaman Geloira, hembras muy señaladas y de singular prudencia, si bien por ser el Rey pequeño y ellas mujeres se levantaron grandes alteraciones. El sucesor de Ermigildo, prelado de Compostella, que se llamaba Sismando y era hijo del conde Menendo, porque confiado en su nobleza gastaba torpemente las rentas eclesiásticas y la hacienda, el rey don Sancho le removió y puso en prision, eligiendo en su lugar á Rodesindo, que fué primero obispo dumienense y despues monje de San Benito en el monasterio de Celanova. Era de sangre real y hijo del conde Gutierre Arias y de Aldara, su mujer. Sismando por la muerte del rey don Sancho fué puesto en libertad, y salido que hobo de la cárcel, se apoderó por este tiempo de la iglesia compostellana, y forzó á su sucesor por miedo de la muerte á que renunciase y se volviese á su monasterio, en que pasó lo mas de su edad muy contento

de verse libre. Allí acabó santísimamente; y en diversas partes celebran su fiesta á 1.º de marzo, que es el dia que falleció, año de 976. Tenian los de Leon puesta amistad con el rey de Córdoba, y de nuevo se confirmó por causa que el rey de Córdoba, Alhaca, en gracia del nuevo rey don Ramiro le concedió el cuerpo del mártir Pelagio. Pusieronle en el monasterio que á sus expensas en Leon edificara el rey don Sancho, y deseaba aumentar la devocion de aquella iglesia con las sagradas reliquias deste mártir. Este monasterio se llamó antiguamente de San Juan Bautista, despues de San Pelagio ó Pelayo; al presente tiene la advocacion de San Isidoro. La causa de mudar los apellidos fué la translacion que á él en diversos tiempos se hizo de los cuerpos de aquellos dos santos. Alteróse la paz y avenencia con esta ocasion á persuasion de don Vela, el cual dijimos haber huido á Córdoba, y por su importunidad los moros deseaban hacer guerra contra el conde de Castilla y satisfacerse de tantos agravios como dél tenian recibidos. El rey Alhaca, dado que era mas inclinado á la paz que á la guerra, movido por la instancia que en esta razon le hicieron los suyos, con un grueso ejército que juntó rompió por las tierras de Castilla; apoderóse de Sepúlveda, Gormaz, Simancas y Dueñas, y animado con el buen suceso, menospreciada la confederacion que tenia con el rey de Leon, se metió y rompió por su reino, tomó en aquellas partes por fuerza á Zamora y la echó por tierra. La molestia que el conde Fernán Gonzalez recibió destas cosas le acarrió su fin el año siguiente, que se contó de nuestra salvacion 968. Falleció en Búrgos, fué sepultado á la ribera de Arlanza. En aquel monasterio de San Pedro, junto al altar mayor se ven las sepulturas dél y de su mujer doña Sancha con sus letreros, que declaran cuyos son. Las exequias fueron célebres, no mas por el aparato, quebranto y lutos de los suyos que por las lágrimas de toda la provincia, que lloraba la muerte de tan bueno y tan fuerte príncipe, por cuyo esfuerzo las cosas de los cristianos se conservaron por tanto tiempo. Tuvo de dos mujeres estos hijos: Gonzalo, Sancho, Garci Fernandez, otros añaden á Pedro y á Balduino. Lo que consta es que Garci Fernandez sucedió á su padre por ser los demás muertos en tierna edad, ó si eran vivos, le antepusieron en la sucesion á causa de su buen natural y principios que mostraba de grandes virtudes, que en breve se aumentaron y dieron colinado fruto. Dejó asimismo una hija, llamada doña Urraca, de quien poco antes diversas veces se ha hecho mencion. Por el mismo tiempo los normandos, que tenian su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, ahora Normandia, y por diligencia de Herveo, obispo de Rems, algunos años antes deste se hicieron cristianos, como estuviesen acostumbrados á robar las riberas de España, juntaron este año una gruesa armada con que maltrataron las tierras de Galicia, quemaron aldeas, castillos y lugares, cautivaron muchos hombres, robaron asimismo todo lo que hallaban; duró dos años esta plaga. El Rey por su tierna edad no podia acudir á la defensa. Sismando, prelado de Compostella, hombre mas para soldado que para obispo, juntado que hubo un número de los naturales, en un rebate que dió al enemigo cerca de un pueblo

llamado Fornellos fué muerto con una saeta que le tiraron. Sucedió esto á 29 de marzo, año de 979; el fin fué conforme á la vida. Lo que con razon se puede en él alabar es que procuró diligentemente de cercar á Santiago de murallas á propósito de poner en defensa aquel tan santo lugar que no le pudiesen forzar los enemigos. El conde Gonzalo Sanchez, nombrado por capitán para aquella guerra, se gobernó mejor. Acometió de sobresalto cerca de la mar á los normandos, que cargados de despojos marchaban sin orden y sin recelo, y hizo en ellos gran matanza. Pereció en la refriega el mismo general de aquella gente, llamado Gunderedo; quitóles la presa y los cautivos; las naves otrosí sin faltar una les fueron, unas tomadas, quemadas otras, con que quedó libre España de gran peligro y cuidado. En Córdoba por el mismo tiempo falleció el rey Alhaca el año de 976, de los árabes 366. Este año el moro Rasis envió sus *Comentarios*, que escribió en arábigo de las cosas de España á Balharab, miramamolín de Africa, á cuya persuasión y por cuyo mandado los compuso. Dejó Alhaca ocho hijos, todos de pequeña edad y muy niños. Los moros no se concertaban en el que debía suceder; remitiéronse al miramamolín de Africa, por cuyo orden Hisem fué antepuesto á sus hermanos, aunque no tenía mas que diez años y cuatro meses. Reinó treinta años y cuatro meses solo de nombre, porque el gobierno y poder tenía Mahomad, hombre sagaz, que se llamó Alhagib, que quiere decir virey, por voluntad de los grandes, y tenía mano en todo. El mismo despues se llamó Almanzor, que quiere decir vencedor, por las muchas victorias que ganó de los enemigos. De aquí nacieron entre aquella gente alteraciones civiles, como es ordinario cuando el rey pasa la vida en ociosidad, en deleites y deportes, y reinan otros en su nombre. Además que con la abundancia de España, templanza del cielo, blandura de los naturales, ya la ferocidad de los ánimos, con que aquella gente vino á España, se había menguado y quitado mucho de las fuerzas del cuerpo. No pararon estas discordias hasta que Hisem fué despojado del reino paterno. El estado de nuestras cosas no era mejor, á causa que por haberse el Rey criado en regalo y entre mujeres tenía las costumbres estragadas y en el ánimo poco valor. Demás desto, la reina doña Urraca, con quien el rey don Ramiro casó el año 981, estaba apoderada de su marido. Menospreciaba los consejos de su madre y de su tía doña Elvira, virgen consagrada á Dios, por cuyo respeto algun tanto al principio se solía enfrenar. Daba audiencia de mala gana, las respuestas ásperas; con esto irritó los nobles de Galicia, hombres de feroz natural. Destos principios cayó en menosprecio de los suyos, y se dió ocasion á los revoltosos de alterar el reino. Los primeros que se alteraron fueron los gallegos, como los mas desabridos. Don Bermudo, primo del Rey y hijo del rey don Ordoño, tercero deste nombre, se hizo capitán y cabeza de los alterados con esperanza de recobrar por las armas el reino de su padre, que pretendia le quitaran á gran tuerto. El rey don Ramiro, por este peligro al cabo despierto del sueño, acudió á la necesidad. Hízose la guerra dos años con diferentes sucesos y trances. Estaban divididas las voluntades del reino entre los dos. Últimamente, se dió la batalla cerca de un lu-

gar llamado Portela Arenaria, no léjos de Monterroso. Murieron muchos de ambas partes sin que la victoria se declarase. Despues desta batalla de tal manera se dejaron las armas, que Galicia quedó por don Bermudo, que puso en Compostella el asiento y silla de su nuevo reino. Fué hecho obispo de aquella ciudad por voluntad de don Bermudo Pelayo, obispo que era de Lugo, hijo del conde Rodrigo, hombre de malas costumbres, por donde adelante le quitaron el obispado, y pusieron en su lugar á Pedro Mansorio, monje y abad de conocida virtud. En tiempo deste buen prelado volvieron á la iglesia compostellana todas las cosas y heredades que por las revueltas de los tiempos pasados le quitaron. El conde don Rodrigo, con deseo de restituir á su hijo en aquella dignidad, llamó los moros en su ayuda. Miserable era el estado de las cosas, y grande la afrenta de la religion cristiana. Con el ímpetu y armas de los bárbaros fué Galicia muy maltratada; la misma ciudad de Compostella fué tomada, y una pared del templo de Santiago echada por tierra. No tocaron en el sepulcro del Apóstol, no se sabe la causa, solo consta que Santiago volvió por su silla y su templo y castigo gravemente aquel desacato; porque con una enfermedad de cámaras que anduvo por todo el ejército, pereció con muchos dolores gran parte de aquella morisma. El mismo Almanzor, como preguntase la causa de tan grande estrago, y cierto hombre le respondiese que uno de los discípulos del Hijo de María tenían allí sepultado, determinó dejar aquella empresa. No pudo llegar á su tierra, ca murió de la misma enfermedad en Medinaceli, pueblo conocido en los celiberos, á la raya de Aragon. Por otra parte, con nuevas entradas que hicieron los moros, ganaron muchos lugares de los nuestros, esto es, á Gormaz cerca de Osma, y á Atienza; en Castilla la Vieja Simancas despues de un largo cerco fué tomada, y vencido el rey don Ramiro, que vino á socorrer los cercados. Nunca se vió España en mayor peligro despues que comenzó á levantar cabeza; los nuestros divididos entre sí, grave daño; el Alhagib, capitán de gran nombre y que lo gobernaba todo por los reyes de Córdoba, ardía en odio implacable del nombre cristiano. Partidos los moros, la pared de la iglesia de Santiago se reedificó por diligencia del rey don Bermudo y de su prelado Pedro Mansorio; y fué el templo reconciliado con solemne ceremonia, como se acostumbra, por quedar profanado con la suciedad de la supersticion morisca. A Pedro sucedió en aquella iglesia Pelayo Diaz, de juez seglar repentinamente mudado en obispo por malas mañas y fuerza de que usó. Fué pues depuesto este prelado porque era de costumbres insolentes y no daba orejas á nadie. En su lugar sucedió su hermano Vimara, de vida semejante, que, ó acaso, ó por traicion de alguno, murió ahogado en el rio Miño. Eran aquellos tiempos muy estragados; las costumbres de los sacerdotes muy livianas, no solo en España, sino al tanto en las otras partes del orbe cristiano. La misma Roma, cabeza de la Iglesia y albergó de la santidad, padecía un grave cisma. Bonifacio y Benedicto y Juan pleiteaban sobre el pontificado; cada cual tenia sus valedores y razones que en su favor alegaba. Cuánta fuese la corrupcion de las costumbres, de Luitprando, diácono ticinense, que escribió como testigo lo que veia y pa-

saba, se puede entender. A Vimara sucedió otro del mismo linaje, cuyo nombre no se refiere; algunos có-dices le llaman Iscuraria; sospecho que la letra está errada. Este, como no fuese nada mejor que sus dos parientes, por mandado del Rey fué preso. Volvamos á don Ramiro, que pasaba en ociosidad y descuido toda la vida; gran perjuicio en los príncipes, cuyo oficio principal es por sí mismos acudir á las armas; en este estado le tomó la muerte; falleció en Leon el año 982. Sepultaron su cuerpo en el monasterio de Destriana, que, como se dijo arriba, le edificó el rey don Ramiro, su abuelo, en el valle ornense con advocacion y en nombre de San Miguel. De allí por mandado del rey don Fernando, segundo deste nombre, como docientos años adelante le trasladaron á la iglesia mayor de Astorga. Sampiro, obispo de Astorga, de quien hemos tomado muchas cosas en lo pasado, hizo fin á su escritura y historia en este lugar. Pasa adelante Pelagio, obispo de Oviedo, que vivió en tiempo de don Alonso el Emperador. El crédito de entran-bos, por haberse en muchas de las cosas que cuentan, es grande, aunque el de Sampiro se tiene por mayor, y él mismo por autor mas grave.

CAPITULO IX.

De don Bermudo el Gotoso, rey de Leon.

Por la muerte de don Ramiro la sucesion tornó y recayó en don Bermudo, segundo deste nombre, así por derecho de consanguinidad, que era primo hermano del Rey muerto, como por estar por fuerza apoderado de parte del reino. Tuvo el reino diez y siete años, fué enfermo y sujeto á la gota, por la cual causa fué llamado el Gotoso. Confirmó con nuevo edicto que publicó las leyes antiguas de los godos, y mandó que los cánones de los pontífices romanos tuviesen vigor y fuerza en los juicios y pleitos seculares, que fué una ordenacion santísima. Pero antes de comenzar las cosas deste Rey conviene tratar de Garci Fernandez, conde de Castilla, del cual consta que al principio que tomó el gobierno la rebelion del rio Duero de Santisteban de Gormaz á la ribera del rio Muerco. Murió gran número de moros, los demás se salvaron por los pies. Aconteció en aquella batalla una cosa digna de memoria. Fernan Antolinez, hombre noble y muy devoto, oía misa al tiempo que se dió señal de acometer, costumbre ordinaria suya antes de la pelea; por no dejarla comenzada, se quedó en el templo quando se tocó al arma; esta piedad cuán agradable fuese á Dios se entendió por un milagro. Estábase primero en la iglesia, despues escondido en su casa temia no le afrentasen como á cobarde. En tanto otro á él semejante, es á saber, su ángel bueno, peleaba entre los primeros tan valientemente, que la victoria de aquel día se atribuyó en gran parte al valor del dicho Antolinez. Confirmaron el milagro las señales de los golpes y las manchas de la sangre que se hallaron frescas en sus armas y caballo. Así publicado el caso y sabido lo que pasaba, quedó mas conocida la inocencia y esfuerzo de Antolinez. El conde Garci Fernandez, despues desta guerra y jornada, se dice casó con dos mujeres; la una se llamó Argentina, de cuya apostura se enamoró al tiempo que su padre, hombre noble y francés de nacion, la traía en romería

juntamente con su madre á Santiago. Seis años despues estando el Conde, su marido, enfermo en la cama, ó por aborrecimiento que le tenía, ó con desseo de la patria, se volvió á Francia con cierto francés que tornaba de la misma romería; así lo dicen nuestras historias. El Conde, recobrada la salud y dejando en el gobierno de su estado á Egidio y á Fernando, hombres principales, en traje disfrazado se fué á aquella parte de Francia donde entendia que Argentina moraba. Tenia Argentina una antena, llamada Sancha, que, como suele acontecer, estaba mal con su madrastra. Esta, con esperanza que la dieron de casar con el Conde ó por liviandad, como mujer, le dió entrada en la casa. Mató el Conde en la cama á Argentina y al adúltero, y con tanto llevó á la dicha Sancha consigo á España. Hicieron-se las bodas de los dos con grande aparato y regocijo en Búrgos. Muchos tienen todo esto por falso, y afirman que la mujer deste Conde se llamó Oña, movidos por el monasterio de San Salvador de Oña, que dicen el conde Garci Fernandez edificó en Castilla del nombre de su mujer. Otros afirman que se llamó Abba, como lo muestran los letreros antiguos de los sepulcros destos condes que hay en Arlanza y en Cardaña; la verdad ¿quién la averiguará? Mas podemos sin duda maravillarnos de tanta variedad que determinar lo que se debe seguir. No tiene mejor fundamento lo que se dice que en una entrada que hicieron los moros en el tiempo que el Conde se ausentó, llegaron hasta Búrgos y destruyeron el monasterio de San Pedro de Cardaña con muerte de los monjes; otros dicen que esto sucedió cien años antes deste tiempo, si por ventura no se padeció este daño dos veces. En la Rioja y en un pueblo llamado Bosa, Nunilon y Alodia, hermanas, fueron muertas por la fe. Sus cuerpos dicen algunos que fueron llevados á Boloña, ciudad de Lombardía; otros lo contradicen, como queda arriba dicho. Demás desto, Victor, natural del lugar de Cereso, tierra de Búrgos, y Eurosia, vírgen, padecieron por la misma causa. El cuerpo de Eurosia está en la ciudad de Jaca; el sepulcro de san Victor en el lugar de Villorado es honrado con fiesta que cada año le hacen. Los bárbaros en este tiempo no solo con los hombres parecía que traían guerra, sino que peleaban asimismo con el cielo y con la santidad cristiana. No faltaron hombres y mujeres de ánimos excelentes y grandes que se ofreciesen á la pelea por la religion de sus padres, y con su sangre diesen excelente testimonio de la verdad de la fe de Cristo. Dios asimismo á veces castigaba severisimamente la crueldad y arrogancia de aquella gente fiera; ordinariamente con la impiedad se acompañaba la severidad en la venganza para espantar á los malos y animar á los buenos, como por el mismo tiempo aconteció á Alcorreji, rey de Sevilla. En tiempo del rey don Bermudo, con una entrada que hizo por la parte de Lusitania en Galicia, forzó y destruyó la ciudad de Compostella, que es la mas principal de aquella tierra, venerable por la santidad del lugar y su devocion. Este impío atrevimiento fué luego castigado por Dios, porque una peste repentinamente se levantó y extendió por los moros de manera tal, que consumió todo el ejército; muy pocos volvieron salvos á sus tierras para serregoneros de la divina venganza y verdaderos testigos del estrago miserable. Pasado este peligro, hobo en España nuevos trabajos,

tanto, *queningunos* mayores despues que ella comenzó á volver en sí. La causa destes males fué la discordia obstinada de los dos principes, el rey don Bermudo y el conde don Garcia, que fuera mas justo se acordaran en ayudar á la república. Gobernaba en Córdoba las cosas de los moros á su voluntad en nombre del rey Hissem el Alhagib Mahomad, capitán de gran nombre, de singular prudencia en guerra y en paz. Tenia este moro gran desco de destruir los cristianos; llevaba muy mal que su imperio en España se dilatase y que se envejeciesen las fuerzas de los moros, y su nación se menoscabase, su crédito y sus fuerzas. Ponia leña al fuego y atizábale don Vela, aquel de quien se dijo que en tiempo del conde Fernan Gonzalez se huyó á tierra de moros. No tenia algun respeto á la religion de sus padres por desco de su provecho particular y de vengarse. Juntadas pues las gentes de los moros, con un escuadron de cristianos que acompañaban á don Vela acometió las tierras de cristianos, y pasado el rio Duero, que por largo tiempo fué frontera entre las dos naciones, de que se dijo aquella parte Extremadura, apellido que adelante se trasladó y trasfirió á otra comarca, si bien está lejos del rio Duero, del cual al principio se forjó el nombre de Extremadura, asentó sus reales á la ribera del rio Astura ó Estola, que pasa por Leon. El rey don Bermudo, dado que en fuerzas era mas flaco, juntado arrebatadamente su ejército, acometió de sobresalto á los enemigos, que estaban sin centinelas, y de ninguna cosa menos cuidaban que de la venida de los nuestros, que entraron los reales enemigos. La pelea fué sin orden ni concierto á manera de rebato; muchos por estar sin armas fueron muertos; los demás moros, como acaso cada uno se juntaba, peleaban, ó delante de los reales, ó entre el mismo bagaje; unos huían, otros tomaban las armas, gran parte fueron heridos y muertos. En este estado y en este peligro el capitán moro reparó el daño con su prudencia; recogió los que pudo, písolos en otra parte en ordenanza, y con ellos cargó contra los cristianos, que no fueron bastantes á resistir en aquel trance, por ser pocos en número, estar desparcidos por todos los reales y cansados con el largo trabajo de la pelea. Finalmente, en un instante se trocó la fortuna de la batalla; los que parecia haber vencido se pusieron en huida; siguiéronlos los bárbaros, y ejecutaron el alcance de guisa que pocos de los nuestros sanos, gran parte mal heridos volvieron á Leon. Fuera aquella ciudad tomada por los enemigos si no les forzara el invierno y el trabajo del frio y de las lluvias á partirse del cerco con gran honra que ganaron en esta jornada y cargados de despojos y presa, determinados otrosí de volver á la guerra luego que el tiempo abriese y les diese lugar. El rey don Bermudo, por el peligro que amenazaba y por la poca fortaleza de la ciudad, hizo trasladar á Oviedo las reliquias de los santos y los cuerpos de los reyes que allí yacian, porque no fuesen escarnecidos de los enemigos si la tomaban. El mismo se fué á aquella ciudad; el cuidado de fortificar y defender á Leon dejó encargado al conde Guillen Gonzalez. Concurrió esta batalla de Astúrias con el año 984, en el cual Miron, obispo de Girona, hijo de Miron, conde de Barcelona, falleció. Demás desto, un grueso ejército de moros que andaba por aquella comarca, tan grande era el coraje que tenían, vencieron en batalla cerca del cas-

tillo de Moncada á Borello, primo del obispo Miron; mas de quinientos de los fieles perecieron, los demás con el conde Borello se retiraron huyendo á Barcelona. El año siguiente de 985 fué señalada por el desastre que avino á dos principales ciudades, Leon y Barcelona. A Barcelona sitiaron los moros 1.º dia de julio, que fué miércoles, indiccion tercera, aquellos mismos que en batalla vencieron á Borello; tomaronla á 6 de aquellos meses; muchos de los ciudadanos fueron llevados á Córdoba por esclavos, mas en breve la ciudad volvió al señorío de los cristianos. Salióse Borello antes que la tomasen para juntar gente de socorro; levantó gentes en Manresa y en los lugares comarcanos, con que formó un buen ejército y con él recobró la ciudad. Murió el buen conde Borello ocho años adelante; dejó de dos mujeres, llamadas Ledgardi y Aimerudi, dos hijos, que fueron Raimundo y Armengaud; el mayor quedó con el principado de Barcelona, á Armengaud nombró y hizo por su testamento conde de Urgel, y fué principio de la familia nobilísima en Cataluña de los Armengaudos ó Armengoles, que el tiempo adelante dió muchos y excelentes capitanes para la guerra. Por otra parte, el Alhagib Mahomad, juntado que hobo un grueso ejército de nuevo, hecho mas insolente y feroz por lo que sucedió en la guerra pasada, volvió sobre Leon con voluntad determinada de tomarla. Casi un año estuvo aquella ciudad cercada; batian ordinariamente los muros con las máquinas e ingenios, hicieron entradas por la parte de poniente y mediodía. De cuánto momento sea el esfuerzo de un valeroso caudillo se echó bien de ver por lo que el conde Guillen Gonzalez, que era el capitán, hizo. Por el continuo trabajo de tantos meses, quebrantadas las fuerzas, yacía en su lecho enfermo; avisáronle del peligro en que en cierto aprieto se hallaban; hízose llevar en una silla á aquella parte del muro donde era mayor el trabajo y el combate mas recio; amonesta á los suyos que resistan con grande ánimo, que lugar de huir no quedaba ni aun para los cobardes; por tanto con las armas defendiesen las vidas, patria, religion, libertad, mujeres y hijos, que de otra suerte ninguna esperanza les restaba, por estar los enemigos irritados con tan largo trabajo y ellos sin acogida ninguna; muchas veces gran muchedumbre de moros en batalla quedaron vencidos por pocos cristianos; llamasen el ayuda de los santos, que á su tiempo sin duda no faltaria. Con estas palabras animados los soldados tres dias impidieron la entrada á los enemigos; estos pasados, como el capitán viese entrada la ciudad y que él con pocos no podia resistir, no olvidado de su esfuerzo pasado y de lo que debía á buen cristiano, se metió en lo mas recio de la pelea y murió con las armas en la mano. Los bárbaros, irritados por la muerte de los suyos y largura de aquel cerco, sin tener cuenta ni hacer diferencia entre hombres, niños y mujeres, todos los pasaron á cuchillo; la ciudad fué saqueada, abatidas las murallas y todas las fortificaciones y baluartes echados por tierra. El mismo desastro padecieron Astorga, Valencia del Campo, el monasterio de Sahagun, Gordon, Alba, Luna y otros lugares y aldeas, que fueron unos quemados y destruidos, parte tomados por fuerza y saqueados. Revolvieron contra Castilla, y en ella asimismo tomaron, quemaron y saquearon á Osma, Berlanga, Atienza; no se podia resistir en parte alguna. Sin embargo, era tan

grande el furor y locura que se apoderara de los ánimos de los cristianos, que sin respeto de tan gran guerra como tenían de fuera, vueltas contra sí las armas, como locos y sandios no miraban el peligro que todo corría por causa de sus desgustos y diferencias. Fué así, que luego el siguiente año siete nobilísimos hermanos, que vulgarmente llaman los Infantes de Lara, fueron muertos por alevosía de Ruy Velazquez, su tío, sin tener cuenta con el parentesco, que eran hijos de su hermana doña Sancha, y de parte de padre venían de los condes de Castilla y del conde don Diego Porcellos; de cuya hija, como de suso queda dicho, y de Nuño Belchides nacieron Nuño Rasera, bisabuelo del conde Garci Fernandez, y otro hijo llamado Gustio Gonzalez. Este caballero fué padre de Gonzalo Gustio, señor de Salas de Lara, y sus hijos estos siete hermanos conocidos en la historia de España, no mas por la fama de sus proezas que por la desastrada muerte que tuvieron. En un mismo día los armó caballeros el conde don Garcia conforme á la costumbre en aquellos tiempos recibida, en particular en España. Aconteció que Ruy Velazquez, señor de Billaren, celebraba sus bodas en Búrgos con doña Lambra, natural de tierra de Briviesca, mujer principal, y aun prima carnal del conde Garci Fernandez. Las fiestas fueron grandes y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci Fernandez y los siete hermanos con su padre Gonzalo Gustio; encendióse una cuestion por pequeña ocasion entre Gonzalo, el menor de los siete hermanos, y un pariente de doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo que Lambra, como la que se tenia por agraviada con aquella riña, para vengar su saña en el lugar de Barbadillo, hasta donde los hermanos por honrilla la acompañaron, mandó á un esclavo que tirase á Gonzalo un cohombro mojado ó lleno de sangre; grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España. El esclavo se quiso valer de su señora doña Lambra; no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida. Ruy Velazquez, que á la sazón se hallaba ausente ocupado en cosas de importancia, luego que volvió, alterado por aquella injuria, y agraviado por la afrenta de su mujer, comenzó á tratar de vengarse de los hermanos. Parecióle conveniente con muestra de paz y benevolencia, cosa la mas perjudicial, armar sus lazos á los que pretendía matar. Primeramente dió orden que Gonzalo Gustio fuese á Córdoba; la voz era para cobrar ciertos dineros que el Rey bárbaro habia prometido; la verdad, para que fuese muerto lejos de su patria, como Ruy Velazquez rogaba al Rey que hiciese, con cartas que le escribió en esta razon en arábigo. El Moro, ó por compasion que tuvo á las canas de hombre tan principal, ó por dar muestra de su benignidad, no le quiso matar; contentóse con ponerle en la cárcel. Era la prision algo libre, con que cierta hermana del rey tuvo entrada para comunicalle. Desta conversacion dicen que nació Mudarra Gonzalez, principio y fundador del linaje nobilísimo en España de los Manriques. No se contentó el feroz ánimo de Ruy Velazquez con el trabajo de Gonzalo Gustio; llevó adelante su rabia. Cerca de Almenara, en los campos de Araviana, á las haldas de Moncayo, metió con nuestra de hacer entrada en la tierra de los moros en una celada á los siete hermanos, bien descuidados

de semejante traicion. Bien que Nuño Salido, su ayo, por sospechar el engaño procuró apartallos para que no corriesen á su perdicion; pero fué en vano, porque así lo quiso ó lo permitió Dios. Iban con ellos docientos de á caballo, pocos para el gran número de los moros que cargaron. Descubierta la celada, los siete hermanos pelearon como buenos, dieron la muerte á muchos, pretendian vencer si pudiesen ó por lo menos vender sus vidas muy caro y dejar á los enemigos la victoria á costa de mucha sangre, resueltos de no dejarse prender ni afean con el cautiverio la gloria y nobleza de su linaje y sus hazañas pasadas. Murieron todos siete y juntamente Salido, su ayo. Las cabezas enviaron á Córdoba en presente agradable para aquel Rey; pero muy triste para su padre viejo, ca se las hicieron mirar y reconocer sin embargo que llegaron podridas y desfiguradas. Verdad es que sucedió en provecho suyo en alguna manera, ca el Rey, por compasion que le tuvo, le dejó ir libre á su tierra, Mudarra, habido en la hermana del Rey fuera de matrimonio, ya que era de catorce años, por persuasion de su madre se fué para su padre, y adelante vengó las muertes de sus hermanos con dalla á Ruy Velazquez, causa de aquel daño. Doña Lambra, su mujer, ocasion de todos estos males, fué apedreada y quemada. Con esta venganza que tomó de las muertes de sus hermanos ganó las voluntades de su madrastra doña Sancha y de todo su linaje de tal guisa, que heredó el señorío de su padre. Prohijóle otrosí doña Sancha, su madrastra; la adopcion se hizo en esta manera, aunque grosera, pero memorable. El mismo día que se bautizó y fué armado caballero por el conde de Castilla Garci Fernandez, su madrastra, resuelta de tomalle por hijo, usó desta ceremonia: metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el rostro, con que le pasó á su familia y recibió por su hijo. Desta costumbre salió el refran vulgar: entra por la manga y sale por el cabezon; dicese del que siendo recibido á trato familiar cada día se ensancha mas. Hijo de Mudarra fué Ordoño, y nieto Diego Ordoñez de Lara, aquel con quien los hijos de Arias Gonzalo, para librar á su patria de la infamia de traicion que le cargaban por la muerte del rey don Sancho, que le mató con un venablo Vellido Dolfó, pelearon en desafio y hicieron con él campo. Deste Diego Ordoñez fué hijo el conde don Pedro, conocido por los amores y aficion que la reina doña Urraca le mostró. Su nieto fué Amalarico de Lara, señor de Molina, de quien procedió el linaje de los Manriques y aun de los reyes de Portugal de parte de madre, por haber casado Malfada, hija de Amalarico, con don Alonso, primero deste nombre y primer rey de Portugal, si bien hay quien diga que Malfada fué de la casa de Saboya; pero destas cosas se tornará á hablar adelante. En el claustro del monasterio de San Pedro de Arlanza se muestra el sepulcro de Mudarra. Sobre el lugar en que los siete hermanos fueron sepultados hay contienda entre los monjes de aquel monasterio y de San Millan de la Cogulla; ¿qué juez los podrá poner en paz? Estaba sosegada España cansada de tantos males, y mas faltaban tuerzas que voluntad de alterarse. Duró este sosiego hasta tanto que el sétimo año despues que fueron muertos los Infantes de Lara, que fué el año 993 de nuestra salvacion, los moros, toma-

das de nuevo las armas, destruyeron las tierras de la Lusitania; y por aquella comarca entrados en Galicia, tomaron de nuevo por fuerza y pusieron fuego á la ciudad de Compostella. Grande era la enemiga que tenían con aquel santo lugar. No perdonara aquella malvada gente al sepulcro del apóstol Santiago si un resplandor que de repente fué visto no reprimiera por voluntad de Dios sus dañados intentos. Verdad es que las campanas, para que fuesen como trofeo y memoria de aquella victoria, fueron en hombros de cristianos llevadas á Córdoba, do por largo tiempo sirvieron de lámparas en la mezquita mayor de los moros. Siguióse luego la divina venganza; muchos perecieron, parte con enfermedad de cámaras, parte con peste que les sobrevino, parte tambien porque el rey don Bermudo, tomadas las armas, les iba picando por las espaldas, y en todas partes los trabajaba; los daños fueron de suerte, que pocos volvieron salvos á su tierra. El capitán de toda esta jornada, Mahomad Alhagib, que tantas veces libremente acometió las tierras de los cristianos, fué uno de los que escaparon. El mismo año falleció el rey de Navarra don García. Sucedió en su lugar su hijo Garci Sanchez, llamado el Trémulo, como y por la causa que arriba queda tocado. Reinó por espacio de siete años, muy esclarecido por las victorias que ganó en las guerras; fué liberal, ó por mejor decir, pródigo en dar, en que si no hay templanza, suele acarrear daño por agotar la fuente de la misma liberalidad, que son los tesoros públicos, como sucedió á este Rey, y entrar en necesidad de inventar nuevas imposiciones para suplir esta falta. En los archivos de San Millán hay privilegios deste Rey; mas cuánto crédito se les haya de dar, cada uno por sí mismo lo podrá juzgar. Allí se dice que tuvo un hermano llamado Gonzalo, y que junto con su madre doña Urraca tuvo el reino de Aragon; lo que si fué verdad, ó aquel estado y principado duró poco tiempo, ó por morir él sin hijos recayó el señorío en su hermano y descendientes. Alegre don Bermudo, rey de Leon, y ufano por el destroz que hizo de los moros, entró en pensamiento que si los cristianos, de cuyas discordias tantos males resultaban, se confederasen y juntasen en uno sus fuerzas, podrían aprovecharse de los moros y deshacer su poder. Despachó en este propósito sus embajadores al rey de Navarra y al conde de Castilla don García para amonestalles hiciesen liga con él. Deciales que debían moverse por el comun peligro de los cristianos, y si en particular tenían algunos desgustos perdonallos por el bien de la patria; que con las armas comunes, juntos todos, vengasen y enfrenasen los intentos impíos de aquella bárbara gente. A estas embajadas y justísimas demandas fácilmente se acordaron aquellos príncipes. Con esto, de todas las tres naciones formaron un ejército muy grueso. El rey de Navarra no se halló presente por estar ocupado, á lo que se entiende, en concertar las cosas de su nuevo reino. El rey don Bermudo, dado que enfermo de gota, en una litera, y con él el conde don García movieron contra los moros, de quien tenían aviso que, con deseo de rebacerse del daño pasado, levantaban nuevas gentes y eran salidos de Córdoba, y que tulado que hobieron los campos de Galicia y saqueado los pueblos, revolvan hácia Castilla. Cerca de un pueblo llamado Calacanzor, situado en la frontera de Castilla y de Leon,

se dieron vista y juntaron las huestes. Dióse la batalla, que fué muy reñida, hasta que cerró la noche; cayeron muchos de la una parte y de la otra sin quedar declarada la victoria; solo por partirse los moros aquella noche á cerceros atapados dieron muestra que llevaron lo peor y que fueron vencidos por el esfuerzo de los nuestros, especial que la partida fué á manera de huida, como se entendió por los despojos que dejaron en los reales y cosas que por el camino con deseo de apresurarse arrojaban. El pesar que deste revés recibió el Alhagib, general de los moros, fué tal, que de coraje se dice murió en el valle Begalcorax sin querer comer bocado, lo cual sucedió el año 998. Gobernó este capitán las cosas de los moros por espacio de veinte y cinco años por su Rey, que vivía ocioso sin cuidar mas que de sus deportes. Fué hombre animoso, enemigo del ocio, acometió las tierras de los cristianos cincuenta y dos veces, y muchas dellas quedó vencedor. El día mismo que en Calacanzor se dió la batalla, uno en traje de pescador en Córdoba á la ribera de Guadalquivir, con ser tan grande la distancia de los lugares, se dice que cantó en voz llorosa algunas veces en metros arábigos, otras en españoles. En Calacanzor Almanzor perdió el tambor; por donde sospecharon que el demonio en figura de hombre publicó la victoria, en especial que, como pretendiesen los de Córdoba echarle mano, se desapareció y se les fué como sombra. El cuerpo del general difunto llevaron á Medinaceli. Sucedió en el gobierno de aquel reino su hijo Abdelmelic el mismo año que murió su padre, que se contaba de los árabes 393; tuvo aquel cargo y mando por espacio de seis años y ocho meses. Desde este tiempo el reino de los moros, que por esfuerzo de Mahomad se conservara (de tan grande momento es muchas veces una buena cabeza), comenzó manifiestamente á declinar y ir de caída. Las discordias domésticas, peste de los grandes imperios, y el poco gobierno fueron causa deste mal. Abdelmelic, mas amigo de ocio que de guerra, mostró no hacer caso de las semillas y principios de aquella discordia, que debiera al momento atajar. Verdad es que luego que murió su padre acometió á hacer guerra á los cristianos y puso grande espanto; mayormente en la ciudad de Leon todo lo que quedaba entero de la destruicion pasada ó de nuevo se reedificara lo echó Abdelmelic por tierra y lo abatió. Todavía los principios desta guerra fueron para los moros mas alegres que el remate, porque acudió el conde don García, y con su venida forzó los moros á volver las espaldas, y muertos muchos dellos, tornar en pequeño número á su tierra. La desconfianza y miedo que les entró despues deste daño fué tan grande, que no trataron mas de hacer guerra en tanto que Abdelmelic tuvo aquel cargo. La alegría deste buen suceso no fué pura, antes se aguló y destempló con la carestía de mantenimientos que causó la falta de las lluvias. Gudesteo, obispo de Oviedo, estaba preso por mandado del Rey, iba en tres años. Acostumbraba este Príncipe á dar oídos á los chismes de hombres malos. Esto se persuadía el pueblo era la causa del daño, y los hombres santos decían ser la hambre castigo del cielo por el agravio que se hacia al Obispo inocente, y anunciaban que si no había emienda se seguiria alguna grave peste. Temiase algun alboroto, porque la

muchedumbre, cuando se mueve por escrúpulo y opinión de religion, mas fácilmente obedece á los sacerdotes que á los reyes; fué pues Gudesteo sacado de la cárcel. Este mismo año, que se contó del nacimiento de Cristo 999, y fué apretado por la dicha carestía grande y falta extraordinaria, se hizo tambien señalado por la muerte que sucedió en él del rey don Bermudo. En un pueblo llamado Beritio falleció de los dolores de la gota, que mucho tiempo le trabajaron. Fué sepultado en Villabuena ó Valbuena, dende pasados veinte y tres años le trasladaron á la iglesia de San Juan Bautista de la ciudad de Leon. Tuvo dos mujeres, llamadas, la una Velasquita, la otra doña Elvira. A la primera repudió mas por la libertad de aquellos tiempos que porque lo permitiese la ley cristiana; tuvo en ella una hija, llamada Cristina. De doña Elvira tuvo dos hijos, que fueron don Alonso y doña Teresa. Demás desto, de dos hermanas, con quien mas mozo tuvo conversacion, dejó fuera de matrimonio á don Ordoño y á doña Elvira y á doña Sancha. Cristina, la hija mayor del rey don Bermudo, casó con otro don Ordoño, llamado el Ciego, que era de sangre real. Deste matrimonio nacieron don Alonso, don Ordoño, don Pelayo, y fuera destes doña Aldonza, que casó con don Pelayo, llamado el Diácono, nieto del rey don Fruela, segundo deste nombre, hijo de don Fruela, su hijo bastardo. De don Pelayo y de doña Aldonza nacieron Pedro, Ordoño, Pelayo, Nuño y Teresa; destes procedieron los condes de Carrion, varones señalados en la guerra, de valor y de prudencia, como se declara en otro lugar. Volvamos á la razon de los tiempos. Pelagio, ovetense, y don Lúcas de Tuy atribuyen á este rey don Bermudo lo que arriba queda dicho de Ataulfo, obispo de Compostella, del toro feroz y bravo que soltaron contra él sin que le hiciese daño alguno. Nos damos mas crédito en esta parte á la historia compostellana, que dice lo que de suyo relatamos; y es bastante muestra de estar mudados los tiempos en los que esto dicen, y del engaño no hallarse por estos años algun obispo de Compostella que se llamase Ataulfo.

CAPITULO X.

De don Alonso el quinto, rey de Leon.

Ayos del rey don Alonso en su menor edad, por mandado del rey don Bermudo, su padre, fueron Melendo Gonzalez, conde de Galicia, y su mujer, llamada doña Mayor. Los mismos, por quedar don Alonso de cinco años, gobernaron asimismo el reino con grande fidelidad y prudencia, conforme á lo que dejó en su testamento el Rey muerto mandado, en que vinieron todos los estados del reino. Llegado el nuevo Rey á mayor edad, para que los ayos tuviesen mas autoridad y en recompensa de lo que en su crianza y en el gobierno del reino trabajaron, le casaron con una hija que tenían, llamada doña Elvira. Tuvo deste matrimonio dos hijos, don Bermudo y doña Sancha. Reinó por espacio de veinte y nueve años. El segundo año de su reinado, que fué de Cristo el 1000 justamente, por muerte del rey de Navarra don Garcí Sanchez, el Trémulo ó Temblador, sucedió en aquel estado un hijo que tenia en doña Jimena, su mujer (no aciertan los que la llaman Elvira ó Constanca ó Estefania), por nombre don San-

cho. Este Príncipe en su menor edad tuvo por maestro á Sancho, abad de San Salvador de Leire, que le enseñó todo lo que un príncipe debe saber, y amaestró en todas buenas costumbres. Reinó treinta y cuatro años; fué tan señalado en todo género de virtudes, que le dieron sobrenombre de Mayor, y alcanzó tan buena suerte, que todo lo que en España poseian los cristianos casi lo redujo debajo de su imperio y mando; bien que no acertó ni fué buen consejo dividillo y repartillo entre sus hijos, como lo hizo, menguando las fuerzas y majestad del reino. Cuán quietos estaban los dos reinos cristianos por la buena maña de los que los gobernaban, no menos se alteraron por este tiempo las armas de Castilla primero, despues las de los moros. Los unos y los otros por las diferencias domésticas se iban despeñando en su perdicion. Don Sancho Garcia se apartó de la autoridad del conde Garcí Fernandez, su padre, y de su obediencia; no se sabe por cuál causa, sino que nunca faltan, en las casas reales mayormente, hombres de dañada intencion con chismes y reportos encienden la llama de la discordia entre hijos y padres. Puede ser que don Sancho, cansado de lo mucho que vivia su padre, acometió tan grave maldad, por serle cosa pesada esperar los pocos años que, conforme á la edad que tenia, le podrian quedar. Vinieron á las armas, y divididas las voluntades de los vasallos entre el padre y el hijo, las fuerzas de aquel estado se enflaquecieron; no estuvo esto encubierto á los moros, que la provincia estaba en armas, dividida la nobleza, alborotado el pueblo con sus valedores de la una y de la otra parte. Acordaron aprovecharse de la ocasion que la dicha discordia les presentaba. Con esta venida de los moros y entrada que hicieron, la ciudad de Avila, que poco á poco se iba reparando, de nuevo fué destruida, y la Coruña y Santistebán de Gormaz, en el territorio de Osma, padecieron el mismo estrago. Grande era el peligro en que las cosas estaban, y aun con el miedo de fuera no se sosegaban las alteraciones y parcialidades, si bien se entretuvieron para no llegar del todo á rompimiento y á las puñadas. El conde Garcí Fernandez, movido por el daño que los moros hacian, con los que pudo juntar salió al enemigo al encuentro. Alcanzólos por aquellas comarcas y presentóles la batalla. Fué brava la pelea; el Conde, que llevaba poca gente, quedó vencido y preso con tales heridas, que de ellas en breve murió. Tuvo el señorío de Castilla como treinta y ocho años; quién dice cuarenta y nueve. No fué desigual á su padre en la grandeza y gloria de sus hazañas. Los enemigos le quitaron la vida; la fama de su valor dura y durará. Su cuerpo, rescatado por gran dinero, le sepultaron en el convento de San Pedro de Cardaña. Dióse esta desgraciada batalla el año 1006. El año luego siguiente, 1007, en Toledo una grande creciente abatió el famoso monasterio agaliense; los monjes se pasaron al de San Pedro de Sahelices. Así lo dice el arcipreste Juliano. Dejó el Conde una hija, llamada doña Urraca, que fué monja en el monasterio de San Cosme y San Damian del lugar de Covarrubias. Este monasterio edificó el Conde, su padre, desde los cimientos, y le dotó de grandes heredades y gruesas rentas, dióle muchas alhajas y preseas. Puso por condicion que si alguna doncella de su descendencia no quisiese casarse, sustentase la vida con las rentas de aquel

monasterio. Sucedió en el señorío y condado de Castilla al padre muerto su hijo don Sancho, afeado y amancillado por haberse levantado contra su padre, y por el consiguiente dado ocasion á aquel desastre. Por lo demás fué piadoso, dotado de grandes virtudes y partes de cuerpo y ánima. Falleció por el mismo tiempo en Córdoba el Alhagib Abdelmelic; sucedióle en el cargo Abderraman, hombre malo y cobardo; por afrenta le llamaban vulgarmente Sancio. Muerto este dentro de cinco meses, Mahomad Almahadio, que debia ser del linaje de los Abenhumeyas, tomadas las armas, se apoderó del rey Hisem, que con el ocio y con los deleites estaba sin fuerzas y sin prudencia, y no se conservaba por su esfuerzo, sino con la ayuda de otros. Publicó que le quitara la vida, degollando otro que le era muy semejante; maña con que Almahadio quedó apoderado del reino de Córdoba y Hisem vivo, que le pareció guardarle para lo que aviniese. Esto pasó el año que se contaba de los árabes 400 justamente. Acudió desde Africa un pariente de Hisem, llamado Zulema; este con los de su valía y gente que se le arrió, además de las fuerzas de don Sancho, conde de Castilla, que le asistió en esta empresa y con él hizo liga, en una batalla muy herida que se dió cerca de Córdoba venció al tirano Almahadio. Murieron en esta pelea treinta y cinco mil moros, que era toda la fuerza y nervio del ejército morisco y de aquel reino; por donde adelante comenzaron los moros á ir claramente de caida. Señalóse sobre todos el conde don Sancho, su valor, esfuerzo y industria, y fué la principal causa que se ganase la jornada. Almahadio despues desta rota se retiró y encerró dentro de la ciudad; y lo que tenia apercebido para los mayores peligros, sacó á Hisem de donde le tenia escondido y preso. Puesto á los ojos de todos y en público, amonestó al pueblo antepusiesen á su señor natural al extranjerero y enemigo. Los ciudadanos, turbados con el temor que tenían del vencedor, no hacian caso de sus palabras y amonestaciones; en ocasiones semejantes cada cual cuida mas de asegurarse que de otros respetos. Así le fué forzoso, dejada la ciudad á su contrario, retirarse á Toledo. Llevó consigo, á lo que se entiende, á Hisem, ó sea que le escondió segunda vez. Era Alhagib de Almahadio, y como virey suyo otro moro, llamado Almahario. Este, con deseo de fortificarse contra las fuerzas y intenciones de los contrarios y para ayudarse de socorros de cristianos, pasó á Cataluña para con toda humildad rogar á aquellos señores le acudiesen con sus gentes. Propúsoles grandes intereses, ofrecióles partidos aventajados. Los condes don Ramon de Barcelona y Armengol de Urgel, persuadidos de aquel bárbaro, con buen número de los suyos se juntaron con las gentes que en aquel intermedio el tirano Almahadio tenia levantadas en Toledo y su comarca, que eran en gran número y fuertes. Contábanse en aquel ejército nueve mil cristianos y treinta y cuatro mil moros. Jantáronse las huestes de una parte y de otra en Acanafahacar, que era un lugar cuarenta millas de Córdoba, al presente un pueblo llamado Albarcar está á cuatro leguas de aquella ciudad. Trabóse la batalla, que fué muy reñida y dudosa, ca los cuernos y costados izquierdos de ambas partes vencieron, los de manderecha al contrario. Zulema y el conde don Sancho al principio mataron gran número de los contra-

rios. Entre estos á los primeros golpes y encuentros murieron los obispos Arnulfo, de Vique, Aecio, de Barcelona, Oton, de Girona; cosa torpe y afrentosa que tales varones tomasen las armas en favor de infieles. El mismo conde de Urgel fué asimismo muerto. Almahadio con su esfuerzo reparó la pelea, y animando á los suyos, quitó á los enemigos la victoria de las manos. Zulema, como se vió vencido y desbaratados los suyos, se huyó primero á Azafra, despues desconfiado de la fortaleza de aquel lugar, determinó de irse mas léjos, que fué todo el año de los árabes de 401, de Cristo 1010. Quedó el reino por Almahadio, si bien Almahario, su Alhagib, lo gobernaba todo á su voluntad, conforme á la calamidad de aquellos tiempos aciagos; en que pasó tan adelante, que despues de la partida de don Ramon, conde de Barcelona, sin ningun temor ni respeto alevosamente dió la muerte á su señor; una traicion contra otra. Con esto Hisem, el verdadero rey, fué restituido en su reino. La cabeza de Almahadio el tirano enviaron á Zulema, su competidor, que en un lugar llamado Citava se entretenia por ver en qué pararian aquellas revoluciones tan grandes. Pretendian y deseaban los moros que el dicho Zulema se sujetase á Hisem como á verdadero rey y deudo suyo, por quien al principio mostró tomar las armas. El encendido en deseo de reinar, cuya dulzura es grande, aunque engañosa, y que con nuestra de blandura encubre grandes males, juntaba fuerzas de todas partes, y hacia de ordinario correrías en las tierras comarcanas. La parcialidad de los Abenhumeyas, de que todavía quedaban rastros en Córdoba, era aficionada á Zulema, y por su respeto trataba de dar la muerte á Hisem. No salieron con su intento, á causa que el dicho Rey, avisado del peligro, usó en lo de adelante de mas recato y vigilancia. Zulema, perdida esta esperanza, solicitó al conde don Sancho para que con respeto de la amistad pasada de nuevo le ayudase. El Conde, despues de haberlo todo considerado, se resolvió de confederarse con Hisem, de quien esperaba mayor ganancia, y en particular asentó que le restituyese seis castillos que el Alhagib Mahomad por fuerza de armas los años pasados quitara á los cristianos, lo cual él hizo forzado de la necesidad, por no faltar á tales esperanzas de ser socorrido en aquella apretura, y privar á su contrario de aquel arrimo. En el entre tanto Obeidalla, hijo de Almahadio, con ayuda de sus parciales se hizo rey de Toledo. Otros le Haman Abdalla, y afirman que tuvo por mujer á doña Teresa con voluntad de don Alonso, su hermano, rey de Leon; gran desórden y mengua notable. Lo que pretendia con aquel casamiento era que las fuerzas del uno y del otro reino quedasen mas firmes con aquella alianza; demás que se presentaba ocasion de ensanchar la religion cristiana, si el moro se bautizaba segun lo mostraba querer hacer. Con esto, engañada la doncella, fué llevada á Toledo, celebráronse las bodas con grande aparato, con juegos y regocijos y convite, que duró hasta gran parte de la noche. Quitadas las mesas, la doncella fué llevada á reposar. Vino el Moro encendido en su apetito carnal. Ella, «afuera, dice, tan grave maldad, tanta torpeza. Una de dos cosas has de hacer: ó tú con los tuyos te bautiza y con tanto goza de nuestro amor; si esto no haces, no me toques. De otra manera, teme la venganza de los hombres, que no disimularán nuestra afrenta y

tu engaño, y la de Dios, que vuelve por la honestidad sin duda y castidad de los cristianos. De la una y de la otra parte te apercibo serás castigado. Mira que la lujuria, peste blanda, no te lleve á despeñar.» Esto dijo ella. Las orejas del Moro con la fuerza del apetito desenfrenado estaban cerradas; hizole fuerza contra su voluntad. Siguióse la divina venganza, que de repente le sobrevino una grave dolencia; entendió lo que era y la causa de su mal. Envió á doña Teresa en casa de su hermano con grandes dones que le dió. Ella se hizo monja en el monasterio de San Pelagio de Leon, en que pasó lo restante de la vida en obras pias y de devocion, con que se consolaba de la afrenta recebida. A Obeidalla no le duró mucho el reino; venciéronle las gentes del rey Hisem, y preso fué puesto en su poder. Continuaban las revueltas entre los moros y las alteraciones en todas las partes de aquel reino. A los cristianos se ofrecia muy hermosa ocasion para deshacer toda aquella gente, si juntas las fuerzas quisieran antes mirar por la religion que servir á las pasiones de los moros y ayudallos. Mas esta fué la desgracia de todos los tiempos; siempre las aficiones particulares se anteponen al bien comun, y ninguna cosa de ordinario menos mueve que el celo de la religion cristiana. Las tierras de los moros, no solo eran trabajadas con la llama de la guerra, sino tambien de gravisima hambre por haberse tanto tiempo dejado la labor de los campos. Zulema, visto que el conde don Sancho no le ayudaba, hizo sus aveuencias con los reyes moros de Zaragoza y Guadalaajara. Con estas ayudas se apoderó de Córdoba por fuerza; y como Hisem se huyese á Africa, tornó Zulema á recobrar todo aquel reino de nuevo. Entre los que seguian á Hisem, uno, llamado Haitan, tenia el primer lugar en autoridad y poder. Este se apoderó de Orihueia, ciudad asentada á la ribera del mar Mediterráneo, y por la comodidad de aquel lugar hizo venir á España con la intencion que le dió de hacerle rey á Alí Abenhamit, que tenia por Hisem el gobierno de Ceuta. Zulema no era igual en fuerzas á los dos enemigos. Así fué en batalla vencido cerca de Córdoba, y por los ciudadanos entregado al vencedor, y muerto por mano del mismo Alí con palabras afrentosas y ultrajes que le dijo, ca le dió en cara haber sido el primero que contra el rey Hisem, su legitimo señor, tomó las armas. No hay fidelidad entre los compañeros del reino; quejábbase Haitan que Alí, el nuevo rey, no guardaba lo con él capitulado; hizo conjuracion y liga con Mandar, hijo de Hiaya, rey de Zaragoza; juntaron de cada parte sus huestes, dióse la batalla cerca de Córdoba, en que Haitan fué vencido. Tras esto por ocasion de la muerte de Alí queria Haitan hacer rey á Abderraman Almortada. La muerte de Alí fué desta manera: salió de Córdoba en seguimiento de Haitan, llegó á Guadix, y allí sus mismos enuucos le mataron en un baño en que se lavaba, año de los árabes 408. Sucedió por voto de los soldados en aquella parte del reino y en Córdoba un hermano de Alí, llamado Cazin, que hicieron los de aquella parcialidad venir de Sevilla, do en aquella sazón moraba. Tuvo el reino por espacio de tres años, cuatro meses, veinte y seis dias con desasosiego, á causa que el Almortada ya dicho, con asistencia de Haitan y de Mandar, se apoderó de Murcia y de toda aquella comarca y se llamó rey. Era hombre soberbio Almortada,

da, y que ni daba grata audiencia ni recibia bien á los que venian á negociar, y á los que le dieron el reino, como si fueran sus acreedores, los miraba con ojos torcidos y sobrecejo, que fué causa de su perdicion. En Granada por conjuracion de los suyos y con voluntad del señor de aquella ciudad fué muerto. Cazin con la muerte de Almortada le pareció quedaba de todo punto por rey, en especial que con deseo de ganalle la voluntad, los de Granada le enviaron los despojos del enemigo muerto. En breve empero aquella alegría le salió vana, se regaló y se mudó en nuevo cuidado. Los ánimos de la muchedumbre alterada nunca paran en poco; así los ciudadanos de Córdoba, con ocasion de que Cazin se partió á Sevilla, alzaron por rey á Hiaya, sobrino del mismo, hijo de su hermano Alí, hombre mauso y liberal, de que mucho se paga la muchedumbre y el pueblo. Pero como este se fuese y partiese á Málaga, de que antes era señor, Cazin tornó por las armas á hacerse señor de Córdoba, año de los árabes 414. Este nuevo señorío que tuvo de aquella ciudad le duró poco, solos siete meses y tres dias. Por causa de un alboroto que ocasionó en la ciudad la insolencia de los soldados que maltrataban á los ciudadanos, fué forzado á huir á Sevilla, en que asimismo no pudo detenerse mucho tiempo por tener su contrario ganadas las voluntades de aquella ciudad. Despues desto, anduvo vagabundo y descarriado, hasta tanto que al fin vino á poder de Hiaya, y fué puesto por él en prision. Eran los mas destos reyes del linaje de los Alavecinos, bando muy poderoso en aquel tiempo en fuerzas y en autoridad. Los ciudadanos del bando contrario, es á saber, de los Abenlumeayas, se juntaron, y hechos mas fuertes, alzaron por rey á Abderraman, hermano de Mahomad (creo de aquel Mahomad Almahadío que fué el primero que tomó las armas contra Hisem), pero con la misma liviandad fué muerto dentro de dos meses. La severidad que él mostraba, y la inconstancia de aquella gente fueron causa de su perdicion. Con tanto un cierto Mahomad fué puesto en su lugar; tuvo el reino un año, cuatro meses y veinte y dos dias; este al tanto murió á manos de los ciudadanos. Lo mismo sucedió al hijo de Alí, llamado Hiaya, que era del bando contrario, y el tiempo pasado fue alzado por rey, ca con la misma deslealtad del pueblo le mataron en Málaga, en que, como queda dicho, estaba retirado. Reinó en Córdoba solos tres meses y veinte dias. Por su muerte Idricio, hermano de Alí y tío de Hiaya, fué llamado para ser rey desde Africa, do era señor de Ceuta. Este, llegado que fué á España, por el derecho que tenia del parentesco con los dos príncipes susodichos y por las armas, se apoderó del reino de Granada, de Sevilla, de Almería y de otras ciudades comarcanas. Lo mediterráneo quedó por Hisem, ca despues de la muerte de Hiaya los de Córdoba le habian vuelto al reino, ó era otro del mismo nombre, que aquellos ciudadanos de nuevo levantaron por rey, que en todo esto hay poca claridad. Los desórdenes de los que gobiernan suelen redundar en daño de sus señores, como sucedió á Hisem; que su Allagib, que era como virey, que lo gobernaba todo, por ser cruel y apoderarse de los bienes públicos y particulares, acostumbrado á sacar ganancia de los daños ajenos y desgracias, fué causa que la ciudad se alborotó de suerte que el Allagib fué muerto y el Rey echa-

do del reino. En aquella revuelta un cierto Humeya, ayudado de una cuadrilla de mozos desbaratados y revoltosos, entró en el alcázar y pidió á los soldados que le alzasen por rey. Excusábanse ellos por la deslealtad de los ciudadanos, revuelta y desgracia de los tiempos. Decíanle que escarmentase en cabeza ajena, y por el ejemplo de los otros entendiese claramente que semejantes intentos no salían bien. A esto, hoy, dijo él, me llamad rey, y matadme mañana; tan poderoso es el deseo de mandar, tan grande la dulzura de ser señores. Todavía por orden de los ciudadanos fueron echados de la ciudad á un mismo tiempo este Humeya y el Hisem ya dicho, y con ellos todos los Abenhumeyas, como causa de tan graves daños. Hisem, trabajado con tanta variedad de cosas como por él pasaron, últimamente paró en Zaragoza; recibióle benignamente el rey de aquella ciudad, llamado Zulema Abenbut. Dióle un castillo, llamado Alzuela, en que pasó como particular lo restante de su vida. De Idricio no dice en qué parase el arzobispo don Rodrigo, que refiere esta cuenta de los postreros reyes de Córdoba con alguna mayor obscuridad de la que aquí llevamos; mas ¿cómo se puede relatar con claridad revuelta tan confusa y tan grande? Resta decir que desde este tiempo el señorío de los moros, que por tantos años tuvo tan gran poder en España, se enflaqueció de guisa, que se dividió en muchos señoríos; cada cual de los que tenían el gobierno se llamaron reyes de las ciudades que tenían á su cargo, sin que nadie en aquellas revueltas les fuese á la mano. Así, en lo de adelante se cuentan muchos reyes en diversas partes; en Córdoba Jahuar, en Sevilla Albuacín y su hijo Habeth, en Toledo Haitan, el que ayudó á Alf, rey de Córdoba, al principio, y despues fué su contrario. Hijo deste rey de Toledo fué otro Hisem, nieto Almenon, bien que algunos dan mas antiguo principio que este á los reyes moros de Toledo. La verdad es que aquella ciudad con sus reyes que tenía ó tomaba, muchas veces se rebeló contra los reyes de Córdoba. Los moradores della se atribuían el primer lugar entre las ciudades de España, y por esta causa no podían llevar que les hiciesen demasías. En otras ciudades remanecieron otrosí nuevos reyes, mas no hay para qué contarlos aquí, ni aun se podría hacer con certidumbre y claridad. Basta saber que estos señoríos se conservaron y permanecieron hasta tanto que los Almoravides, linaje y gente muy poderosa, de Africa pasaron en España con su rey y caudillo Tesefin, que fué el año de los árabes de 484, año que concurre con el de 1091 de Cristo, y en otro lugar mas á propósito se relatará. Al presente volvamos atrás al cuento de las cosas que los cristianos, el conde don Sancho y el rey don Alonso obraron.

CAPÍTULO XI.

De lo demás que sucedió en tiempo del rey don Alonso.

Don Sancho, conde de Castilla, deseoso de vengar la muerte de su padre con ayuda de los leoneses y navarros, con quien el año pasado puso confederacion, entró por tierra de Toledo metiendo á fuego y á sangre todo lo que topaba. El mismo estrago hizo en tierra de Córdoba, hasta donde los nuestros entraron animados con el buen suceso; en ambas partes hicieron presas de hombres y de ganados. Si los daños fueron grandes, ma-

yor era el miedo y quebranto de los moros, que divididos en bandos y por las discordias civiles apenas se conservaban, tanto, que los que poco antes ponían espanto al nombre cristiano fueron forzados de comprar por gran dinero la paz. Sepúlveda, asentada en la frontera, se ganó de moros, y con ella Osma, Santisteban de Gormaz, y otros pueblos por aquella comarca, que en la guerra pasada se perdieran, volvieron á poder de cristianos. Desde este tiempo se otorgó á la nobleza de Castilla, como dicen muchos autores, que no fuesen forzados á hacer la guerra á su costa solo con esperanza de la presa, segun acostumbraban á hacer antes, sino que les señalasen sueldo á la manera que en las otras naciones estaba recebido de todo tiempo. La reputacion y gloria que el conde don Sancho ganó por este camino escureció grandemente la muerte que dió á su madre con esta ocasion. Aficionóse ella á cierto moro principal, hombre muy dado á deshonestidades y membrudo. Dudaba de casarse con él, no tanto por el escrúpulo como por miedo de su hijo; receñábase de la saña que el dolor y afrenta le causarían; determinó con darle la muerte hacer lugar y camino á aquellas bodas malvadas, aparejábale ciertos bebedizos y ponzoña mortal. El Conde, avisado de todo, forzó á su madre con muestra de honrarla, aunque lo rehusaba y contradecía, de hacerle la salva y gustar la bebida que le daba. Principio de que algunos sospechan nació la costumbre recibida y muy usada en algunas partes de España que las mujeres beban antes que los varones. Otros refieren que una camarera de la Condesa, que la vió destemplan las yerbas, dió aviso á su marido (no falta quien le llame Sancho del valle de Espinosa), y él al Conde, y que por este servicio tan señalado desde entoucos ganó el privilegio que hasta hoy tienen los de su tierra, los monteros de Espinosa, de guardar de noche la persona y la casa real. Verdad es que para dar este cuento por cierto yo no hallo fundamentos bastantes, y todavía la *Valeriana* lo refiere en el libro 9, título 1.º, capítulo 5.º, y los naturales de aquella villa lo tienen y afirman así como cosa sin duda. Dicen mas, que el Conde, con deseo de satisfacer este mal caso y por amansar el odio que contra él acerca del pueblo resultara por un delito tan feo, edificó un monasterio de monjas, y del nombre de su madre le llamó de Oña, que el tiempo adelante don Sancho, rey de Navarra, llamado el Mayor, dió á los monjes de Cluñi, y en nuestra era tiene el primer lugar entre los demás monasterios de aquella comarca. Hobo don Sancho en su mujer doña Urraca á su hijo don García, y tres hijas, que fueron doña Nuña, doña Teresa, doña Tigrida; las dos primeras fueron casadas con grandes señores, Tigrida, abadesa en el monasterio de Oña. Por el mismo tiempo se abrió y allanó á costa del conde don Sancho nuevo camino para que los extranjeros pasasen á la ciudad é iglesia de Santiago, es á saber, por Navarra, la Rioja, Briviesca y tierra de Búrgos, como quier que antes, por ser el señorío de los cristianos mas estrecho, los peregrinos de Francia acostumbraban á hacer su camino con grande trabajo por Vizcaya y los montes de Astúrias, lugares faltos de todo, ásperos y montuosos. El rey don Alonso, eso mesmo por beneficio de la larga paz que resultaba, así de las discordias de los moros como de la confederacion hecha entre los prin-

cipes cristianos, vuelto su cuidado á las artes de la paz y al gobierno, hacia Cortes generales de su reino en Oviedo el año de nuestra salvacion de 1020. En estas Cortes se reformaron las antiguas leyes de los godos. Asimismo la ciudad de Leon, que por las entradas de los moros quedó asolada y liecha caserías, por diligencia del Rey y á su costa se reparó, y en ella levantó un templo con advocacion de San Juan Bautista, obra de barro y de ladrillo; allí trasladaron los huesos de su padre, don Bermudo, y de los otros reyes de Leon, que por miedo de los moros andaban mudando lugares, con que quedaron puestos en sepulcros ciertos y estables. El monasterio otrosí de San Pelagio se reedificó, en que doña Constanza, hermana del Rey, virgen consagrada á Dios, vivió mucho tiempo. Los intentos y acometimientos de don Vela contra los condes de Castilla, de quien por particulares intereses y agravios se tenia por injuriado, cuán grandes hayan sido arriba queda declarado. A tres hijos deste caballero, es á saber, Rodrigo, Diego y Iñigo, el conde don Sancho, no solo los perdonó, sino les volvió las honras y cargos de su padre; mas ellos, sin embargo desto, tornaron en breve á sus mañas y á lo acostumbrado. Y aun sobre las desórdenes pasadas añadieron una nueva deslealtad, que, dejado el conde don Sancho, se pasaron á don Alonso, rey de Leon; de los moros poca ayuda podían esperar por estar tan revueltas sus cosas y por la mudanza de tantos príncipes, como queda dicho. Recibiólos benignamente don Alonso, dióles á la haldá de las montañas estado no pequeño, con que se sustentasen como señores; pareció por algun poco de tiempo estar sosegados, como quier que á la verdad esperaban ocasion de mostrar nueva deslealtad, segun se entendió por lo que en breve pasó, de la suerte que poco despues se dirá. El rey don Alonso, deseoso de ensanchar su estado, rompió por la Lusitania; púsose sobre la ciudad de Viseo, que pretendia ganar de los moros. Avino que cierto dia desarmado y con poco recato se llegó mucho á la ciudad. Tirároule de los adarves una saeta con que le mataron. Los suyos por esta desgracia alzaron fuego al cerco; y el cuerpo del difunto los obispos que fueran á aquella guerra le acompañaron hasta Leon, y le enteraron en la iglesia de San Juan, que él mismo edificara para poner allí los sepulcros de sus padres. Sucedió esto el año de nuestra salvacion de 1028. Dejó un hijo y una hija: don Bermudo, que le sucedió en el reino, y doña Sancha, de pequeña edad. En aquel tiempo florecieron por santidad de vida dos obispos: Froilano, de Leon, y Atilano, de Zamora. Froilano fué natural de Lugo, Atilano de Tarragona. De monjes de San Benito, que lo eran en el monasterio de Moruela, no léjos de Leon, les sacaron para obispos y los consagraron en un dia. Fué Atilano, de menos edad, discípulo de Froilano, mas igualóle en virtud, vida y milagros. Algunos á estos varones santos los ponen mas de cien años antes deste tiempo; nosotros seguimos lo que nos pareció mas probable. Tenia el principado de Barcelona de tiempo atrás un hijo de don Ramon, que se decia don Berenguel, y del nombre de su abuelo le llamaron por sobrenombre Borello, mas conocido por su ociosidad y poco valor que por alguna virtud. La falta deste Príncipe, con que las cosas de los cristianos amenazaban ruina, reparó en gran parte Bernardo Tallaferro, conde

de Besalú, que hacia rostro con valor á los moros. Y muerto él, que se ahogó en el Ródano en ocasion que pasaba á Francia, suplió sus veces Wifredo, conde de Cerdania, hasta alanzar los moros de aquella comarca, que no cesaban de hacer correrías y cabalgadas en las tierras de cristianos. A la muerte de don Berenguel le quedaron tres hijos: don Ramon, conde de Barcelona; don Guillen, conde de Mauresa por testamento de su padre, y don Sancho, monje que fué benito.

CAPITULO XII.

De don Bermudo el Tercero, rey de Leon.

Don Bermudo, tercero deste nombre, aunque era de pocos años cuando su padre le faltó, fué alzado y coronado por rey, presentes los grandes del reino y los obispos, el año de 1028, en que falleció otrosí don Sancho, conde de Castilla, despues que tuvo el gobierno de Castilla por espacio de veinte y dos años. En el monasterio de Oña, que edificó á su costa, como queda arriba dicho, cerca del altar mayor, á mano izquierda se muestran tres sepulcros con sus letreros, el uno del conde don Sancho, el otro de su mujer doña Urraca, y el tercero de don Garcia, su hijo, el cual, muerto su padre, sucedió en aquel estado. Daba de sí grandes esperanzas por las muestras de sus virtudes; mas todo se fué en flor por su muerte, que le dieron alevosamente dentro el primer año de su gobierno los que menos fuera razon, y lo que es mas notable, en la misma alegría de sus bodas. Tenia don Garcia dos hermanas, doña Nuña y doña Teresa. Doña Nuña (á quien otros llaman Elvira, y otros Mayor, creo por la edad) casó sin duda con don Sancho, rey de Navarra, y de él tenia ya por este tiempo estos hijos: don Garcia, don Fernando y don Gonzalo. Doña Teresa, ó en vida de su padre, ó luego despues de su muerte, casó con don Bermudo, rey de Leon; deste matrimonio tuvieron un hijo, llamado don Alonso, que murió muy niño. Don Garcia, conde de Castilla, aunque de poca edad, ca no tenia mas de trece años, se desposó á trueco con doña Sancha, hermana del rey don Bermudo. Procurábase con estos parentescos que el concierto fuese adelante, que pocos años antes se asentara entre los príncipes cristianos, con que parecia las cosas comunes y particulares alzaban cabeza, y no se turbase la paz. Señalaron la ciudad de Leon para celebrar estas bodas ó desposorios. Llevaba el conde don Garcia grande atuendo y acompañamiento de gente principal, así de sus vasallos como del reino de Navarra. El mismo rey don Sancho con sus hijos don Garcia y don Fernando para honrarle mas le acompañaron, y con ellos muchedumbre de soldados, que representaban un ejército entero. Estos soldados ganaron de camino á Monzon, castillo asentado no léjos de Palencia; al tanto hicieron de otros pueblos por aquella comarca, que los quitaron al conde Fernan Gutierrez, que por desprecio del nuevo y mozo Príncipe se levantara con ellos; sin embargo, por rendirse de su voluntad y sin dificultad sujetarse á la obediencia le fué dado perdon. Hacian las jornadas pequeñas, como era necesario por ser tanta la multitud de gente que llevaban. Don Garcia, con deseo de apresurarse por ver á su esposa, dejó al rey don Sancho en Sahagun, y él con pocos á la ligera se adelantó sin algun recelo de lo que

sucedió, como quien iba á fiestas y regocijos sin sospecha de trama semejante. A los hijos de don Vela por el mismo caso pareció aquella buena coyuntura para satisfacerse de los agravios que pretendian les hiciera el conde don Sancho á sinrazon. Eran hombres por la larga experiencia de cosas arteras y sagaces; comunicaron su intento con los que les parecieron mas á propósito para ayudalles á ejecutar la traicion, hombres homicidas, de malas mañas. Las asechanzas que se pararon en muestra de amistad son mas perjudiciales. Salieron á recibir entre los demás al Príncipe, su señor, que venia bien descuidado. Puestos los hijos en tierra y pedida la mano, le hicieron la salva y reverencia entre los españoles acostumbrada. Juntamente con muestra de arrepentimiento le pidieron perdón. Otro tenían en su pecho desleal, como en breve lo mostraron. ¿Quién sospechara debajo de aquella representacion malicia y engaño? Quién creyera que, alcanzado el perdón, no pretendieran recompensar las culpas pasadas con mayores servicios? No fué así, antes se apresuraron en ejecutar la maldad y dar la muerte á aquel Príncipe, por su edad de sencillo corazón, y que por todos respetos no se recataba de nadie. El tiempo, las alegrías, el hospedaje, el acompañamiento, todo le aseguraba. Salíó á oír misa á la iglesia de San Salvador, cuando á la misma puerta de la iglesia los traidores le sobresaltaron y acometieron con las espadas desnudas. Rodrigo, el mayor de los hermanos, sin embargo que le sacara de pila cuando le bautizaron, le dió la primera herida como traidor y parricida malvado. Los demás acudieron y secundaron con sus golpes hasta acabarle. Doña Sancha, antes viuda que casada, perdió el sentido y se desmayó con la nueva cruel de aquel caso. Luego que volvió en sí acudió á aquel triste espectáculo, abrazóse con el muerto, henchía el cielo y la tierra de alaridos, como se deja entender, de sollozos y de lágrimas; miserable mudanza de las cosas, pues la mayor alegría se trocó repentinamente en gravísimo quebranto. Apenas la pudieron tener que no se hiciese enterrar juntamente con su esposo. Depositaron el cuerpo en la iglesia de San Juan, despues le trasladaron al monasterio de Oña, hoy en ambos lugares se ve su sepulcro. Mudóse con esto el estado de las cosas y trocóse toda España. Don Sancho, rey de Navarra, que en los arrabales de Leon se estaba con sus tiendas que tenia levantadas á manera de reales, heredó el principado de Castilla, cuyo título y armas de conde mudó él en nombre é insignias reales, por donde su poder comenzó á ser sospechoso y poner espanto al rey de Leon. Los traidores se huyeron y se metieron en Monzon, por ventura con esperanza que Fernan Gutierrez, ofendido contra los príncipes don García y el rey don Sancho por las plazas que le quitaron, fácilmente se juntaría con ellos y aprobaría lo hecho. Pero, ó que él los entregase, ó por diligencia del rey don Sancho que los siguió por todas partes, fueron presos y quemados; justicia con que castigaron su delito y quedaron escarmentados los demás, y muestra que los atrevimientos desleales no quedan sin castigo. El rey don Bermudo, escarmentado por la muerte de su padre, se mostraba amigo de la quietud; y por el nuevo desastre del príncipe don García, avisado de la inconsistencia de las cosas, volvió su ánimo y pensamiento al

culto de la religion y á las artes de la paz. Primeramente con deseo de reformar las costumbres del pueblo, que la libertad de los tiempos estragara y por la malicia de los hombres, dió orden como se hiciese justicia á todos, promulgó leyes á propósito desto, y no con menos diligencia quitó de todo su reino los robos y salteadores, y con la grandeza de castigos hizo que ninguno se atreviese á pecar. Con estas obras ganó las voluntades de los naturales, y su reino parecia florecer con los bienes de una grande paz. No es duradera la prosperidad; don Sancho, rey de Navarra, con ambicion fuera de tiempo la alteró por esta causa. Don Bermudo no tenía hijos, y entendíase que la sucesion del reino, conforme á las leyes, forzosamente recaía en doña Sancha, su hermana. Recelábanse los de Leon que por esta via, como suele acontecer cuando las hembras heredan, no entrase á reinar algun príncipe forastero. Deseaba el Rey, deseaban los naturales acudir á este daño y peligro que amenazaba. Sintió esto don Sancho, rey de Navarra, como era fácil. Atreviéndose, engañando, moviendo y enlazando unas guerras de otras suelen los reyes hacerse grandes. Una y la mas principal causa de mover guerra es la mala codicia de mando, poder y riquezas. Juntó pues un grueso ejército de sus dos estados, con que entró haciendo daño por el reino de don Bermudo. Tomóle todo lo que poseía pasado el rio Cea, y parecia que con el progreso próspero de las victorias sojuzgaria toda la provincia y tierras de Leon. Don Bermudo, avisado por estos daños, y á persuasion de los grandes, que querian mas la paz que la guerra, se inclinó á concierto y pleitesia. Las condiciones fueron estas: doña Sancha case con don Fernando, hijo segundo del rey de Navarra. Désele en dote de presente todo lo que en aquella guerra quedaba ganado; para adelante quede su esposa nombrada por sucesora en el reino. Partido desaventajado para los leoneses, pero de que en toda España resultó una paz muy firme entre todos los cristianos, y casi todo lo que en ella poseian vino á poder y señorío de una familia. Demás desto, cosa notable, en un mismo tiempo los dos señoríos, el de Castilla y el de Leon, recayeron en hembras, y por el mismo caso en mando y gobierno de extraños; accidente y cosa que todos suelen aborrecer asaz, pero diversas veces antes deste tiempo vista y usada en el reino de Leon; si dañosa, si saludable, no es deste lugar disputallo ni determinallo. A la verdad, muchas naciones del mundo, fuera de España, nunca la recibieron ni aprobaron de todo punto.

CAPITULO XIII.

De don Sancho el Mayor, rey de Navarra.

Era don Sancho hombre de buenos años cuando hobo para sí el señorío de Castilla, y á su hijo don Fernando abrió camino para suceder en el reino de Leon. Las cosas que hizo en toda su vida muy esclarecidas, no solo le dieron nombre de don Sancho el Mayor, sino tambien vulgarmente le llamaron emperador de España, como acostumbra el pueblo sin muy grande ocasion adular á sus príncipes y dales títulos soberanos. Puso su asiento y morada en la ciudad de Najara por estar á las fronteras y raya de Castilla y de Navarra. Cuidaba del gobierno de sus estados y de las cosas de

la paz, mas de manera que nunca se olvidaba de la guerra. Lo primero movió con sus gentes contra los moros, que por estar alborotados con discordias entre sí podian mas fácilmente recibir daño. Tenia soldados viejos y provisiones apercebidas de antes. Las talas y daños que hizo fueron muy grandes sin parar hasta llegar á Córdoba; ninguno de los moros se atrevió á salirle al encuentro. Pero al mismo tiempo que el Rey ponía con la guerra espanto, destruía y saqueaba pueblos, campos y castillos, una desgracia que sucedió en su casa lo hizo dejar la empresa. El caso pasó desta manera. Cuando se iba á la guerra encomendó á la Reina grandemente un caballo, el mejor y mas castizo que tenia, que en aquel tiempo ninguna cosa mas estimaban los españoles que sus caballos y armas. Don García, hijo mayor del Rey, pidió á su madre la Reina le diese aquel caballo. Estaba para contentarle, sino que le avisó Pedro Sese, hombre noble y caballero mayor, que el Rey recibiría dello pesadumbre. Don García, como fuera de sí por haberle negado lo que pedia, sea por creer de veras que no sin causa las palabras de Pedro Sese podian mas con la Reina que su demanda, ó falsamente y con deseo de vengarse, determinó acusar á su madre de adulterio. La prosecucion desto no la trató con ímpetu de mozo, antes para dar mas color al hecho mañosamente convidó y atrajo á don Fernando, su hermano, para que le ayudase en aquella empresa. Parecióle á don Fernando al principio impío aquel intento y desatinado; despues de tal manera disimuló con aquel enredo, que con juramento prometió de estar á la mira sin allegarse á ninguna de las partes. La acusacion de don García alteró grandemente el ánimo del Rey luego que supo lo que pasaba. Acudió á su reino. Extrañaba mucho lo que cargaban á la Reina. Moviale por una parte su conocida honestidad y la buena fama que siempre tuvo, por otra parte no podia pensar que su hijo sin tener grandes fundamentos se hobiese empeñado en aquella demanda. Don Fernando, preguntado de lo que sentia, con su respuesta dudosa le puso en mayor cuidado. Llegó el negocio á que la Reina fué puesta en prision en el castillo de Najara. Pareció que se tratase aquel negocio por ser tan grave en una junta de la nobleza y de los grandes. Salió por decreto que si no hobiese alguno que por las armas hiciese campo en defensa de la honestidad de la Reina, pasase ella por la pena del fuego y la quemasen. Tenia el Rey un hijo bastardo, llamado don Ramiro, habido de una mujer noble de Navarra, que unos llaman Urraca, otros Caya. Este, por compasion que tenia á la Reina y por haber oido la malicia de don García, rieptó, como se usaba entonces entre los españoles, y salió á hacer campo con don García para volver por la honra de la Reina contra la calumnia que á su inocencia se urdia. Gran mal para el Rey por cualquiera de las partes que quedase la victoria. Acudió Dios á la mayor necesidad, que un hombre santo con su diligencia y buena maña atajó el daño y deshizo la maraña con sus amonestaciones, con que puso en razon á los dos hermanos. Deciales que la afrenta de la Reina, no solo tocaba á ella, sino al Rey, á ellos y á toda España; mirasen que en acusar á su madre (la cual cuando estuviese culpada debieran defender y cubrir) no incurriesen en la ira de Dios y provocasen contra sí los gravísimos castigos que semejantes impiedades mere-

cen. Con estas y otras razones los trajo á tal estado, que primero confesaron la maraña, despues prostrados á los piés de su padre, le pidieron perdon. Respondió el Rey que tan grande delito no era de perdonar si primero no aplacasen á la Reina. «Así, dice, ¿tan gran maldad contra nos y tal afrenta contra nuestra casa real os atrevistes á concebir en vuestros ánimos y intentar, malos hijos y perversos, si sois dignos deste nombre los que amancillastes con tan gran mancha nuestro linaje y casa? Fuera justo defender á vuestra madre, aunque estuviera culpada, y cubrir la torpeza, aunque manifiesta, con vuestra vida y sangre; pues ¿qué será, cuán grave maldad, imputar á la inocente un delito tan torpe? Perdonad, santos del cielo, tan grande locura. En este pecado se encierran todas las maldades, impiedad, crueldad, traicion; contentáos con algun castigo tolerable. Perdonen los hombres; en un delito todos, grandes, pequeños y medianos, han sido ofendidos. Las naciones extrañas do llegar a la fama desta mengua no juzguen de nuestras costumbres por un caso tan feo y atroz. Perdonad, compañia muy santa, no mas á los hijos que al padre. No puedo tener las lágrimas, y apenas irme á la mano para no daros la muerte, y con ella mostrar al mundo cómo se deben honrar los padres. Mas en mi enojo y saña quiero tener mas cuenta con lo que es razon que yo haga que con lo que vos mereceis, y no cometer por donde el primer llanto sea ocasion de nuevas lágrimas y daños. Dése esto á la edad, dése á vuestra locura. El mucho regalo, don García, te ha estragado para que, siendo el primero en la traicion, metieses á tu hermano en el mismo lazo. No quiero al presente castigaros, ni para adelantar os perdone. Todo lo remito al juicio y parecer de vuestra madre. Lo que fuere su voluntad y merced, eso se haga y no al; yo mismo de mi facilidad y credulidad le pediré perdon con todo cuidado.» Desta manera fueron los hijos despedidos del padre. La Reina vencida por los ruegos de los grandes, y ablandada por las lágrimas de sus hijos, se dice les dió el perdon á tal que á don Ramiro en premio de su trabajo y de su lealtad y valor le diesen el reino de Aragon; en quien la falta del nacimiento suplia la señalada virtud y su piedad. Don García, que fué la principal causa y atizador desta tragedia, fuese privado del señorío materno que por leyes y juro de heredad se le debía. Vino en lo uno y en lo otro el rey don Sancho, su padre, para que se hiciese todo como la Reina lo deseaba. Algunos ponen en duda esta narracion, y creen antes que la division de los estados se hizo por testamento y voluntad del rey don Sancho, ejemplo que don Fernando, su hijo, asimismo imitó adelante, que repartió entre sus hijos sus reinos. A la verdad, ni lo uno ni lo otro se puede bastantemente averiguar, si bien nos parece tiene color de invencion. Sea lo que fuere, á lo menos si así fué, sucedió algunos años antes deste en que vamos. De don García otrosí se refiere que, sea por alcanzar perdon de su pecado, ó por voto que tenia hecho, se partió para Roma á visitar los lugares santos.

CAPITULO XIV.

De la muerte del rey don Sancho.

Estaban las cosas en el estado que queda dicho, y concluido el desasosiego de que se ha tratado, el rey

don Sancho en el tiempo siguiente volvió su ánimo al celo de la religion y deseo que fuese su culto aumentado. Era en aquella sazón famoso el monasterio de los monjes de Cluñi, que está situado en Borgoña, como en el que se reformara con leyes mas severas la religion de San Benito, que por causa de los tiempos se habia relajado. Para que el fruto fuese mayor, desde allí enviaban colonias y poblaciones á diversas partes de Francia y de España, en que edificaban diversos conventos. El rey don Sancho, movido por la fama desta gente, los hizo venir al monasterio de San Salvador de Leire, antiguamente edificado por la liberalidad de sus predecesores los reyes de Navarra. Lo mismo hizo en el monasterio de Oña, ca las monjas que en él vivian pasó al pueblo de Bailen, y en su lugar puso monjes de Cluñi. El primer abad deste monasterio fué uno llamado García, que con los otros monjes vino de Francia. Despues de García Iñigo. De la vida solitaria que hacia en los montes de Aragon, el Rey le sacó y forzó á tomar el cargo de aquel nuevo monasterio. Su virtud fué tal, que despues de muerto aquellos monjes de Oña le honraron con fiesta cada año y le hicieron poner en el número de los santos. El monasterio de San Juan de la Peña, que dijimos está cerca de Jaca, famoso por los sepuleros de los antiguos reyes de Sobrarve, fué tambien entregado á los mismos monjes de Cluñi para que morasen en él, y porque no fuese necesario hacer venir de Francia tanta muchedumbre de monjes como era menester para poblar tantos monasterios, el Rey con su providencia envió á Francia á Paterno, sacerdote, y doce compañeros para que acostumbrados y amaestrados á la manera de vida del monasterio de Cluñi y cultivados con aquellas leyes, trajesen á España aquella forma de instituto. No pararon en esto los pensamientos deste buen Príncipe, antes considerando que por la revuelta de los tiempos, hombres seculares por ser poderosos se entraran en los derechos y posesiones de las iglesias, las puso en su libertad. Hállase un privilegio del rey don Sancho, en que con autoridad de Juan XIX, pontífice romano, dió poder á los monjes de Leire, el año de nuestra salvacion de 1032, para elegir en aquel monasterio el obispo de Pamplona. Las ordinarias correrías de los moros y el peligro forzaron á que los obispos de Pamplona pasasen su silla al dicho monasterio de Leire por estar puesto entre las cumbres de los Pirineos, y por el consiguiente ser mas segura morada que la de la ciudad. Al presente con la paz de que gozaban por el esfuerzo y buena dicha del rey don Sancho se tuvo en Pamplona un Concilio de obispos sobre el caso. Juntáronse estos prelatos: Poncio, arzobispo de Oviedo; los obispos García, de Najara; Nuño, de Alava; Arnulfo, de Ribagorza; Sancho, de Aragon, es á saber, de Jaca; Juliano, de Castilla, es á saber, de Auca. En este Concilio lo primero de que se trató fué de la pretension de don fray Sancho, abad que era de Leire y juntamente obispo de Pamplona, que por tener gran cabida con el Rey, causada de que fué su maestro, procuraba se restituyese la antigua silla al obispo de Pamplona y volviese á residir en la ciudad. Dilatóse por entonces su pretension, que ordinariamente los hombres quieren perseverar en las costumbres antiguas, y las nuevas, como se desechan de todos, dificultosamente se reciben y mal se pueden encaminar; mas en tiempo

de su sucesor, don Pedro de Roda, se puso esto que se pretendia en ejecucion. A lo último de su vida hizo el Rey que se reedificase la ciudad de Palencia por una ocasion no muy grande. Estaba de años atrás por tierra á causa de las guerras, solo quedaban algunos paredones, montones de piedras y rastros de los edificios que allí hobo antiguamente; demás desto, un templo muy viejo y grosero con advocacion de San Antolin. El rey don Sancho, cuando no tenia en qué entender, acostumbraba ocuparse en la caza por no parecer que no hacia nada; demás que el ejercicio de montería es á propósito para la salud y para hacerse los hombres diestros en las armas. Sucedió cierto día que en aquellos lugares fué en seguimiento de un jabalí, tanto, que llegó hasta el mismo templo á que la liebra se recogió, por servir en aquella soledad de albergo y morada de fieras. El Rey, sin tener respeto á la santidad y devocion del lugar, pretendia con el venablo herille, sin mirar que estaba cerca del altar, cuando acaso echó de ver que el brazo de repente se le habia entumecido y faltádole las fuerzas. Entendió que era castigo de Dios por el poco respeto que tuvo al lugar santo, y movido deste escrúpulo y temor, invocó con humildad la ayuda de san Antolin; pidió perdon de la culpa que por ignorancia cometiera. Oyó el santo sus clamores; sintió á la hora que el brazo volvió en su primera fuerza y vigor. Movido otrosí del milagro, acordó desmontar el bosque y los matorrales á propósito de edificar de nuevo la ciudad, levantar las murallas y las casas particulares. Lo mismo se hizo del templo, que le fabricaron magnificamente, con su obispo para el gobierno y cuidado de aquella nueva ciudad. Parece que escribo tragedias y fábulas; á la verdad en las mismas historias y corónicas de España se cuentan muchas cosas deste jaez, no como fingidas, sino como verdaderas. De las cuales no hay para qué disputar, ni aproballas ni desechallas; el lector por sí mismo las podrá quilatar y dar el crédito que merece cada cual. Concluyamos con este Rey con decir que acabadas tantas cosas en guerra y en paz, ganó para sí gran renombre, para sus descendientes estados muy grandes. Sus hechos ilustran grandemente su nombre, y mucho mas la gravedad en sus acciones, la constancia y grandeza de ánimo, la bondad y excelencia en todo género de virtudes. El fin de la vida fué desgraciado y triste; camino de Oviedo, donde iba con deseo de visitar los sagrados cuerpos de los santos, por cuyo respeto y con cuya posesion aquella ciudad siempre se ha tenido por muy devota y llena de majestad, fué muerto con asechanzas que le pararon en el camino. Quién fuese el matador, ni se refiere en las historias ni aun por ventura entonces se pudo saber ni averiguar. Sospéchase que algun príncipe de los muchos que envidiaban su felicidad le hizo poner la celada. Su cuerpo enterraron en Oviedo. Las exequias le hicieron, segun la costumbre, magnificamente. Pasados algunos años, por mandado de su hijo don Fernando, rey de Castilla, le trasladaron á Leon y sepultaron en la iglesia de San Isidoro. La letra de su sepulcro dice:

AQUÍ YACE SANCHO, REY DE LOS MONTES PIRINEOS Y DE TOLOSA,
VARON CATÓLICO Y POR LA IGLESIA.

Letra harto notable. Fué muerto á 18 de octubre, año

de nuestra salvacion de 1035. Dejó á sus hijos grandes contiendas, y al reino materia de grandes males por la division sin propósito que entre ellos hizo de sus esta-

dos, como ordinariamente los pecados y desórdenes de los principes suelen redundar en perjuicio del pueblo y pagarse con daño de sus vasallos.

LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

Del estado de las cosas de España.

Los temporales que se siguieron turbios y alborotados, sus calamidades y desgracias y las guerras crueles que se emprendieron entre los que eran deudos y hermanos, serán bastante aviso para los que vinieren adelante cuánto importa que el reino, en especial cuando es pequeño y su distrito no es ancho, no se divida en muchas partes ni entre diversos herederos. Buen recuerdo y doctrina saludable es que la naturaleza del señorío y del mando no sufre compañía, y que la ambicion es un vicio desapoderado, cruel, sospechoso, desasossegado, que ni por respeto de amistad ni de parentesco, por estrecho que sea, se enfrena para no revolver y trastornar lo alto con lo bajo. No hay gente en el mundo ni tan avisada y política, ni tan fiera y salvaje, que no entienda y confiese ser verdad lo que se ha dicho; y sin embargo, vemos que muchos, olvidados desto y vencidos del amor de padres, ó movidos de otras consideraciones y recatos sin propósito, dividieron á su muerte entre muchos sus estados; en lo cual haber errado grandemente los tristes y desastrados sucesos que por esta causa resultaron lo mostraron bastantemente; y todavía los que adelanté sucedieron no dudaron de imitar en este yerro á sus antepasados. Es así, que muchas veces las opiniones caidas y olvidadas se levantan y prevalecen, y los hombres de ordinario tienen esta mala condicion de juzgar y tener por mejor lo pasado que lo presente, además que cada cual demasiadamente se fia de sus esperanzas, y halla razones para aprobar lo que desea. Esto le aconteció al rey don Sancho, cuya vida y hechos quedan relatados en el libro pasado. Estaba la cristiandad, cuan anchamente se extendía en España, casi toda reducida y puesta debajo del mando de un príncipe; merced grande y providencia del cielo para que el señorío de los moros que de sí mismo se despeñaba en su perdicion, con las fuerzas de todos los cristianos juntas en uno, se desarraigase de todo punto en España. Pero desbarató estos intentos la division que este Rey hizo entre sus hijos y herederos de todos sus estados; acuerdo perjudicial y errado. Entramos en una nueva selva de cosas, y la narracion de aquí adelante irá algo mas extendida que hasta aquí. Por esto será bien en primer lugar relatar el estado en que España y sus cosas se hallaban despues de la muerte del ya dicho rey don Sancho. Dividió sus reinos entre sus hijos en esta forma: don García, el hijo mayor, llevó lo de Navarra y el ducado de Vizcaya, con todo lo que hay desde la ciudad de Najara hasta los montes Doña. A don Fernando, hijo segundo, dieron en vida su padre y madre doña Nuña á Castilla, trocado

el nombre de Conde que antes solía tener aquel estado en apellido de rey. A don Gonzalo, el menor de los tres hermanos legítimos, cupieron Sobrarve y Ribagorza, con los castillos de Loharri y San Emeterio. A don Ramiro, hijo fuera de matrimonio, aunque de madre principal y noble, dió su padre el reino de Aragon, fuera de algunos castillos que quedaron en aquella parte en poder de don García, y se le adjudicaron en la particion; traza enderezada á que los hermanos estuviesen trabados entre sí y por esta forma se conservasen en paz. Todos se llamaron reyes, y usaban de corte y aparato real, de que resultaron guerras perjudiciales y sangrientas. Cada cual ponía los ojos en la grandeza de su padre, y pretendían en todo igualarle. Llevaban otrosí mal que los términos de sus estados fuesen tan cortos y limitados. En Leon reinaba á la misma sazón don Bermudo, tercero deste nombre, cuñado de don Fernando, ya rey de Castilla. En el reino de Leon se comprehendían las provincias de Galicia y de Portugal y parte de Castilla la Vieja hasta el rio de Pisuerga. Conde de Barcelona era don Ramon, por sobrenombre el Viejo; falleció el mismo año que el rey don Sancho, que se contaba de nuestra salvacion 1035. Sucedióle don Berenguel Borello, su hijo, aunque pequeño de cuerpo, en ánimo y esfuerzo no menos señalado que sus antepasados. A la verdad ganó por las armas á Manresa y otro pueblo, que llaman Prados del rey Galafre. Ganó otrosí y hizo que volviesen á poder de los cristianos Tarragona y Cervera, demás de otros pueblos comarcanos, que por negligencia de su padre ó por no poder mas se perdieron los años pasados. Muchos señores moros que tenían sus estados por aquellas partes los sujetó con las armas y forzó á que le pagasen parias. Casó con dos mujeres: la una se llamó Radalmuri, la otra Almodi. De la primera tuvo dos hijos, don Pedro y don Berenguel. La segunda parió á don Ramon Bereguel, que se llamó Cabeza de Estopa por causa de los cabellos espesos, blandos y rubios que tenía. Este era el estado y disposicion en que se hallaban por este tiempo las cosas de los cristianos en España. Los reinos de los moros, como de suso se dijo, eran tantos en número cuantas las ciudades principales que poseían. El reino de Córdoba todavía se adelantaba á los demás con autoridad y fuerzas por ser el mas antiguo y mas extendido, si bien los bandos domésticos y alborotos le traían puesto en balanzas. El segundo lugar tenía el de Sevilla, luego Toledo, Zaragoza, Huesca, sin otros reyezuelos moros, en fuerzas, riquezas y valor de menor cuenta que los demás, y que fácilmente los pudieran atropellar y derribar si los nuestros se juntaran para acometellos y conquistallos. Las discordias que de repente y sin propósito resultaron entre los príncipes,

dado que eran hermanos y deudos, estorbaron que no se tomase esta empresa tan santa. Don García, rey de Navarra, por voto que tenia hecho dello, ó sea por alcanzar perdon del pecado que cometió en acusar falsamente, como está dicho, á su madre, era ido á Roma á la sazón que su padre falleció á visitar las iglesias de San Pedro y San Pablo, segun que lo acostumbaban los cristianos de aquel tiempo. Don Ramiro, su hermano, quiso aprovecharse de aquella ocasion de la ausencia de don García para acrecentar su estado; que en materia de reinar ningun parentesco ni ley divina ni humana puede bastantemente asegurar. Para salir con su intento puso liga y amistad con los reyes de Zaragoza, Huesca, Tudela, si bien eran moros; juntó con ellos sus fuerzas, rompió por las tierras de Navarra, y en ella puso sitio sobre Tafalla, villa principal en aquellas partes. Sucedió que el rey don García volvió á la sazón de su romería, y avisado de lo que pasaba, con golpe de gente que juntó arrebatadamente de los suyos dió de sobresalto sobre su hermano y su hueste con tal ímpetu y furia, que le hizo huir de todo su reino de Aragon sin parar hasta Sobrarve y Ribagorza. El sobresalto fué tal y la priesa de huir tan arrebatada, que le fué forzado saltar en un caballo que halló á mano sin freno y sin silla por escapar de la muerte y salvarse. Principios fueron estos de grandes revueltas y desmanes, que se siguieron adelante. Los del reino de Leon no estaban bien con el rey de Castilla don Fernando. Los cortesanos, falsos y engañosos aduladores, que ni son buenos para la paz ni para la guerra, atizaban contra él al rey don Bermudo. El de suyo se mostraba lastimado, así bien por la mengua de haberle tomado su hermana por mujer contra su voluntad como por el menoscabo de su reino por la parte que conquistaron los reyes don Sancho y don Fernando, padre y hijo, y los desaguisados que en aquella guerra le hicieron, segun queda arriba declarado. Ofreciase buena ocasion para satisfacerse destes agravios por la discordia que comenzaba entre los hermanos, en especial por ser flacas las fuerzas del rey don Fernando y su estado no muy grande; acordó pues de juntar su gente, salió á la guerra y acometió las fronteras de Castilla. Don Fernando, avisado del peligro que sus cosas corrian, llamó en su socorro á su hermano don García, rey mas poderoso que los demás por el grande estado que alcanzaba y que de nuevo estaba ufano y pujante por la victoria que ganó contra don Ramiro, su hermano; vino por ende de buena gana en lo que don Fernando le pedia. Juntaron las fuerzas, marcharon con sus huestes en busca del enemigo, y á vista suya asentaron sus reales á la ribera del rio Carrion en el valle de Tamaron y cerca de un pueblo llamado Lantada. Tenian grande gana de pelear; ordenaron las haces por la una y por la otra parte; la batalla fué reñida y sangrienta; muchos de los unos y de los otros quedaron tendidos en el campo. En lo mas recio de la pelea don Bermudo, confiado en su edad, que era mozo, y en la destreza que tenia en las armas grande, y en su caballo, que era muy castizo, y le llamaban por nombre Pelayuelo, con gran denuedo rompió por los escuadrones de los contrarios en busca de don Fernando con intento de pelear con él, sin miedo alguno del peligro tan claro en que se ponía. En esta demanda le hirieron de un bote de lanza, de que cayó

muerto del caballo. Con su muerte se puso fin á su reino y juntamente á la guerra, á causa que don Fernando, ganada la victoria, se entró por el reino de Leon, que por derecho le venia, para apoderarse de él, de sus castillos y ciudades; cosa muy fácil por estar los ánimos de aquella gente amedrentados y cobardes por la muerte de su Rey y la pérdida tan fresca, si bien por el comun afecto de todas las naciones aborrecian el gobierno y mando extranjero, por donde, y mas por obedecer á su Rey, tomaran primero las armas, y de presente pretendian hacer resistencia á los vencedores. La osadía y ánimo sin fuerzas poco presta. Cerraron pues los de Leon al principio las puertas de su ciudad al ejército victorioso, que acudió sin tardanza; mas como quier que no estuviese reparada despues que los moros abatieron sus murallas ni tuviese soldados, municiones, almacén y bastimentos para sufrir el cerco á la larga, mudados luego de parecer, acordaron de rendirse. Llevaron los ciudadanos al Rey con muestra de grande alegría á la iglesia de Santa María de Regla, donde á voz de pregonero alzaron los estandartes por él y le coronaron por su rey. Hizo la ceremonia don Servando, obispo de Leon, que fué el año de Cristo de 1038. Reinó don Fernando en Leon veinte y ocho años, seis meses y doce dias; en Castilla otros doce años mas, parte dellos en vida de su padre, parte despues de sus dias. Era entonces Castilla de estrechos términos, pero de cielo sano, templado y agradable; la campiña fresca, y en todo género de esquilmos abundante.

CAPITULO II.

De las guerras que hizo el rey don Fernando contra moros.

Con el nuevo reino que se juntó al rey don Fernando se hizo el mas poderoso rey de los que á la sazón eran en España. Con la grandeza y poder igualaba el grande celo que este Príncipe tenia de aumentar la religion cristiana, demás de las muchas y muy grandes virtudes en que fué muy acabado; y en la gloria militar tan señalado, que por esta causa cerca del pueblo ganó renombre de grande, como se ve por las historias y memorias antiguas de aquel tiempo, en que el favor ó sea adulation de la gente pasó tan adelante, que le llamaron emperador ó igual á emperador. Fué otrosí dichoso por la sucesion que tuvo de muchos hijos y hijas. La primera, que le nació antes de ser rey, fué doña Urraca; despues della don Sancho, que le sucedió en sus reinos; luego doña Elvira, que casó adelante con el conde de Cabra; demás destes, don Alonso, en quien despues vino á parar todo, y don García, el menor de sus hermanos; todos nacidos de un matrimonio. De cuya crianza tuvo el cuidado que era razon, que los hijos en su tierna edad fuesen amaestrados y enseñados en todo género de virtud, buena crianza y apostura, las hijas se criasen en toda cristiandad y en los demás ejercicios que á mujeres pertenecen. Gozaba en su reino de una paz muy sosegada, las cosas del gobierno las tenia muy asentadas; mas por no estar ocioso acordó hacer guerra á los moros. Parecíale que por ningun camino se podia mas acreditar con la gente ni agradar mas á Dios que con volver sus fuerzas á aquella guerra sagrada. Los moros, que habitaban hácia aquella parte que hoy llamamos

Portugal, se tendían largamente á las riberas del rio Duero; por donde aquella comarca se llamó entonces Extremadura, y de allí con el tiempo pasó aquel apellidado á aquella parte de la antigua Lusitania que cae entre los rios Guadiana y Tajo, y hasta hoy conserva aquel nombre. Cañante aquellos moros mas cerca que los demás, y por esta causa, aumentado que hobo su ejército con nuevas levas de soldados, marchó contra los que acostumbraban á hacer cabalgadas y grande estrago en las tierras de los cristianos, y á la sazón con una grande entrada que hicieron robaron muchos hombres y ganados. Dióse el Rey tan buena maña, y siguió los contrarios con tanta diligencia, que vencidos y maltratados les quitó lo primero la presa que llevaban, despues, alentado con tan buen principio, pasó adelante. Dió el gasto á los campos de Mérida y Badajoz, sin perdonar á cosa alguna que se le pusiese delante; los ganados y cautivos que tomó fueron muchos, ganó otrosí dos pueblos llamados, el uno Sena, y el otro Gani. Dentro de lo que hoy es Portugal rindió la ciudad de Misos que dentro tenia pelearon valerosa y esforzadamente, como los que en el último aprieto y peligro se hallaban. La toma desta ciudad dió mucho contento al Rey, no solo por lo que en ella se interesaba, que era pueblo tan principal, sino porque hobo á las manos el moro, de quien se dijo arriba que mató al rey don Alonso, su suegro, con una saeta que le tiró desde el adarve. La cual muerte el Rey vengó con darla al matador despues que le sacaron los ojos y le cortaron las manos y un pié, que fué género de castigo muy ejemplar. En la prosecucion desta guerra se ganaron asimismo de los moros los castillos de San Martín y de Taranzo. Cae cerca de aquella comarca la iglesia del apóstol Santiago, patron y amparo de España, cuyo favor muchas veces experimentaron los nuestros en las batallas. Acordó el Rey de ir á visitalla para hacer en ella sus rogativas, cumplir los votos que tenia hechos y hacer otros de nuevo para suplicarle no alzase la mano del socorro con que la asistia y no se le tocase aquella prosperidad y buenanza ni se le añubrase, ca tenia determinado de no parar ni reposar hasta tanto que desterrase de España aquella secta malvada de los moros. Esto pasaba el año segundo despues que se apoderó del reino de Leon. El siguiente, que se contaba de Cristo 1040, tornó de nuevo con mayor ánimo y brio á la guerra. Puso cerco sobre la ciudad de Coimbra, y aunque con dificultad, al fin la ganó por entrega que los moros le hicieron con tal solamente que les concediese las vidas. Los trabajos largos del cerco, falta de vituallas y almacén les forzó á tomar este acuerdo. Algunos dicen que el cerco duró por espacio de siete años; pero es yerro, que no fueron sino siete meses, y por descuido mudaron en años el número de los meses. Era en aquel tiempo aquella ciudad de las mas nobles y señaladas que tenia Portugal; al presente en nuestros tiempos la ennoblecen mucho mas los estudios de todas las artes y ciencias que con muy gruesos salarios fundó el rey don Juan el Tercero de Portugal para que fuese una de las universidades mas principales de España. Los monjes de un monasterio que se decia Lormano se refiere ayudaron mucho al rey don Fernando para proseguir este cerco

con vituallas que le dieron, las que con el trabajo de sus manos tenian recogidas en cantidad, sin que los moros, en cuyo distrito moraban, lo supiesen. No se sabe qué gratificacion les hizo el Rey por este servicio, pero sin duda debió de ser grande. Con la toma desta ciudad los términos del reino de Leon se extendieron hasta el rio Mondego, que pasa por ella y riega sus campos, y en latin se llama Monda. Puso el Rey por gobernador de Coimbra, de los pueblos y castillos que se ganaron en aquella comarca un varon principal, por nombre Sisnando, que era muy inteligente de las cosas de los moros, de sus fuerzas y manera de pelear, á causa que en otro tiempo sirvió á Benabet, rey de Sevilla, en la guerra que hacia á los cristianos que moraban en Portugal; tales eran las costumbres de aquellos tiempos. Mientras duraba el cerco de Coimbra, un obispo griego, por nombre Estéban, segun en el libro del papa Calixto II se refiere, que viniera á visitar la iglesia de Santiago, como oyese decir que muchas veces el Apóstol en lo mas recio de las batallas se aparecia y ayudaba á los cristianos, dijo: Santiago no fué soldado, sino pescador. Esto dijo él. La noche siguiente vió entre sueños cómo el mismo Apóstol ayudaba á los cristianos que estaban sobre Coimbra para que tomasen aquella ciudad. Averiguóse que á la misma hora que aquel obispo vió aquella vision se tomó la ciudad de Coimbra; con que el griego y los demás quedaron satisfechos que el sueño fué verdadero y no vano. El Rey, dado que hobo asiento en todas las cosas, acudió de nuevo á visitar la iglesia de Santiago y dalle parte de las riquezas y presa que en la guerra se ganaron, en reconocimiento de las mercedes recibidas y por prenda de las que para adelante esperaba por su favor alcanzar. Concluido con esta visita y devocion, dió la vuelta para visitar á manera de triunfador las ciudades de sus reinos de Castilla y de Leon. Daba en todas partes asiento en las cosas del gobierno, y de camino recogia de sus vasallos subsidios y ayudas para la guerra que el año siguiente pretendia hacer con mayor diligencia contra los moros que moraban descuidados á las riberas del rio Ebro, y sabia eran ricos de mucho ganado que robaran á los cristianos. Tocaba esta conquista y pertenecia mas propriamente á los reyes de Navarra y Aragon; mas la guerra que entre sí se hacian muy brava no les daba lugar á cuidar de otra cosa alguna. Don Ramiro acrecentó por este tiempo su reino con los estados de Sobrarve y Ribagorza, en que sucedió por muerte de su hermano don Gonzalo. Algunos, por escrituras antiguas que en ella citan, pretenden que don Gonzalo falleció por su villa de su padre; otros que uno llamado Ramoneto de Gascuña, en una zalagarda que le armó junto á la puente de Montelus, le dió muerte volviendo de caza; lo cierto es que enterraron su cuerpo en la iglesia de San Victorian. El rey don Ramiro, aumentado que hobo por esta manera su reino, daba guerra á los navarros que le tenian usurpado parte de su reino de Aragon. No se les igualaba en las fuerzas ni en el número de la gente por ser estrecho su estado; pero demás de ser por sí mismo muy diestro en las armas y de mucho valor, tenia socorros de Francia que le acudian por estar casado con Gisberga, ó como otros la llaman, Hermesenda, hija de Bernardo Rogerio, conde de Bigerra, y de su mujer Garsenda. En

ella tuvo á don Ramiro, á don Sancho, á don García y á doña Sancha, que casó con el conde de Tolosa, y á doña Teresa, que fué mujer de Beltran, conde de la Proenza. Fuera de matrimonio tuvo asimismo otro hijo, por nombre don Sancho, á quien hizo donacion de Aivar, Javier, Latros y Ribagorza con título de conde; no dejó sucesion, y así volvió este estado á la corona de los reyes de Aragon. Las armas de don Ramiro fueron una cruz de plata en campo azul, que adelante mudaron sus descendientes, y las trocaron, como se apuntará en su lugar. Volvamos al rey don Fernando, que con intento de hacer guerra á los moros ya dichos y volver contra los del reino de Toledo, que con cabalgadas ordinarias hacian mucho daño en tierra de cristianos, tomadas las armas sujetó á Santistéban de Gormaz, Valderogio, Aguiar, Valeránica, que al presente se dice Berlanga. Pasó adelante, puso á fuego y á sangre el territorio de Tarazona, corrió toda la tierra hasta Medinaceli, en que abatió todas las atalayas, que habia muchas en España, y dellas hacian los moros señas con ahumadas para que los suyos se apercibiesen contra los cristianos. Desde allí, pasados los puertos, frontera á la sazón entre moros y cristianos, revolvió sobre el reino de Toledo. Taló los campos de Talamanca y Uceda. Lo mismo hizo en los de Guadalajara y Alcalá, que están puestas á la ribera del rio Henáres, sin parar hasta dar vista á Madrid. El rey Almenon de Toledo, movido por estos daños y con recelo de que serian mayores adelante, compró, á costa de gran cantidad de oro y plata que ofreció, las paces y amistad que puso con el rey don Fernando. Lo mismo hicieron los reyes de Zaragoza, Portugal y Sevilla, demás que prometieron acudirle con parias cada un año. Lo cual todo, no menos honra acarrea á los cristianos y reputacion que mengua á los moros, que de tanto poder y pujanza como poco antes tenian, se veian de repente tan ilacos y abatidos, que ni sus fuerzas les prestaban, ni las de Africa que tan cerca les caia; y eran forzados á guardar las leyes de los que antes tenian por súbditos y los mandaban. Mudanza que no se debe tanto atribuir á la prudencia y fuerzas humanas quanto al favor de Dios, que quiso ayudar y dar la mano á la cristiandad, que muy abatida estaba. Mayormente quiso gratificar la grande devocion que en toda la gente se veia, así grandes como menores, con que todos, movidos del ejemplo de su Rey, se ejercitaban en todo género de virtudes y obras de piedad. Tal era la virtud y vida de los cristianos, que muchos de su voluntad se les aficionaban, y dejada la secta de Mahoma, se bautizaban y se hacian cristianos. Otros, si bien eran moros, estimaban en tanto los cuerpos de los santos que tenian en su tierra, por ver que los cristianos los honraban y estar persuadidos que su ayuda para todo era de grande importancia, que ningun oro ni plata ni joyas preciosas tenian en tanto, segun que por el capítulo siguiente se entenderá.

CAPITULO III.

Cómo trasladaron los huesos de san Isidoro, de Sevilla á Leon.

En la ciudad de Leon tenian una iglesia muy principal, sepultura de los reyes antiguos de aquel reino; su advocacion de San Juan Baptista. Estaba maltratada;

que las guerras, y cuando estas faltan, el tiempo y la antigüedad todo lo gastan. La reina doña Sancha era una muy devota señora; persuadió al Rey, su marido, la reparase, y para mas ennoblecilla la escogiose para su sepultura y de sus descendientes; que antes tenia pensamiento de enterrarse en el monasterio de Sahagun. El Rey, que no era menos pio y devoto que la Reina, y mas aína la excedia en fervor, fácilmente otorgó con su voluntad. Para dar principio á lo que tenia acordado, ya que el edificio iba muy alto, hicieron traer de Oviedo, donde yacian los huesos del rey don Sancho de Navarra, padre del Rey; y para aumentar la devocion del pueblo trataron de juntar en aquel templo diversas reliquias de santos de los muchos que en España se hallaban, en especial en Sevilla, ciudad la mas principal del Andalucía, que si bien estaba en poder de los moros, todavia se conservaban en ella muchos cuerpos de los santos que antiguamente murieron en aquella ciudad. Era cosa dificultosa alcanzar lo que pretendian. Acordó el Rey valerse de las armas y hacer guerra á Benabet rey de Sevilla. Parecióle que por este camino saldria con su pretension. Corrióle la tierra; muchos pueblos del Andalucía y de la Lusitania, que eran deste Principe, á unos taló los campos, otros tomó por fuerza ó de grado. El rey Moro, acosado destes daños tan graves, deseaba tomar asiento con los cristianos. Ofrecia cantidad de oro y plata de presente, y para adelante acudir cada un año con ciertas parias. El rey don Fernando aceptó aquellos partidos y la amistad del Moro, á tal empero que sin dilacion le enviase el cuerpo de santa Justa, que fué la ocasion de emprender aquella guerra. Otorgó fácilmente el Moro con lo que se le pedia. Hicieron sus juras y homenajes de cumplir lo que ponian; con que se alzó mano de las armas. Para traer el santo cuerpo despachó el Rey al obispo de Leon Alvito, y al de Astorga, por nombre Ordoño, y en su compañía por sus embajadores al conde don Nuño, don Fernando y don Gonzalo, personas principales de su reino; dióles otrosí para su seguridad soldados y gente de guarda. Los ciudadanos de Sevilla, avisados de lo que se pretendia, sea movidos de sí mismos por entender cuánto importan á los pueblos la asistencia y ayuda de los santos por medio de sus santas reliquias, ó lo que mas creo, á persuasion de los cristianos que en Sevilla moraban, se pusieron en armas resueltos de no permitir les llevasen de su ciudad aquellos huesos sagrados. Los embajadores se hallaban confusos sin saber qué partido tomasen. Por una parte les parecia peligroso apretar al rey Moro; por otra tenian que seria mengua suya y de la cristiandad si volviesen sin la santa reliquia. Acudióles nuestro Señor en este aprieto; san Isidoro, arzobispo que fué de aquella ciudad, apareció en sueños al obispo Alvito, principal de aquella embajada, y con rostro ledo y semblante de gran majestad le amonestó llevase su cuerpo á la ciudad de Leon á trueco del de santa Justa, que ellos pretendian. Avisóle el lugar en que le hallaria con señas ciertas que le dió, y que en confirmacion de aquella vision y para certificarlos de la voluntad de Dios, él mismo dentro de pocos dias pasaria desta vida mortal. Cumplióse puntualmente lo uno y lo otro con grande admiracion de todos. Hallóse el cuerpo de san Isidoro en Sevilla la Vieja, segun que el Santo lo avisara, y el obispo Alvito enfermó luego de una dolencia

mortal, que sin poderle acorrer médicos ni medicinas le acabó al seteno. Despidiéronse con tanto los demás embajadores del rey Moro. Llevaron el cuerpo de san Isidoro y el del obispo Alvito con el acompañamiento y majestad que era razon. El rey don Fernando, avisado de todo lo que pasaba, como llegaban cerca, acompañado de sus hijos salió hasta el río Duero con mucha devoción á recibir y festejar la santa reliquia. Salió asimismo todo el pueblo y el clero en procesion, grandes y pequeños con mucho gozo, aplauso y alegría. Fué tanta la devocion del Rey, que él mismo y sus hijos á piés descalzos tomaron las andas sobre sus hombros y las llevaron hasta entrar en la iglesia de San Juan de Leon. En Sevilla antes que saliese el cuerpo y por todo el camino hizo Dios para honrarle muchos milagros; los ciegos cobraron la vista, los sordos el oido, y los cojos y contrechos se soltaron para andar; maravilloso Dios y grande en sus santos. El cuerpo del obispo Alvito sepultaron en la iglesia mayor de aquella ciudad; el de san Isidoro fué colocado en la de San Juan en un sepulcro muy costoso y de obra muy prima, que para este efecto le tenían aparejado y presto; que fué ocasion de que aquella iglesia, que de tiempo antiguo tenia advocacion de San Juan Baptista, en adelante sellamase, como hoy se llama, de San Isidoro. Refieren otrosí que el jumento que traia la caja de san Isidoro, sin que nadie le guiasse, tomó el camino de aquella iglesia de señor San Juan, y el en que venia el cuerpo del Obispo se enderezó á la iglesia mayor; que si es verdad, fué otro nuevo y mayor milagro. Bien veo que esto no concuerda del todo con lo que queda dicho, y que cosas semejantes se toman en diversas maneras; pero pues no referimos cosas nuevas, sino lo que otros testifican, quedará á su cuenta el abonallas y hacer fe dellas, en especial de don Lúcas de Tuy, que compuso un libro de todo esto bien grande, y de los milagros que Dios obró por virtud deste santo, muchos y notables. Nuestro oficio no es poner en disputa lo que los antiguos afirmaron, sino relatarlo con entera verdad. Por el mismo tiempo, como lo escribe don Pelayo, obispo de Oviedo, trasladaron de la ciudad de Avila los cuerpos de los santos Vicente, Sabina y Cristeta, sus hermanas. El de san Vicente fué llevado á Leon, el de santa Sabina á Palencia, el de santa Cristeta al monasterio de San Pedro de Arlanza. En Coyanza, que al presente se llama Valencia, en tierra de Oviedo, se celebró un concilio en presencia deste rey don Fernando y de la Reina, su mujer. En él se juntaron los grandes del reino y nueve obispos, que fué año del Señor de 1050. En los decretos deste Concilio se mandó al pueblo que asistiese á las horas canónicas que se cantan en la iglesia de dia y de noche y que todos los viérnes del año se ayunase de la manera que en otros tiempos y días de ayuno que obligan por discurso del año. Por este tiempo asimismo dos hijas de dos reyes moros se tornaron cristianas y se bautizaron. La una fué Casilda, hija de Almenon, rey de Toledo; la otra Zaida, hija del rey Benabet, de Sevilla. La ocasion de hacerse cristianas fué desta manera. Casilda era muy piadosa y compasiva de los cautivos cristianos que tenían ahrojados en casa de su padre, de su gran necesidad y miseria; acudiales secretamente con el regalo y sustento que podia. Su padre, avisado de lo que pasaba y mal enojado por el caso, acechó

á su hija. Encontróla una vez que llevaba la comida para aquellos pobres; alcorado preguntóla lo que llevaba, respondió ella que rosas; y abierta la falda las mostró á su padre, por haberse en ellas convertido la vianda. Este milagro tan claro fué ocasion que la doncella se quisiese tornar cristiana; que desta manera suele Dios pagar las obras de piedad que con los pobres se hacen, y fruto de la misericordia suele ser el conocimiento de la verdad. Padecia esta doncella flujo de sangre, avisáronla (fuese por revelacion ó de otra manera) que si queria sanar de aquella dolencia tan grande se bañase en el lago de San Vicente, que está en tierra de Briviesca. Su padre, que era amigo de los cristianos, por el deseo que tenia de ver sana á su hija, la envió al rey Fernando para que la hiciese curar. Cobró ella en breve la salud con bañarse en aquel lago, despues recibió el bautismo segun lo tenia pensado, y en reconocimiento de tales mercedes, olvidada de su padre, en una ermita que hizo edificar junto al lago pasó muchos años santamente. En vida y en muerte fué esclarecida con milagros que Dios obró por su intercesion; la Iglesia la pone en el número de los santos que reinan con Cristo en el cielo, y en muchas iglesias de España se le hace fiesta á 15 de abril. La Zaida, quier fuese por el ejemplo de santa Casilda ó por otra ocasion, se movió á hacerse cristiana, en especial que en sueños le apareció san Isidoro, y con dulces y amorosas palabras la persuadió pudiese en ejecucion con brevedad aquel santo propósito. Dió ella parte deste negocio al Rey, su padre; él estaba perplejo sin saber qué partido debria tomar. Por una parte no podia resistir á los ruegos de su hija; por otra parte temia la indignacion de los suyos si le daba licencia para que se bautizase. Acordó finalmente comunicar el negocio con don Alfonso, hijo del rey don Fernando. Concertaron que con muestra de dar guerra á los moros hiciese con golpe de gente entrada en Sevilla, y con esto cautivase á la Zaida, que estaria de propósito puesta en cierto pueblo que para este efecto señalaron. Sucedió todo como lo tenían trazado; que los moros no entendieron la traza, y la Zaida, llevada á Leon, fué instruida en las cosas que pertenece saber á un buen cristiano. Bautizada se llamó doña Isabel, si bien el arzobispo don Rodrigo dice que se llamó doña María. Los mas testifican que esta señora adelante casó con el mismo don Alonso en sazón que era ya rey de Castilla, como se apuntará en otro lugar. Don Pelayo, el de Oviedo, dice que no fué su mujer, sino su amiga. La verdad quíen la podrá averiguar, ni quíen se ofrecerá muchas dificultades que en esta historia se ofrecen á cada paso? Lo que consta es que esta conversion de Zaida sucedió algunos años adelante.

CAPITULO IV.

Cómo don García, rey de Navarra, fué muerto.

El mismo año que el rey don Fernando hizo trasladar á Leon el cuerpo de san Isidoro, que fué el de 1053, don García, rey de Navarra, murió en la guerra. Fué hombre de ánimo feroz, diestro en las armas; y no solo era capitán prudente, sino soldado valeroso. Los principios de discordias entre los hermanos, que los años pasados se comenzaron, en este tiempo vinieron de todo punto á madurarse, como suele acontecer, en gra-

ve daño de don García. Don Fernando decía que era suya la comarca de Briviesca y parte de la Rioja, por antiguas escrituras que así lo declaraban. Al contrario, se quejaba don García haber recibido notable agravio y injuria en la division del reino, y en aquel particular defendía su derecho con el uso y nueva costumbre y testamento de su padre. La demasiada codicia de mandar despeñaba estos hermanos, por pensar cada uno que era poca cosa lo que tenía para la grandeza del reino que deseaba en su imaginación. Esta es una gran miseria que mucho agua la felicidad humana. Enfermó don García en Najara, visitóle don Fernando, su hermano, como la razon lo pedía; quísole prender hasta tanto que le satisficiera en aquella su demanda. Entendió la zagalarda don Fernando, huyó y púsose en cobro. Mostró don García mucha pesadumbre de aquella mala sospecha que dél se tuvo; procuraba remediar el odio y malquerencia que por aquella causa resultó contra él. Supo que su hermano estaba doliente en Búrgos; fuese para allá en son de visitalle y pagalle la visita pasada. No se aplacó el rey don Fernando con aquella cortesía y máscara de amistad. Echó mano de su hermano, y preso, le envió con buena guarda al castillo de Ceya. Sobornó él las guardas que le tenían puestas, y huyóse á Navarra, resuelto de vengar por las armas aquella injuria y agravio. Juntó la gente de su reino, llamó ayudas de los moros, sus aliados, y formado un buen ejército, rompió por las fierras de Castilla, y pasados los montes Doca, hizo mucho estrago por todas aquellas comarcas. El rey don Fernando, que no era lerdo ni descuidado, por el contrario, juntó su ejército, que era muy bueno, de soldados viejos, ejercitados en todas las guerras pasadas. Marchó con estas gentes la vuelta de su hermano, resuelto de hacelle todo aquel mal y daño á que el dolor y el odio le estimulaban. Diéronse vista los unos á los otros como cuatro leguas de la ciudad de Búrgos, cerca de un pueblo que se llama Atapuerca. Asentaron sus reales, y barreáronse segun el tiempo les daba; ordenaron tras esto sus haces en guisa de pelear. Las condiciones destos dos hermanos eran muy diferentes; la de don Fernando blanda, afable, cortés; además que en las armas y destreza del pelear ninguno se le igualaba. Don García era hombre feroz, arrebatado, hablador, por la cual causa los soldados estaban con él desabridos, y porque á muchos de sus reinos con achaques, ya verdaderos, ya falsos, tenía despojados de sus haciendas, suplicáronle al tiempo que se quería dar la batalla mandase satisfacer á los agraviados. No quiso dar oídos á tan justa demanda. Parecíale fuera de sazón, y que tomaban aquel torcedor y ocasion para salir con lo que deseaban. Muchos temían no le empeciese aquella aspereza y el desabrimiento de los suyos, y se recelaban no quisiese Dios castigar aquellas sus arrogancias y injusticias. En especial un hombre noble y principal, cuyo nombre no se sabe, mas en el hecho todos concuerdan, viejo, anciano, prudente, y que tenía cabida con aquel príncipe porque fué su ayo en su niñez, visto el grande riesgo que corría, movió tratos de paz con deseo que no se diese la batalla. Don Fernando se mostraba fácil y venía bien en ello; acudió á don García, púsole delante los varios sucesos de la guerra y el riesgo á que se ponía; suplicóle se concertase con su hermano y le perdonase los yerros pasa-

dos, pues no hay persona que no falte y peque en algo; que se moviese por el bien comun, que no era justo vengar su particular sentimiento con daño de toda la cristiandad y á costa de la sangre de aquellos que en nada le habian errado; ofrecíale de parte de su hermano le haría la satisfaccion que los jueces señalados por las partes en esta diferencia mandasen, que, aunque como hermano menor, era el primero que movía tratos de paz, pero que se guardase de pasalle por el pensamiento lo hacia por cobardía ó falta de ánimo, que le certificaba le sería muy dañosa aquella imaginación; pues como él sabía, tenía don Fernando escogidos y diestros soldados en su campo; solo con esta embajada quería justificar su causa con todo el mundo, vencer en modestia, y que todos enténdiesen eran muy fuera de su voluntad las muertes, destruición y pérdidas que se aparejaban. Con estas buenas razones se juntaron los ruegos y lágrimas del ayo. No se movió don García; sus pecados le llevaban á la muerte; ni la privanza del que le rogaba ni su autoridad ni el peligro presente fueron parte para ablandarle. Dióse pues de ambas partes la señal para la batalla; encontráronse los dos ejércitos con gran furia. El ayo de don García, vista la flaqueza de los soldados de su parte, cuán pocos eran, cuán desabridos, sin esperanza de victoria, por no ver la perdición de su patria, con sola su espada y lanza se metió entre los enemigos do era la mayor carga, y así murió como bueno. Los demás no pudieron sufrir el ímpetu que traía don Fernando; la turbacion y el miedo grande y la sospecha de aquel gran daño trabajaba á los navarros; dos soldados, que poco antes se habian pasado al ejército contrario, hendiendo y pasando por el escuadron de su guarda con mucha violencia, llegaron hasta don García y le mataron á lanzadas; caído el Rey, todos los suyos huyeron. El rey don Fernando, alegre con la victoria, y por otra parte triste por la muerte de su hermano, mandó á los soldados que reparasen, no diesen la muerte á los cristianos que quedaban. Hizose así; solo en el alcance á los moros que iban desbaratados y huyendo por los campos, unos mataron, otros cautivaron. El cuerpo de don García, con voluntad del vencedor, llevaron sus soldados á Najara, y allí le enterraron en la iglesia de Santa María, que él mismo habia levantado desde sus cimientos. De doña Estefanía, su mujer, francesa de nacion, con quien casó en vida de su padre, dejó cuatro hijos y otras tantas hijas, que fueron: don Sancho, el mayorazgo, que le sucedió en la corona, y don Ramiro, á quien habia dado el señorío de Calaborra, como ganada de los moros por las armas; los demás hijos se llamaron don Fernando y don Ramon; las hijas, Ernesenda, Jimena, Mayor y doña Urraca. Esta casó con el conde don García, de quien se tratará despues. Con la muerte de don García, su estado fué por sus hermanos destrozado y menoscabado. El rey don Fernando tomó para sí los pueblos y ciudades sobre que era el pleito, sin que nadie le fuese á la mano ni se lo osase estorbar, que son: Briviesca, Montes Doca y parte de la Rioja, que es la parte por do pasa el rio Oja, que da el nombre á la tierra; nace este rio de los montes en que está Santo Domingo de la Calzada, y junto á la villa de Haro entra en Ebro. La otra parte de la Rioja, Navarra y el ducado de Vizcaya, Najara, Logroño y otros pueblos y ciudades

quedaron en poder de don Sancho, hijo de don García. Por causa desta guerra y con esta ocasion cobró don Ramiro á Aragon por las armas, y aun entró en esperanza de hacerse tambien señor de lo demás del reino de Navarra, que era de su hermano muerto; porque en este tiempo, como se ve por escrituras antiguas, se llamaba rey de Aragon, de Sobrarve, de Ribagorza y Pamplona. Demás que, animado con estos principios, quitó á los moros que habian quedado en Ribagorza y su tierra un pueblo llamado Benavarrio. Por conclusion, entre don Ramiro y don Sancho, el nuevo rey de Navarra, despues de algunos debates y refriegas se hicieron paces con tal condicion, que el uno al otro para seguridad se diesen ciertos castillos en rehenes. Ruesta y Pitilla dieron á don Sancho. Sangüesa, Lerdo, Ondusio dieron á don Ramiro. Recelábanse los dos, tio y sobrino, que en tanto que en aquellas revueltas andaban, don Fernando, cuyas armas eran temidas, no los maltratase con guerra; por esta causa se juntaron y hicieron pacto y concierto de tener los mismos por amigos y por enemigos, valerse el uno al otro y ayudarse en todas las ocurrencias.

CAPITULO V.

Que España quedó libre del imperio de Alemaña.

En el tiempo que España ardía en guerras civiles, tenia el imperio de Alemaña, do los años pasados se trasladara de Francia, Enrique, segundo deste nombre. La Iglesia universal gobernaba el papa Leon IX. A Leon sucedió Victor II, que con intento de reformar el estado eclesiástico, relajado por la licencia y anchura de los tiempos, juntó concilio en Florencia, ciudad y cabeza de la Toscana, el año de 1055. Despachó dende á Hildebrando, que de monje chuniacense era subdiácono cardenal, grado á que subió por su virtud, letras y talento para negocios, para que fuese á Francia y Alemaña á tratar por una parte con el Emperador de renovar y poner en su punto la antigua disciplina eclesiástica, por otra para apaciguar en Turon de Francia las revueltas y alteraciones que causaban ciertas opiniones nuevas, que contra la fe enseñaba Berengario, diácono de aquella iglesia. Añaden nuestras historias que en aquel Concilio se hallaron embajadores de parte del Emperador susodicho, y que en su nombre propusieron á los obispos ciertas querellas y demandas. En especial extrañaron que el rey don Fernando de Castilla, contra lo establecido por las leyes y guardado por la costumbre inmemorial, se tenia por exempto del imperio de Alemaña, y aun llegaba á tanto su liviandad y arrogancia, que se llamaba emperador. «Yo, decia él, si no mirara el pro comun y bien de todos, fácilmente pasara por el agravio que á mi dignidad se hace; pero en este negocio es necesario poner los ojos en toda la cristiandad, cuan anchamente se extiende por todo el mundo, la cual ninguna seguridad puede tener si todos no reconocen y respetan y se sujetan á una cabeza que los acaudille y gobierne. La autoridad otrosi de los sumos pontífices y su mando será muy flaco si les falta el brazo y asistencia de los emperadores, que por esta causa tienen el segundo lugar en mando y autoridad en toda la Iglesia cristiana. Reprimid pues esta arrogancia y soberbia en sus principios, y no permiti-

tais que el daño pase adelante, ni que este mal ejemplo por mi descuido y vuestra disimulacion se extienda á las otras naciones y provincias, ca con el dulce y engañoso color de libertad fácilmente se dejarán engañar, y la sacra majestad del imperio y pontificado vendrán á ser una sombra vana y nombre solo sin sustancia de autoridad. Poned entredicho á España, descomulgad al Rey soberbio y sandio. Si así lo haceis, yo me ofrezco no faltar á la honra y pro de la Iglesia y juntar con vos mis fuerzas para mirar por el bien comun; que si por algunos respetos disimulais, yo estoy resuelto de volver por el honor del imperio y por mi particular.» A este razonamiento respondieron los padres del Concilio que tendrian cuidado de lo que el Emperador pedía. Hicieron sus consultas, y considerado el negocio, el papa Victor pronunció en favor del Emperador que pedía razon y justicia. Era el Papa aleman de nacion, natural de Suevia, por donde naturalmente se inclinaba á favorecer mas la causa de aquel imperio. Despacharon embajadores al rey don Fernando para que le dijese de parte del Papa y del Concilio que en adelante se allanase y reconociese al imperio, y no se intitulase mas emperador, pues por ninguna razon le pertenecia. Llevaban órden de ponerle pena de descomunion si no obedeciese á lo que se le mandaba. El Rey, oida esta embajada, se halló perplejo sin resolverse en lo que debía hacer. De la una parte y de la otra se le representaban grandes inconvenientes, no menores en obedecer que en hacer resistencia. Acordó juntar Cortes del reino para tratar en ellas, como era razon, un negocio tan grave y que á todos tocaba. Los pareceres no se conformaron. Los que eran de mejor conciencia aconsejaban que luego obedeciese, porque no indignase al Papa y se revolviere España y alterase, como era forzoso; que las guerras se debian evitar con cuidado por estar España dividida en muchos reinos, y estos gastados con guerras civiles y quedar dentro de la provincia tantos moros enemigos de la cristiandad. Otros mas arriscados y de mayor ánimo decian que si obedecia se ponía sobre España un gravísimo yugo, que jamás se podría quitar; que era mejor morir con las armas en la mano que sufrir tal desaguisado en su república y tal mengua en su dignidad. Rodrigo Diaz de Vivar, que adelante llamaron el Cid, estaba á la sazón en la flor de su edad, que no pasaba de treinta años, estimado en mucho por su gran esfuerzo, destreza en las armas, viveza de ingenio, muy acertado en sus consejos. Habia pocos dias antes hecho campo con don Gomez, conde de Gormaz; vencióle y dióle la muerte. Lo que resultó deste caso fué que casó con doña Jimena, hija y heredera del mismo Conde. Ella misma requirió al Rey que se le diese por marido, ca estaba muy prendada de sus partes, ó le castigase conforme á las leyes por la muerte que dió á su padre. Hizose el casamiento, que á todos estaba á cuento; con que por el grande dote de su esposa, que se allegó al estado que él tenia de su padre, se aumentó en poder y riquezas de tal suerte, que con sus gentes se atrevía á correr las tierras comarcanas de los moros; en especial venció en batalla cinco reyes moros que, pasados los montes Doca, hacian daños por las tierras de la Rioja. Quitóles la presa que llevaban y á ellos mismos los hobó á las manos; soltólos empero sobre

pleitesía que le hicieron de acudir cada un año con ciertas parias que concertaron. El rey don Fernando en esta sazón se ocupaba en reparar la ciudad de Zamora, que después que los moros la destruyeron en tiempo del rey don Ramiro no la habían reedificado. Otorgó á los moradores que quisiesen en ella poblar que se gobernasen conforme á las leyes antiguas de aquella ciudad, que eran las mismas de los godos. Sucedió que en aquella coyuntura los mensajeros de los moros trujeron á Rodrigo Díaz las parias que concertaron; llamáronle Cid, que en lengua árábica quiere decir señor; lo uno y lo otro en presencia del Rey y de sus cortesanos, de que tomaron ocasión muchos para envidialle y aborrecelle, como quiera que sea cosa muy natural llevar de mala gana la prosperidad de los otros, mayormente si es extraordinaria, y ninguno se debe mas recatar en el subir que el que poco antes se igualaba ó era menos que los demás. Sin embargo, el Rey, maravillado de su valor, mandó que de allí adelante le llamasen el Cid; y así fué que, casi olvidado el propio nombre que tenía de pila y de su linaje, toda la vida le dieron aquel nuevo y honroso apellido. Algunos añaden que en cierta diferencia que resultó entre los reyes don Fernando de Castilla y don Ramiro de Aragón sobre cuya fuese la ciudad de Calahorra, puesta á la ribera del río Ebro, acordaron que dos caballeros uno de cada parte hiciesen campo sobre aquel caso, y que por quien quedase la victoria, su rey hobiese la ciudad sobre que se pleiteaba. Dicen otrosí que don Ramiro, señaló por su parte á Martín Gomez, y por don Fernando tomó la demanda el Cid, que venció y mató á su contrario Martín Gomez, que quieren que sea cabeza y tronco del linaje y casa de Luna, muy antiguo y noble solar en España. Pero los mas doctos tienen todo esto por falso, á causa que el rey don García de Navarra ganó de los moros aquella ciudad, como arriba se dijo, y así no pudo el rey de Aragón pretender sobre ella derecho alguno. Estaba el Cid entretenido con el nuevo casamiento, y ocupado en negocios tocantes á su casa, por esto no se halló en las Cortes cuando se trató de lo que el Emperador pedía y el Papa mandaba tocante al reconocimiento que pretendían hacer al imperio de Alemania. El Rey de su condicion y por su edad se inclinaba mas á la paz, y no quisiera la guerra, si bien entendía que de aquel principio, si disimulaba, se podría menoscabar en gran parte la libertad de España. Pero antes que en negocio tan grave se tomase resolución, hizo llamar al Cid para consultalle y que dijese su parecer. Vino al llamado del Rey, y preguntado sobre el caso, respondió que no era negocio de consulta, sino que por las armas defendiesen la libertad que con las armas ganaron. Que no era razón pretendiese nadie gozar de lo que en el tiempo del aprieto no ayudó á ganar en manera alguna. «¿No será mejor y mas acertado morir como buenos que perder la libertad que nuestros mayores con tanto afán nos dejaron, y que estos bárbaros hagan burla y escarnio de nuestra nación? Gente que en su comparacion no estiman á nadie. Sus palabras afrentosas, sus soberbias y arrogancias, sus desdenes con los que los tratan, sus embriagueces y demasías no se pueden sufrir. Apenas habemos sacudido el yugo de la sujecion que los moros tenían puesto sobre nuestras cervices, ¿será bien

que nos dejemos avasallar y hacer esclavos de otros cristianos? Hacen sin duda burla de nuestras cosas, como si todo el mundo y toda la cristiandad prestase obediencia y reconociese vasallaje á los emperadores de Alemania. Toda la autoridad, poder, honra, riquezas que se ganaron con la sangre de nuestros mayores serán suyas; y ¿para nos quedarán solo trabajos, peligros, cautiverios y pobreza? El yugo pesado del imperio romano que sacudieron de sí nuestras antepasadas ¿nos le tornarán á poner ahora los alemanes? ¿Serémos por ventura como canalla sin juicio y sin prudencia, sin autoridad y señorío, sujetos á los que, si tuviéramos ánimo, temblaran en pensallo? Recia cosa es, dirá alguno, hacer resistencia á las fuerzas y poder del Emperador bravo, y dura no obedecer al mandato del Papa. De ánimos cobardes y viles es por temor de una guerra incierta sujetarse á daños manifiestos y grandes. El valor y brio vence muchas veces las dificultades que hacen desmayar á los perezosos y flojos. Muchos, á lo que veo, se dejan llevar desta pusilanimidad, que ni se mueven por honra, ni los enfrena el miedo de la afrenta, que parece tienen por bastante libertad no ser azotados y pringados como esclavos. No creo yo que el Sumo Pontífice nos tenga tan cerradas las orejas que no dé lugar á nuestros justísimos ruegos, y le mueva la razón y justicia que hace por nuestra parte. Enviéncse personas que con valor defiendan nuestra libertad en su presencia y declaren cuál fuera de camino va lo que pretenden los alemanes. Cuanto á mí, resuelto estoy de defender con la espada en el puño contra todo el mundo la honra, la libertad que mis mayores me dejaron y todo lo al. Con esta espada haré bueno que cometen traicion contra su patria todos aquellos que por escrúpulo de conciencia ó por cualquiera otra consideracion y recato se apartaren deste mi parecer y no desecharen con mayor cuidado que ellos la pretenden la sujecion y servidumbre de España. Cuanto cada cual se mostrare en defensa de la libertad en el mismo grado le tendré por amigo ó por enemigo capital.» Este parecer del Cid Ruy Diaz dió á todos contento; hasta los mismos que al principio flaqueaban le aprobaron, y conforme á esto se dió la respuesta al Papa. Para hacer rostro á los intentos del Emperador levantaron gente por todo el reino hasta número de diez mil hombres, demás de los socorros que acudieron de los moros que les pagaban parias y les eran tributarios. Nombraron por general de toda esta gente al mismo Cid para que el que dió principio á la empresa la llevase adelante y la acabase. Acordó para dar muestra de las fuerzas y valor de España de pasar los montes Pirineos. Entró por Francia hasta llegar á Tolosa, ciudad que, segun yo entiendo, en aquel tiempo estaba á devocion ó era sujeta á España. Por lo cual hace la letra y lucillo del rey don Sancho el Mayor puesta de suso. Desde allí despacharon una embajada muy principal al Papa, en que le suplicaban enviase personas á propósito que oyesen las razones que por parte de España militaban. Los principales y cabezas desta embajada, que fueron el conde don Rodrigo, difrente del Cid; y don Alvar Yañez Minaya, alcanzaron del Pontífice que enviase á España sobre el caso por su legado á Ruperto, cardenal sabinense, y que juntamente viniesen embajado-

res del Emperador para que el pleito, oídas las partes, se ventilase y concluyese. En el entre tanto el rey don Fernando de Francia dió la vuelta á España. El legado y los embajadores repararon en Tolosa. Allí se trató el negocio, y finalmente, sustanciado el proceso con lo que de la una parte y de la otra se alegó y cerrado, vinieron á sentencia, que fué en favor de España, y que para adelante los emperadores de Alemania no pretendiesen tener algun derecho sobre aquellos reinos. Deste principio quedó muy asentado lo que se confirmó por la costumbre del pueblo, por la aprobacion de las otras naciones, por el parecer y comun opinion de los juristas que adelante florecieron, que España no era sujeta al imperio ni le reconocia ni reconoce algun vasallaje; tanto importa para semejantes negocios el valor de un hombre prudente y arriesgado. Verdad es que los papas asimismo pretendieron que España les pagase tributo, como parece por una bula de Gregorio VII, que está entre las de su registro, enderezada á los reyes, condes y los demás príncipes de España, en que dice que el tal tributo se solia pagar antes que los moros della se apoderasen. Pero no salió con esta pretension; debieron todos hacer rostro á esta demanda, y la costumbre inmemorial muestra claramente que España ha sido siempre tenida por libre, y nunca ha pagado tributo á ningun príncipe extranjero. El linaje y descendencia del Cid se debe tomar de Lain Calvo, juez que fué de Castilla, como arriba queda dicho, porque este juez tuvo en doña Elvira Nuña Bella á Fernan Nuño. Deste y de su mujer doña Egilona fué hijo Lain Nuño; cuyo hijo fué Diego Lainez, marido que fué de Teresa Nuña, y padre de Rodrigo Díaz, por sobrenombre el Cid. Del Cid y su mujer doña Jimena nació Diego Rodriguez de Vivar, que en vida de su padre murió en la guerra contra moros. Tuvo asimismo el Cid dos hijas, doña Elvira y doña Sol, de quien se hará mencion adelante. Algunos concilios de obispos se tuvieron en este tiempo. El primero en Compostella, año de 1056. Presidió en él Cresconio, obispo compostellano, que se llama obispo de la Sede Apostólica. Halláronse con él Suero, obispo dumiense; Vistrario, electo metropolitano de Lugo, demás de otros sacerdotes, diáconos y clérigos y abades. Ordenáronse en este Concilio muchas cosas muy buenas. Que los obispos y los prestes dijesen misa cada día; que los canónigos tuviesen un cilicio, y se le pudiesen los días de ayuno, y todas las veces que se hiciesen letanías por alguna necesidad. En Jaca, tierra del rey don Ramiro, se hizo otro concilio año de 1060. Halláronse en él los obispos Sancho, de Aragon; Paterno, de Zaragoza; Arnulfo, rotense; Guillermo, de Urgel; Eraclio, de los bigerrones; Estéban, olorense; Gomecio, de Calahorra; Juan, lectorense. Presidió Austindo, arzobispo auxitano en Francia. Reformáronse las ceremonias de la misa que se habían estragado con el tiempo, y tambien las costumbres de los clérigos, y mandóse que los oficios divinos se hiciesen conforme al uso romano. Ordenóse otrosí que en Jaca estuviese la silla obispal que solia estar en Huesca, pero con condicion que, ganada Huesca de los moros, se le volviese la silla, quedando en su diócesis la misma ciudad de Jaca, y así se hizo adelante. Dos años despues desto se celebró concilio en San Juan de la Peña, presente el rey don Ramiro, á 21 de junio. Halláronse en él los

obispos don Sancho, de Aragon; don Sancho, de Pamplona; don García, de Najara; Arnulfo, de Ribagorza; Julian, castellense, y otros muchos obispos; Poncio, arzobispo de Oviedo, que sospecho yo fué el presidente, aunque se nombra el postrero. En este Concilio se ordenó por comun acuerdo de los padres que un decreto que los años pasados se hizo por el rey don Sancho el Mayor, es á saber, que los obispos de Aragon fuesen elegidos por los monjes de aquel monasterio, se guardase como en él se contenia. Por el mismo tiempo, si bien en el año no conciertan los autores sin que se pueda averiguar la verdad puntualmente, el cardenal Hugo, legado que era del Papa en España, en cierta junta de obispos y caballeros que se tuvo en Barcelona por orden y con voluntad del conde don Ramon, revocó y dió por ningunas las leyes de los gódos, de que los catalanes hasta entonces usaban, y ordenó otras nuevas, que se guardan hasta nuestros tiempos. Este entiendo yo es aquel Hugo, cardenal llamado por sobrenombre Cándido, que el año de 1064 vino de Roma por legado á España, en tiempo que sobre el pontificado contendian dos que ambos se llamaban papas, y cada cual pretendia ser legitimo pontífice. El uno se llamó Alejandro II, el otro Honorio II. Los reyes de España seguian la obediencia del papa Alejandro, cuyo legado era este cardenal, por tener mas fundado su derecho que el competidor y contrario. Procuró este legado, demás de lo ya dicho, que en España se dejase el oficio gótico ó mozárabe, mas no pudo por entonces salir con ello; antes tres obispos de España fueron enviados á Mantua, ciudad de la Gallia Cisalpina ó Lombardia, para donde tenian convocado concilio, con intento de sosegar aquel cisma tan perjudicial; llevaron asimismo consigo los libros góticos y hicieron que el Concilio y los demás obispos los aprobasen y diesen por buenos y católicos. Estos obispos eran Munio, de Calahorra; Eximio, de Auca; Fortunio, de Alava; que debieron ser en aquella sazón de los más principales y doctos destas partes.

CAPITULO VI.

Lo restante del rey don Fernando.

De los movimientos y diferencias que resultaron por la pretension de los emperadores de Alemania tomaron los moros ocasion y avilenteza para sacudir el yugo que los años pasados les pusiera el rey don Fernando. A un mismo tiempo, casi como de comun acuerdo de todos, en diversos lugares tomaron las armas, en especial en el reino de Toledo y en los celtiberos, que es parte de Aragon. El Rey estaba ya pesado con los años, cansado de guerras tantas y tan molestas como por toda la vida tuvo; por el mismo caso las rentas reales consumidas, los vasallos cansados con los muchos tributos que pagaban. La reina doña Sancha, como hembra que era de ánimo varonil, deseosa que la cristiandad fuese adelante, ofreció de su voluntad para ayuda de los gastos de la guerra, que no se excusaba, todo el oro y joyas de su persona y recámara. Alentado el Rey con esta ayuda, juntó un buen ejército con que acometió á los moros por la parte que corre el rio Ebro; hizo gran estrago y matanza en ellos. Pasó más adelante hasta llegar á los catalanes y valencianos, de donde vino cargado de

buenos despojos. Con la misma prosperidad hizo guerra á los del reino de Toledo, y á todos ellos puso leyes y hizo jurar pagarian siempre los tributos acostumbrados. Esto hecho, con aparato y gloria de triunfador se volvió á su casa. Quién dice que cerca de Valencia se le apareció san Isidoro, cuyo devoto fué siempre, y le dijo moriría presto; por tanto, que se confesase y ordenase con brevedad las cosas de su alma. La enfermedad que luego sobrevino al Rey confirmó esto ser verdad; por lo cual, hecho concierto con los moros y recobrados los cautivos que tenían cristianos y recogidos los despojos que les ganara, sujetas aquellas comarcas y alzados los reales, marchó con su gente para Leon. Llevábanle en una litera militar como silla de mano, mudábanse por su órden los soldados y gente principal á porfia quién se aventajaría en el trabajo; tanto era el amor que le tenían chicos y grandes. El año de 1065, á 24 de diciembre, día sábado, entró en Leon, y como lo tenia de costumbre, visitó los cuerpos de los santos prostrado por el suelo; con muchas lágrimas pidióles con su intercesion le alcanzasen buena muerte; y aunque parecía que la enfermedad iba en aumento, todavía estuvo presente á los maitines de Navidad; el día siguiente oyó misa y comulgó. Otro día en la iglesia de San Isidoro, puesto delante de su sepulcro, á grandes voces que todos le oían dijo á nuestro Señor: «Vuestro es el poder, vuestro es el mando, Señor; vos sois sobre todos los reyes, y todo está sujeto á vuestra merced. El reino que recibí de vuestra mano vos restituyo. Solo pido á vuestra clemencia que mi ánima se halle en vuestra eterna luz.» Dicho esto, se quitó la corona, ropa y reales insignias con que viniera, recibió el olio de mano de los obispos muchos que allí asistían, y vestido de cilicio y cubierto de ceniza, día tercero de Pascua, fiesta de san Juan Evangelista, á hora de sexta finó. Pusieron su cuerpo en la misma iglesia junto á la sepultura de su padre. Las exequias fueron mas señaladas por las lágrimas del pueblo que por el aparato y solemnidad, aunque tampoco faltó esta, como era razon, en la muerte de tan gran Príncipe. Esto dicen don Rodrigo y Lucas de Tuy; dado que hay quien diga que murió en Cabezon, pueblo junto á Valladolid, y ni aun en el tiempo de su tránsito conciertan los autores. Nos seguimos lo que pareció mas probable, sin atrevernos á interponer nuestro parecer y juicio en cosas semejantes y de tanta oscuridad. La vida del rey don Fernando fué señalada en cristiandad y toda virtud en tanto grado, que en la ciudad de Leon cada año se le hace fiesta como á los demás que están puestos en el número de los santos. Muchas iglesias de su reino hizo de nuevo, otras reparó con mucha liberalidad y franqueza. Especialmente en Leon fundó las iglesias de San Isidro y de Santa Maria de Regla, y el monasterio de Sahagun en Castilla, donde ya que era viejo, cuando mas se dió á la oracion y devocion, residía muy de ordinario y cantaba muchas veces en el coro y comía en el refitorio con los frailes lo que estaba aderezado para ellos. Una vez se le cayó de las manos un vidrio que el abad le daba, como cuenta don Rodrigo, y luego se le restituyó de oro. Dice mas, que como viesse andar descalzos los que servian en la iglesia mayor de Leon por la mucha pobreza, tan menudados eran aquellos tiempos y la pobreza tan apre-

tada, mandó se les señalase renta para calzado. Item, que señaló de sus rentas á los monjes de Cluñi mil ducados en cada un año. La reina doña Sancha no fué de menor cristiandad que su marido; murió dos años adelante; en toda la vida, y mas en su viudez, se ejerció en toda virtud y devocion. Su muerte fué á 15 de diciembre. Su cuerpo sepultaron junto al del Rey en la iglesia ya dicha de San Isidro.

CAPITULO VII.

Que murió don Ramiro, rey de Aragon.

El rey don Fernando por su testamento entre sus tres hijos dividió el reino en otras tantas partes: á don Sancho el mayor señaló el reino de Castilla, como se extiende desde el rio Ebro hasta el de Pisuerga, ca todo lo que se quitó á Navarra por muerte de don García se añadió á Castilla. El reino de Leon quedó á don Alonso con tierra de Campos y la parte de Asturias que llega hasta el rio Deva, que pasa por Oviedo, demás de algunas ciudades de Galicia que le cupieron en su parte. A don García el menor dió lo demás del reino de Galicia y la parte del reino de Portugal que dejó ganada de los moros. Todos tres se llamaron reyes. A doña Urraca dejó la ciudad de Zamora; á doña Elvira la de Toro. Estas ciudades se llamaron el Infantado, vocablo usado á la sazón para significar la hacienda que señalaban para sustento de los infantes, hijos menores de los reyes. No era posible haber paz dividido el reino en tantas partes. Estaba suspensa España. Temían que con la muerte de don Fernando resultarían nuevos intentos, grandes revueltas y alteraciones. Para prevenir y poner remedio á esto, algunos grandes del reino rogaban al rey don Fernando y le procuraron persuadir algunas veces no dividiese su reino en tantas partes, y desto mismo trataron en las Cortes. El que mas trabajó en esto fué Arias Gonzalo, hombre viejo y de experiencia y que habia tenido con los reyes grande autoridad y cabida por su valor en las armas, prudencia y fidelidad, en que no tenia par. El amor de padre para con los hijos, la fortuna ó fuerza mas alta no dieron lugar á sus buenos consejos. Asentábale bien la corona á don Sancho por ser de buena presencia y gentil hombre, de muchas fuerzas, mas diestro en los negocios de guerra que de paz. Por esto se llamó don Sancho el Fuerte. Pelagio, ovetense, dice que era muy bello y muy diestro en la guerra. Era de buena condicion, manso y tratable, si no le irritaban con algun enojo y si falsos amigos se color de bien no le estragaran. Muerto el padre, se querellaba que en la division del reino se le hizo conocido agravio; que todo el reino se le debía á él por ser el mayor, y que le enflaquecieron las fuerzas con dividirle en tantas partes; trataba esto en secreto con sus amigos, y en su mismo semblante lo mostraba. La madre mientras vivió le detuvo con su autoridad que luego no hiciese guerra á sus hermanos, mayormente que por la muerte del rey don Fernando lo de Leon, como dote suya, quedaba á su disposicion y gobierno. Reinó don Sancho por espacio de seis años, ocho meses y veinte y cinco días. Al principio que comenzó á reinar se le ofreció una guerra contra los moros, y luego tras aquella otra con el rey de Aragon; así suelen las guerras trabarse y eslabonar unas de otras,

y los alborotos y revueltas nunca paran en poco. El rey don Ramiro de Aragon, con deseo de ensanchar su reino con las armas vencedoras, perseguia y echaba de Aragon las reliquias de moros que quedaban. A Almuğadmir, rey de Zaragoza, y Almuğafar, rey de Lérida, forzó le diesen parias cada un año. El rey de Huesca venció en algunos encuentros. Con los carpetanos confinan los celtíberos, y con estos los edetanos, distrito en que está Zaragoza; á estos venció el rey don Fernando en otro tiempo, y le pagaban cada año cierto tributo; al presente, confiados en la mudanza de los reyes y en la ayuda de don Ramiro, determinaron de no pagalle las parias. El rey don Sancho, visto lo que pasaba, acordó de ir contra ellos con un buen ejército, que la presteza en revueltas semejables suele ser muy importante. Los carpetanos, que es el reino de Toledo, con la venida del Rey luego sosegaron y se pusieron en razon. Los celtíberos ó aragoneses dieron mas en que entender, como gente que era mas brava. Corrióles los campos, saqueóles las aldeas y pueblos por toda aquella comarca; finalmente, se puso sobre Zaragoza, cabeza del reino, y de tal manera apretó el cerco, que la rindió á partido, que pues por el mismo caso que le prestaba obediencia, se apartaba de la amistad que tenia con el rey de Aragon, fuese él tenido á defenderlos de cualquiera que los molestase con guerra, quier fuese cristiano, quier moro; concierto con que se abria la guerra claramente contra el rey de Aragon. Extrañaba el rey don Sancho que el de Aragon se juntara con los navarros, sus enemigos, que de ordinario hacian entradas y cabalgadas en las tierras de Castilla. Demás que á los celtíberos, que caian en la conquista de Castilla, los tenia por sus tributarios. Estaba el aragonés puesto sobre el castillo de Grados, que edificaron los moros ribera del rio Esera para que les sirviese de baluarte muy fuerte contra los intentos y fuerzas de los cristianos. El rey don Sancho, en conformidad de lo que concertara con los moros, acudió á dar favor á los cercados y hacer que se levantase aquel cerco. Los aragoneses, alterados con aquella venida tan repentina y apretados de los castellanos por frente y de los moros que salieron del castillo por las espaldas, en breve quedaron vencidos y desbaratados; unos se salvaron por los piés, otros que acudieron á la pelea quedaron tendidos en el campo; el mismo rey de Aragon murió en aquella pelea, que sucedió el año poco mas ó menos de 1067. Tuvo la corona por espacio de treinta y un años; sepultaron su cuerpo en San Juan de la Peña, iglesia principal y entierro de otros muchos reyes que allí yacian sepultados. Esta victoria fué triste y desabrida para los cristianos y de mal pronóstico para lo de adelante por dar el rey don Sancho principio á sus bazañas con la muerte de su mismo tío. Del papa Gregorio VII, que gobernó la Iglesia por estos tiempos, se halla una bula en que alaba al rey don Ramiro, y dice fué el primero de los reyes de España que dió de mano á la supersticion de Toledo, que así llamaba él al Breviario y Misal de los godos, la cual supersticion tenia con una persuasion muy necia deslumbrados los entendimientos, y que con la luz de las ceremonias romanas dió un muy grande lustre á España. A la verdad, este Príncipe fué muy devoto de la Sede Apostólica en tanto grado, que estableció por ley perpetua para él y sus descen-

dientes que fuesen siempre tributarios al sumo pontífice; grande resolucion y muestra de piedad. Sucedióle en el reino don Sancho Ramirez, el mayor de sus hijos, que era de edad de diez y ocho años, muy semejable en la virtud á su padre. En tiempo deste Príncipe, el año que se contaba de 1068, Guinaldo, conde de Ruisellon, edificó y pobló la villa de Perpiñan en los confines de Francia, cerca de donde estuvo asentada la antigua ciudad de Ruisellon, cabeza de aquel estado. El nombre de Perpiñan se tomó de dos mesones que en aquel sitio poseia un hombre llamado Bernardo de Perpiñan. Dicese otrosí deste rey don Sancho que abrogó las leyes góticas á imitacion de la ciudad de Barcelona, que hizo lo mismo, como queda dicho, y mandó se siguiesen las imperiales, y conforme á ellas se administrase justicia y sentenciasen los pleitos. Casó con doña Felicia, hija de Armengol, conde de Urgel, en quien tuvo tres hijos, don Pedro, don Alonso y don Ramiro, que todos consecutivamente fueron reyes de Aragon. Otro su hijo bastardo, por nombre don Garcia, fué adelante obispo de Jaca. Por este tiempo era obispo de Compostella ó de Santiago Cresconio, prelado de mucha virtud y conocida prudencia. Sucedióle en aquella iglesia otro de su mismo linaje, llamado Guñsteo; á este á cabo de dos años que gobernaba su iglesia, de noche en su lecho mató un tío suyo, llamado Froila, no por otra causa sino porque pretendia recobrar los pueblos de su diócesi, de que malamente y contra razon él se apoderaba; tanto puede la codicia demasiada de mandar y tener. A este prelado sucedió otro, llamado Pelayo, en cuyo tiempo se recibió la ley toledana y romana, que así lo dice la *Historia compostellana*. Por ley toledana entiendo yo el órden de decir la misa y las horas canónicas que de Francia vino á Toledo, y de allí se extendió por las otras partes, quitado el oficio de los godos, como se dirá en su lugar. La ley romana era la de continencia de los clérigos, que tenian muy estragada y mudada de lo antiguo la disciplina eclesiástica en esta parte, y los romanos pontífices pugnaban por todas las vias posibles que en Alemaña, Francia, y España en particular, se reparase este daño.

CAPITULO VIII.

Cómo don Sancho, rey de Castilla, hizo guerra á sus hermanos.

En un mismo tiempo reinaban en España tres reyes, primos hermanos, que tenian un mismo nombre, aunque no igual poder y fuerzas; hasta en la manera de muerte fueron todos tres muy semejables. Don Sancho, rey de Castilla, que era el mas poderoso, demás de la muerte que dió á su tío el rey don Ramiro, con que mucho amancilló el principio de su reinado, hecho mas feroz de cada día, se iba á despoñar en mayores males, si bien por su mucho poder y destreza ponía miedo á los demás. Don Sancho, rey de Navarra, el pequeño estado y reino que alcanzaba y sus pocas fuerzas ayudaba con la confederacion que tenia puesta con el otro don Sancho, rey de Aragon; traza para asegurarse los dos contra el poder de Castilla y proseguir contra él la enemiga que heredaron de sus padres. No ignoraba el de Castilla estos intentos y artes. Acordó ganar por la mano y anticiparse. Rompió con su gente por las tierras de Navarra hasta dar vista á la villa de Viana. Acudieron los dos reyes, y en aquel lugar se vino á batalla, en

que el de Castilla fué roto, y con pérdida de mucha gente dió vuelta á su casa. Los vencedores, determinados de seguir y ejecutar la victoria, rompieron por la Rioja y por la comarca de Briviesca, do cobraron por las armas todo lo que el rey don Fernando ganara por aquellas partes. Por esta manera se trabaron con guerras entre sí aquellos tres príncipes, sin acordarse de la que restaba contra moros. El rey don Sancho de Castilla no pudo por entonces satisfacerse de los dos reyes, sus primos, á causa de otra nueva guerra que emprendió en esta misma coyuntura contra sus hermanos. Era codicioso de estados, arrojado, atrevido y ejecutivo, feroz por las fuerzas y poder que alcanzaba. Pretendia que todo lo que fué de su padre le pertenecía, demás de otras querellas particulares que nunca faltan. La flaqueza de sus hermanos le animaba, su poca concordia y recato, pues no se hacian á una para acudir con las fuerzas de ambos al peligro que al uno y al otro amenazaba. Hizo levas de gentes, juntó un ejército el mayor que pudo, resuelto de llevar aquella empresa hasta el cabo. Don Alonso, que era el primero á quien aquella tempestad amenazaba, si bien despachó embajadores á su hermano don García y á sus primos de Aragon y Navarra para que le acudiesen con sus fuerzas y ayudasen á rebatir el orgullo del enemigo comun y perseguir aquella bestia fiera y salvaje, por la apretura del tiempo juntó sus soldados, que los tenia muchos y buenos, y fué en busca del enemigo. Diéronse vista junto á un pueblo que se llamaba Plantaca, ordenaron sus haces, dióse la batalla con gran coraje y esfuerzo. La victoria quedó por los castellanos, y el rey don Alonso, vencida y destrozada su hueste, se retiró á la ciudad de Leon. Despues procuró reparar y rehacer su ejército, y tornóse á encontrar con el enemigo cabe el pueblo que se llamaba Gopelara, como dice don Pelayo, obispo de Oviedo, ó como dice el arzobispo don Rodrigo, Vulpularia, pueblo asentado en la ribera del rio Carrion; trocóse la fortuna y fué vencido el rey de Castilla. Con la prosperidad suelen descuidarse los vencedores. El Cid iba en compañía del rey don Sancho en todas las guerras, como la razon lo pedía; era, como está dicho, hombre de grande esfuerzo, sagaz y muy diestro en el pelear. Sospechó lo que fué. Recogió los soldados huidos, y muy de mañana con el sol acometió los reales de los enemigos, que, cargados de sueño y vino, se hallaban muy léjos de pensar cosa semejante. En el miedo y peligro repentino cada cual muestra quién es; unos huían, otros tomaban las armas, todos mandaban, y ninguno obedecia ni hacia lo que era menester; así en breve espacio quedaron vencidos. Don Alonso se retiró á la iglesia de Carrion, en que tenia puestos soldados de guarnicion. Allí le prendieron y enviaron á Búrgos para que estoviese en buena guarda dentro del castillo de aquella ciudad. Pusieronse de por medio la infanta doña Urraca, hermana de los reyes, que queria mucho á don Alonso por su buena condicion, y el conde don Peranzules, que en toda aquella adversidad nunca le desamparó. Dieron traza que con licencia del rey don Sancho fuese al monasterio de Sahagun, que está ribera del rio Gea, y que allí tomase el hábito de monje, renunciando el estado de seglar. Esperaban que las cosas se trocarian y no faltaria alguna buena ocasion para que aquel Príncipe despojado volviese á su reino.

Tomó el hábito el año que se contaba de Cristo 1071. Pasó algun tiempo en aquella vida, que tomó por fuerza. Los mismos exhortaron á don Alonso que, renunciado el hábito, se fuese á Toledo y se pusiese debajo el amparo del rey moro Almenon, que fué grande amigo de su padre. Hízose así; huyó como le aconsejaban y entróse por las puertas de aquel Rey. Pidióle audiencia, y en dia señalado le habló en esta sustancia: «¿Cuánto quisiera, rey Almenon, ya que no se me excusaba esta necesidad de acudir á tu socorro y amparo, yo que poco antes era rey poderoso y al presente me hallo desterrado, pobre y cercado de miserias, tener con algun servicio señalado granjeada tu amistad y tu gracia! Pero ni mi edad, que no es mucha, ni la diferente religion que profesamos me han dado á ello lugar, y para los príncipes magnánimos, cual tú eres, bastante causa debe ser para dar la mano y levantar á los caidos su grandeza y benignidad. Que como yo en mis males huelgo de acudir á tus puertas antes que á las de otro, movido de la fama de tus virtudes, así te debe dar contento se haya ofrecido ocasion para hacer bien á un hijo del gran rey don Fernando. Mas ¿qué podía yo hacer? ¿A quién acogerme en mis cuitas? Todas mis ayudas me faltan; de mis bienes y de mi reino estoy despojado por mi mismo hermano don Sancho, si hermano se debe llamar el que no guarda lealtad y parentesco y que tiene por bastante causa el apetito de mandar para atropellar los hijos de su padre. Mis deudos ¿qué me podian prestar? Pues pretende tambien embestir con mi hermano don García, y los reyes nuestros primos están poco sabrosos con nuestra casa. Finalmente, no me quedó otro remedio sino desterrarme, ni hallé otro amparo sino en tu sombra. No pretendo que por mi causa ni para restituirme en mi reino emprendas alguna guerra, si bien los grandes príncipes se suelen encargar de deshacer semejantes agravios. Solo te suplico me des lugar en tu casa para pasar mi destierro, que será algun alivio de cuita tan grande y de entretenerme en tu reino solo con la esperanza de que el causador destes daños, feroz al presente y ufano, trocadas las cosas, será en breve castigado de la crueldad que ha usado contra sus hermanos y contra sus deudos. Cosa que si sucediere y Dios otorgare con mi deseo y me sacare destes males, puedes estar cierto que nunca pondré en olvido el acogimiento y gracia que me hicieres.» El rey Almenon, como quier que tenia á mucha honra que aquel poco antes rey poderoso acudiese á su amparo con tanta humildad, y confiaba que en algun tiempo le podria ser de provecho aquella su venida, respondió con semblante alegre y en pocas palabras á este razonamiento. Dijo que le pesaba de su desgracia, pero que debía llevar aquel revés con buen talante, pues su conciencia no le acusaba de culpa alguna. Que las cosas desta vida son sujetas á mudanzas; por tanto, de presente se sufriese y para adelante se entretoviese con aquella buena esperanza que decia. En su reino podria estar todo el tiempo que le pluguiese; que ninguna cosa le faltaria para el sustento de su casa, y que fuera de su reino y de su patria ninguna otra cosa echaria menos; finalmente, que le tendria como á hijo y le trataria como á tal. Señalóle casa para su morada junto á su palacio, que estaba donde ahora el monasterio de la Concepcion y caia cerca un templo de cristianos, que se entiende era,

el que hoy tienen los carmelitas. Con esto tenía aparejo para oír misa y los oficios divinos y para hablar al Rey cuando le parecía. Hizo su pleito homenaje que guardaría lealtad al Moro y acudiría á su servicio como era razon. Era don Alonso muy apuesto y agraciado, modesto, prudente, liberal y de costumbres muy suaves, con que en breve ganó las voluntades de aquella gente y todos se le aficionaban. Su hermana, doña Urraca, cuidaba de sus cosas. Pidió licencia al rey don Sancho, y con ella le envió para que le hiciesen compañía al conde Peranzules y otros dos hermanos suyos, Gonzalo y Hernando, para que le sirviesen y él se aconsejase con ellos. En compañía de los tres vinieron otros muchos; todos quiso el rey Moro ganasen su sueldo porque tuviesen con que sustentarse, y cuando fuese menester le sirviesen en la guerra que de ordinario tenía contra otros moros comarcanos. En esto pasaba aquel Príncipe desterrado su vida; cuando cesaba la guerra dábbase á la caza y á la montería, y para mayor comodidad de sus vecindades, edificaba una alquería, que después creció en un monasterio, y hoy se llama Brihuega, pueblo conocido en el reino de Toledo. Su ordinaria residencia era en Toledo; trataba mucho con el Rey, y de cada día con su buen término le ganaba mas la voluntad, y el Moro gustaba mucho de su conversacion y compañía. Aconteció que cierto día fueron á tomar deporte y recreacion en una huerta cerca de la ciudad por do pasa el rio Tajo, con cuyo riego y agua, que dél sacan muchas azadas, se hace muy fértil y de mucho provecho, y hoy se llama la huerta del Rey. Adormeciósse con la frescura don Alonso. El Rey y sus cortesanos que cerca estaban recostados á la sombra de un árbol comenzaron á tratar del sitio inexpugnable de Toledo, de sus murallas y fortaleza. Uno dellos, el mas avisado, replicó: por solo un camino se podría esta ciudad conquistar; si por espacio de siete años continuados le pusiesen cerco, y cada un año para quitalle el mantenimiento le talasen los campos y quemasen las mieses, sin duda se perdería. Don Alonso, que del todo no dormía, ó acaso despertó, oyó con mucho dolor aquella plática y la encomendó á la memoria. Añaden á esto algunos que el rey Moro, advertido del peligro y del descuido, para ver si dormía le mandó echar plomo derretido en la mano, y que por esta causa le llamaron don Alonso el de la mano horadada. Invencion y habiella de viejas, porque ¿cómo podían tener tan á mano plomo derretido, ni el que mostraba dormir disimular tan grave dolor y peligro? La verdad, que le llamaron así por su franqueza y liberalidad extraordinaria. Otro día refieren que estando en presencia del Rey se le levantó el cabello y se le erizó de manera, que, aunque el Rey por dos ó tres veces se le allanó, todavía se tornaba á levantar. Los moros, como gente que miran mucho en estos agüeros, avisaron que aquello era pronóstico de grande mal, que se apoderaría de aquel reino si no ganaban por la mano con darle la muerte para asegurarse. ¿Quién podrá desbaratar los consejos de Dios? El Rey era de suyo muy humano y tenía buena voluntad á don Alonso; por esto no se dejó persuadir de los agoreros ni vino en quebrantar por su causa las leyes del hospedaje; contentóse con que don Alonso le hiciese de nuevo pleito homenaje que le sería amigo verdadero y leal. Esto pasaba en Toledo. Por otra parte el rey don

Sancho, feroz y ufano por la victoria que ganó, tomaba posesion del reino de Leon, en que unas ciudades se le rendian de voluntad, de otras se apoderó por fuerza de armas. En particular la ciudad de Leon al principio le cerró las puertas; pero al fin con un cerco que tuvo sobre ella muy apretado, á ejemplo de las demás ciudades, se allanó. Concluido esto á su voluntad, revolvió contra Galicia, do el otro hermano reinaba con pocas fuerzas, por tener el reino dividido en bandos y estar disgustados contra él los naturales, á causa de los muchos tributos que les imponía, de cada día mayores y mas graves. El mayor daño que se dejaba gobernar á sí y á todas sus cosas públicas y particulares de un criado que tenía con él gran cabida; que suele ser un grave daño en los príncipes. De ordinario las mercedes que los príncipes hacen se atribuyen á ellos mismos, y si en alguna cosa se yerra, cargan á los ministros y á los que tienen á su lado, que suelen pagar con la vida la demasiada privanza, como sucedió en este caso; ca los caballeros indignados por aquella causa dieron la muerte á aquel su criado en su misma presencia, y aun pasaron tan adelante, que por sospechase de muchos eran participantes en aquel delito, para asegurarse tomaron las armas y alborotaron el reino. Menospreciaban, es á saber, al que vian dejarse gobernar por hombre semejante, y sin duda es señal que el príncipe no es grande cuando sus criados son mas poderosos. En este estado se hallaba Galicia al tiempo que el rey don Sancho acometió á tomalla. Don García, visto que por estar los suyos alborotados no podría contristar á las fuerzas de su hermano, con solos trecientos soldados que le siguieron, desamparada la tierra, acudió á los moros de Portugal. Persuadiales le ayudasen con sus fuerzas, que si bien andaba fuera de su casa, todavía le acudirian sus vasallos; que se apiadasen de su trabajo y hiciesen rostro á la ambicion de su hermano, siquiera por asegurar sus cosas y no tener por vecino enemigo tan poderoso, que si salía con aquella pretension no pararía hasta enseñorearse de todo. Representábalos los intereses que podian esperar de aquella guerra, que todos serian para ellos mismos, y él se contentaria con recobrar su estado y vengar aquel agravio. A estas razones respondieron los moros que les pesaba de su mal, pero que no les venía á cuento meter en peligro sus cosas para ayudarle, y mucho menos fiar de promesas de hombre que no se supo conservar en lo que tenía. Despedido deste socorro, todavía quiso probar ventura alentado con otros muchos que le acudieron, unos por odio del rey don Sancho, otros por tener parte en la presa, parte moros, parte cristianos. Con esta gente rompió por las tierras de su reino; los pueblos y ciudades de Portugal facilmente se le rendian. Acudió el rey don Sancho para atajar esta llama. Llegó con su gente hasta Santaren, que antiguamente fué Scalabis. Juntáronse los dos campos, dióse la batalla de poder á poder, el campo quedó por el rey de Castilla, el estrago y matanza de los contrarios fué grande, muchos prisioneros, y entre los demás el mismo don García, que llevaron al castillo de Luna en Galicia, donde pasó en prisiones lo que restó de la vida pobre y despojado de su estado. Era de suyo hombre descuidado y flojo, suelto de lengua y no bastante para tan grandes olas y tormenta como contra él se levantaron.

CAPITULO IX.

Cómo el rey don Sancho murió sobre Zamora.

Concluido que hobo el rey don Sancho con los dos hermanos, luego que se vió señor de todo lo que su padre poseia, quedó mas soberbio que antes y mas orgulloso. No se acordaba de la justicia de Dios, que suele vengar demasías semejantes y volver por los que injustamente padecen, ni consideraba cuánta sea la inconstancia de nuestra felicidad, en especial la que por malos medios se alcanza. Prometiase una larga vida, muchos y alegres años, sin recelo alguno de la muerte que muy presto por aquel mismo camino se le aparejaba. Despojados los hermanos, solo quedaban las dos hermanas, que pretendia tambien desposeer de los estados que su padre les dejó. El color que para esto tomaba era el mismo del agravio que pretendia se le hizo en dividir el reino en tantas partes; y la facilidad era mayor á causa de tener ya él mayores fuerzas, y aquellas señoras ser mujeres y flacas. La ciudad de Zamora estaba muy pertrechada de muros, municiones, vituallas y soldados que tenían apercebidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores era gente muy esforzada y muy leal y aparejados á ponerse á cualquier riesgo por defenderse de cualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho valor y prudencia, y de cuyos consejos se valia la infanta doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra. El Rey, visto que por voluntad no vendrian en ningun partido ni se le querian entregar, acordó usar de fuerza. Juntó sus huestes y con ellas se puso sobre aquella ciudad, resuelto de no alzar la mano hasta salir con aquella empresa. El cerco se apretaba; combatian la ciudad con toda suerte de ingenios. Los ciudadanos comenzaban á sentir los daños del cerco, y el riesgo que todos corrian los espantaba y hacia blandear para tratar de partidos. En este estado se hallaban cuando un hombre astuto, llamado Vellido Dolfos, si comunicado el negocio con otros, si de su solo motivo no se sabe, lo cierto es que salió de la ciudad con determinacion de dar la muerte al Rey, y por este camino desbaratar aquel cerco. Negoció que le diesen entrada para hablar al Rey; decia le queria declarar los secretos y intentos de los ciudadanos y aun mostrar la parte mas flaca del muro y mas á propósito para darle el asalto y forzalla. Creen los hombres fácilmente lo que desean; salió el Rey acompañado de solo aquel hombre para mirar si era verdad lo que prometia. Hizo dél mas confianza de lo que fuera razon, que fué causa de su muerte; porque estando descuidado y sin recelo de semejante traicion, Vellido Dolfos le tiró un venablo que traia en la mano, con que le pasó el cuerpo de parte á parte; extraño atrevimiento y desgraciada muerte, mas que se le empleaba bien por sus obras y vida desconcertada. Vellido, luego que hizo el golpe, se encomendó á los piés con intento de recogerse á la ciudad. Los soldados que oyeron las voces y gemidos del Rey que se revolcaba en su sangre fueron en pos del matador, y entre los demás el Cid, que se hallaba en aquel cerco. La distancia era grande, y no le pudieron alcanzar, que las guardas le abrieron la puerta mas cercana, y por ella se entró en la ciudad.

Esto dió ocasion para que los de la parte del Rey se persuadiesen fué aquel caso pensado, y que los demás ciudadanos ó muchos dellos eran en él participantes. Los soldados de Leon y de Galicia no sentian bien del Rey muerto, ni les agradaban sus empresas; y así, sin detenerse mas tiempo desampararon las banderas y se fueron á sus casas. Los de Castilla, como mas obligados y mas antiguos vasallos, parte dellos con gran sentimiento llevaron el cuerpo muerto al monasterio de Oña, do le sepultaron y hicieron sus honras, que no fueron de mucha solemnidad y aparato; la mayor parte se quedaron sobre Zamora, resueltos de vengar aquella traicion. Amenazaba de asolar la ciudad y dar la muerte á todos los moradores como á traidores y participantes en aquel trato y aleve. En particular don Diego Ordoñez, de la casa de Lara, mozo de grandes fuerzas y brio, salió á la causa. Presentóse delante de la ciudad armado de todas armas y en su caballo, y desde un lugar alto para que lo pudiesen oír henchia los aires de voces y fieros; amenazaba de destruir y asolar los hombres, las aves, las bestias, los peces, las yerbas y los árboles, sin perdonar á cosa alguna. Los ciudadanos, entre el miedo que les representaba y la vergüenza de lo que dellos dirian, no se atrevian á chistar. El miedo podia mas que la mengua y quiebra de la honra. Solo Arias Gonzalo, si bien su larga edad le pudiera excusar, determinó de salir á la demanda, y ofreció á sí y á sus hijos para hacer campo con aquel caballero por el bien de su patria. Tenian en Castilla costumbre que el que retase de aleve alguna ciudad fuese obligado para probar su intencion hacer campo con cinco, cada uno de por sí. Salieron al palenque y á la liza tres hijos de Arias Gonzalo por su órden: Pedro, Diego y Rodrigo. Todos tres murieron á manos de Diego Ordoñez, que peleaba con esfuerzo muy grande. Solo el tercero, bien que herido de muerte, alzó la espada, con que por herir al contrario le hirió el caballo y le cortó las riendas; espantado el caballo se alborotó de manera, que sin poderle detener salió y sacó á don Diego de la palizada, lo que no se puede hacer conforme á las leyes del desafío, y el que sale se tiene por vencido. Acudieron á los jueces que tenían señalados; los de Zamora alegaban la costumbre recibida; el retador se defendia con que aquello sucedió acaso y que salió del palenque contra su voluntad. Los jueces no se resolvian, y con aquel silencio parecia favorecian á los ciudadanos. Desta manera se acabó aquel debate, que sin duda fué muy señalado, como se entiende por las corónicas de España y lo dan á entender los romances viejos que andan en este propósito y se suelen cantar á la vihuela en España, de sonada apacible y agradable.

CAPITULO X.

Cómo volvió el rey don Alonso á su reino.

Esto pasaba en Zamora. Doña Urraca, cuidadosa de lo que podria resultar en el reino despues de la muerte de su hermano y por el amor que tenia á don Alonso, que deseaba sucediese en su lugar y recobrase su reino, acordó despachalle un mensajero á Toledo para avisalle de todo, y en particular de la desastrada muerte de su hermano. Dió al mensajero señas secretas para que se certificase que ella misma le enviaba las cartas

en cifra por lo que pudiese suceder, que nadie las entendiese, dado caso que se las tomasen. Lo que contenían en suma era : Que no hay en el mundo alegría pura que no vaya destemplada con tristeza; que el rey don Sancho era muerto por traicion de Vellido Dolfos; que si bien tenia merecida la muerte y los tenia á todos agraviados, en fin era hijo de sus padres, y fuerza se doliesen de su triste suerte; que muy presto se alzaria el cerco de Zamora, si bien don Diego Ordoñez cargaba á los ciudadanos de traidores como participantes en aquel caso, y los retaba resuelto de proballes en campo y por las armas aquel alevó; lo que hacia al caso, y ella siempre deseaba y lo suplicara á Dios, era que él, como deudo mas cercano, era llamado á la corona para que recobrase su reino y sucediese en lo demás; por tanto, que abreviase para prevenir los intentos de gente no bien intencionada, granjear y conquistar las voluntades de todos los vasallos; finalmente, que se guardase de gastar el tiempo en demandas y respuestas, consultas y dudas mas saludable que la presteza. Esto contenia la carta. Muchas escuchas de moros que andaban mezclados entre los cristianos avisaron primero al rey Moro de lo que pasaba y la fama que en casos semejantes siempre se adelanta y vuela. Peranzules, que por conjeturas que para ello tenia cada dia esperaba algun truco y mudanza, salia cada dia en son de caza de la ciudad de Toledo por espacio de una legua para informarse de los caminantes y saber lo que pasaba. Con este cuidado hobo á las manos una ó dos espías de los moros que venian con aquel aviso, y sacados del camino, por encubrir las nuevas si pudiera, les dió la muerte. Finalmente encontró con el mensajero de la Infanta, informóse en particular de todo, y con tanto dió vuelta para la ciudad y avisó á don Alonso de lo que venia en las cartas y el mensajero decia. Aconsejábale que con todo el secreto posible sin dar parte al rey Moro se partiese prestamente. A la verdad parecia recia cosa fiarse de los moros, que como tales poca lealtad suelen guardar, además de otros inconfiantes que podian resultar, que el miedo y el amor suelen hacer mayores de lo que son. Don Alonso estaba perplejo sin saber cuál partido debia seguir y qué consejo tomar. Parecíale bien lo que aquel caballero le decia; mas por otra parte se le hacia de mal mostrarse descortés con quien le tenia tan obligado. Resolvióse, finalmente, de seguir lo que parecia mas seguro y mas honesto. Habló con el rey Almon; avisóle de todo lo que ya él mismo sabia, aunque disimulaba; pidióle licencia para tomar posesion del reino, á que los suyos le convidaban; que no le pareció justo partirse sin su voluntad y sin que lo supiese, de quien tantos regalos tenia recibidos. El bárbaro, vencido con esta cortesía y lealtad, respondió se holgaba mucho que le ofreciesen el reino, y mucho mas que con aquella cortesía le quitase la ocasion de trocar las buenas obras que le hiciera, menores que él merecia y él mismo deseaba, en algun desabrimiento si se pretendiera ir sin que él lo supiese, y sin dalle parte de lo que por otra via muy bien sabia; y aun le tenia tomados los pasos, y en los caminos puestas guardas para que no se le pudiese escapar, si por ventura lo intentase; que muy en buen hora fuese á tomar la corona que le ofrecia; solo queria que, para seguridad de la amis-

tad que tenian puesta, lo hiciese de nuevo el juramento que le tenia hecho de ser verdadero amigo, así suyo como de su hijo Hisem, para no faltar jamás en la fe y palabra que se daban, pues ponian á Dios por juez y por testigo de aquella confederacion y amistad. Hizose todo como el Moro lo pedia; ayúdole con dineros para el camino, y aun para mas honrarle, al partirse de compañía por algun buen espacio; ejemplo singular de fidelidad y templanza en un rey bárbaro como aquel. Lo que se ha dicho tengo por mas cierto que lo que refiere don Lucas de Tuy, es á saber, que sin que el Rey lo supiese se descolgó por los adarves, y se huyó en postas que le tenian apostadas. De cualquier manera que ello fuese, él enderezó su camino á Zamora, donde la Infanta le esperaba, y á quien siempre tuvo en lugar de madre. Consultó con ella lo que debia hacer, despachó sus correos por todas partes para avisar de su venida. Los de Leon no mostraron dificultad alguna, antes con gran voluntad le recibieron y alzaron por su rey. Lo de Galicia andaba en balanzas á causa que su hermano don García, por la mudanza de los tiempos, escapó de la prision y pretendia restituirse en el reino que antes tenia. Acordó don Alonso, por excusar alteraciones, envíalle personas nobles y principales que le requiriesen de paz; los cuales, por ser él de buena condicion y sencillo, fácilmente le persuadieron lo que deseaban; antes sin recelarse de alguna celada ni pedir otra seguridad, se vino para su hermano, confiado alcanzaria dél por bien lo que pretendia. Engañóle su esperanza, ca luego le echaron las manos y le quitaron la libertad y volvieron á la prision, que le duró todo el tiempo de la vida. El recelo que de su condicion se tenia, no muy sosegada, que seria ocasion de alborotos y alteraciones, excusan en parte este desaguisado que se le hizo, demás del buen tratamiento que tuvo en la prision, si la falta de la libertad y el reino que le quitaban se pudieran recompensar con alguna otra comodidad y regalo. Con esto quedó llano lo de Galicia. Los caballeros de Castilla se juntaron en la ciudad de Burgos para acordar lo que se debia hacer. La resolucíon fué de recibir á don Alonso por rey de Castilla, á tal que jurase por expresas palabras no tuvo parte ni arte en la muerte de su hermano. Don Alonso, avisado desto, se partió para aquella ciudad. Los mas de los presentes se recelaban de tomarle la jura por pensar lo tendria por desacato y para adelante se satisfaria de cualquiera que lo intentase. Solo el Cid, como era de grande ánimo, se atrevió á tomar aquel cargo y ponerse al riesgo de cualquier desabrimiento. En la iglesia de Santa Gadea de Burgos le tomó el juramento, que en suma era no tuvo parte en la muerte de su hermano ni fué della sabidor; si no era así, viniesen sobre su cabeza gran número de maldiciones que allí se expresaron. Acabada esta ceremonia, á voz de pregonero alzaron por don Alonso los pendones de Castilla, y le declararon por rey con grande muestra de alegría y muchas fiestas que por aquella causa se hicieron. Disimuló el Rey por entonces el desacato; mostróse alegre y cortés con todos como el tiempo lo pedia; pero quedó en su pecho ofendido gravemente contra el Cid, como los efectos adelante claramente lo mostraron. Además que algunos cortesanos, que suelen con su mal término atizar los disgustos de los principes y mirar con malos

ojos la prosperidad de los que les van delante, no cesaban con chismes y reportes de aumentar la indignacion del Rey. Tenia don Alonso treinta y siete años cuando volvió al reino. Fué diestro en la guerra; por esta causa le llamaron don Alonso el Bravo. Era prudente y templado en el gobierno, de noble condicion y modesto; virtudes á que de suyo era inclinado, y las adversidades y trabajos que padeció mucho le afinaron mas. Su franqueza y liberalidad fué extremada, tanto, que parecia en hacer mercedes consumir las riquezas y tesoros reales. La muerte del rey don Sancho y la restitution de don Alonso sucedió el año que se contaba de Cristo de 1073. En el mismo el cardenal Hildebrando entró en el pontificado por muerte de Alejandro II, y se llamó Gregorio VII; persona de singular virtud, grandeza de ánimo y constancia, como lo mostró en la enemiga que por toda la vida tuvo con el emperador Enrique, tercero deste nombre, sobre defender la libertad de la Iglesia, que aquel príncipe pretendia atropellar. En España, este mismo año, santo Domingo de Silos, monje cluniacense, varon de conocida santidad, finó á 20 de diciembre, día viernes. Su fiesta se celebra cada año en España. Nació este santo en la Rioja, en un pueblo llamado Cañas; de pastor que fué entró monje en San Millan de la Cogulla; con el tiempo vino á ser allí abad; mandóle desterrar el rey don García de Navarra porque defendia con mucha fuerza las exempciones de sus monjes y sus privilegios; de donde tomó el nombre en latin, como yo creo, que se dijo *Exiliensis*, Silos en romance. El monasterio, que á la sazón se llamaba de San Sebastian, le reparó este santo los años pasados con ayuda del rey don Fernando, y adelante mudó el nombre y se llamó de Santo Domingo de Silos, no solo el monasterio, sino el pueblo que está junto á él en el valle de Tablatello, diez leguas de Búrgos, en unos ásperos riscos, camino derecho de Santistéban de Gormaz. No quise dejar esto por la noticia de la antigüedad y por ser este monasterio muy nombrado. Volvamos á los hechos de los reyes y al orden de la historia como iba antes.

CAPITULO XL.

De los principios del rey don Alonso el Sexto.

En los principios del reinado del rey don Alonso no faltaron turbaciones y revueltas, que con el tiempo se apaciguaron y tuvieron buen suceso y alegre. El año siguiente despues que entró en su reino, que fué el de 1074, los reyes de Córdoba y de Toledo traian guerra sobre los términos de sus reinos. Don Alonso, por lo mucho que debía al de Toledo, juntó un buen ejército con intento de ayudarle y acudirle. Temió el rey Almonde de primera instancia que venia contra él; pero luego se desengañó y supo el buen intento que traia en su favor. Juntaron los dos sus campos y hicieron muy gran daño en las tierras del reino de Córdoba; destruyeron los sembrados, aldeas y cortijos y quemaron los pueblos; hicieron grandes presas de hombres cautivos y de ganados. No se vino á las manos porque el de Córdoba esquivaba entrar en batalla con Almonde y con los demás que de su parte venian. Los soldados volvieron alegres con las victorias, ricos y cargados de despojos. Por este tiempo falleció la primera mujer del rey don

Alonso, por nombre doña Inés. Casó despues con otra señora, llamada Constancia, natural de Francia. Deste segundo matrimonio tuvo una hija sola, que se llamó doña Urraca, y adelante heredó el reino y todos los estados de su padre, como se verá en otro lugar. A instancia desta Reina, segun yo pienso, despacharon una embajada á Roma para suplicar al Papa enviase un legado á España con plena potestad para reparar y reformar por todas las vias posibles las costumbres de los eclesiásticos, que por la soltura de los tiempos andaban muy estragadas y perdidas. Parecióle al papa Gregorio VII ser muy justa esta demanda; despachó para este efecto á Ricardo, cardenal y abad de San Victor de Marsella. Este legado, legado á España, juntó en Búrgos, ciudad cabeza de Castilla, el año de 1076, un concilio de obispos de todo el reino; en él, por conformarse con la voluntad del Rey y con lo que era razon, confirmó en todo su reino el ministerio romano, que son las mismas palabras de don Pelayo, obispo de Oviedo. Yo entiendo que mandó ejecutar y poner en práctica las leyes antiguas de la Iglesia, olvidadas y desusadas en gran parte, señaladamente que los clérigos de orden sacro no se casasen ni tuviesen mujeres, segun que lo mismo se hiciera en Alemania, aunque con mucho alboroto y revueltas que sobre el caso se levantaron, tanto, que públicamente se dijeron muchas cosas contra la honra y reputacion del pontífice Gregorio, libelos famosos, cantarillos y versos muy descomedidos en este propósito; tan pesada cosa es dejar las costumbres viejas y reformar las vidas estragadas. A la verdad, los mas de los clérigos, olvidados de lo que pedia la antigua disciplina eclesiástica y vencidos del deleite, se hallaban enlazados en el casamiento, cargados de mujeres y de hijos. Demás desto, á ejemplo de Aragon, abrogaron en aquella junta el Breviario y Misal gótico de que usaban en España, y se mandó introducir el romano. Esto quanto á lo eclesiástico. El Cid asimismo por mandado del Rey partió para la Andalucía á poner en razon á los reyes moros de Sevilla y de Córdoba, que no querian acudir con las parias y con los tributos acostumbrados. Traian entre sí guerra muy reñida los reyes de Granada y de Sevilla; el de Granada estaba mas orgulloso á causa que algunos cristianos seguian sus banderas y ganaban del sueldo; púsose el Cid de por medio para concertallos y ponellos en paz; y porque el de Granada no quería venir en ningun partido, le hizo guerra, y vencido, le forzó á tomar el asiento que primero desechara. Hiciéronse pues las paces entre aquellos moros, y el Cid volvió con los tributos cobrados y sus soldados ricos con las presas que en aquella guerra hicieron; los cuales y toda la demás gente, por las victorias que ganó en esta jornada, le dieron un nuevo apellido y muy honroso, ca le llamaron el Cid Campeador, en que se muestra el grande amor que le tenian y gran crédito que habia ganado. Por el mismo camino los nobles y caballeros se encendieron contra él en una nueva envidia; procuraban abatir al que mas afina debieran imitar, armábanse para esto de calumnias y sus palabras que le hacian, torcian sus servicios y sus palabras. No era dificultoso salir con su intento por estar el Rey de tiempo atrás desgustado; demás que de nuevo se les ofreció otra ocasion muy á propósito para llevar adelante esta trama.

Los moros de Andalucía no acababan de sosegar y allanarse; determinó el Rey hacerles guerra en persona. En esta sazón un buen golpe de moros de los que en Aragón moraban, sea á persuasión de los andaluces, sea por no perder aquella ocasión, por Medinaeli hicieron entrada en las tierras de Castilla. Corrieron y talaron los campos de Santistebán de Gormaz. El Cid se hallaba retirado en su casa con achaque de su poca salud, como á la verdad pretendiese con ausentarse aplacar la envidia de sus émulos para que no le empeciesen; pero avisado de lo que pasaba y visto que el Rey estaba ausente, con las gentes que pudo recoger prontamente acudió al peligro. Su valor y diligencia corrían á las parejas; así muy en breve forzó á los moros á retirarse y desembarazar la tierra. No contento con esto, por aprovecharse de la ocasión y aprovechar sus soldados, revolvió á manderecha sobre las tierras del reino de Toledo, sin parar hasta dar vista á la misma ciudad. En el camino saqueó los pueblos, taló los campos, ganó gran presa y siete mil esclavos entre hombres y mujeres. Los que le aborrecían acudieron al Rey para cargalle de haber quebrantado el asiento puesto con aquel rey de Toledo. Decían no convenia disimular ni dar rienda á un hombre loco y sandio para hacer semejantes desatinos; que era bien castigalle y hacer que no se tuviese en mas que los otros caballeros, ni pretendiese salir con lo que se le antojase. Tratóse el negocio en una junta de grandes y ricos hombres. Acordaron saliese desterrado del reino, sin dalle mas término de nueve dias para cumplir el destierro; no se atrevió el Cid á contrastar con aquella tempestad. Encomendó su mujer y hijos al abad de San Pedro de Cardena, monasterio con que tuvo toda su vida mucha devoción, y él se fué á cumplir su destierro acompañado de muy buena y lucida gente. Iba resuelto de no pasar el tiempo en ociosidad, antes hacer de allí adelante con mas brío guerra á los moros, y con el resplandor de sus virtudes deshacer las tinieblas de las calumnias que le armaban. Los moros por este tiempo, con las comidas y regalos de España y con la abundancia, fruto de la victoria, habían perdido en gran parte las fuerzas y valor con que vinieron de Africa. Salió el Cid con poca gente, aunque escogida, y otros muchos dodos y hijosdalgo que se le allegaron, que todos descaban tenelle por caudillo y militar debajo de su conducta. Rompió lo primero por el reino de Toledo y el rio de Henáres arriba no paró hasta llegar á aquella parte de Aragón en que está Alhama y el rio Jalon, que riega con diversas acequias que dél sacan gran parte de aquellos campos; en particular combatió y ganó de los moros el castillo de Alcocer, muy fuerte por su sitio, puesto en lugar alto y enriscado. Desde este castillo hacia salidas y cabalgadas por todas aquellas tierras comarcanas, y aun desbarató dos capitanes que el rey de Valencia envió con gente para impedir aquellos daños. La presa que hizo en todos estos encuentros y jornada fué muy rica; acordó enviar en presente al rey don Alonso treinta caballos escogidos con otros tantos alfanjes fiados de los arzones y treinta cautivos moros vestidos ricamente que los llevasen de diestro. Recibió el Rey esta embajada y presente con muy buen talante y toda muestra de contento y alegría. El pueblo no cesaba de engrandecer al Cid y subir sus lazañas hasta las nubes; llamábanle li-

bertador de la patria, terror y espanto de los moros, defensor y amparador de la cristiandad. Decían que era tanta su grandeza, que con buenas obras pretendia vencer los agravios que le hacían; y su mansedumbre y gentileza se aventajaba á las injusticias y injurias de sus contrarios. Que no debia nada á los caballeros antiguos, antes se les adelantaba en todo género de virtud. Despidió el Rey los embajadores muy cortesmente; pero no alzó por entonces el destierro á su señor por no alterar á los moros, si tan en breve le perdonaba; solo dió licencia á todos los que quisiesen para seguille y militar debajo de sus banderas; en lo cual se tuvo respeto, no solo á honrar al Cid, sino á descargar el reino de muchos hombres bulliciosos, que, apaciguada el Andalucía, por estar criados en las armas llevaban mal la ociosidad. Estas cosas, si bien pasaron en muchos años, las juntamos en este lugar por no perturbar la memoria si se dividieran en muchas partes. Advertido esto, volverémos con nuestro cuento atrás y á referir lo que pasó en España el año que se contaba de Cristo 1076.

CAPITULO XII.

Cómo el rey don Sancho de Navarra fué muerto por su hermano.

El rey don Sancho de Navarra tenia un hermano, llamado don Ramon; los dos, aunque eran hijos de un padre y de una madre, en las condiciones y costumbres mucho diferenciaban. Don Ramon era de suyo bullicioso, amigo de contiendas y de novedades, ninguna cuenta tenia con lo que era bueno y honesto á trueque de ejecutar sus antojos. Arrimábasele otros muchos de su misma ralea, gente perdida y que consumidas sus haciendas no les quedaba esperanza de alzar cabeza sino era con levantar alborotos y revueltas. Con la ayuda destes pretendia don Ramon apoderarse del reino; ambicion mala y que le traía desasossegado. El Rey era amigo de sosiego, muy dado á la virtud y devoción, como consta de escrituras antiguas en que á diversos monasterios de su reino hizo donaciones de campos, dehesas y pueblos. Tenia en su mujer doña Placencia un hijo, por nombre don Ramiro, de poca edad, que le habia de suceder en el reino, y no falta quien diga tuvo otros dos hijos hasta llamar al uno don García, y al menor de todos no le señalan nombre. De lo uno y de lo otro tomó ocasión don Ramon para alzarse contra el Rey; decia que con su mucha liberalidad, que él llamaba prodigalidad y demasia, disminuía las rentas reales y enflaquecía las fuerzas del reino, como de ordinario los malos á las virtudes ponen nombres de los vicios á ellas semejantes; gran perversidad. Demás desto, el Rey era viejo, los hijos que tenia de poca edad; esto dió ánimo al que ya estaba determinado de declararse, y con la ayuda de sus aliados se alzó con algunos castillos, principio de mayores males. Acudió el Rey á ponelle en razón; mas visto que por bien no se podía acabar cosa ninguna, le pusieron acusación, y en ausencia, por los cargos que contra él resultaban, le declararon por enemigo público y le condenaron á muerte. Con esto quedaron por enemigos declarados, y cada cual de los dos procuraba dar la muerte al contrario. Los malos de ordinario son mas diligentes y recatados por no fiarse en otra cosa sino en sus mañas; por el contrario, los bue-

nos, confiados en su buena conciencia, se suelen descuidar. El Rey estaba en la villa de Roda; el traidor secretamente se fué allí bien acompañado, y hallado el aparejo que buscaba, atrevidamente le dió la muerte. El arzobispo don Rodrigo no hace mención de todo esto, puede ser que por no manchar su nacion y patria con la memoria de caso tan feo. Los hijos del muerto acudieron á favorecerse, don Ramiro el mayor al Cid, y los dos menores al rey de Castilla don Alonso. Su edad y fuerzas no eran bastantes para contrastar á las del tirano, que quedó muy pertrechado, y luego con el favor de sus valedores se llamó rey. Por esto los principales del reino se juntaron para acordar lo que convenia. No les pareció disimular ni recibir por señor al que tales muestras daba de lo que seria adelante. Los infantes eran flacos y estaban ausentes. Resolviéronse de convidar con aquel reino y corona á don Sancho, rey de Aragon, primo hermano del muerto, y valerse de sus fuerzas contra las del tirano. Acudió él sin tardanza, encargóse del reino que le ofrecian y apoderóse de la mayor parte dél. Otra parte, que fué lo de Briviesca y la Rioja, se entregó al rey don Alonso, que pretendia tener mejor derecho á lo de Navarra por causa de la bastardía de don Ramiro, padre del rey de Aragon; en particular se entregó la ciudad de Najara, do en la iglesia de Santa María la Real sepultaron los cuerpos del Rey muerto y de la Reina, su mujer. Vino otrosí el Aragonés en acudir cada un año al de Castilla por lo de Navarra, por no venir con él á rompimiento, con cierto tributo; este reconocimiento se halla por escrituras antiguas que pagaron los reyes don Sancho y don Pedro. El tirano homiciano, vista la voluntad con que la gente recibia el nuevo Rey y perdida la esperanza de poder contrastar así á sus fuerzas como al odio que todos como á malo y aleve le tenian, acordó ausentarse. Huyó á Zaragoza, donde el rey Moro le dió casa en que morase, y le heredó en ciertos campos y tierras con que pasase su pobre y lacerada vida. Esta herencia de mano en mano recayó en una su nieta, llamada Marquesa, que casó con Aznar Lopez, y afirman que en su testamento la dejó á la iglesia mayor de Santa María de Zaragoza, en tiempo de don Alonso, rey de Aragon, primero deste nombre.

CAPITULO XIII.

Que Almenon, rey de Toledo, y don Ramon, conde de Barcelona, fallecieron.

El año luego siguiente, que se contó de 1077, pasaron desta vida dos príncipes muy señalados; Almenon, rey de Toledo, y don Ramon, conde de Barcelona, por sobrenombre el Viejo; en que el dicho año fué mas señalado que en otra cosa que en él sucediese. En el reino de Toledo sucedió Hisem, hijo mayor del rey difunto. Todo el tiempo que reinó, que fué por espacio de un año, se conservó con todo cuidado en la amistad del rey don Alonso, á ejemplo de su padre y por su mandado, que se lo dejó muy encomendado. Muerto Hisem, le sucedió su hermano menor, por nombre Haya Aldirbil, muy diferente de su padre y hermano. Era cobarde en la guerra, en el gobierno desconcertado, de vida muy torpe, dado á comidas y deshonestidades, sin perdonar á las hijas y mujeres de sus vasallos; con que

se hizo muy aborrecible, así á los moros como á los cristianos que moraban en Toledo. Era inhumano y cruel, propia condicion de medrosos y cobardes. Por la muerte de Hisem quedó el rey don Alonso libre del homenaje que hizo en Toledo los años pasados de guardar amistad á aquellos príncipes, padre y hijo. Los cristianos y moros de aquella ciudad, cansados con la tiranía que padecian y no pudiendo llevar los vicios de aquel Príncipe, hacian grande instancia por sus cartas al rey don Alonso para que los librase de aquella opresion tan grande y se apoderase de aquella ciudad tan principal, que era como un baluarte muy fuerte de casi todo el señorío de los moros. Decíanle no perdiese aquella ocasion tan buena como se le presentaba por estar desabridos los ciudadanos, y la poca industria del Rey, que no tendria ánimo ni fuerzas para hacer resistencia á los cristianos. Estos fueron los primeros principios y como las primeras zanjas que se abrian para emprender la conquista de aquella nobilísima ciudad, cabeza da todo aquel reino. El conde don Ramon falleció en Barcelona, en cuya iglesia mayor le sepullaron, que él mismo desde los cimientos levantó los años pasados. El entierro y las honras fueron cuales se puede pensar con toda muestra de majestad y solemnidad. Dejó dividido su estado entre dos hijos suyos; el mayor se llamó don Berenguel, el segundo don Ramon Cabeza da Estopa; la causa de tal apellido de suso queda declarada; su gentileza y apostura y las costumbres, muy compuestas y agradables, fueron ocasion de ganar las voluntades, así del pueblo como de su padre en tanto grado, que sin embargo que era hijo menor, quedó nombrado por conde de Barcelona; mejoría que le fué perjudicial y le acarreó la muerte, como luego se dirá. Este Príncipe casó con una señora, hembra de mucha virtud y que fué hija de Roberto Guiscardo, normando de nacion y gran señor en Italia, segun que lo refiere cierto autor. Esta gente de los normandos en aquel tiempo era muy nombrada. La fama de su valor volaba por todas partes, y estaban apoderados de lo postrero de Italia y de Sicilia. Fundó esta Condesa dos monasterios, el uno con advocacion de San Daniel, en el valle de Santa María, tierra de Cabrera; el otro cerca de Girona, donde despues de la muerte de su marido, renunciado el siglo y sus comodidades, pasó muy santamente lo restante de su vida. En el un monasterio y en el otro puso religiosas de san Benito. Hijo desta señora fué don Ramon Arnaldo ó Berenguel, que sucedió á su padre en el condado de Barcelona. Por este mismo tiempo Arnengol, conde de Urgel, hacia guerra á los moros que quedaban por aquellas comarcas, y Guillen Jordan, conde de Cerdania, perseguia los herejes arrianos, que á cabo de tantos años tornaban á brotar por aquellas partes. Este castigaba aquella mala gente con destierros, confiscacion de bienes, con infamia y con muertes que daba á los pertinaces. Por el esfuerzo de Arnengol se ganaron de los moros muchos pueblos ribera del rio Segre; en especial la ciudad de Balaguer, cabeza del condado de Urgel, volvió á poder de cristianos.

CAPITULO XIV.

Cómo los normandos fueron á Italia.

El nombre de los normandos fué muy conocido los

años pasados por los grandes daños que hicieron en las costas de España y de Francia; mas por estos tiempos se hicieron mas famosos cuando extendieron la gloria de su esfuerzo en las partes de Italia, y por fuerza de armas fundaron en ella un nuevo reino y señorío, que dura hasta nuestros tiempos, aunque mudada diversas veces la sucesion de los príncipes que le han poseido y poseen. Dará mucha luz á esta historia saber la origen desta gente y la ocasion que tuvieron para pasar en Italia, á causa de estar sus cosas en lo de adelante muy mezcladas con las de España. Normandos, que es lo mismo que hombres setentrionales, se llamaron en particular todos aquellos que entre la provincia de Dania y la Cimbrica Quersoneso se extendian por todas aquellas marinas del mar Germánico y poseian las islas que por allí caen; hombres fieros y bárbaros, en el vestido y manera de vida salvajes, de costumbres extraordinarias, pero muy diestros en el arte de navegar por el ejercicio ordinario que tenian de ser cosarios. Luitprando, que floreció por estos tiempos, dice que los normandos eran los mismos que los rusos ó rutenos. La verdad es que en un mismo tiempo estas gentes se derramaron como dos rios arrebatados, los rusos por las provincias de oriente, de donde vienen los de Polonia, los normandos por las de occidente, en que hicieron grandes efectos. En particular en tiempo de Carlos el Simple, rey de Francia, asentaron en aquella parte de aquel reino que antiguamente llamaron Neustria, y despues del apellido desta gente se llamó y se llama Normandía, como se dijo en otro lugar. Traian por capitán á uno llamado Rolon; naturalmente tenian grande apetito de mandar, eran acostumbrados á fingir y disimular, dados al estudio de la elocuencia y ejercicio de la caza, fuertes para sufrir todo trabajo, hambre, calor y frio; preciábanse de andar bien vestidos y arreados; en lo demás eran de condicion soberbia y desapoderada. Estas eran las virtudes y vicios de los normandos y su natural; con la comunicacion de los franceses, cuya condicion es mansa, se mitigó en parte su fiera y se amansaron sus costumbres. Del linaje de Rolon hobo uno llamado Guillermo Noto, séptimo duque de Neustria ó Normandía; este, por testamento del rey Eduardo el Santo, juntó al ducado de Normandía el reino de Ingalaterra en el tiempo que se hacia la guerra de la Tierra-Santa. Para apoderarse de aquel reino pasó en una flota á Ingalaterra, y en la primera batalla venció á Haroldo, su competidor, y le quitó la vida y el reino. De allí, por tener aquellos reyes buena parte de la Francia, resultaron perpetuas guerras entre franceses y ingleses, que comenzaron poco antes de los tiempos en que va nuestra historia. De Francia pasó á Italia un ejército de los normandos con esta ocasion. Hay en Normandía una ciudad, que se llamó en otro tiempo Constancia Castra; en su comarca poseia un pueblo, que se llama Altavilla, uno llamado Tancredo, príncipe de noble y antiguo linaje, dichoso en sucesion, porque de dos matrimonios tuvo no menos que doce hijos. Guillermo, por sobrenombre Brazos de Hierro, Drogo, Wilfredo, Gaufredo, Serlo nacieron de la primera mujer, cuyo nombre no se sabe. La segunda mujer, llamada Fransendis, tuvo estos: Roberto Guiscardo, Malegerio, Guillermo, Alveredo, Humberto, Tancredo y el menor de todos Rogerio, que hizo á todos ventaja en hazañas

y en mayor poder y señorío. La madre cuidaba de los ahnados como de los hijos propios, y así ellos se querian bien, sin que tuviesen entre sí diferencias ni envidias. El padre los crió y amaestró en las armas y en las otras artes que pertenecian á gente noble. Eran denodados, de buen consejo, con que enfrenaban la temeridad; la osadía no los dejaba ser cobardes. Lo que el padre tenia era poco; temian que si lo dividian no resultasen dello riñas y contiendas, determinaron irse á otra parte á vivir y heredarse. Italia estaba dividida en muchos señoríos, ardía en bandos y guerras. Los moros tenian á Sicilia y las otras islas del mar Mediterráneo. Por la una causa y la otra se les ofrecia buena ocasion para mostrar su valor y esfuerzo. Los hermanos mayores pasaron en Italia. Siguiólos un gran golpe de gente; ejercitáronse en las armas y ganaron honra, primero en las guerras de Lombardía y de Toscana, despues pasaron á tierra de Lavor, parte del reino de Nápoles, do los príncipes, el de Salerno y el de Capua, se hacian guerra muy reñida por diferencias que tenian entre sí. Asentaron primero el Capuano, despues siguieron al Salernitano, que les hizo mas aventajado partido, y con este ayuda quedó con la victoria. Concluida esta guerra, á instancia de Maniaco, gobernador de la Pulla y de Calabria por el emperador de Grecia, emprendieron la conquista de Sicilia contra los moros que della estaban apoderados. Hicieron en breve buen efecto, en muchas ciudades volvieron á poder de cristianos, y en diversos encuentros desbarataron los moros y los corrieron por toda la tierra hasta lanzarlos de aquella isla. Tras esto, como es ordinario, resultaron sospechas y desgustos entre los griegos, que pretendian quedar señores de aquella isla, y los normandos, que aspiraban á lo mismo. De las palabras vinieron á las manos; quedaron los griegos vencidos y privados de aquella su pretension. Destos principios comenzaron los vencedores á fundar y poner los cimientos de un nuevo estado en Italia y en Sicilia, que en breve llegó á ser muy poderoso y rico, porque á la fama de lo que pasaba, los hermanos menores que quedaban en Francia, fuera de solos dos que perseveraron en casa de su padre, cuyos nombres no se saben, acudieron con nuevos socorros de gente en ayuda de sus hermanos mayores, con que mucho se adelantaron en poder y señorío. Todo lo que se ganó por aquellas partes se dividió entre los mismos que lo conquistaron; pero muertos los demás, finalmente quedaron por señores de todo Roberto Guiscardo y Rogerio. Roberto se llamó duque de Calabria y de la Pulla; Rogerio fué conde de Sicilia, estado ganado de los moros y griegos por las armas suyas y de su hermano. Roberto, de dos mujeres que tuvo, Alberada y Sigolgaita, hija del príncipe de Salerno, dejó estos hijos: Boamundo, Rogerio y una hija (si es verdad lo que dicen los catalanes), que casó con don Ramon, conde de Barcelona, como ya dijimos. De Rogerio, conde de Sicilia, nació otro Rogerio, que mudó el apellido de conde en el de rey, y acabados los demás deudos, parte que fallecieron, parte por haberles él quitado lo que tenian, quedó solo con todo lo que los normandos en Italia y en Sicilia poseian; demás desto, Africa y Grecia le pagaban tributo; tan grande era su poder. Esto se tomó de Gaufredo, monje, que escribió los hechos de los normandos en Italia, á instancia del mismo conde Rogerio

en historia particular que dellos compuso; pero dejada Italia, volvamos á España y á nuestro cuento.

CAPITULO XV.

Que se emprendió la guerra contra Toledo.

Esta manera procedian las cosas de los normandos prósperamente en Italia. En España los ciudadanos de Toledo no cesaban con carlas y mensajeros de solicitar á los nuestros para que emprendiesen aquella conquista y se pusiesen sobre aquella ciudad; que el rey Hiaya, ni se mejoraba con el tiempo, ni por el riesgo que corría enfrenaba sus apetitos, antes por no irle nadie á la mano, de cada dia crecía en atrevimiento y crueldad; finalmente, que pasaban una vida muy desgraciada, rodeada de miserias y de angustia, y que solo se entretenian con la esperanza de vengarse; que si los cristianos no les acudían, se determinaban de pedir á los moros que los acorriesen, pues cualquiera sujecion era tolerable á trueque de librarse de aquella tiranía. Toda servidumbre es miserable, pero intolerable servir á un loco y desatinado. El rey don Alonso andaba perplejo sin saber qué partido debía tomar; combalante por una parte el recelo de lo que se podría pensar y decir, por otra la esperanza del gran provecho si ganaba aquella ciudad. Acordó tratar el negocio en una junta de caballeros, gente principal y grave. Los pareceres fueron diferentes, como suele acontecer en semejantes consultas. Los mas osados y valientes eran de parecer se emprendiese luego la guerra, que decían seria de mucho interés y honra, así para los particulares como en comun para toda la cristiandad. Encarecian la grande presa y los despojos con que se animarian los soldados, la importancia de quitar una ciudad tan principal á los moros, la buena ocasion que se les presentaba de salir fácilmente con la empresa, que si se pasaba, por ventura no volveria tan presto; que en el suceso de aquella guerra se ponía en balanzas todo el poder de los moros en España. Los mas recatados extrañaban esto; decían que en ninguna manera se debía emprender aquella conquista, pues era contra conciencia y razon quebrantar la federacion y amistad que tenían asentada con aquellos reyes. En conformidad desto, uno de los caballeros que seguian este parecer, hombre anciano y de mucha prudencia, habló en esta manera: «¿Con qué justicia, oh Rey, ó con qué cara haréis guerra á una ciudad que en el tiempo de vuestro destierro, cuando os hallastes pobre, desamparado y sin remedio, os recibió cortesmente y trató con mucho regalo, principio que fué y escalon para subir al reino que ahora teneis? ¿Qué razon sufre dar guerra al hijo, sea cuan malo le quisieredes pintar, del que con su hacienda y con su poder os ayudó á volver al reino que os quitó vuestro hermano? Hospedóos amorosamente, y tratóos no de otra manera que si fuéades su hijo para obligaros al cierto que á sus sucesores los tuviédes en lugar de hermanos; que no debe ser menor la union que resulta del agradecimiento y amor que la que causa la naturaleza y parentesco. Dificultosa cosa es persuadir á un príncipe lo que conviene; la adulacion y conformarse con su voluntad carece de dificultad y peligro. Si va á decir la verdad, cuánto uno es mas cobarde tanto es mas libre en el blasonar de guerras y de armas. A las

veces por parecer de los mas cobardes se emprende la guerra, que se prosigue despues con el esfuerzo y riesgo de los esforzados. ¿Quién no sabe cuánta sea la fortaleza de aquella ciudad que quereis acometer, cuán grandes sus pertrechos, sus municiones, sus reparos? Diréis: Los ciudadanos nos llaman y convidan. Como si hobiese que fiar de una comunidad liviana y inconstante y que volverá la proa á la parte de donde soplare el viento mas favorable. Destruir la tiranía y librar los oprimidos es cosa muy honrosa. Es así, si juntamente y por el mismo camino no se quebrantasen las leyes de la piedad y agradecimiento y de toda humanidad. Dirá otro: No hay que hacer caso del juramento, pues su obligacion cesó con la muerte de los reyes pasados. Verdad es; pero ¿quién podrá engañar á Dios, testigo de la intencion y de la perpetua amistad que asentastes? Mas áun se puede temer no quiera vengar semejante desacato y fraude. No decimos esto, oh Rey, por esquivar el trabajo ni el peligro; con el mismo ánimo que otras veces estamos aparejados y prestos para seguirs, si fuere menester, desarmados, desnudos y flacos; pero para tomar consejo es justo que nuestras lenguas tengan libertad y vuestras orejas se muestren á todo lo que se dijere favorables.» Movieron estas razones al Rey, tanto mas, que por boca de uno le parecia hablaba gran parte de los que allí estaban; finalmente, venció el deseo que tenia de hacer aquella guerra y conquistar aquella nobilísima ciudad, en que tantas comodidades se le representaban. Con esta determinacion les habló en esta sustancia: «Bien sé, nobles varones, las muchas dificultades que en esta guerra se ofrecen y que estos dias se han dicho muchas cosas á propósito de poner os espanto y miedo. Mas ¿quién no sabe cuántas mentiras y cuán vanas se suelen sembrar en ocasiones semejantes? La cobardía y el miedo todo lo acrecientan y hacen mayor de lo que es en hecho de verdad. No diré nada del cargo de conciencia que nos hacen ni del juramento y nota de ingratitud que nos acusan; las maldades de Hiaya nos descargarán bastantemente. Al que su mismo padre, si fuera vivo, castigara con todo rigor, ¿será razon que por su respeto le dejemos continuar en ellas y en su tiranía tan grave? Alegan con la fortaleza de aquella ciudad el gran número de sus ciudadanos. La verdad es que al esfuerzo y valor ninguna cosa habrá dificultosa. Los que debajo la conducta de mi hermano don Sancho y mia allanastes gran parte de España y ganastes de los moros muchas batallas campales, ¿por ventura serán parte estas habillitas para espantaros? Que si los enemigos son muchos, no será esta la primera vez que peleais con semejante canalla, gente allegadiza, sin concierto y sin órden, y que cuanto son mas en número tanto se embarazarán mas al tiempo del menester. Gente flaca es la que acometemos, y que por la larga ociosidad y el mucho regalo no podrán sufrir el trabajo y el peso de las armas. Ganado Toledo, mis soldados, ¿quién será parte, quién os irá á la mano para que con las manos victoriosas no lleguéis á los últimos términos de España, remate de todos vuestros trabajos, premio y gloria inmortal, que con poco trabajo alcanzaréis para vos, para nuestros reinos y para toda la cristiandad? Parad mientes no se nos pase el tiempo en consultas y recatos, y lo que suele acontecer cuando los buenos intentos se dilatan, no nos parezca

mejor consejo aquel cuya sazón fué ya pasada. » Estas razones tan concertadas encendieron los ánimos de todos los presentes para que con toda voluntad se decretase la guerra contra los moros. El Rey, tomada esta resolución, se encargó de juntar armas, caballos, vituallas, dineros, municiones y todo lo demás necesario. Mandó levantar banderas y hacer gente por todas partes, en particular llamó y convidó con nuevos premios y ventajas los soldados viejos que estaban derramados por el reino. En todo esto se ponía mayor diligencia por entender que los moros, avisados de todo lo que pasaba, llamaban en su ayuda al rey moro de Badajoz, que á toda furia se prestaba para acudirles con toda brevedad. La prisa fué de manera, que las unas gentes y las otras, los moros y los cristianos, llegaron á un mismo tiempo á Toledo; pero visto que el rey don Alonso iba acompañado de un campo muy lucido, soldados diestros y muy bravos, los moros dieron la vuelta sin pasar adelante en aquella demanda. Sin embargo, no se pudo por entonces ganar aquella ciudad, á causa que el rey moro de Toledo se hallaba á la sazón muy apercebido y pertrechado de todo lo necesario, demás de la fortaleza grande de la ciudad, que ponía á todos espanto por ser muy enriscada. Talaron los campos, quemaron las mieses, hicieron presas de hombres y de ganados, y con tanto se volvieron á sus casas. Comenzóse la tala el año que se contaba de 1079, continuóse el año siguiente, el tercero y el cuarto, sin alzar mano algunos otros años adelante. Tomaron á los moros los pueblos de Canales y de Olmos, que caían cerca de aquella ciudad, y en ellos dejaron guarnición de soldados, que nunca cesaban de hacer correrías y cabalgadas por toda aquella comarca. Con estos daños comenzaron los de Toledo á padecer falta de trigo y de otras cosas necesarias para la vida. Susténtase la ciudad de Toledo comunmente de acarreo, á causa que la tierra de su contorno es muy falta por ser de suyo delgada y arenisca y por las muchas piedras y peñas que en ella hay; las fuentes son pocas, y sus manantiales cortos; llueve pocas veces por caerle lejos la mar y ser la tierra la mas alta de España. Solo por la vega por do pasa el río Tajo hay una llanura y valle no muy ancho, pero muy fértil y alegre. En el mismo tiempo que se dió principio á la conquista de Toledo, el Cid continuaba la guerra en Aragon con mucha prosperidad; ganó de los moros diversos castillos y pueblos por toda aquella tierra; solo para ser colmada su felicidad le faltaba la gracia de su Rey, que él mucho deseaba. Sucedió muy á propósito que el año de 1080 se levantaron ciertas revueltas entre los moros del Andalucía, á causa que un hombre principal de aquella nación, por nombre Almofala, tomó por fuerza el castillo de Grados. El Moro cuyo era, acudió al rey don Alonso para valerse de su ayuda y recobrar aquella plaza. Llamábase este moro Adofir. Al Rey le pareció condescender con esta demanda y aprovecharse de aquella ocasión que para adelantar su partido se le presentaba. Envió golpe de gente adelante, y él poco despues con mayor número acudió en persona. El Moro contrario era astuto y mañoso; la guerra iba á la larga. Temía el Rey no se le pasase la sazón de volver, como lo tenía comenzado, á la conquista de Toledo. Acordó llamar al Cid, que en Aragon se hallaba, y encargalle aquella empresa, por ser caudillo de tanto nombre y en todo

aventajado y sin par. Venido, le acogió muy bien y trató muy amorosamente, como príncipe que de suyo era afable y que sabia con buenas palabras granjear las voluntades. Alzóle el destierro, y para mas muestra de amor á su instancia estableció una ley perpetua en que se mandó que todas las veces que condenasen en destierro algun hijodalgo no fuese tenido á cumplir la sentencia antes de pasados treinta dias, como quier que antes no les señalasen de término mas que nueve dias. Volvió el Rey á su empresa, y el Cid concluyó aquella guerra del Andalucía á mucho contento, ca recobró el castillo de Grados, sobre que era el debate, y prendió al Moro que le tomara, que envió al Rey para que hiciese dél lo que su voluntad fuese y por bien tuviese. Esto pasó en el Andalucía aquel año; el siguiente de 1081, don García, hermano del Rey, pasó desta vida. Hízose desangrar rompidas las venas en la prision en que le tenían; tan grande era su disgusto y su rabia por verse privado del reino y de la libertad. Temía el rey don Alonso que como era bullicioso y de no mucha capacidad no alterase los naturales y el reino. Esta entiendo yo fué la causa de no querelle soltar en tanto tiempo mas que la ambición y deseo de reinar. Verdad es que despues de la muerte del rey don Sancho tuvo la prision mas libre y toda abundancia de comodidades y regalos. Y aun no falta quien dice que poco antes de su muerte le convidaron con la libertad y no la aceptó, sea por estar cansado de vivir, sea por aplacar á Dios con aquella penitencia y afán, de que da muestra no querer le quitasen los grillos en toda su vida, antes mandó le enterrasen con ellos, y así se hizo. Llevaron su cuerpo á la ciudad de Leon, y allí le sepultaron muy honoríficamente en la iglesia de San Isidro. Halláronse presentes al enterramiento y exequias sus dos hermanas las Infantas, muchos obispos y otros grandes del reino. Su muerte fué á los diez años de su prision, y á los quince despues que comenzó á reinar. El Cid, sosegadas las revueltas del Andalucía, tornó á la guerra de Aragon, donde en una batalla venció al rey moro de Denia, por nombre Alfagio, y junto con él al rey de Aragon don Sancho, que viniera en su favor. Esta victoria fué muy señalada, tanto, que el rey don Alonso le llamó para honrarle y hacerle mercedes, segun que sus trabajos y virtudes lo merecían. Venido que fué, le hizo donacion por juro de heredad de tres villas, es á saber, Briviesca, Berlanga, Arcejona. Por otra parte, el moro Alfagio se rehizo de gente, y con deseo de satisfacerse corrió las tierras de Castilla hasta dar vista á Consuegra, villa principal de la Mancha. El Rey, si bien estaba ocupado en la conquista de Toledo, acudió contra esta tempestad para rebatir el orgullo de aquel Moro. Juntáronse los campos, adelantáronse las haces de una parte y de otra, dióse la batalla, en que pereció mucha morisma, y el rey Moro se salvó por los piés y se retiró á cierto castillo. La alegría desta victoria se agió mucho á los cristianos con la muerte lastimosa, que sucedió en la pelea, de Diego Rodríguez de Vivar, hijo del Cid, mozo de grandes esperanzas y que comenzaba ya á seguir la huella y las virtudes de su padre. Su cuerpo enterraron en San Pedro de Cardena, y allí se muestra su lucillo. Alfagio, el moro, aunque vencido en las dos batallas susodichas, no acababa de sosegar; antes, recogida mas gente, rompió otra vez por tierras de Castilla sin reparar hasta Me-

dina del Campo, pueblo bien conocido y principal. Salió en su busca Alvar Yañez Minaya, deudo del Cid, persona de valor, y llegado á aquellas partes tuvo con él un encuentro en que tercera vez quedó vencido y desbaratada su gente. Esto pasó el año de Cristo 1082, en el cual año don Ramon Cabeza de Estopa, conde de Barcelona, cerca de un pueblo llamado Percha, puesto entre Ostarlito y Girona, fué muerto alevosamente. Su mismo hermano don Berenguel le paró aquella celada yendo camino de Girona, y le hizo matar. Estaba mal enojado contra él despues que su padre, sin embargo que era hijo menor, se le antepuso en el estado de Barcelona. Disimulólo al principio y mostró sentimiento por la muerte de su hermano; pero como quier que semejantes maldades pocas veces se encubran, sabido el caso, cayó en aborrecimiento de la gente, tan grande, que no solo no alcanzó lo que pretendia, antes por fuerza le privaron de lo que era suyo. Lo que le quedó de la vida pasó miserablemente, pobre, desterrado y vagabundo, y aun se dice que de repente perdió la habla en Jerusalem, do los años adelante fué á la conquista de la Tierra-Santa, y allí le sobrevino la muerte. El cuerpo de don Ramon sepultaron en la iglesia mayor de Girona. Sucedióle don Ramon Arnaldo, su hijo, de tan poca edad, que aun no tenia año cumplido; pero fué muy señalado por el largo tiempo que gozó de aquel estado, igual á cualquiera de sus antepasados por la grandeza y gloria de sus hazañas, demás que ensanchó mucho su señorío, no solo con la parte que quitaron al matador de su padre, sino porque en su tiempo faltaron legítimos descendientes á los condes de Urgel y de Besalú, por donde aquellos estados recayeron en él como movientes del condado de Barcelona y feudos suyos. Y aun en la parte de Francia que se llamó la Gallia Narbonense se le juntó los años adelante el condado de la Proenza por via de casamiento y en dote, porque casó con doña Aldonza, que otros llaman doña Dulce, hija de Gilberto, conde de la Proenza. Deste matrimonio nacieron dos hijos, don Ramon y don Berenguel, y tres hijas; la una dellas se llamó doña Berenguela, que casó con don Alonso el Emperador; los nombres de las otras dos no se saben, mas es cierto que casaron en Francia muy principalmente. Tuvo este Principe contienda y aun guerra muy reñida con Alonso, conde de Tolosa, señor muy principal y muy vecino á su estado; pero despues de largos debates se concertaron en que reciprocamente se prohibjasen el uno al otro de tal guisa, que en cualquier tiempo que á cualquiera de aquellas casas faltase sucesion hobiese aquel estado el otro ó sus descendientes. Pero esto pasó mucho tiempo adelante. Volvamos á la guerra de Toledo en que estábamos.

CAPITULO XVI.

Cómo se ganó la ciudad de Toledo.

Las continuas correrías y entradas que los fieles hacian por las tierras de Toledo, las talas, las quemas, los robos traian tan cansados á los moros de aquella ciudad, que no sabian qué partido tomar ni dónde acudir. Los cristianos que allí moraban, alentados con la esperanza de la libertad, no cesaban de solicitar al rey don Alonso para que, juntadas todas sus fuerzas, se pusiese sobre

aquella ciudad. Prometían si lo hiciese de abrille luego las puertas y entregársela. Las fuerzas de los nuestros y las haciendas estaban gastadas, los ánimos cansados de guerra tan larga. Estas dificultades y otras muchas que se representaban, grandes trabajos y peligros, venció y allanó la constancia del Rey y el deseo que todos tenian de llevar al cabo aquella conquista. Hiciéronse nuevas y grandes levas de gente, juntaron los pertrechos y municiones necesarias con determinacion de no desistir ni alzar la mano hasta tanto que se apoderasen de aquella ciudad. Su asiento y aspereza es de tal suerte, que para cercarla por todas partes era fuerza dividir el ejército en diversas escuadras y estancias, y que para esto el número de los soldados fuese muy crecido. Es muy importante la amistad y buena correspondencia entre los príncipes comarcanos; grandes efectos se hacen cuando se ligan entre sí y se ayudan, cosa que pocas veces sucede, como se vió en esta guerra. Demás de los castellanos, leoneses, vizcaínos, gallegos, asturianos, todos vasallos del rey don Alonso, acudieron en primer lugar el rey don Sancho de Aragon y Navarra con golpe de gente; asimismo socorros de Italia y de Alemania, movidos de la fama desta empresa, que volaba por todo el mundo. De los franceses, por estar mas cerca, vino mayor número; gente muy alegre y animosa para tomar las armas, no tan sufridora de trabajos. Mas porque en esta y otras guerras contra los moros sirvieron muy bien, á los que dellos se quedaron en España para avencindarse y poblar en ella los reyes les otorgaron muchas exempciones y franquezas; ocasion, segun yo pienso, de que procedió llamar en la lengua castellana comunmente francos, así á los hombres generosos como á los hidalgos y que no pagan pechos; lo cual todo se saca de escrituras antiguas y privilegios que por estos tiempos se concedieron á los ciudadanos de Toledo. De todas estas gentes y naciones se formó un campo muy grueso, que sin dilacion marchó la via de Toledo, muy alegre y con grandes esperanzas de dar fin á aquella demanda. El rey Moro, avisado del intento de los enemigos, de sus apercebimientos y aparato y movido del peligro que le amenazaba, se aprestaba para hacer resistencia. Tenia soldados, vitualias y municiones; faltábale el mas fuerte baluarte, que es el amor de los vasallos. Todavía, aunque no ignoraba esto, tenia confianza de poderse defender por la fortaleza y sitio natural de aquella ciudad, que es en demasia alto y enriscado. De todas partes le cercan peñas muy altas y barrancas, por medio de las cuales con grande maravilla de la naturaleza rompe el rio Tajo y da vuelta á toda la ciudad de tal suerte, que por tierra deja sola una entrada para ella á la parte del septentrion y del norte de subida empinada y agría, y que está fortificada con dos murallas, una por lo alto, y otra tirada por lo mas bajo. Para cercar la ciudad por todas partes fué necesario dividir la gente en siete escuadrones con otras tantas estancias, que fortificaron á ciertos espacios, á propósito de cortar todos los pasos, que ni los de dentro saliesen, ni los entrasen de fuera socorros ni vitualias. El Rey con la mayor parte de la gente, asentó sus reales, y los fortificó y barreó por todas partes en la vega que se tiende á las haldas del monte sobre que está asentada la ciudad. Todos, así moros como cristianos, mostraban grande ánimo y deseo de venir

á las manos. Cerca de los muros se trabaron algunas escaramuzas, en que no sucedió cosa señalada que sea de contar; solo se echaba de ver que los moros en la pelea de á pié no igualaban á los cristianos en la ligereza, fuerzas y ánimo; mas en las escaramuzas á caballo les hacían ventaja en la destreza que tenían por larga costumbre de acometer y retirarse, volver y revolver sus caballos para desordenar los contrarios. Levantaron sus nuestros torres de madera, hicieron trabucos, otras máquinas y ingenios para batir y arrimarse á la muralla y con picos y palancas abrir entrada. La diligencia era grande, los ingenios, dado que ponían espanto y hacían maravillar á los moros por no estar acostumbrados á ver semejantes máquinas, no eran de provecho alguno; porque si bien derribaron alguna parte del muro, la subida era muy agria, las calles estrechas, los edificios altos, y muchos que la defendían. El cerco con tanto iba á la larga, y por el poco progreso que se hacía se cansaban los cristianos de suerte, que deseaban tomar algun asiento para levantar el cerco sin perder reputación. Apretábalos la falta que padecían de todo, que por estar la tierra talada y alzados los mantenimientos eran forzados proveerse de muy léjos de vituallas para los hombres y forraje para los caballos. Los calores del verano comenzaban; por esto y por el mucho trabajo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades, de que moría mucha gente. Hallábanse en este aprieto cuando san Isidoro se apareció entre sueños á Cipriano, obispo de Leon, y con semblante ledo y grave y lleno de majestad le avisó no alzasen el cerco, que dentro de quince días saldrían con la empresa, porque Dios tenía escogida aquella ciudad para que fuese asiento y silla de su gloria y de su servicio. Acudió el Obispo al Rey, dióle parte de aquella vision tan señalada; con que los soldados se animaron para pasar cualquier mengua y trabajo por esperanzas tan ciertas que les daban de la victoria. Era así, que los cercados padecían á la misma sazón mayor necesidad y falta de todo, tanto, que se sustentaban de jumentos y otras cosas sucias por tener consumidas las vituallas; hallábanse finalmente en lo último de la miseria y necesidad, ellos flacos y cansados, los enemigos pujantes, que ni excusaban trabajo ni temían de ponerse á cualquier riesgo. Acordaron persuadir al rey Moro tratase de conciertos. Apellidáronse los ciudadanos unos á otros y de tropel entraron por la casa real, y con grandes alaridos requirieron al rey Moro penga fin á trabajos y cuitas tan grandes antes que todos juntos pereciesen y se consumiesen de pena, tristeza y necesidad. Alteróse el rey Moro con aquella demanda y vocería de los suyos, que mas parecia motín y fuerza. Sosegóse empero, y hablóles en esta sustancia: «Bueno es el nombre de la paz, sus frutos gustosos y saludables; pero advertid so color de paz no nos hagamos esclavos. A la paz acompañan el reposo y la libertad, la servidumbre es el mayor de los males, y que se debe rechazar con todo cuidado con las armas y con la vida, si fuere necesario. Gran mengua y muestra de flaqueza no poder sufrir la necesidad y falta por un poco de tiempo. Mas fácil cosa es hallar quien se ofrezca á la muerte y á perder la libertad que quien sufra la hambre. Yo os aseguro que si os entreteneis por pocos dias y no desmayais, que saldréis deste aprieto; ca los ene-

migos forzosamente se irán, pues padecen no menos necesidad que vos, y por ella y otras incomodidades cada dia se les desbandan los soldados y se les van. Además que muy en breve nos acudirán socorros de los nuestros, que cuidan grandemente de nuestro trabajo.» No se quietaron los moros con aquellas razones, el semblante no se conformaba con las esperanzas que daba. Parecía usarian de fuerza, y que todos juntos, si no otorgaba con ellos, irían á abrir al enemigo las puertas de la ciudad; grande aprieto y congoja. Así forzado el Moro vino en que se tratase de conciertos, como lo pedían sus vasallos. Salieron comisarios de la ciudad, que dado que afligidos y humildes, en presencia del rey don Alonso le representaron sus quejas; acusáronle el juramento que les hizo, la palabra que les dió, la amistad que asentó con ellos y las buenas obras que en tiempo de su necesidad recibió de aquella ciudad y de sus moradores; despues desto, le dijeron que si bien entendían no era menor la falta que padecían en los reales que dentro de la ciudad, todavía vendrían en hacer algun concierto como fuese tolerable hasta pagar las parias y tributo que se asentase. A esto respondió el Rey que fué tiempo en que se pudiera tratar de medios; que al presente las cosas estaban en término que á menos de entregarle la ciudad, no daría oídos á concierto ninguno. Sobre esto fueron y vinieron diversas veces, en que se gastaron algunos dias. La falta crecía en la ciudad y la hambre, que de cada dia era mayor. Los nuestros estaban animados de antes, y de nuevo mas, porque los enemigos fueron los primeros á tratar de concierto. Finalmente, los moros vinieron en rendir la ciudad con las condiciones siguientes: El alcázar, las puertas de la ciudad, las puentes, la huerta del Rey (heredad muy fresca á la ribera del rio Tajo) se entreguen al rey don Alonso; el rey Moro se vaya libre á la ciudad de Valencia ó donde él mas quisiere; la misma libertad tengan los moros que le quisieren acompañar, y lleven consigo sus haciendas y menaje; á los que se quedaren en la ciudad no les quiten sus haciendas y heredades, y la mezquita mayor quede en su poder para hacer en ella sus ceremonias; no les puedan poner mas tributos de los que pagaban antes á sus reyes; los jueces, para que los gobiernen conforme á sus fueros y leyes, sean de su misma nacion, y no de otra. Hiciéronse los juramentos de la una parte y de la otra como se acoslumbra en casos semejantes, y para seguridad se entregaron por rehenes personas principales, moros y cristianos. Hecho esto y tomado este asiento en la forma susodicha, el rey don Alonso, alegre cuanto se puede pensar por ver concluida aquella empresa y ganada ciudad tan principal, acompañado de los suyos á manera de triunfador, hizo su entrada, y se fué á apear al alcázar, á 2.º de mayo, dia de san Urban, papa y mártir, el año que se contaba de nuestra salvacion de 1085. Algunos desto cuento quitan dos años por escrituras antiguas y privilegios reales, en que por aquel tiempo el rey don Alonso se llamaba rey de Toledo. Lo cierto es que aquella ciudad estuvo en poder de moros por espacio como de trecientos y sesenta y nueve años (Juliano dice trecientos y sesenta y seis, y que los moros la tomaron año 719, el mismo dia de san Urban), en que por ser los moros poco curiosos en su manera de edificar y

en todo género de primor perdió mucho de su lustre y hermosura antigua. Las calles angostas y torcidas, los edificios y casas mal trazadas, hasta el mismo palacio real era de tapiería, que estaba situado en la parte en que al presente un hospital muy principal que los años pasados se levantó y fundó á costa de don Pedro Gonzalez de Mendoza, cardenal de España, arzobispo de Toledo. La mezquita mayor se levantaba en medio de la ciudad en un sitio que va un poco cuesta abajo, de edificio por entonces ni grande ni hermoso, poco adelante la consagraron en iglesia, y despues desde los cimientos la labraron muy hermosa y muy ancha. La fama desta victoria se derramó luego por todo el mundo, que fué muy alegre para todos los cristianos, por haber quitado á los moros aquella plaza, que era como un baluarte muy fuerte de todo lo que poseian en España. Acudieron embajadores de todas partes á dar el parabien y alegrarse con el Rey, así por lo hecho como por la esperanza que se mostraba de concluir con todo lo demás que quedaba por ganar. Partiósse el rey Moro conforme al asiento que se tomó, acompañado de soldados para Valencia, que era suya, en que conservó el nombre de rey. Por otra parte, diversas compañías de soldados por orden de su Rey se derramaron por toda la comarca y reino de Toledo para allanar lo que restaba, que les fué muy fácil por estar los moros amedrentados y por ver que perdida aquella ciudad tan principal no se podian conservar. Ganaron pues muchas villas y lugares; los de mas cuenta fueron: Maqueda, Escalona, Hlescas, Talavera, Guadalajara, Mora, Consuegra, Madrid, Berlanga, Buitrago, Mendinaceli, Coria, pueblos muchos dellos antiguos y que caian cerca de Toledo, fuertes y de campiña fresca, en que se dan muy bien toda suerte de mieses y frutales. Los moros de Toledo, unos acompañaron á su Rey, los mas se quedaron en sus casas. El número era grande, y por consiguiente, el peligro de que con alguna ocasion se levantasen, que fuera nuevo y notable daño. Para evitar este inconveniente acordó el Rey hacer allí su asiento de propósito, sin mudar la corte hasta tanto que se poblase bien de cristianos y que con nuevos reparos quedase bastantemente fortificada y segura. Convidó por sus edictos á todos los que quisiesen venir á poblar, con casas y posesiones; con esto acudió gran gente para hacer asiento en aquella ciudad. Entre los demás nuevos moradores cuentan á don Pedro, griego de nacion, de la casa y sangre de los Paleólogos, familia imperial en Constantinopla, de quien refieren se halló en este cerco, y que el Rey, en recompensa de sus servicios, despues de ganada la ciudad, le heredó en ella y dió casas y heredades con que pasase. Deste caballero se precian descender los de la casa de Toledo, gente muy noble y poderosa en estados y aliados. Hijo deste don Pedro fué Illan Perez, nieto Pedro Illan, biznieto Estéban Illan, cuyo retrato á caballo se ve pintado en lo alto de la bóveda de la iglesia mayor, detrás de la capilla y altar mas principal. Don Estéban fué padre de don Juan y abuelo de don Gonzalo, aquel cuyo sepulcro muy señalado y conocido se ve en la parroquia de San Roman. Añaden que desde este tiempo se comenzó á llamar así el barrio del Rey en Toledo, á causa que á los nuevos moradores que acudian á poblar señaló el Rey aquella parte de la ciudad para su

morada. Dióse otrosí principio á la fábrica de un nuevo alcázar en lo mas alto de la ciudad, todo á propósito de enfrenar á los moros que no se desmandasen. Demás desto, se halla que el rey don Alonso en adelante se comenzó á intitular emperador, si con razon ó sin ella no hay para qué disputallo. Hallábase sin duda muy ufano con aquel nuevo reino que conquistara, y como se via señor de la mayor parte de España y el rey de Aragon y otros reyes moros tributarios, ningun título le parecia demasiado. Destemplósele aquel contento por la muerte de la infanta doña Urraca, que finó por este tiempo, y él la tenia en lugar de madre, porque sus virtudes y prudencia lo merecian, demás que su padre se la dejó mucho encomendada. Quedaba la otra hermana, doña Elvira, que él mismo casó con el conde de Cabra. La causa deste casamiento fué cierta palabra áspera que le dijo, y para aplacalle y que no se levantara algun alboroto, acordó casarle con su misma hermana. Así lo cuenta la *Historia general* que anda en nombre del rey don Alonso el Sabio.

CAPÍTULO XVII.

Cómo don Bernardo fué elegido por arzobispo de Toledo.

Ninguna cosa mas deseaba el Rey que volver en su antiguo lustre y resplandor y honrar de todas maneras aquella nobilísima ciudad, columna que era de España, y alcázar en otro tiempo de santidad y silla del imperio de los godos. Comenzó luego á dar muestras que queria poner arzobispo en ella, sin el cual estuvo tantos años por la turbacion de los tiempos. Al principio no puso mucha fuerza, porque los moros aun no bien domados lo contradecian. Pasado mas de un año, ya que muchos cristianos moraban en la ciudad, y de los moros se tenia mas noticia de cuáles se debian temer y de cuáles se podian fiar; para hacerlo con mas autoridad, y que los moros tuviesen menos lugar de alborotarse, procuró se celebrase concilio. Los grandes y los obispos se juntaron á 18 de diciembre, año de 1086. En aquella junta lo primero dieron gracias á la divina bondad, por cuyo favor la cristiandad recobró tan principal ciudad. Cada uno, segun el caudal que tenia, autoridad y elocuencia, lo encarecia con las mayores palabras que podia. Luego se trató de elegir arzobispo de Toledo. Salió por voto de todos nombrado don Bernardo, abad que era de Sahagun, hombre de muy buenas costumbres y suaves, de muy buen ingenio, de doctrina aventajada, entereza y rectitud probada en muchas cosas y en quien resplandecia un ejemplo y dechado de la virtud antigua. Esto fué causa de ganar las voluntades de todos para que quisiesen por su prelado á un hombre extranjero, nacido en Francia. Pasa el rio Garona por la ciudad de Aagen en Aquitania, hoy Guiena; cerca desta ciudad está un pueblo, llamado Salvitat. Deste pueblo fué natural don Bernardo, nacido de noble linaje; su padre se llamaba Guillermo, su madre Neimiro, personas tan pias, que ambos, segun que se saca de memorias de la iglesia de Toledo, acabaron sus dias en religion. El hijo en su mocedad anduvo en la guerra; ya que era de mas edad entró en el monasterio de San Aurancio, auxitano ó de Aux. Allí tomó el hábito y cogulla con gran deseo que tenia de la perfeccion. Parece que aquel monasterio era de cluniacense,

porque de allí le llamó Hugo abad cluniacense, y por el mismo fué enviado á España al rey don Alonso para que reformase con nuevos estatutos y leyes el monasterio de Sahagun, que pretendia el Rey hacer cabeza de los demás monasterios de benitos de sus reinos; por esta causa pidió á Hugo le enviase un varon á propósito desde Francia; y como fuese enviado don Bernardo, tomó cargo de aquel monasterio y fué en él abad algun tiempo. Dende subió á la dignidad amplísima de arzobispo de Toledo; y para que tuviese mas autoridad, porque tanto es uno honrado y tenido cuanto tiene de mando y hacienda (la dignidad y oficio sin fuerzas se suele tener en poco), lizo el Rey donacion á la iglesia de Toledo de castillos, villas y aldeas en gran número, que fué el postrero acto del Concilio ya dicho. Dióle la villa de Brihuega, que fué del rey don Alonso en el tiempo de su destierro por donacion que el rey Moro le hizo della, á Rodillas, Canales, Cavañas, Coveja, Barceles, Alcolea, Melgar, Almonacir, Alpobrega. Así lo escribe don Rodrigo, la *Almonacir*, las cuales don Alonso el Sabio añade á Alcalá y Talavera, las cuales dice que dió con lo demás al Arzobispo; pero los mas doctos tienen esto por falso. Destos pueblos algunos son conocidos, de otros ni aun los nombres quedan; todo lo consume y hace olvidar la antigüedad. Yo no quise ponerme á adivinar los sitios y rastros de cada uno destos pueblos, ni tenia espacio para averiguallo. Hizo otrosí donacion el Rey á la iglesia de Toledo de muchas huertas, molinos, casas en gran número y tiendas para que con la renta que destas posesiones se sacase se sustentasen los sacerdotes y ministros de la iglesia mayor. Así por memoria de todo esto le hacen en ella al rey don Alonso cada año un aniversario por el mes de junio. Hecho esto, se acabó y despidió el Concilio. El Rey, dado que hobo órden en las cosas de la ciudad, se partió para Leon por respetos que á ello le forzaban. La reina doña Constanza y el nuevo arzobispo de Toledo quedaron en la ciudad con gente de guarnicion. Los cristianos eran muy pocos en comparacion de los moros, si bien para el poco tiempo eran hartos. Parecia con estos apercebimientos y recado quedaba la ciudad segura para todo lo que podia suceder. Lo que prudentemente quedaba dispuesto, la temeridad, digamos, del nuevo prelado ó imprudencia, ó lo uno y lo otro, por lo menos su demasiada priesa lo desconcertó y puso la ciudad en condicion de perderse. La silla del arzobispo por entonces estaba en la iglesia de Nuestra Señora, que agora es monasterio del Cármen, como han averiguado personas curiosas. Los moros tenian la iglesia mayor, y en ella hacian las ceremonias de su ley. Parecia mengua y afrentoso para los cristianos y cosa fea que en una ciudad ganada de moros los enemigos poseyesen la mejor iglesia y de mas autoridad, y los cristianos la peor. Lo que alguna buena ocasion hiciera fácil, por la priesa de don Bernardo se hobiera de desbaratar. Comunicado el negocio con la Reina, determina con un escuadron de soldados tomarles una noche su mezquita. Los carpinteros que iban con los soldados abatieron las puertas, despues los peones limpiaron el templo y quitaron todo lo que allí habia de los moros; hicieronse altares á la manera de los cristianos, en la torre pusieron una campana, con el son llamaron al pueblo y le convocaron para que se hallase á los oficios divinos. Alboro-

táronse los bárbaros con esta novedad, y por la mengua de su religion y ritos de su secta furiosos, apenas se pudieron enfrenar de no tomar las armas y con ellas vengar aquel agravio tan grande. Dia fuera aquel triste y aciago, si nuestro Señor Dios no estorbara el daño que los moros pudieran hacer, porque eran muchos mas que los fieles. Entretuvieronse por pensar que aquello se habia hecho sin que el Rey lo supiese; esto les era algun consuelo y alivio; unos se refrenaron con esperanza que serian vengados, otros por no ponerse á riesgo si venian á las manos. Al Rey, luego que supo el caso, le pesó mucho que el Arzobispo con su demasiada priesa hubiese quebrantado el asiento puesto con los moros y hecho poco caso de su fe y palabra real. Representábasele cuánto peligro podian correr las cosas por estar tan enojados los moros; temia no sucediese algun daño á la ciudad. Poníasele delante la inconstancia de las cosas del mundo, cuan presto se mudan en contrario. Vino muy de priesa á Toledo y con tanta velocidad, que desde el monasterio de Sahagun, do estaba y donde recibió la nueva de lo que pasaba, se puso en tres dias en Toledo mal enojado en gran manera; hacia grandes amenazas contra el Arzobispo y contra la Reina, no admitia ruegos de nadie, con ninguna diligencia se aplacaba su muy encendida saña, venia con determinacion de hacer un señalado castigo por tal osadía, con que los moros quedasen satisfechos y todos escarmentasen. Los principales de Toledo, sabida la venida del Rey y su intento, le salieron al encuentro cubiertos de luto, el clero en forma de procesion. Llegados á su presencia, con lágrimas que derramaban le suplicaron por el perdón; ningun efecto hicieron por venir muy indignado y resuelto de castigar aquel desacato. Proveyó Dios á tanto mal como se temia por otro camino no pensado. Los principales de los moros, mitigado algun tanto el dolor y saña que les causó aquel agravio, cayeron en la cuenta que no les venia bien si el Rey llevaba adelante su saña. Advertian que él podia faltar, y el odio contra ellos quedaria para siempre salir en los ojos de los cristianos. Acordaron acordaron fijar al encuentro al Rey y suplicalle diese perdón á los culpados en aquel caso. Llegaron á Magan, que es una aldea cerca de la ciudad, con semblantes tristes y los ojos puestos en el suelo. Combatíanlos diversas olas de pensamientos contrarios, el dolor de la injuria presente, el miedo para adelante. Arrodilláronse luego que el Rey llegó, con intento de aplacarle con sus razones y ruegos; mas él los previno; díjoles que aquella injuria no era dellos, sino desacato de su real persona, que por el castigo entenderian ellos y los venideros que la palabra real se debe guardar, y ninguno ser tan osado que por su antojo la quebrante. A esto los moros en alta voz comenzaron á pedir perdón, que ellos de corazon perdonaban á los que los agraviaron. Reparó el Rey algun tanto, por ser aquella demanda tan fuera de lo que pensaba. Entonces el que era de mas autoridad entre aquella gente, le habló en esta manera: «Cuán grande, Rey y señor, haya sido el dolor que recibimos por la mezquita que por fuerza nos quitaron contra lo que temiamos capitulado, cada uno lo podrá por sí mismo pensar, no será necesario detenerme en declarallo. La devocion del lugar y su estima nos movia, pero mucho mas el recelo que deste principio no menguabasen la

libertad y nos quebrantasen lo que con nos tenéis asentado. ¿Quién nos podrá asegurar que lo que hicieron con nuestra mezquita no lo ejecuten en vuestras casas particulares y las saqueen con todas vuestras haciendas? ¿Qué conciencia ni escrúpulo enfrenará á los que no enfiéren el juramento y la palabra real, y los que tienen por cierto que en tratarnos mal hacen un agradable servicio á Dios? Esto conviene asegurar para adelante, que no nos maltraten ni nos quebranten nuestros privilegios. Por lo demás, de buena voluntad perdouamos á la Reina y al Arzobispo el agravio que nos han hecho; lo mismo os suplicamos hagais, porque el castigo que tomáredes no nos acarree mayores daños, ca los que viniéren adelante despues de vos muerto no sufrirán que tales personajes, si les sucede algun daño, queden sin venganza. Por la mano real y palabra que nos distes os pedimos troqueis la saña que por nuestra causa tenéis concebida en clemencia; que demás que nos damos por contentos y os certificamos la tendrémos por merced muy singular, si no otorgais con nuestra petición, resueltos estamos de no volver á la ciudad, antes de buscar otras tierras en que sin peligro vivamos. No es razon que por dar lugar al sentimiento y por hacernos favor y vengarnos acarreeis á nos mayores daños, á vos perpetua tristeza y llanto, á vuestra ley mengua y afrenta tan señalada.» En tanto que el moro decia estas razones, los demás arrodillados, puestas las manos, y con lágrimas que de los ojos vertian, con el semblante y meneos suplicaban lo mismo. En el pecho del Rey combatian diversos sentimientos y contrarios, como se echaba de ver en el rostro demudado, ya triste, ya alegre. Finalmente, la razon venció el ímpetu de su ánimo. Consideraba que Dios es el que rige los consejos de los hombres y los endereza; que muchas veces de los males que permite resultan bienes muy grandes. Vencido pues de los ruegos de los moros, les agradeció aquella voluntad, y prometió que para siempre tendria memoria de aquel dia. Pasó adelante en su camino, llegó á la ciudad, halló á la Reina y al Arzobispo alegres por la esperanza que tenían de alcanzar perdon, con que aquel dia, de turbio y desgraciado, se trocó en mucha serenidad. La ciudad hizo de presente regocijos y fiestas por tan señalada merced, y para adelante se ordenó que en memoria della se hiciese fiesta particular cada un año á 24 de enero, con nombre de Nuestra Señora de la Paz y por memoria de un beneficio tan grande como en tal dia todos recibieron. Si bien no solo aquel dia se hace fiesta y memoria desto, sino eso mismo de la casulla que á san Ildefonso trajo del cielo la sagrada Virgen.

CAPITULO XVIII.

Cómo se quitó el Breviario mozárabe.

Arriba se dijo como Ricardo, abad de Marsella, fué enviado del papa Gregorio VII por su legado en España, y que en Búrgos juntó concilio de obispos y en él ordenó las sagradas ceremonias y modo de rezar que se debía tener y guardar. Hacia en lo demás muchas cosas sin órden, y usaba mal de la potestad amplísima que tenía, y enderezaba sus cosas á su particular ganancia. La gente andaba revuelta y aun escandalizada con el desórden del legado, hasta murmurar del poder y au-

toridad del Papa. El arzobispo don Bernardo recibía congoja desto por el oficio que tenía, mas por ser tanta la autoridad del legado no le podia ir á la mano. Había entonces costumbre introducida, á lo que yo creo, en España desde el Concilio octavo general que fué el postrero constantinopolitano, y por ley estaba mandado que antes de ser consagrados los metropolitanos se diese noticia al Papa de la eleccion para averiguar que era legítima y buena, y no tenía falta alguna, para que la confirmase con su autoridad. Antes que esto se hiciese no era lícito al arzobispo electo ni consagrarse ni hacer cosa alguna de su oficio. Era otro sí costumbre que impetrasen del Papa el palio, de que suelen usar cuando dicen misa, en señal de su consentimiento y aprobacion. Esta ordenacion recibida desde este principio con el tiempo se extendió á los obispos inferiores. No hay para qué nos detengamos en decir las causas desto. De aquí nació que al presente ninguna eleccion de obispos se tiene por válida si no es confirmada por el Papa. Por estas dos causas don Bernardo determinó de ir á Roma. El camino era largo y de mucho trabajo y peligro; antes de ponerse en camino con beneplácito del Rey consagró la iglesia mayor que se quitó á los moros, como queda dicho. Juntáronse á concilio los obispos que eran necesarios para esto, y hízose la ceremonia dia de san Crispin y san Crispiniano, á 25 de octubre, año de nuestra salvacion de 1087. Dedicóse la iglesia en nombre de Santa María, de San Pedro y San Pablo, de San Estéban y Santa Cruz. En el altar mayor pusieron muchas reliquias de santos. Don Rodrigo dice que esto se hizo despues que volvió de Roma don Bernardo. Lo cierto es que, muertos ya los papas Gregorio y Victor, tercero deste nombre, que lo sucedió, siendo sumo pontífice Urbano II, que fué elegido á 4 de marzo de 1088, llegado á Roma Bernardo, alcanzó todo aquello que á pretender habia ido, conviene á saber, que el legado fuese absuelto de aquel cargo y volviese á Roma, que él usase del palio, y mas, que fuese primado en España y en la parte de Francia que llamaban la Gallia Gótica. Por causa desta potestad á la vuelta de Roma en Tolosa juntó concilio de los obispos cercanos, con que y con su buena maña y uso de la lengua francesa, en que desde niño se criara, por ser natural de la tierra, como la gente es buena y sin doblez, fácilmente los persuadió que le reconociesen por superior. Asentó que irian á Toledo cada y cuando que fuesen llamados á concilio. Llegado á Toledo, antes que el legado desistiese de su oficio, de comun consentimiento se trató de quitar el Misal y Breviario gótico, de que vulgarmente usaban en España desde muy antiguos tiempos por autoridad de los santos Isidoro, Ildefonso y Juliano. Habíase procurado muchas veces esto mismo, pero no tuvo efecto, porque la gente mas gustaba de lo antiguo, y no hay cosa que con mas firmeza se defiende que lo que tiene color de religion. En este tiempo pusieron tanta fuerza el primado y el legado, y la Reina que se juntó con ellos, que dado que resistian los naturales, en fin vencieron y salieron con su pretension. Verdad es que antes que el pueblo se allanase, como gente guerrera, quisieron esta diferencia se determinase por las armas. El dia señalado dos soldados escogidos de ambas partes lidiaron sobre esta querrela en un palenque y hicieron campo; venció el que defendía

el Breviario antiguo, llamado Juan Ruiz, del linaje de los Matanzas, que moraban cerca del río Pisuerga, cuyos descendientes viven hasta el día de hoy, nobles y señalados por la memoria deste desafío. Sin embargo, como quier que los de la parte contraria no se rindiesen, ni vencidos se dejasen vencer, parecióles que por el fuego se averiguase esta contienda; que echasen en él los dos breviarios, y el que quedase sin lesión se tuviese y usase. Tales eran las costumbres de aquellos tiempos groseros y salvajes y no muy medidos con la regla de piedad cristiana. Encendióse una hoguera en la plaza, y el Breviario romano y gótico se echaron en el fuego. El romano saltó del fuego, pero chamuscado. Apellidaba el pueblo victoria á causa que el otro, aunque estuvo por gran espacio en el fuego, salió sin lesión alguna, principalmente que el arzobispo don Rodrigo dice que saltó el romano, pero chamuscado. Advierto que en el texto del Arzobispo los puntos se deben reformar conforme á este sentido. Todavía el Rey, como juez, pronunció sentencia en que se declaraba que el un Breviario y el otro agradaban á Dios, pues ambos salieron sanos y sin daño de la hoguera; lo cual el pueblo se dejó persuadir. Concluyóse el pleito, y concertaron que en las iglesias antiguas que llaman mozárabes se conservase el Breviario antiguo. Concordia que se guarda hoy día en ciertas fiestas del año, que se hacen en los dichos templos los oficios á la manera de los mozárabes. También hay una capilla dentro de la iglesia mayor, en la cual hay cierto número de capellanes mozárabes, que dotó de su hacienda el cardenal fray Francisco Jimenez, porque no se perdiese la memoria de cosa tan señalada y de rezo tan antiguo. Estos rezan y dicen misa conforme al Misal y Breviario antiguo. En los demás templos hechos de nuevo en Toledo se ordenó se rezase y dijese misa conforme al uso romano. De aquí nació en España aquel refrán muy usado: Allá van leyes do quieren reyes. Acabóse esta contienda, y Toledo volvía en su antiguo lustre y hermosura; levantáronse nuevos edificios, y gran número de cristianos acudían de cada día. Los moros se iban á menudo, unos á una parte, y otros á otra, y en su lugar sucedían otros moradores, á los cuales se les concedía toda franqueza de tributos y otros privilegios, como parece por las provisiones reales que hasta hoy día se guardan en los archivos de Toledo. La diligencia y celo que tenía del bien y pro de todos don Bernardo no cesaba, ni seosegó hasta que fué con el Rey á Castilla la Vieja, y en Leon, principal ciudad, juntó concilio de obispos, año de 1091, como dice don Lúcas de Tuy. Hallóse en él Rainerio, que de fraile cluniacense le crió cardenal el papa Urbano, y despues le envió por su legado á España para que sucediese en lugar de Ricardo, cardenal asimismo y abad de Marsella. En aquel Concilio se establecieron nuevos decretos á propósito de reformar las costumbres de los eclesiásticos, á la sazón muy relajadas. Mandaron otrosí que en las escrituras públicas de allí adelante no usasen de letras góticas, sino de las francesas. Ulfilas, obispo de los godos, antes que ellos viniesen á España, inventó las letras góticas, de que usaron por largo tiempo los godos, así bien como los longobardos, los vándalos, los esclavones, los franceses; cada nacion destas tenía sus letras y caracteres propios, diferentes entre sí y de los latinos. Los

franceses y los esclavones hasta el día de hoy se conservan en su manera antigua de escribir; las otras naciones con el tiempo han dejado sus letras y su manera y trocádola en la que hoy tienen y usan, que es la comun y latina, por acomodarse con las otras naciones, y para mayor comodidad del comercio y trato que tienen con los demás.

CAPITULO XIX.

De los principios del primado de Toledo.

El lugar pide que tratemos de los principios que tuvo el primado que los arzobispos de Toledo pretenden tener y tienen sobre las demás iglesias de España, y por qué camino esta dignidad de pequeña llegó á la grandeza que hoy tiene. Los principios de las cosas, especialmente grandes, son oscuros; todos los hombres pretenden llegarse lo mas que pueden á la antigüedad, como la que tiene algun sabor de cierta divinidad, y se llega mas á los primeros y mejores tiempos del mundo. Así los mas toman la origen de su nacion lo mas alto que pueden, sin mirar á las veces si va bien fundado lo que dicen. Esto mismo sucedió en el caso presente, que muchos quieren tomar el principio del primado de Toledo desde el mismo tiempo de los apóstoles. Alegan para esto que san Eugenio, mártir, fué el primero que vino á España para predicar el Evangelio y que fué el primer arzobispo de aquella ciudad. Añaden que los primeros que se tornaron cristianos en España y los primeros que tuvieron obispo fueron los de Toledo, y que por estas causas se les debe esta preeminencia. Pero lo que con tanta seguridad afirman acerca del primado, no tienen escritor alguno mas antiguo deste tiempo que testifique la venida de san Eugenio á España. El mismo Gregorio, turonense, que escribió la historia de Francia, de donde vino san Eugenio y donde padeció por la fe, como se tiene por cierto, ninguna mencion hace desto. Esto decimos, no para poner en disputa la venida de san Eugenio, que es cierta, sino para que en lo que toca á fundar el primado nadie reciba lo que es dudoso por averiguado y sin duda. Porque ¿qué harán los tales si los de Compostella para apoderarse del primado se quieren valer de semejante argumento? Pues es cierto y se comprueba por escrituras muy antiguas que el apóstol Santiago fué el primero que trajo á España la luz del Evangelio, y que sepultaron su santo cuerpo traído en un navío, y rodeadas las marinas del uno y del otro mar en aquella ciudad. Bien holgara de poder ilustrar la dignidad desta ciudad en que esta historia se escribe de las cosas de España en el medio y centro della, y cerca de la cual ciudad nació y aprendí las primeras letras; pero las leyes de la historia nos fuerzan á no seguir los dichos y opiniones del vulgo, ni es justo que por ningún respeto tropecemos en lo que reprehendemos en otros escritores. Prueba bastante que el primado de Toledo no es tan antiguo como algunos pretenden, hacen los concilios de obispos que se celebraron en España en tiempo primero de los romanos y despues de los godos, en los cuales se hallará que el prelado de Toledo, ni en el asiento, ni en las firmas, tenía el primer lugar entre los demás. En particular en el Concilio elibertino, antiquisimo, despues de seis obispos, firma Melancio, pre-

lado de Toledo, en el seteno lugar; de donde se saca que en aquella sazón Toledo no era arzobispado, y mas claramente de la division de los obispados hecha por Constantino, en que pone á Toledo por sufragánea de Cartagena. En los mismos concilios toledanos en que mas se debía mirar por la autoridad de la iglesia de Toledo, por tener de su parte el favor del pueblo y de los reyes, no pocas veces se pone el postrero entre los metropolitanos. Para sacar pues la autoridad del primado de Toledo de los tiempos mas antiguos digo desta manera. En España hobo antiguamente cinco arzobispos, que unas veces se llamaban metropolitanos y otras primados con diverso nombre, pero el sentido es el mismo. Estos son el tarraconense, el bracarense, el de Mérida, el de Sevilla y el de Toledo. Allende destes se contaba con los demás el arzobispo narbonense en la Gallia Gótica, que en tiempo de los godos era sujeta á España. Todos estos eran iguales, y á ningun superior reconocian, sacado el Papa. En los concilios tenian el lugar que les daba su antigüedad y consagracion. La causa de ser tantos los metropolitanos fué la antigua division de España, que se dividió en cinco provincias, que eran estas: Andalucía, Portugal, Tarragona, Cartagena, Galicia, y otras tantas audiencias y chancillerías supremas en que se hacia justicia; ó como yo pienso, las gentes bárbaras fueron causa desto, porque luego que entraron en España, divididas las provincias della, fundaron muchos imperios y estados. El metropolitano narbonense presidia en Francia. El de Tarragona en la parte de España, que en aquella turbacion estuvo mucho tiempo sujeta á los romanos. Los vándalos tuvieron á Sevilla; los alanos y suevos la Lusitania y Galicia, do están Mérida y Braga; los godos tenian á Toledo, la cual gente venció y se adelantó á las otras naciones bárbaras en multitud y mando. De aquí comenzó la autoridad de Toledo á ser mayor que la de las demás, en especial quando, mudado el estado de la república, los godos se hicieron señores de toda España, y mudadas las leyes y fueros, pusieron la silla de su imperio en Toledo; poco á poco, trocadas las cosas, comenzaron á crecer y mejorarse en autoridad los prelados de Toledo. En el Concilio toledano sétimo se pusieron claros fundamentos de la autoridad que adelante tuvo, cuyo cánón último es este: «que los obispos vecinos desta ciudad, avisados del metropolitano, vengan á Toledo cada uno su mes, si no fuere en tiempo de agosto y vendimias»; decreto que dicen se concede por respeto del rey y por honra de la ciudad en que él moraba, y por consuelo del metropolitano. Destos principios comenzó á crecer la autoridad de los arzobispos de Toledo de tal manera, que los padres que se hallaron en el Concilio toledano duodécimo en tiempo del rey Ervigio determinaron en el cánón sexto que las elecciones de los obispos de España, que solia aprobar el rey, se confirmasen con la voluntad y aprobacion del arzobispo de Toledo. Desde este tiempo los otros obispos reconocieron al de Toledo, y le daban el primer lugar en todo, y se tenia por mas principal autoridad la suya que la de los demás; en particular en el asiento y firmar los concilios era el primero. Estos fueron los principios desta autoridad y como cimientos, sin pasar por entonces mas adelante, porque no tuvo por entonces los otros derechos de primados, que son los mismos que pa-

triarcas, y solo difieren en el nombre, como parece en los cánones y leyes de la Iglesia, ni tenian especiales insignias de dignidad ni poder mayor sobre los obispos para corregillos, para visitallos, para por via de apelacion alterar sus sentencias. Despues que se mudaron las cosas y España padeció aquella tan grande plaga, y todo lo mandaron los moros, cesó la dignidad y majestad toda que tenian estos prelados, y llegó á tanto la turbacion en aquel tiempo, que aun obispos, consagrados como se acostumbra, por muchos años faltaron en Toledo. En fin, vuelta aquella ciudad á poder de cristianos, el arzobispo de Toledo, no solo alcanzó la honra y grado de metropolitano, sino asimismo de primado. Procurólo don Bernardo, primer arzobispo, y concedióselo el papa Urbano II, no sin queja de los otros obispos y contradiccion, que pretendian por preferir á uno hacerse injuria á todos los demás. La bula de Urbano que habla desto se pondrá en otro lugar. El primero que puso pleito sobre esta dignidad de primado fué don Berengario, á quien el mismo don Bernardo habia trasladado de Vique, donde era obispo, á Tarragona; pero fué vencido en el pleito, porque el papa Urbano quiso que la autoridad, una vez dada al arzobispo de Toledo, fuese cierta y para siempre se conservase. Esta determinacion de Urbano confirmaron con sus bulas el papa Pascual y el papa Gelasio, sus sucesores. Calixto II pareció disminuir esta autoridad con dar, como dió por su bula á don Diego Gelmirez, obispo de Compostella, los derechos de metropolitano, trasladados de la ciudad de Mérida, si bien estaba en poder de moros. Otorgóle otrosí autoridad de legado del Papa sobre las provincias de Mérida y Braga, y señaladamente le hizo exempto de la obediencia y poder de don Bernardo, arzobispo de Toledo; todo á propósito de honrar á don Ramon, su hermano, que estaba enterrado en Compostella, y por la mucha devocion que siempre mostró con la iglesia y sepulcro de Santiago. Mas siendo arzobispo don Raimundo, sucesor de don Bernardo, los papas Honorio, Celestino, Inocencio, Lucio, Eugenio III determinaron y ratificaron lo que hallaron estar antes concedido, que el arzobispo de Toledo fuese primado de España. A don Raimundo, ó Ramon, sucedió don Juan, en cuyo tiempo lo primero Adriano IV confirmó el primado de Toledo con nueva bula que expidió, en que revoca el privilegio de Compostella; lo segundo, don Juan, obispo de Braga, que habia puesto pleito sobre el título de primado, vino á la ciudad de Toledo, y fué forzado á jurar de obedecer al que no queria reconocer ventaja. Don Cerebruno sucedió á don Juan, en cuyo tiempo Alejandro III revocó un privilegio de Anastasio concedido en esta razon á Pelagio, obispo de Compostella. Esto fué á la sazón que el cardenal Jacinto Bobo, muy nombrado, vino á España con autoridad de legado, y entre otras cosas que sapientísimamente ordenó, puso fin en este pleito, segun parece en las escrituras de la iglesia de Toledo, ca dió sentencia por Cerebruno contra el de Santiago, que le inquietaba. Bien será aquí poner la bula de Alejandro III, porque confirma en ella lo que sus predecesores determinaron. La bula dice así: «Alejandro, obispo, siervo de los siervos de Dios, al venerable hermano Cerebruno, arzobispo de Toledo, salud y bendiccion apostólica. Como nos enviádes un men-

«sajero por causa de los negocios que teneis á cargo de vuestra iglesia á la Sede Apostólica, que suele siempre admitir los deseos de los que piden cosas justas, nos suplicastes con humildad con el mismo mensajero que renovásemos las bulas de nuestros antecesores Pascual, Calixto, Honorio y Eugenio, en que conceden la primacía de las Españas á la iglesia de Toledo. Nos, porque sinceramente os amamos en el Señor, y tenemos propósito de honrar vuestra persona de todas las maneras que convenga, por ser estable fundamento y columna de la cristiandad, juzgamos convenia admitir vuestra demanda, y que vuestro deseo no fuese defraudado. Y comunicado este negocio con nuestros hermanos á imitacion de nuestro predecesor, de buena memoria, Adriano, papa, por la autoridad de la Sede Apostólica determinamos que debiamos renovar el privilegio junto con aquel breve, conforme á vuestra peticion. Que así como vuestra iglesia de tiempo antiguo ha tenido el primado en toda la region de España, así vos y la iglesia de Toledo, que gobernais por la ordenacion de Dios, tengais el mismo primado sobre todos para siempre; añadiendo que al privilegio que Pelagio, arzobispo, en tiempos pasados dicen que impetró de nuestro predecesor, de buena memoria, Anastasio, papa, que por derecho de primado no debia estar sujeto á vuestra iglesia; declaramos que el privilegio de dicho nuestro antecesor, de santa memoria, Eugenio, papa, concedido á vuestro predecesor sobre la concesion del primado, juzgamos que le perjudica totalmente, en especial que lo concedido por Anastasio no fué concedido ni por la mayor ni mas sana parte de nuestros hermanos. Determinamos pues que el arzobispo compostellano como los demás obispos de España os tengan sujecion y obediencia de aquí adelante como á su primado y á vuestros sucesores; y la dignidad misma sea firme e inviolable para vos y vuestros sucesores para siempre jamás. Ninguno pues de todos los hombres ose quebrantar ó contradecir de alguna manera esta bula de nuestra confirmacion y concesion con temeraria osadía. Y si alguno presumiere intentarlo, sepa que incurrirá la indignacion de Dios todo poderoso y de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo. Dada en Benevento por mano de Gerardo, notario de la santa Iglesia romana, á 24 de noviembre, en la indiccion tercera, año de la Encarnacion del Señor de 1170, del pontificado de Alejandro, papa tercero, año oncenno.» Larga cosa seria referir en este propósito todo lo que se pudiera alegar. El papa Urbano III confirmó la misma autoridad de primado á don Gonzalo, sucesor de don Cerebruno. A don Gonzalo sucedió don Pedro de Cardona. A este don Martin, al cual Celestino III por el parentesco y amistad que habia entre él y nuestros reyes, al tiempo que fué legado y se llamaba el cardenal Jacinto Bobo, concedió que las dignidades de la iglesia de Toledo usasen de mitras como obispos mientras la misa se celebrase, y acrecentó aquel privilegio despues que fué elegido papa. Siguióse en la iglesia de Toledo don Rodrigo Jimenez, varon de grande ánimo y singular doctrina, cosa en aquel tiempo semejable á milagro; trató en el Concilio lateranense primero delante los cardenales y de Inocencio III la causa de su iglesia en este punto como orador elocuente, y

venció á los demás metropolitanos de España; y porque el arzobispo de Braga pretendia no estarle sujeto, Honorio III le hizo legado suyo. Gregorio IX, sucesor de Honorio, revocó cierta ley que se promulgó en Tarragona contra la dignidad del arzobispo de Toledo, en que establecieran no usasen los tales arzobispos de las prerogativas de primado en aquella su provincia, en especial no llevasen cruz delante. A don Rodrigo sucedió don Juan, luego don Gutierre, y dos don Sanchos, ambos de linaje real, casi el uno tras el otro. Despues de los dichos fué arzobispo don Juan de Contreras, en tiempo de Martino V, y se halló en el Concilio basiliense. Item, don Juan de Cerezuela, hermano del maestre don Alvaro de Luna y sucesor de don Juan de Contreras. Todos alcanzaron bulas de los papas en que confirmaban lo mismo, cuyas copias están guardadas con toda fidelidad en el archivo de la iglesia de Toledo y recogidas en un libro de pergamino. El tiempo adelante por agravarse don Alonso de Cartagena, obispo de Búrgos, que el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo llevase guion levantado en su obispado, que era señal de superioridad y de ser primado, don Juan el Segundo, rey de Castilla, tomó aquel negocio por suyo, y por sus provisiones, en que da á Toledo título de ciudad imperial, determina y establece que se guarde el privilegio y autoridad que Toledo tenia sobre las otras ciudades de su señorío, por entender, como era verdad, que la autoridad del arzobispo de Toledo da mucho lustre á todo el reino y aun á toda España. Muchos otros arzobispos, antes y despues de don Alonso Carrillo, hicieron lo mismo, y por toda España llevaron siempre su cruz levantada. Entre estos se cuentan los cardenales arzobispos don Pedro Gonzalez de Mendoza y fray Francisco Jimenez; que es argumento de la primacía que los arzobispos de Toledo han tenido, despues que Toledo se recobró de los moros, puesto que nunca ha faltado quien contradiga y no quiera estarles sujeto. Al presente, fuera del nombre y asiento, que se les da el primero, ninguna otra cosa ejercitan sobre las otras provincias de España tocante á la primacía; por lo menos ni para ellos se apela en los pleitos ni castigan delitos ni promulgan leyes fuera de la provincia, que como á metropolitanos les está sujeta.

CAPITULO XX.

De las mujeres y hijos del rey don Alonso.

Arriba queda dicho como el rey don Alonso tuvo dos mujeres, doña Inés y doña Constanza, y que desta segunda hobo á su hija la infanta doña Urraca. Doña Constanza murió despues de ganado Toledo, y en el mismo tiempo su cuñada la infanta doña Elvira, hermana del Rey, falleció; enterráronla en Leon con doña Urraca, su hermana. Despues de doña Constanza casó don Alonso con la hija de Benabet, rey moro de Sevilla, que se volvió cristiana, mudado el nombre de Zaida que tenia en doña María; otros dicen se llamó doña Isabel. Deste casamiento nació don Saúcho; créese fuera un gran príncipe si se lograra, y que igualara la gloria de su padre, como lo mostraban las señales de virtud que daba en su tierna edad; parece que no quiso Dios gozase España de tan aventajadas partes. El Rey adelante cuarta y quinta y sexta vez casó con doña Berta,

traida de Toscana, con doña Isabel, de Francia, y con doña Beatriz, que no se sabe de qué nacion fuese. De doña Isabel tuvo dos hijas, á doña Sancha, que fué mujer del conde don Rodrigo, y doña Elvira, que casó con Rogerio, rey de Sicilia, hijo de Rogerio, conde de Sicilia. Della nació Rogerio el hijo mayor, duque de Pulla, y Anfuso, príncipe de Capua, llamado así, á lo que se entiende, del nombre de su abuelo materno. Item, á Guillermo, que por muerte de sus hermanos fué rey de Sicilia, y á Constanza, que casó con el emperador Enrique VI. Así lo refiere el abad Alejandro, celesino, que escribió la vida y los hechos del dicho rey Rogerio, su contemporáneo, y Hugo Falcando. Tuvo don Alonso de una manceba, llamada Jimena, otras dos hijas, doña Elvira y doña Teresa; doña Elvira casó con Ramon, conde de Tolosa, que tuvo dos hijos en esta señora; estos fueron Beltran y Alonso Jordan. Doña Teresa casó con Enrique de Lorena, cepa que fué y cabeza de do procedieron los reyes de Portugal. De otra concubina, cuyo nombre no se sabe, con quien el rey don Alonso tuvo trato, no engendró hijo alguno. A doña Urraca, la hija mayor, casó con Ramon ó Raimundo, hermano del conde de Borgoña y de Guido, arzobispo de Viena, que fué adelante papa y se llamó Calixto II. De Ramon y doña Urraca nació doña Sancha primero, y luego don Alonso, el que por los muchos reinos que juntó tuvo nombre de emperador. Todo esto se ha recogido de gravísimos autores. Pero mejor será oír á Pelagio, obispo de Oviedo, cercano de aquellos tiempos, que concluye su

historia desta manera: «Este rey don Alonso tuvo cinco mujeres legítimas, la primera Inés, la segunda Constanza, de la cual tuvo á la reina doña Urraca, mujer del conde Ramon; della tuvo el Conde á doña Sancha y al rey don Alonso; la tercera doña Berta, venida de Toscana; la cuarta doña Isabel, desta tuvo á doña Sancha, mujer del conde don Rodrigo, y á Geloira, que casó con Rogerio, duque de Sicilia; la quinta se llamó doña Beatriz, la cual, muerto el marido, se volvió á su patria. Tuvo dos mancebas muy nobles, la primera Jimena Muñon, de quien nació doña Geloira, mujer del conde de Tolosa Ramon, que tuvo por hijo á Alonso Jordan. En la misma Jimena hobo el rey don Alonso á doña Teresa, mujer que fué del conde don Enrique, y deste matrimonio nacieron Urraca y Geloira y Alonso. La otra concubina se llamó Zaida, hija de Benabet, rey de Sevilla, que se bautizó y se llamó Isabel, y della nació don Sancho, que murió en la batalla de Uclés.» Todo lo susodicho es de Pelagio. Estas fueron las mujeres del rey don Alonso, estos sus hijos; príncipe mas venturoso en la guerra que en el tiempo de la paz y en sucesion, no menos admirable en las borrascas que cuando soplabá el viento favorable y todo se le hacia á su voluntad. Bien es verdad que la fortuna ó fuerza mas alta conforme á sus ordinarias mudanzas y vueltas en lo de adelante se le mostró contraria, y acarreo así á él como á sus reinos gran muchedumbre de trabajos y reveses, segun que por lo que se sigue se podrá claramente entender.

LIBRO DÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De nuevas guerras que hobo en España y en la Suria.

Los reinos de levante y de poniente casi en un mismo tiempo se alteraron con nuevas asonadas y tempestades de guerras. De las extrañas se dirá luego; las de España sucedieron con esta ocasion. Los almoravides, gente mahometana, habiendo sobrepujado á los alavecinos, que hasta este tiempo tuvieron el imperio de Africa, fundaron primeramente su imperio en aquella parte de la Mauritania que al estrecho de Gibraltar se tiende por las riberas del uno y del otro mar, es á saber, del Mediterráneo y del Océano; despues en gran parte de España se metieron y derramaron á manera de raudal arbatado y espantoso. La ocasion de pasar en España fué esta. El rey don Alonso tenía por mujer una hija del rey moro de Sevilla, como poco ha queda dicho. Entró aquel Rey en esperanza de apoderarse de todo lo que su gente en España tenía, si fuese de Africa ayudado con nuevas gentes y fuerzas; pidió á su yerno, por lo que al parentesco debía, le ayudase con sus cartas para llamar á Juzef Tefin, rey de los almoravides, poderoso en fuerzas y gentes y espantoso por la perpetua prosperidad que había tenido en sus cosas y convidarle á pasar en

España. Pretendía á riesgo ajeno y con su trabajo, conforme á la ambicion que le aguijaba, ensanchar él su señorío; tal era su pensamiento y sus trazas. Escribió don Alonso las cartas que le pidió, por estar con la edad aficionado y sujeto á su mujer; consejo errado, perjudicial y que á ninguno fué mas dañoso que al mismo que lo inventaba. A Juzef no le parecia dejar aquella ocasion de volver las armas contra España; consideraba que de pequeños principios suelen resultar cosas muy grandes; que la guerra se podia comenzar en nombre de otro y con su infamia y acabarse en su pro. El mismo ó no quiso ó no pudo venir por entonces; envió empero á Ali Abenaja, capitán de gran nombre, esclarecido por su esfuerzo y hazañas, hombre de consejo, astuto, atrevido para comenzar y constante para llevar al cabo y concluir prósperamente sus intentos; dióle un buen ejército que le acompañase. Con estas gentes, como le era mandado, se juntó con el rey de Sevilla; no duró mucho la amistad, ni es muy seguro el poder cuando es demasiado. Por ligera ocasion y de repente se levantó diferencia y debate entre las dos naciones y caudillos moros; pasaron á las armas y á las manos, pelearon moros con moros; los españoles no eran iguales á los africanos por estar debilitados con el largo ocio y

con el cebo de los deleites. El rey de Sevilla, suegro de don Alonso, fué vencido y muerto en la batalla, con tanto menor compasion y pena de los suyos y menor odio de su enemigo, que se entendia de secreto favorecía á nuestra religion y era cristiano. Llamábase el que le mató Abdalla. Con su muerte sin dilacion todo su estado quedó por los vencedores. Fué esto el año de los moros 484, como lo dice don Rodrigo en la historia de los árabes, que se contaba de Cristo el de 1091. Todas las gentes y ciudades de los moros que quedaban en España, movidos de nuevas esperanzas ó de miedo, se pusieron debajo de su mando, algunas por fuerza, las mas de grado por entender que las cosas de los moros, que estaban para caer, podrian sustentarse y mejorarse con el esfuerzo y ayuda de Alí. Ninguna fe hay en los bárbaros, en especial si tienen armas y fuerza. Así el capitán africano, confiado en las fuerzas de un señorío tan grande como era el de los moros de España, quiso mas ser señor en su nombre y alzarse con todo que gobernar en el de otro y como teniente. Tenia gapadas las voluntades de la gente, y si algunos sentian lo contrario, guardaban secreto el odio, y en público le adulaban; que tal es la condicion de los hombres. Con esto llamóse miramamolín de España, nombre entre los moros y apellido de autoridad real. Demás desto, los reyes moros, que por toda España eran tributarios del rey don Alonso, confiados en el nuevo Rey, como quitada la servidumbre y la máscara y despertados con la esperanza que se les presentaba de la libertad, no querian pagar las parias, como acostumbraban cada un año. Este era el estado de las cosas de España. En la Suria por el esfuerzo de los cristianos se comenzó la guerra sagrada, famosísima por la gloria y grandeza de las cosas que sucedieron y por la conspiracion de todas las naciones de Europa contra los mas belicosos reyes y emperadores del oriente. Jerusalem, ciudad famosa por su antigua nobleza, y muy santa por el nacimiento, vida y muerte de Cristo, hijo de Dios, estaba en poder de gente bárbara, fiera y cruel; padecía por esta causa una servidumbre de cada dia mas grave. Un hombre, llamado Pedro, de noble linaje, natural de Amiens en Francia, y que en su menor edad con el ejercicio de las armas habia endurecido el cuerpo, llegado á edad de varon, por desprecio de las cosas humanas pasaba su vida en el yermo. Este fué por su devocion á Jerusalem para visitar aquellos lugares, y asegurado entre los bárbaros por su pobreza, mal vestido, su rostro contentible y pequeña estatura, tuvo lugar de mirallo todo y calar los secretos de la tierra; consideró cuán atroces y cuán crueles trabajos los nuestros en aquellas partes padecian. Era en aquella sazón obispo de Jerusalem Simon; trataron el negocio entre los dos, y con cartas que le dió para el sumo Pontífice y amplísima comision, dió la vuelta para Europa. El papa Urbano, oido que hobo á Pedro y leído las cartas del Patriarca, alligóse gravemente. Abrasábale la afrenta de la religion cristiana; que aquella tierra en que quedaron impresas las pisadas del Hijo de Dios, origen de la religion, y en otro tiempo albergó de la santidad, estuviere yerma de moradores, falta de sacerdotes y de todo lo al. Que los bárbaros, no solo contra los hombres, sino contra la santidad de los lugares sagrados, hiciesen la guerra con odio perpetuo y gravísimo de la cristiana religion sin que nadie

les fuese á la mano. Esta mengua le aquejaba y le parecia intolerable. Los emperadores griegos, que debieran ayudar por caerles esto mas cerca y por el miedo y peligro que corrian á causa de los turcos, que los tenían á las puertas, gente bárbara y cruel, con el cuidado de sus cosas y otros embarazos poco se curaban de las ajenas y comunes. Los reinos de occidente, por estar lejos sin sospecha y sin recelo, no hacian caso del daño comun, y de ninguna cosa menos cuidaban que de la injuria y afrenta de la religion y del cristianismo. El pontífice Urbano, aunque congojado con estos cuidados y dificultades, en ninguna manera se desanimó; determinóse intentar una cosa dificultosa en la apariencia, pero en efecto saludable. Convocó á los señores y prelados de todo el occidente para hacer concilio y tratar en él lo que á la religion y á la cristiandad tocaba. Dende como con trompeta pensaba tocar al arma, despertar y inflamar los ánimos de todos los cristianos á la guerra sagrada, confiado que á tan buena empresa no faltaria el ayuda de Dios. Señaló para el concilio á Claramonte, ciudad principal en Alvernia y en Francia. Entre tanto que estas cosas se movian en Italia y en Francia, y con embajadas que el Pontífice enviaba á todas las naciones, las convidaba para juntar sus fuerzas, y ayudar á la querrela comun con consejo y con lo demás, y que con el aparato desta guerra ardian las demás provincias, en España las cosas de los cristianos empeoraban, y parece andaban cercanas á la caída por la venida y armas de los almoravides. Nunca ni con mayor ímpetu se hizo la guerra, ni con mayor peligro de España. Ensoberbecida aquella gente fiera y bárbara con el progreso de las victorias y próspero suceso de sus empresas y con el imperio que se les juntara, fortificados y arraigados en España, volvieron contra los nuestros las armas. Entraron por el reino de Toledo, meten á fuego y á sangre toda aquella comarca, robando y saqueando todo lo que se les ponía delante. En particular se apoderaron de las ciudades y puehlos que en aquella parte y en los celiberos habia dado á Zaida su padre en dote, es á saber, Cuenca, Uelés, Huete. Envió el rey don Alonso á hacer rostro á los moros dos condes, que fueron don García, su cuñado, casado con su hermana, y don Rodrigo con un buen ejército que les dió. Vinieron á las manos con los moros; fueron los nuestros vencidos en batalla y desbaratados cerca de un pueblo llamado Roda, que se entiende llama Plinio Virgao, puesto entre el rio Guadalquivir y el mar Océano. El rey don Alonso, movido de tantos daños y por el recelo del peligro mayor que amenazaba, entendió finalmente el grave yerro que hizo en llamar á los moros. Acudió con nueva diligencia á reparar el mal pasado y los males; hizo en todo su reino levantar mucha gente, y juntados socorros de todas partes, formar un grueso ejército. Muchos de su voluntad vinieron de las provincias comarcanas á ayudar, movidos por el peligro que las cosas de los cristianos corrian. Cerca de Cazalla, pueblo que cae no lejos de Badajoz, se dió de nuevo la batalla de poder á poder; los cristianos quedaron asimismo vencidos (grande lástima y mengua) y muchos dellos muertos en el campo. Sin embargo, don Alonso no perdió en manera alguna el ánimo, como el que ni por las cosas prósperas se ensoberbecia, ni por las adversas se espantaba. Con gran presteza se rehizo de fuerzas, y con nuevos socorros

aumentado su ejército rompió y entró por fuerza hasta Córdoba, hizo estragos de hombres y ganados, sin perdonar á los edificios ni á los campos. El tirano, desconfiado de sus fuerzas por habersele deshendido el ejército que tenia, fortificó dentro de Córdoba, ciudad grande y muy fuerte; solo hobo algunas escaramuzas y rebates. Aconteció que Abdalla, de noche, con número de soldados, hizo contra los nuestros una encamisada; mas los moros fueron rechazados y muertos, preso el capitán, y el día siguiente en presencia de los moros que desde los adarves miraban lo que pasaba, fué hecho pedazos y quemado vivo y con él otros sus compañeros: castigo cruel; pero la desgracia de su suegro Benabet y la pena que della el Rey tomó excusa y alivia aquella crueldad, y aun hizo que fuese la alegría de la victoria mas colmada. El moro Ali, cansado del largo cerco, se rindió presto á todo lo que le fuese mandado. De presente le condenaron en gran suma de dinero, y que para adelante en cada un año pagase cierto tributo y parias. Con esto le dejaron lo que le tomaran como á feudatario de los reyes de Castilla. Principio muy honroso para el rey don Alonso y muy saludable para la provincia, por entenderse con tanto que las armas y fuerzas de aquellos bárbaros podían ser vencidas, domados sus bríos. Ordenadas las cosas de Andalucía, la guerra revolió contra la Celtiberia, parte de Aragon. Cercaron á Zaragoza y con grandes ingenios la combatiéron. Los ciudadanos no rehusaban de pagar cada un año algunas parias, á tal empero que el Rey los recibiese debajo de su amparo, y que luego sin hacer daño se partiese de aquella comarca. Era honroso este asiento para el Rey; mas para no alzar el cerco prevaleció el deseo y esperanza de apoderarse de aquella ciudad, dado que por pretender cosas grandes y no contentarse con lo razonable se perdió lo uno y lo otro. Porque Juzef, apercebido de nuevo ejército de almoravides, dinero, infantería, caballería y de todo lo al para la guerra necesario, de Africa pasó á España espantoso y feroz con intento de reprimir los deseos de Ali y castigar su deslealtad y de camino rebatir las fuerzas de los cristianos. Su venida se supo en un mismo tiempo en la ciudad y en los reales; á los moros con esperanza de mejor fortuna puso ánimo; al rey don Alonso forzó por miedo del peligro y de mayor mal, alzado el cerco, volver atrás. Las armas de Juzef procedian prósperamente, porque de primera llegada se apoderó de Sevilla, do el tirano Ali estaba, al cual cortó la cabeza; tras esto luego Córdoba se le rindió. A ejemplo destas dos ciudades, todas las demás del Andalucía y aun todas las que en España restaban en poder de los moros, en breve se pusieron debajo de su obediencia y tomaron su voz, unas de voluntad, otras por fuerza. Algunas asimismo, confiadas en el esfuerzo y prosperidad del nuevo Rey, sacudian de sí el yugo del imperio cristiano, y no querían hacer los homenajes acostumbrados. No parecia el rey don Alonso debía disimular aquellos desaguisados ni descuidarse en el peligro que amenazaba, por juntarse de nuevo á cabo de tanto tiempo las fuerzas de los moros de Africa con las de los de España en perjuicio de los cristianos. Acordó pues ganar por la mano y dalles guerra con todas sus fuerzas. Mandó hacer todos los apercebimientos necesarios; juntar armas, caballos, vituallas, dineros; acudir á la guerra, no solo los legos,

sino los eclesiásticos; alistar soldados nuevos y viejos, procurar socorros de fuera. Muchos extranjeros, movidos por el peligro de España y encendidos en deseo de ayudar en aquella guerra, de su voluntad vinieron, en especial de Francia; entre estos Raimundo ó Ramon, hermano del conde de Borgoña, y su deudo Enrique, el cual dado que era natural de Besanzon, ciudad antiguamente la mayor de los secuanos en Borgoña, de donde le llamaron Enrique de Besanzon ó Besontino; pero era de la casa y linaje de Lorena, y adelante fundó la gente y reino de Portugal. Vino asimismo otro pariente de Enrique, llamado Raimundo, conde de Tolosa y de San Egidio. Seguía á estos señores buen golpe de gente francesa; soldados valientes, de grande y increíble prontitud para acometer la guerra. Acudió demás destes don Sancho, rey de Aragon, el cual bien que era de grande edad, tenia brio y ánimo de mozo y muy aventajada destreza, adquirida con el continuo uso de las guerras que hizo contra los moros. De todas estas gentes se juntó y formó un ejército muy lucido y grande; tanto, que no dudaron acometer las fronteras de los enemigos; entraron adentro en el Andalucía, hicieron estragos, sacos y robos en todos los lugares. No se descuidaron los moros de hacer sus diligencias. Cerca de un lugar llamado Alagueto se juntaron los reales y se dieron vista los unos á los otros. Juzef, por no ser igual en fuerzas, como caudillo recatado y prudente, excusó la batalla; su partida fué semejante á huida, lo que dió á entender la prisa en el retirarse y desamparar gran parte del fardaje. Pareció al rey don Alonso que con la huida del Moro se debía contentar y no aventurar la reputacion que con esto se ganara; además que su ejército, como compuesto de tantas gentes diferentes en lenguas, costumbres y leyes, no se podía entretener largo tiempo. Acordó dar la vuelta á la patria con sus soldados cargados de despojos y alegres por el buen principio. Las armas de los almoravides despues desta afrenta y desman sosegaron por algun tiempo, demás que á Juzef fué forzoso acudir á Africa y ocuparse en asentar el estado de su nuevo reino. El rey don Alonso no se descuidaba en el entre tanto de aparejarse, por tener entendido que muy presto volveria la guerra con mayor fuerza que antes. Determinó hacer nuevas alianzas y ganar con esto y obligarse las voluntades de los príncipes extraños; en particular con aquellos tres señores que vinieron de Francia, para mas prendallos y en premio de la ayuda que le dieron y de sus servicios, casó otras tantas hijas suyas. Con Ramon, conde de Tolosa, casó doña Elvira; con Enrique de Lorena doña Teresa, ambas habidas fuera de matrimonio, como arriba se ha dicho, pero criadas con regalo y con aparato real y con esperanza de gran estado. A Ramon el de Borgoña dió por mujer á doña Urraca, su legitima hija; deste Principe se dice que reedificó y pobló la ciudad de Salamanca por mandado del Rey, su suegro. Demás desto, con el conde don Rodrigo casó doña Sancha, hija del Rey y de doña Isabel, su mujer; deste dicen que decien den los Girones, señores de grande y antigua nobleza en España. A don Enrique señaló en dote todo lo que en Portugal tenia ganado de los moros, con título de conde y con condicion que fuese vasallo de los reyes de Castilla y viniese á las Cortes del reino y á la guerra con sus armas y gentes todas las veces que fuese

avisado. Estos fueron los principios y las zanjias de aquel nuevo reino de Portugal, apellido que tomó poco adelante deste tiempo, y le conservó por mas de cuatrocientos años, en que tuvo reyes propios, descendientes deste Príncipe y primer fundador suyo. A don Ramon de Borgoña dió el gobierno de Galicia con título de conde, nombre de que solian usar los gobernadores de las provincias, y en dote la esperanza de suceder en el reino si faltase acaso el infante don Sancho, hijo del Rey. Al conde de Tolosa dieron en dote muchas precesas y joyas, gran cantidad de oro y de plata, ningún estado en España, por tratar de volverse á Francia, do poseia grandes tierras y gran dñado. Puédese sospechar que la misma Tolosa se le dió en dote como sujeta á estos reyes, segun de suso dos veces queda apuntado. Quién dice que por las armas de don Alonso el año 1093 se ganó la ciudad de Lisboa. Si fué así ó de otra manera, no lo sabria determinar. A la verdad no pocas veces aquella ciudad se ganó y se perdió como prevalecian las armas, ya de moros, ya de cristianos, y últimamente se ganó de los moros pocos años adelante, dende el cual tiempo permaneció perpetuamente en la posesion y señorío de los cristianos.

CAPITULO II.

Cómo don Sancho Ramirez, rey de Aragon, fué muerto.

El año siguiente, que se contaba del nacimiento de Cristo 1094, fué señalado por nacer en él don Alonso, hijo de don Enrique, el de Lorena, y de su mujer doña Teresa, el cual con sus armas y valor dió lustre al nombre de Portugal. Extendió su señorío, y fué el primero de aquellos príncipes que tomó nombre de rey por permission de los pontífices romanos, en que se mantuvo contra la voluntad de los reyes de Castilla. Pero el mismo año fué desgraciado por la desastrada muerte que sobrevino á don Sancho, rey de Aragon, á quien asimismo deben los aragoneses la loa, no solo de haber bien gobernado y conservado aquel reino como lo hicieron sus antepasados, sino de le dejar acrecentado y colmado de todos los bienes. El fué el primero que de los montes ásperos y encumbrados, do los reyes pasados defendian su imperio y señorío, no menos confiados en la maleza de los lugares que en las armas, abajó á los campos rasos y á la llanura, y ganó por las armas gran número de ciudades y lugares. Dió guerra continua á los reyes moros de Balagor, de Lérida, de Monzon, de Barbastro y de Fraga; y vencidos, los forzó primeramente que le pagasen parias, despues con un largo y trabajoso cerco tomó á Barbastro, noble ciudad puesta junto al rio Vero, de gran frescura y delectosos campos. La fortaleza de las murallas espantaba; mas la constancia del Rey y de los suyos venció todas las dificultades; como de todas partes arremetiesen, y la furia no amansase ni aflojase de los que olvidados de las heridas y menospreciada la muerte pretendian apoderarse de aquella plaza, fué entrada por fuerza y puesta á saco. Salomon era á la sazón obispo de Roda; otros le llaman Arnulfo; lo mas cierto que á los tales obispos de Roda quedó desde entonces sujeta la iglesia de Barbastro. Item, que en aquel cerco murió Armengaudó ó Armengol, conde de Urgel, por donde le llamaron Armengol de Barbastro, que fué la

causa por el deseo de vengar aquel desastre y satisfacerse (ca era suegro del Rey, padre de la reina doña Felicia) de maltratar los moradores de aquella ciudad al tomarla y que la matanza fuese grande. Bolca, que es un pueblo á la raya de Navarra en los ilergetes, á la ribera del rio Cinga, do duró mucho la guerra, se ganó de los moros. Al tanto Monzon, villa fuerte en aquella comarca por su asiento y por el alcázar que tenia, con otros pueblos y castillos que seria largo contarlos. Fundóse y poblóse Estella por este tiempo en Navarra, pequeño lugar entonces, al presente ciudad noble en aquel reino; y porque el rey don Sancho trataba de ir sobre Zaragoza, cinco leguas mas arriba de aquella ciudad á la ribera de Ebro edificó un castiello, llamado Castellar, para efecto de reprimir las correrías de los moros; demás desto, para con ordinarias salidas y cabalgadas que dende queria se hiciesen tener todos los alrededores trabajados; en que pasaron tan adelante los soldados que puso en aquella plaza, que quitados los bastimentos á la misma ciudad, muchas veces parecia tenerla cercada. En los pueblos dichos antiguamente vascelanos se edificó la villa de Luna, en ninguna cosa mas señalada que en dar principio al linaje y familia de los Lunas, muy ilustre y muy antiguo en Aragon. La cabeza y fundador deste linaje fué Bacalla, hombre principal, á quien don Sancho hizo donacion de aquel pueblo, rey que fué verdaderamente grande, y con el lustre de todas las virtudes esclarecido, y sobre todo señalado en piedad y devocion. Alcanzó de Alejandro II, sumo pontífice, que el monasterio de San Juan de la Peña con los demás de su reino fuesen exemptos de la jurisdiccion de los obispos. Alegaban por causa desta exemption y para alcanzalla la codicia de los obispos, que se entregaban libremente en los bienes de los monasterios. A la verdad las costumbres de los monjes en aquel tiempo, de que san Bernardo se queja, y sus deseos se inclinaban demasiado á pretender libertad, tanto, que de ordinario sus abades impetraban privilegio para usar de las insignias de los obispos, mitra, báculo, muceña, en señal que tenian autoridad obispal; camuro inventado y traza para ser exemptos de los ordinarios. El pecado de codicia que se imputaba á los obispos tambien alcanzaba al Rey; esto fué lo que principalmente en sus costumbres se nota, que libremente metió la mano en los bienes eclesiásticos y preases de los templos. Parecia excusarle en parte la falta de dinero que tenia, la pobreza y los grandes gastos de la guerra, además de una bula que ganó de Gregorio VII, sumo pontífice, en que le concedió facultad para que á su voluntad trocase, mudase y diese á quien por bien tuviese los diezmos y rentas de las iglesias que ó de nuevo fuesen edificadas ó ganadas de los moros. Sin embargo, él con ilustre ejemplo de modestia y santidad algunos años antes deste, afligido del escrúpulo que de aquel hecho le resultó y para sosegar la murmuracion del pueblo, causada por aquella libertad, en Roda en la iglesia de San Victorian, delante el altar de San Vicente, con grande humildad, gemidos y lágrimas pidió de lo hecho públicamente perdon, aparejado á emendarse. Hallóse presente Raimundo Dalmacio, obispo de aquella ciudad, al cual mandó restituir enteramente todo lo que le fuera quitado. Los príncipes que en nuestra edad

siguen las pisadas deste Rey en apoderarse de los bienes eclesiásticos debrian imitar su penitencia, por lo menos temer su fin, que fué de la manera que se dirá. Continuaba en su costumbre de trabajar con guerra continua á los moros, en particular á Abderraman, rey de Huesca; habíase apoderado por las armas de todos los lugares de aquella comarca, y tomado que hobó tambien á Montaragon, pueblo que está una legua de aquella ciudad, procuraba fortificarle con grandes pertrechos para desde allí molestar continuamente aquellos ciudadanos de Huesca. No paró aquí, sino que últimamente, juntadas sus gentes, puso sitio sobre aquella ciudad. En los collados al rededor repartió sus guarniciones con intento que nadie pudiese salir ni entrar. Los reales principales puso en un montecillo ó recuesto, que desde aquel tiempo, del nombre del Rey, llamaron Poyo de Sancho. Era la ciudad muy fuerte y como reparo por aquella parte de todo el señorío de los moros, no de otra manera que lo fué en tiempo de los romanos, cuando por muestra de su fortaleza la llamaron antiguamente ciudad vencedora. El cerco iba á la larga, y no se podia ganar por fuerza. Los de Huesca trataron con don Alonso, rey de Castilla, que los socorriese. Acostumbran los reyes, cuando se muestra esperanza de provecho, procurar mas sus particulares intereses, que tener cuenta con el deber, con la religion y con la fama. Otorgó con su peticion; era cosa afrentosa ayudar á los moros al descubierto. Parecióle buen consejo acometer por la parte de Vizcaya las tierras de Navarra, y con esto divertir las fuerzas de Aragon y hacer que no fuesen bastantes para la una y para la otra guerra; envió para este efecto al conde don Sancho. Saliéronle al encuentro los infantes de Aragon, don Pedro y don Alonso, por mandado de su padre el rey don Sancho, que forzaron á los enemigos sin hacer algun efecto volver atrás y dejar lo comenzado. El cerco iba adelante y se apretaba de cada día mas cuando sucedió una grande desgracia. El rey don Sancho, cansado del largo cerco, andaba mirando los muros de la ciudad, y como advirtiese un lugar á propósito por do le pareció se podría acometer y entrar, extendió el brazo para le mostrar á los que le acompañaban; flecharon una saeta del adarve al mismo punto, que le hirió debajo del mismo brazo; la herida fué mortal; los naturales decían ser castigo y venganza de Dios por los bienes de las iglesias en que puso en otro tiempo la mano. Murió á 4 del mes de junio; su cuerpo llevaron á Montaragon, y le depositaron en el monasterio de Jesu Nazareno, que él mismo edificó. Desde allí, ganada la ciudad, fué trasladado á San Juan de la Peña, donde por lo menos se muestra el sepulcro de doña Felicia, su mujer, con su letrero, que falleció los años pasados. Sin embargo, los hijos, como les fué mandado por su padre, llevaron adelante el cerco, determinados de no partirse de allí antes de vengar aquel desastre y destruir aquella ciudad. Don Pedro en vida de su padre se llamaba rey de Ribagorza y Sobrarve, y de Berta, su mujer, á quien otros llaman doña Inés, tenía un hijo de su mismo nombre; otros le dan nombre de don Sancho. Al presente él mismo por la muerte de su padre heredó todos los demás estados; á don Alonso quedaron algunos pueblos. El menor de sus hermanos, que se llamó don Ramiro, en el monasterio de San Ponce de Tomer,

puesto en el territorio de Narbona, á las riberas del río Jauro, tomara el hábito de monje con menosprecio de las cosas humanas y por mandado de su padre, como se entiende por un privilegio que el año pasado el mismo Rey dió al abad de aquel convento, llamado Frotardo, en que le hace donacion por este respeto para sustento de los monjes de grandes posesiones, dehesas y heredades. El cerco de Huesca duró mucho, no menos que seis meses, como dicen algunos; otros pretenden que pasó de dos años. Los cercados, cansados de tantos males y reducidos á extrema falta de mantenimientos, llamaron en su ayuda á Almozaben, rey de Zaragoza, y á don García, conde de Cabra, y á otro señor principal, que se decia don Gonzalo; ca en aquella revuelta de tiempos y estrago de costumbres no se tenía por escrúpulo que cristianos ayudasen á los moros contra otros cristianos. Don Gonzalo no fué allí; pero un buen número de los suyos que envió y el conde don García se juntaron con el rey Moro, que con gran diligencia tenía levantada una grande morisma, y partieron con estas gentes de Zaragoza. Estaba el negocio en grande riesgo y casi extremo. El mismo don García, quien con buen ánimo, ó con muestra fingida de amistad, amonestó al nuevo rey don Pedro, y le avisó que si no quería perderse, alzado el cerco, diese luego vuelta á su tierra. Prevaleció contra el miedo el deseo de la honra y el homenaje con que los hermanos se obligaron á su padre á la hora de su muerte de no resistir antes de tomar la ciudad. Extiéndese junto á la ciudad una llanura, llamada Acoraz, muy conocida por el suceso desta batalla. En aquel llano se determinaron los cristianos de encomendarse á sus brazos y á Dios, y para le tener mas favorable por medio de sus santos, trajeron á los reales el cuerpo de san Victorian. Demás desto, la noche antes le apareció al Rey una vision de persona mas que humana, que le amonestaba con grande ánimo diese la batalla seguro de la victoria. En la vanguardia iba el infante don Alonso, en la retaguardia el mismo Rey, el cuerpo de la batalla encomendó á Lisana y Bacalla, hombres muy nobles y valientes; la caballería puso por frente. Estos comenzaron la pelea, siguiéronles los estandartes de la infantería. Los bárbaros con su muchedumbre henchian los campos y valles comarcanos. Cerraron los escuadrones; la pelea fué muy brava; ninguna en aquel tiempo ni de mayor peligro ni de mas dichoso fin. No se oía por todo el campo sino gemidos de los que caian, vocería de los que peleaban, estruendo y ruido de las armas. Era cosa digna de ver los hombres y las mujeres que desde los adarves miraban la pelea y cómo iban las cosas de los moros á veces se mostraban alegres, á veces medrosos. Duró la pelea hasta que cerró la noche sin entenderse del todo ni declararse la victoria por ninguna de las partes. Los nuestros sobrepujaban en la causa, esfuerzo y destreza del pelear; el número de los enemigos era mayor. Estuvieron armados hasta que amaneció el dia siguiente; tan grande era el deseo de volver á la pelea, y aun el miedo no menor que entrara en el ánimo de los cristianos. Con el sol se supo que los moros, desamparados los reales, con su rey Almozaben á toda priesa se retiraban á Zaragoza. Siguieron luego el alcance por la huella, sin cesar de matar y prender á todos los que hallaban; en la pelea y en el alcance llegaron los muer-

tos á cuarenta mil. De los nuestros apenas faltaron mil, pocos en número para tan señalada victoria, y personas no de mucha cuenta, ni por su linaje ni hazañas. El conde don García fué preso; despues de la pelea recogieron los despojos; los campos cubiertos de cuerpos muertos, armas, ropa, caballos, miembros cortados, pechos atravesados con hierro, la tierra teñida y bañada de sangre. Algunos dicen que san Jorge fué visto andar entre las haces, y que con su ayuda se ganó aquella victoria; otros que un cierto del linaje de los Moncadas, que habia estado el mismo dia en la Suria y ciudad de Antioquia, anduvo en un caballo en esta batalla. El vulgo, amigo de milagros y para hacer mas alegre lo que se cuenta, suele añadir fábulas á la victoria; bastará á nuestro cuento lo que es verisímil se reciba por verdad. Concuerdan los autores en que en adelante las armas de los reyes de Aragon fueron una cruz en campo plateado, en los cuarteles del escudo cuatro cabezas rojas con la sangre de otros tantos reyes y capitanes que murieron en esta batalla, que se dió á 18 de noviembre, y el noveno dia adelante aquella muy noble ciudad, perdida toda esperanza de defenderse, se rindió. El siguiente mes, á 17 de diciembre, consagraron la mezquita mayor en iglesia. Halláronse á esta consagracion los obispos Berengario, el que Bernardo, arzobispo de Toledo, de Vique le pasó á Tarragona, como se dirá luego; Amato, prelado de Burdeos; Folch, de Barcelona; Pedro, de Pamplona; Sancho, de Lascar, y con los demás otro Pedro, que se intitulaba obispo de Aragon y de Jaca, y tomada esta ciudad, se llamó obispo de Huesca. En el lugar de la batalla mandó el Rey edificar una iglesia de San Jorge, patron de la caballería cristiana. Por el mismo tiempo se dió principio en Pamplona á la nueva fábrica de la iglesia mayor, cuyos rastros todavía se ven. Mandóse que los canónigos viviesen como religiosos conforme á la regla de san Agustin; estatuto que de aquel principio se guarda tambien el dia de hoy, que son canónigos reglares y siguen vida comun. En el mismo tiempo que Pedro era obispo de Pamplona fué tambien Gomesano obispo de Búrgos, sucesor de Jimeno, aquel en cuyo tiempo la silla obispal desde Oca, do hasta entonces de muy antiguo tiempo estuvo, se trasladó á Búrgos. Los arzobispos de Tarragona y Toledo pretendian cada cual que la iglesia de Búrgos le era sufragánea; el pleito duró tiempo y fué ocasion que los pontífices romanos, por no podellos conformar ni concertar, mandasen que aquel obispado quedase exempto sin reconocer á la una iglesia ni á la otra por metropolitana; lo cual se guardó por largos años hasta que poco ha la erigieron en arzobispal.

CAPITULO III.

Cómo don Bernardo, arzobispo de Toledo, se partió para la guerra de la Tierra-Santa.

En el tiempo que estas cosas que se han dicho sucedieron en Aragon y en otras partes de España, las demás provincias de cristianos andaban ocupadas en los aparejos que se hacian para la guerra de la Tierra-Santa; caballos, armas, libreas, ruido de atambores y sonido de trompetas, asonadas de guerra por todas partes. Los mares, tierras, campos, pueblos con mezcla y revolucion de todas las gentes y rumores de la guerra

andaban alborotados. El mismo pontífice Urbano, en Claramonte, ciudad que Sinodio y los antiguos llamaron Arverno, celebraba Concilio general de prelados y señores seglares, que de todas las provincias acudieron á su llamado el año de 1096. Desde allí despertó como con trompeta á todas las naciones, cuan anchamente se extendian los términos del imperio cristiano. Leyéronse en el Concilio las cartas de Simon, obispo de Jerusalem; refirióse la embajada y comision que Pedro, natural de Amiens, traia. Muchos ciudadanos de Jerusalem y de Antioquia, hombres santos y nobles, huídos de sus casas, con lágrimas, gemidos y maltratamiento que representaban en su traje movian á compasion los ánimos de todos los que presentes estaban. El Pontífice con esta ocasion á manera de orador en la junta hizo un razonamiento deste tenor: «Oído habeis, hijos carísimos, los males que vuestros hermanos padecen en Asia; sus desastres son afrenta nuestra, mengua y deshonra de la religion cristiana, digna, si fuésemos hombres, de que se remediasse con la vida y con la sangre. Ninguno puede escapar de la muerte por ser cosa natural. El mayor de los males es con deseo de la vida sufrir torpezas y fealdades y disimularlas. Justo es que restituayamos el espíritu, salud y vida á Cristo que nos la dió; la virtud y el valor, propia excelencia del nombre y linaje cristiano, suele rechazar la afrenta. Las fuerzas y ejércitos que hasta aquí, mal pecado, habeis gastado en las guerras civiles, empleadlas por Dios en empresa tan honrosa y de tanta gloria. Vengad las afrentas de Cristo, hijo de Dios, que cada dia y tantas veces es herido, azotado y muerto de la impia y bárbara gente cuantas sus siervos son oprimidos, afligidos y ultrajados, y profanan aquella tierra y la ensucian que Cristo consagró con sus pisadas. ¿Por ventura puede haber causa mas justa de hacer la guerra que volver por la religion, librar los cristianos de servidumbre, cuales Dios inmortal quiso fuesen señores de todas las gentes? Si de las guerras se pretende y desea interés, ¿de dónde le podeis esperar mayor que en hacella á una gente sin fuerzas y que mas trae á la guerra despojos que armas? Nunca Asia fué igual en fuerzas á Europa; allí las riquezas, oro, plata, piedras preciosas, de que los hombres hacen tanta esclama. Si se busca la gloria, ¿por ventura puedese pensar cosa mas honrosa que dejar á los hijos y descendientes tal ejemplo de virtud, ser llamados libertadores del mundo, conquistadores del oriente, vengadores de las afrentas de la religion cristiana? Riquezas no faltan para los gastos, gente y soldados excelentes en la edad, fuerza, consejo, ejercitados en las armas. ¿Por ventura, apercebidos de tantas ayudas, dejaremos que la gente malvada y sucia haga burla de la majestad de la religion cristiana? Cristo será el capitán, el estandarte la cruz, ninguna cosa hará constar á la virtud y piedad. Sola vuestra vista les pondrá espanto, no la podrán sufrir. Yo á lo menos lo que debo á Dios, lo que á la religion cristiana, por la cual puesto como en atalaya y centinela estoy determinado de velar dias y noches, cuanto pudiere con cuidado, trabajo, vigiliias, autoridad y consejo, todo lo emplearé en esta demanda. Que si otros no me siguen, estoy determinado meterme por las espadas de los enemigos y procurar con nuestra sangre el re-

medio de tan grandes cuitas, desventuras y desastres como padecen nuestros hermanos. Ningun trabajo en tanto que viviere, ningun afan, ningun riesgo rehusaré de acometer por el bien de la república y honra de la religion.» Con este razonamiento del Pontífice inflamados todos los presentes, los mayores, medianos y menores, se encendieron á tomar las armas; toda tardanza les era pesada. Ademaro, obispo de Anicio, de los vellaunos, de Puis por otro nombre, y Guillermo, obispo de Oranges, fueron los primeros que prostrados á los piés del Pontífice tomaron la señal de la cruz, que era la divisa y blason de la guerra; despues dellos hicieron lo mismo nobilísimos príncipes de Francia, Italia y España, y por su ejemplo un infinito número de otra gente menuda. Hugon, hermano de Felipe, rey de Francia, fué el mas principal; tras dél Gotifredo ó Jofre, hijo de Eustacio, conde de Boloña y duque de Lorena, al cual, tomado que hobieron la ciudad de Jerusalem, porque fué el primero á la entrada, por votos libres de todos nombraron por rey de Jerusalem; honra perpetua de Francia y de Boloña, su patria, ciudad puesta en la Gallia Bélgica cerca del mar Océano. Demás destos, se ofrecieron para aquella empresa los hermanos del Gotifredo ó Jofre, Eustacio y Baldivino, los condes Roberto, de Flándes; Estéban, de Bles; Alpino, de Burges; Ramon, de Tolosa; en cuya compañía fué doña Teresa, su mujer, y parió en la Suria el segundo hijo, que se llamó Alonso Jordan, por haber sido baptizado en el rio Jordan. De España otrosi acudieron á la empresa los condes Guillen, de Cerdania, que murió en aquella jornada de una saeta con que le hirieron en la ciudad de Tripol de la Suria, por donde asimismo le llamaron por sobrenombre Jordan; Guiltardo, de Ruisellon, y Guillen, conde canetense. En Italia Boamundo, príncipe de la Pulla, dejado á su hermano Rogerio su estado, sobre que traían diferencias, acompañado de doce mil combatientes, siguió á los demás príncipes en aquella sagrada jornada. Bernardo, arzobispo de Toledo, como quier que era de gran corazon, dado que hobo asiento en las cosas de aquella su diócesi, y puesto en la iglesia mayor de Toledo para su servicio treinta canónigos y otros tantos racioneros, tomada la señal y divisa de la cruz se partió para esta guerra. De su partida resultó un gran desórden. Apenas era salido de la ciudad, cuando los canónigos que dejó, sea por odio que le tuviesen por ser extranjero, ó entender que no volveria, arrebatadamente se juntaron y nombraron nuevo prelado en lugar de Bernardo. Defendian algunos la razon; pero los mas votos, como muchas veces acontece, prevalecieron contra los menos, aunque sintiesen mejor, y los echaron de la ciudad. Bernardo, avisado de lo que pasaba, con aquella mala nueva tornó á Toledo y allanó la revuelta; echados aquellos sacerdotes que fueron autores y ejecutores de aquel mal consejo, puso en su lugar monjes del monasterio de Sahagun, en que él fuera antes abad; ocasion, segun dicen algunos, que muchas maneras de hablar y vocablos propios de monjes y ceremonias se pegaron á la iglesia mayor de Toledo, que de mano en mano se han conservado y usado hasta el día de hoy. Hecho esto, se puso de nuevo en camino. Llegado á Roma, fué forzado por el pontífice Urbano á volver atrás, por quedar en España tanta

guerra y porque Toledo por ser de nuevo ganada parecia tener necesidad de la ayuda, presencia y diligencia de quien la gobernase. Absolvióle del voto que tenia hecho de ir á la Tierra-Santa, á tal que los gastos y dinero que tenia apercibido para aquella guerra emplease en reedificar á Tarragona, ciudad que por el esfuerzo y armas del conde de Barcelona en esta sazón era vuelta á poder de cristianos. Era muy noble antiguamente y poderosa por su antigüedad y ser silla del imperio romano en España; mas en aquel tiempo se hallaba reducida á caserías y era un pueblo pequeño. Reparóla pues don Bernardo, y en ella puso por arzobispo á Berengario, obispo de Vique, ciudad que quiso asimismo fuese sufragánea de Tarragona, para mas autorizarla. La verdad es que el nuevo arzobispo Berengario, olvidado deste beneficio, puso despues pleito á Bernardo, que le habia entronizado, sobre el de la primacía, por antiguas historias, ejemplos y escrituras desusadas de que se valia para defender los derechos y libertad de su iglesia; como quier que el de Toledo, por concesion muy fresca del pontífice Urbano, no solo alcanzó para sí y para siempre el primado de toda España, sino de presente como legado del Pontífice romano tenia superioridad sobre todas las iglesias y poder de ordenar sus cosas y enderezallas, dalles prelados y reformallas. Con este intento de ejecutar lo que le ordenó el Papa, de Francia, cuando por aquella provincia volvía á España, trajo consigo á Toledo algunas personas de grande erudicion y bondad; honrólos de presente con cargos y gruesos beneficios que les dió, y su virtud el tiempo adelante los promovió á mayores cosas. Estos fueron Gerardo de Mosiaco, que luego le hizo primicerio ó chantre de Toledo, despues arzobispo de Braga; Pedro, natural de Burges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Osma. Al uno y al otro la santidad de la vida y excelente virtud puso en el número de los santos. Fuera destos vinieron Bernardo y Pedro, naturales de Aagen; Bernardo, de primicerio de Toledo fué obispo de Sigüenza y despues de Santiago; Pedro, de arcediano de Toledo subió á ser prelado de Segovia. Otro Pedro, obispo de Palencia. Jerónimo, natural de Perigüex, que á instancia del Cid tuvo cuidado de la iglesia de Valencia luego que la ganó de los moros; y despues que se perdió, hizo oficio de vicario de obispo en Zamora. Muerto este, otro Bernardo, del mismo número, fué el primer obispo de aquella ciudad. En este mismo rebano, bien que de diferentes costumbres entre sí, se cuentan Raimundo y Burdino; Raimundo, natural de la misma patria del arzobispo Bernardo, despues de Pedro, de suso nombrado, fué obispo de Osma, y adelante prelado de Toledo por muerte y en lugar de dicho Bernardo. Burdino, natural de Limoges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Coimbra y de Braga; últimamente se hizo falso pontífice romano, de que resultó discordia sin propósito y scisma en el pueblo cristiano, y él por el mismo caso se mostró ser indigno del número y compañía de los varones excelentes que de Francia vinieron en compañía de Bernardo, como en otro lugar mas á propósito se declarará.

CAPITULO IV.

Cómo el Cid ganó á Valencia.

En este medio no estaban en ocio las armas de Rodrigo de Bivar, por sobrenombre el Cid, varon grande en obras, consejo, esfuerzo y en el deseo increíble que siempre tuvo de adelantar las cosas de los cristianos, y á qualquiera parte que se volviese, por aquellos tiempos el mas afortunado de todos. No podia tener sosiego, antes con licencia del rey don Alonso en el tiempo que él andaba ocupado en la guerra del Andalucía, como de suso queda dicho, con particular compañía de los suyos revolvió sobre los celiberos, que eran donde ahora los confines de Aragon y Castilla, con esperanza de hacer allí algun buen efecto, por estar aquella gente con la fama de su valor amedrentada. Todos los señores moros de aquella tierra, sabida su venida, deseaban á porfia su amistad. El señor de Albarracin, ciudad que los antiguos llamaron, quién dice Lobeto, quién Turia, fué el primero á quien el Cid admitió á vistas y luego á conciertos; despues el de Zaragoza, al cual por la grandeza de la ciudad fué el Cid en persona á visitar. Recibióle el Moro muy bien, como quier que tenía grande esperanza de hacerse señor de Valencia con ayuda suya y de los cristianos que llevaba. La ciudad de Valencia está situada en los pueblos llamados antiguamente edetanos, á la ribera del mar en lugares de regadío y muy frescos y fértiles, y por el mismo caso de sitio muy alegre. Demás desto, así en nuestra era como en aquel tiempo, era muy conocida por el trato de naciones forasteras que allí acudían á feriar sus mercaderías y por la muchedumbre, arreo y apostura de sus ciudadanos. Hiaya, que dijimos fué rey de Toledo, tenía el señorío de aquella ciudad por herencia y derecho de su padre, ca fué sujeta á Almenon. El rey don Alonso otrosí, como se concertó en el tiempo que Toledo se entregó, le ayudó con sus armas para mantenerse en aquél estado. El señor de Denia, que lo era tambien de Játiva y de Tortosa, quier por particulares disgustos, quier con deseo de mandar, era enemigo de Hiaya y trabajaba con cerco aquella ciudad. El rey de Zaragoza pretendía del trabajo ajeno y discordia sacar ganancia. Los de Valencia le llamaron en su ayuda y él descaba luego ir, por entender se le presentaría por aquel camino ocasion de apoderarse de los unos y de los otros. Concertóse con el Cid, y juntadas sus fuerzas con él, fué allá. El señor de Denia, por no ser igual á tanto poder, luego que le vino el aviso de aquel apercebimiento, alzó el cerco concertándose con los de Valencia. Quisiera el de Zaragoza apoderarse de Valencia, que al que quiere hacer mal nunca le falta ocasion. El Cid nunca quiso dar guerra al rey de Valencia; excusóse con que estaba debajo del amparo del rey don Alonso, su señor, y le seria mal contratado si combatiere aquella ciudad sin licencia ó le hiciese cualquier desaguisado. Con esto el de Zaragoza se volvió á su tierra. El Cid, con voz de defender el partido del rey de Valencia, sacó para sí hacer, como hizo, sus tributarios á todos los señores moros de aquella comarca y forzar á los lugares y castillos que le pagasen parias cada un año. Con esta ayuda y con las presas, que por ser los campos fértiles eran grandes, sustentó por algun tiempo los gastos de la guerra. El rey Hiaya, como

fuese antes aborrecido, de nuevo por la amistad de los cristianos lo fué mas; y el odio se aumentó en tanto grado, que los ciudadanos llamaron á los almoravides, que á la sazón habian extendido mucho su imperio, y con su venida fué el Rey muerto, la ciudad tomada. El movedor deste consejo y trato, llamado Abenjafa, como por premio se quedó por señor de Valencia. El Cid, deseoso de vengar la traicion, y alegre por tener ocasion y justa causa de apoderarse de aquella ciudad nobilísima, con todo su poder se determinó de combatir á los contrarios. Tenía aquella ciudad grande abundancia de todo lo que era á propósito para la guerra, guarnicion de soldados, gran muchedumbre de ciudadanos, mantenimientos para muchos meses, almacén de armas y otras municiones, caballos asaz; la constancia del Cid y la grandeza de su ánimo lo venció todo. Acometió con gran determinacion aquella empresa; duró el sitio muchos dias. Los de dentro, cansados con el largo cerco y reducidos á extrema necesidad de mantenimientos, demás que no tenían alguna esperanza de socorro, finalmente se le entregaron. El Cid, con el mismo esfuerzo que comenzó aquella demanda, pretendió pasar adelante; lo que parecia locura, se resolvió de conservar aquella ciudad; hazaña atrevida y que pusiera espanto aun á los grandes reyes por estar rodeada de tanta morisma. Determinado pues en esto, lo primero llamó á Jerónimo, uno de los compañeros del arzobispo don Bernardo, desde Toledo para que fuese obispo de aquella ciudad. Demás desto, hizo venir á su mujer y dos hijas, que, como arriba se dijo, las dejó en poder del abad de San Pedro de Cardaña. Al Rey, por haber consentido benignamente con sus deseos, y en especial dado licencia que su mujer y hijas se fuesen para él, envió del botín y presa de los moros docientos caballos escogidos y otros tantos alfanjes moriscos colgados de los arzones, que fué un presente real. En este estado estaban las cosas del Cid. Los infantes de Carrion, Diego y Fernando, personas en aquella sazón en España por sangre y riquezas nobilísimos, bien que de corazones cobardes, por parecerles que con las riquezas y haberes del Cid podrian hartar su codicia, por no tener hijo varon que le heredase, acudieron al Rey y le suplicaron les hiciese merced de procurar y mandar les diesen por mujeres las hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol. Vino el Rey en ello, y á su instancia y por su mandado se juntaron á vistas el Cid y los infantes en Requena, pueblo no léjos de Valencia, hicieron las capitulaciones, con que los infantes de Carrion en compañía del Cid pasaron á Valencia para efectuar lo que deseaban. Las bodas se hicieron con grandes regocijos y aparato real. Los principios alegres tuvieron diferentes remates. Los mozos, como quier que eran mas apuestos y galanes que fuertes y guerreros, no contentaban en sus costumbres á su suegro y cortesanos, criados y curtidos en las armas. Una vez avino que un león, si acaso, si de propósito, no se sabe; pero en fin, como se sollase de la leonera, ellos de miedo se escondieron en un lugar poco decente. Otro dia en una escaramuza que se trabó con los moros que eran venidos de Africa, dieron muestra de rehusar la pelea y volver las espaldas como medrosos y cobardes. Estas afrentas y menguas, que debieran remediar con esfuerzo, trataron de vengallas torpemente; y es así, que ordinariamente la cobardía

es hermana de la crueldad. Suero, tío de los mozos, en quien por la edad era justo hobiera algo más de consejo y de prudencia, atizaba el fuego en sus ánimos enconados. Concertado lo que pretendían hacer, dieron muestra de desear volver á la patria. Dióles el suegro licencia para hacerlo. Concertada la partida, acompañado que hubo á sus hijas y yernos por algun espacio, se despidió triste de las que muchas lágrimas derramaban y como de callada adivinaban lo que aparejado les esperaba. Con buen acompañamiento llegaron á las fronteras de Castilla, y pasado el rio Duero, en tierra de Berlanga, les parecieron á propósito para ejecutar su mal intento los robledales, llamados Corpesios, que estaban en aquella comarca. Enviaron los que les acompañaban con achaques diferentes á unas y á otras partes, á sus mujeres sacaron del camino real, y dentro del bosque, donde las metieron, desnudas, las azotaron cruelmente sin que les valiesen los alaridos y voces con que invocaban la fe y ayuda de los hombres y de los santos. No cesaron de herirlas hasta tanto que causados las dejaron por muertas, desmayadas y revolcadas en su misma sangre. Desta suerte halló Ordoño, el cual, por mandato del Cid que se recelaba de algun engaño, en traje disimulado los siguió. Llevólas de allí, y en el aldea que halló mas cerca las hizo curar y regalar con medicinas y comida. La injuria era atroz, la inhumanidad intolerable; y divulgado el caso, los infantes de Carrion cayeron comunmente en gran desgracia. Todos juzgaban por cosa indigna que hobiesen trocado beneficios tan grandes con tan señalada afrenta y deslealtad. Finalmente, los que antes sabían poco, comenzaron á ser en adelante tenidos por de seso menguado y sandios. El Cid, con deseo de satisfacerse de aquel caso y volver por su honra, fué á verse con el Rey. Teníanse á la sazón en Toledo Cortes generales, y hallábanse presentes los infantes de Carrion, bien que afeados y infames por hecho tan malo. Tratóse el caso, y á pedimento del Cid señaló el Rey jueces para determinar lo que se debía hacer. Entre los demás era el principal don Ramon, borgoñon, yerno del Rey. Ventilóse el negocio; oídas las partes, se cerró el proceso. Fué la sentencia primeramente que los infantes volvieran al Cid enteramente todo lo que dél tenían recibido en dote, piedras preciosas, vasos de oro y de plata y todas las demás preseas de grande valor. Acordaron otrosí que para descargo del agravio combatesen y hiciesen armas y campo, como era la costumbre de aquel tiempo, los dos infantes y el principal movedor de aquella trama, Suero, su tío. Ofreciéronse al combate de parte del Cid tres soldados suyos, hombres principales, Bermudo, Antolin y Gustio. Los infantes, acosados de su mala conciencia, no se atrevían á lo que no podían excusar, dijeron no estar por entonces apercibidos, y pidieron se alargase el plazo. El Cid se fué á Valencia, ellos á sus tierras. No paró el Rey hasta tanto que hizo que la estacada y pelea se hiciese en Carrion, y esto por tener entendido que no volverían á Toledo. Fueron todos en el palenque vencidos, y por las armas quedó averiguado haber cometido mal caso. Hecho esto, los vencedores se volvieron para su señor á Valencia. Las hijas del Cid casaron: doña Elvira con don Ramiro, hijo del rey don Sancho García de Navarra, al que mató su hermano don Ramon, como queda

arriba dicho; y doña Sol con don Pedro, hijo del rey de Aragon, llamado tambien don Pedro, que por sus embajadores las pidieron y alcanzaron de su padre. De don Ramiro y doña Elvira nació Garci Ramirez, rey que fué adelante de Navarra. Don Pedro falleció en vida de su padre sin dejar sucesion. Con estas bodas y con su alegría se olvidó la memoria de la afrenta y injuria pasada, y se aumentó en gran manera el contento que recibiera el Cid muy grande por la venganza que tomó de sus primeros yernos. La fama de las hazañas del Cid, derramada por todo el mundo, movió en esta sazón al rey de Persia á enviarle sus embajadores. Esto hizo mayor y mas colmado el regocijo de las fiestas, que un Rey tan poderoso, de su voluntad, desde tan léjos pretendiese confederarse y tener por amigo un caballero particular. A vista de Valencia por dos veces, en diversos tiempos, se dió batalla al rey Bucar, que de Africa pasara en España, y por el esfuerzo del Cid y su buena dicha fueron vencidos los bárbaros, y se conservó la posesion de aquella ciudad por toda su vida, que fueron cinco años despues que la ganó. Llegó la hora de su muerte en sazón que estaba el mismo Bucar con un nuevo ejército de moros sobre la ciudad. Visto el Cid que muerto él no quedaban bastantes fuerzas para defendella, mandó en su testamento que todos hechos un escuadron se saliesen de Valencia y volvieran á Castilla. Hizose así; salieron varones, mujeres, niños y gran carruaje y los estandartes enarbolados. Entendieron los moros que era un grueso ejército que sabía á darles la batalla, temieron del suceso y volvieron las espaldas. Debíase á la buena dicha de varon tan señalado que á los que tantas veces en vida venció, despues de finado tambien les pusiese espanto y los sobrepujase. Los cristianos continuaron su camino sin reparar hasta llegar á la raya de Castilla. Con tanto, Valencia, por quedar sin alguna guarnicion, volvió al momento á poder de moros. Al partirse llevaron consigo los que se retiraban el cuerpo del Cid, que enterraron en San Pedro de Cardeña, monasterio que está cerca de Búrgos. Las exequias fueron reales; halláronse en ellas el rey don Alonso y los dos yernos del Cid; cosa muy honrosa, pero debida á tan grandes merecimientos y hazañas. Algunos tienen por fabulosa gran parte desta narracion; yo tambien muchas mas cosas traslado que creo, porque ni me atrevo á pasar en silencio lo que otros afirman, ni quiero poner por cierto en lo que tengo duda, por razones que á ello me mueven y otros las ponen. En el templo de San Pedro de Cardeña se muestran cinco lucillos del Cid, de doña Jimena, su mujer, de sus hijos, don Diego, doña Elvira y doña Sol. Si por ventura no son sepulcros vacíos, que en griego se llaman cenotafios, á lo menos algunos dellos, que adelante los hayan puesto en señal de amor y para perpetuar sus memorias, como suele acontecer muchas veces, que levantan algunos sepulcros en nombre de los que allí no están enterrados.

CAPITULO V.

Cómo fallecieron el papa Urbano, el rey Juzef y el infante don Sancho.

Gran daño recibieron con la muerte del Cid las cosas de los cristianos por faltar aquel noble caudillo, con

cuyo esfuerzo se conservaron en tiempo tan trabajoso y en tan grande revuelta de temporales. La virtud del difunto, la gravedad, la constancia, la fe, el cuidado de defender la religion cristiana y ensanchalla ponen admiracion á todo el mundo. Del año en que murió no concuerdan los autores, ni es fácil anteponer los unos ni la una opinion á la otra; parece mas probable que su muerte cayó en el año del Señor de 1098. En el mismo año, el pontífice Urbano, trabajado con olas de diferentes cuidados por el cisma que Giberto, falso pontífice, levantó en tan mala sazón, para llegar ayudas de todas partes fué á Salerno con deseo de verse con Rogerio, conde de Sicilia, y valerse dél, cuya piedad y reverencia para con los romanos pontífices se alaba mucho por aquel tiempo, demás que por sus hazañas era muy esclarecido. Por estas obras y servicios que á la Iglesia hizo le concedió á él y á sus herederos que en Sicilia tuviesen las veces de legado apostólico y toda la autoridad que hoy llaman monarquía. Desta bula, porque es muy notable y provechoso que públicamente se sepa, y porque sobre este derecho han resultado grandes controversias á los reyes de España, pondrémos aquí un traslado en lengua castellana, que dice así: «Urbano, obispo, siervo de los siervos de Dios, al carísimo hijo Rogerio, conde de Calabria y de Sicilia, salud y apostólica bendicion. Porque la dignacion de la majestad soberana te ha exaltado con muchos triunfos y honras, y tu bondad en las tierras de los saracenos ha dilatado mucho la Iglesia de Dios, y á la santa Silla Apostólica se ha mostrado siempre en muchas maneras devota, te hemos recibido por especial y carísimo hijo de la misma universal Iglesia. Por tanto, confiados de la sinceridad de tu bondad, como lo prometimos de palabra, así bien lo confirmamos con autoridad destas letras, que por todo el tiempo de tu vida ó de tu hijo Simon ó de otro que fuere tu legítimo heredero, no pondrémos en la tierra de vuestro señorío sin vuestra voluntad y consejo legado de la Iglesia romana; antes lo que hobiéremos de hacer por legado, queremos que por vuestra industria, en lugar de legado, se haga todas las veces que os enviéremos de nuestro lado para salud, es á saber, de las iglesias que estuvieren debajo de vuestro señorío, á honra de san Pedro y de su santa Sede Apostólica, á la cual devotamente hasta aquí has obedecido, y á la cual en sus necesidades has fuerte y fielmente acorrido. Si se celebrare otro concilio, y te mandare que envíes los obispos y abades de tu tierra, queremos envíes cuantos y cuales quisieres, los demás retengas para servicio y defensa de las iglesias. El omnípotente Dios enderece tus obras en su beneplácito, y perdonados tus pecados, te lleve á la vida eterna. Dado en Salerno por mano de Juan, diácono de la santa Iglesia romana, á 3 de las nonas de julio, indiccion siete, del pontificado del señor Urbano II, año oncenno.» Alfredo, monje que trae esta bula, escribió su historia á petición del mismo conde Rogerio. La indiccion ha de ser seis para que concierte con el año que pone del pontificado y con el de Cristo que señalamos. Esto en Italia. En España por concesion del mismo Pontífice la silla y nombre episcopal de Iria, que es el Padron, se mudó en el nombre y cátedra compostellana ó de Santiago, y en particular la eximió de la jurisdiccion del arzobispo de Braga. Lo

uno y lo otro se impetró por diligencia de Dalmaquio, obispo de aquella ciudad, que por esta causa es contado por primero en el número de los obispos de Compostella. El rey don Alonso, aunque agravado con la edad, de tal manera se ocupaba en el gobierno, que nunca se olvidaba del cuidado de la guerra; antes por estos tiempos algunas veces hizo entradas en tierras de moros y correrías por los campos de Andalucía, mayormente que Juzef, dado que hobo orden en las cosas del nuevo imperio de España, se volvió á Africa, y con su ausencia pareció que los cristianos por algun espacio cobraron aliento. Deste sosiego se aprovechó el Rey para hermosear y ensanchar el culto de la religion en diversos lugares y de muchas maneras. En Toledo edificó á los monjes de San Benito un monasterio con título de los santos Servando y Germano en un montecillo ó ribazo de piedra que está en frente de la ciudad, no léjos de do al presente se ve el edificio de un castillo viejo del mismo nombre. Otros dicen que le reparó, y que en tiempo de los godos fué primero edificado. La verdad es que le sujetó al monasterio de San Victor de Marsella, de do vino para moralle entonces aquella nueva colonia y poblacion de monjes. Dentro de la ciudad, á costa del Rey, se edificaron dos monasterios de monjas, uno con nombre de San Pedro, en el sitio en que al presente está el hospital del cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza; el otro con advocacion de Santo Domingo de Silos, que en este tiempo se llama Santo Domingo el Antiguo. En la ciudad de Búrgos edificó fuera de los muros otro nuevo monasterio con nombre de San Juan; hoy se llama San Juan de Búrgos. Dió asimismo licencia á Fortun, abad de otro monasterio, que por aquel tiempo se llamaba de San Sebastian, y era muy principal en Castilla la Vieja; despues se llamó de Santo Domingo de Silos, por haber este Santo en él vivido y muerto santísimamente, de edificar un pueblo cerca del dicho monasterio, que en nuestro tiempo es de ciento y setenta vecinos, aunque los muros tienen anchura y capacidad para mas, y es del ducado de Frias, hoy condestable de Castilla. El año siguiente de 1099 fué señalado por la muerte del pontífice Urbano y por la toma de la ciudad de Jerusalem, que la ganaron los soldados cristianos. Sucedió por la muerte de Urbano el cardenal Rainerio, persona de grande bondad y experiencia, que por su predecesor fué enviado por legado en España. Tomó nombre de Pascual II. Este en el tiempo de su pontificado concedió á la iglesia de Santiago que, á imitacion de la majestad romana, tuviese siete canónigos cardenales, y los obispos de aquella iglesia usasen del palio, insignia de mayor autoridad que la ordinaria de los otros obispos. El año que luego siguió, es á saber, el de 1100, fué no menos alegre para los cristianos por la muerte de Juzef, que por espacio de doce años tuvo el imperio de los moros en España, y el de Africa como treinta y dos, que aciago y desgraciado por la muerte que en él sucedió del infante don Sancho. Era su ayo, por mandado del rey don Alonso, su padre, don Garcia, conde de Cabra; criábale como á sucesor que habia de ser de reino tan principal. La desgracia sucedió desta manera. Ali, sucesor de Juzef, deseando comenzar el nuevo imperio y ganar autoridad con alguna excelente hazaña y empresa, pasado el mar con un grueso ejército de moros que juntó en Africa, de mas de otros que en España se

le allegaron, entró por el reino de Toledo y llegó haciendo mal y daño hasta la misma ciudad; metió á fuego y á sangre sembrados, árboles, lugares, cautivó hombres y ganados. El rey don Alonso, por su gran vejez y por estar indispuesto, demás desto cansado de tantas cosas como habia hecho, no pudo salir al encuentro al enemigo bravo y feroz. Envió en su lugar sus gentes, y por general al conde don García; y para que tuviese mas autoridad, quiso fuese en su compañía el infante don Sancho, su hijo, dado que era de pequeña edad. El se quedó en Toledo, donde en lo postrero de su edad residia muy de ordinario. Cerca de Uclés se dieron vista y juntaron los dos campos; ordenaron sin dilacion las haces; dióse la batalla de poder á poder, que fué grandemente desgraciada. Derribaron los moros al Infante. Amparábale el conde don García con su escudo, y con la espada arredraba y aun detuvo por buen espacio los moros que los rodeaban y acometian por todas partes. Su esfuerzo era tal, que los contrarios desde léjos le combatian, mas ninguno se atrevia á llegarle. El amor singular que tenia al Infante y el despecho, grande arma en la necesidad, le animaban. Finalmente, enflaquecido con las muchas heridas que le dieron los enemigos por ser tantos, cayó muerto sobre el quo defendia. Este miserable desastre y muerte desgraciada dió luego á los bárbaros la victoria. Cuánto haya sido el dolor del Rey por tan gran pérdida no hay para qué relatarlo; no le afligia mas la desgracia y pérdida del hijo que el daño de la república cristiana por faltar el heredero de imperio tan grande, que era un retrato de las virtudes de su padre, y parecia haber nacido para hacer cosas honradas. Preguntó el Rey cuál fuese la causa de tantos daños como de los moros tenian recibidos; fuéle respondido por cierta persona sabia que el esfuerzo de los corazones estaba en los soldados apagado con la abundancia de los regalos, holguras y ociosidad, los cuerpos enflaquecidos con el ocio, y los ánimos con la deshonestidad, fruto ordinario de la prosperidad. Mandó pues quitar los instrumentos de los deleites, en particular derribar los baños, que eran muy usados á la sazón en España, á imitacion y conforme á la costumbre de los moros. Alguna esperanza quedaba en don Alonso, nieto del Rey, que en doña Urraca, hija del mismo Rey, dejó don Ramon, su marido; mas era pequeño alivio del dolor por la flaqueza de la madre y la edad deleznable del niño, en ninguna manera bastantes para acudir á cosas tan grandes. Con estos cuidados se hallaba suspenso el ánimo del Rey; de día y de noche le aquejaba el dolor y el deseo de poner remedio en tantos daños.

CAPITULO VI.

De don Diego Gelmirez, obispo de Santiago.

La iglesia de Santiago anduvo trabajada por este tiempo; grandes tempestades la combatian, no de otra manera que la nave sin piloto, ni gobernalle; llegó últimamente al puerto y á salvamento con la eleccion que se hizo de un nuevo prelado, por nombre don Diego Gelmirez, hombre en aquella era prudente en gran manera, de grande ánimo y de singular destreza. Don Diego Pelayo, en tiempo del rey don Sancho de Castilla, fué elegido por prelado de la iglesia de Compostella,

como queda dicho en otro lugar; era persona muy noble, mas bullicioso, inquieto y amigo de parcialidades. Hizole prender el rey don Alonso, que fué grande resolución y notable poner las manos en hombre consagrado. Deseaba demás desto privarle del obispado; era menester quien para esto tuviese autoridad; el cardenal Ricardo, que dijimos haberle el Pontífice enviado á España por su legado, llamó los obispos para tener concilio en Santiago, con intento que en presencia de todos se determinase aquel negocio. Presentado que fué Pelayo en el Concilio, por miedo ú de grado renunció aquella dignidad; y para muestra que aquella era su determinada voluntad, hizo entrega en presencia del Cardenal del anillo y báculo pontifical. Con esto fué puesto en su lugar Pedro, abad cardinense. El pontífice Urbano, avisado de lo que pasaba, tuvo á mal la demasiada temeridad y priesa con que en aquel hecho procedieron. Al legado Cardenal escribió y reprehendió con gravísimas palabras. Para el Rey despachó un breve y carta deste tenor: «Urbano, obispo, siervo de los siervos de Dios, al rey Alonso de Galicia. Dos cosas hay, »rey don Alonso, con que principalmente este mundo »se gobierna: la dignidad sacerdotal y la potestad real. »Pero la dignidad sacerdotal, hijo carísimo, en tanto »grado precede á la potestad real, que de los mismos »reyes hemos dedar razon al Rey de todos. Por ende el »cuidado pastoral nos compele, no solo á tener cuenta »con la salud de los menores, sino tambien de los mayores en cuanto pudiéremos, para que podamos res- »tituir al Señor sin daño, cuanto en nosotros fuere, »su robaño, que él mismo nos ha encomendado. Principalmente debemos mirar por tu bien, pues Cristo te »ha hecho defensor de la fe cristiana y propagador de »su Iglesia. Acuérdate pues, acuérdate, hijo mio muy »amado, cuánta gloria te ha dado la gracia de la divina Majestad; y como Dios ha ennoblecido tu reino sobre los otros, así tú has de procurar servirle entre » todos mas devota y familiarmente, pues el mismo Señor dice por el Profeta: A los que me honran honraré, los que me desprecian serán abatidos. Gracias »pues damos á Dios, que por tus trabajos la iglesia »toledana ha sido librada del poder de los sarracenos; y »á nuestro hermano el venerable Bernardo, prelado de »la misma ciudad, convidado por tus amonestaciones »recebimos digna y honradamente, y dándole el palio, »le concedimos tambien el privilegio de la antigua majestad de la iglesia toledana, porque ordenamos que »fuese primado en todos los reinos de las Españas; y »todo lo que la iglesia de Toledo se sabe haber tenido »antiguamente, ahora tambien por liberalidad de la »Sede Apostólica hemos determinado que para adelante »lo tenga. Tú le oirás como á padre carísimo, y procura obedecer á todo lo que te dijere de parte de »Dios, y no dejarás de exaltar su Iglesia con ayuda y »beneficios temporales. Pero entre los demás pregonos »de tus alabanzas ha venido á nuestras orejas lo que »sin grave dolor no hemos podido oír, esto es, que el »obispo de Santiago ha sido por tí preso, y en la prision depuesto de la dignidad episcopal; desórden que, »por ser de todo punto contrario á los cánones, y que »las orejas católicas no lo sufren, tanto mas nos ha »contristado cuanto es mayor la aficion que te tenemos. »Pues, rey gloriosísimo don Alonso, en lugar de Dios y

» de los apóstoles, rogándotelo mandamos que restitu-
 » yas enteramente por el arzobispo de Toledo al mismo
 » obispo en su dignidad, y no te excuses con que por
 » Ricardo, cardenal de la Sede Apostólica, se hizo la
 » deposición, porque es contrario de todo punto á los
 » cánones, y Ricardo por entonces no tenía autoridad
 » de legado de la Sede Apostólica; lo que él pues hizo
 » entonces que Victor, papa de santa memoria, tercero,
 » le tenía privado de la legacia, nos lo damos por de nin-
 » gun valor. En remisión pues de los pecados y obediencia
 » de la Sede Apostólica restituye el obispo á su dig-
 » nidad, venga él con tus embajadores á nuestra pre-
 » sencia para ser juzgado conómicamente, que de otra
 » manera nos forzarás á hacer con tu caridad lo que no
 » querriamos. Acuérdate del religioso príncipe Cons-
 » tantino, que ni aun oír quiso el juicio de los sacerdo-
 » tes, teniendo por cosa indigna que los dioses fuesen
 » juzgados de los hombres. Oye pues en nosotros á
 » Dios y á sus apóstoles, si quieres ser oído dellos y de
 » nos en lo que pidieres. El Rey de los reyes, Señor,
 » alumbré tu corazón con el resplandor de su gracia, te
 » dé victorias, ensaice tu reino, y de tal manera con-
 » ceda que siempre vivas, y de tal suerte del reino tem-
 » poral goces felizmente, que en el eterno para siem-
 » pre te alegres, amen.» Sucedió todo esto el año pri-
 » mero del pontificado de Urbano II, que cayó en el año
 » del Señor de 1088. En lugar de Ricardo vino el cardenal
 » Rainerio por legado en España; este juntó un concilio
 » en Leon, en que depuso á Pedro de la dignidad en que
 » fué puesto contra las leyes y por mal orden, pero no se
 » pudo alcanzar que Pelayo fuese restituído en su liber-
 » tad y en su iglesia; solamente por medio de don Ra-
 » mon, yerno del Rey, que á la sazón vivía, se dió traza
 » que á Dalmaquio, monje de Cluñi, y por el mismo caso
 » grato al Pontífice, que era de la misma orden, se die-
 » se el obispado de la iglesia de Compostella. Este prela-
 » do fué al concilio general que se celebró en Claramon-
 » te en razon de emprender la guerra de la Tierra-Santa.
 » Allí alcanzó que la iglesia de Compostella fuese exemp-
 » ta de la de Braga y quedase sujeta solamente á la ro-
 » mana; en señal del privilegio se ordenó que los obispos
 » de Santiago no por otro que por el romano pontífice
 » fuesen consagrados. No se pudo alcanzar por entonces
 » del Papa que le diese el palio, aunque para salir con
 » esto el mismo Dalmaquio usó de todas las diligencias
 » posibles. La luz y alegría que con esto comenzó á res-
 » plandecer en aquella iglesia en breve se escurrió,
 » porque con la muerte de Dalmaquio hubo nuevos de-
 » bates. Pelayo, suelto de la prision, se fué á Roma para
 » pedir en juicio la dignidad de que injustamente, como
 » él decía, fuera despojado. Duró este pleito cuatro años
 » hasta tanto que Pascual, romano pontífice, pronunció
 » sentencia contra Pelayo. Con esto los canónigos de
 » Santiago trataron de hacer nueva elección. Vinose á
 » votos. Diego Gelmírez, en sede vacante, hizo el oficio
 » de vicario; en él dió tal muestra de sus virtudes, que
 » ninguno dudaba sino que si vivía era á propósito para
 » hacelle obispo. Fué así, que sin tener cuenta con los
 » demás canónigos, por voluntad de todos salió electo el
 » primer día de julio. Alcanzó otrosí del Papa que á cau-
 » sa de las alteraciones de la guerra y de los trabajos pa-
 » sados y que amenazaban por causa de los moros se
 » consagrare en España. Demás desto, con nueva bula

concedió que en Santiago hobiese, como arriba se di-
 » jo, siete canónigos cardenales á imitación de la Iglesia
 » romana, estos solos pudiesen decir misa en el altar ma-
 » yor y acompañar al prelado en las procesiones y misa con
 » mitras. Don Diego Gelmírez, animado con este princí-
 » pio, con deseo de acrecentar con nuevas honras la iglesia
 » que le habían encargado, fué á Roma, y aunque mu-
 » chos lo contradijeron, últimamente alcanzó del Pontífice
 » el uso del palio; escalon para impetrar la dignidad,
 » nombre y honra de arzobispado que le concedió á él y á
 » su iglesia Calixto, pontífice romano, algunos años ade-
 » lante, como se verá en otro lugar. Estas cosas, dado que
 » sucedieron en muchos años, me pareció juntallas en
 » uno, tomadas todas de la *Historia compostellana*.

CAPITULO VII.

De la muerte de los reyes don Pedro el Primero de Aragon,
 y don Alonso el Sexto de Castilla.

La perpetua felicidad del rey de Aragon y su valor hizo
 que los moros no se pudiesen mucho por aquellas par-
 tes alegrar con la fama del estrago que se hizo de cris-
 tianos en Castilla. A la verdad, las armas de los arago-
 neses en aquella parte de España prevalecian, y los mo-
 ros no les eran iguales. Habianles quitado un castillo
 cerca de Bolea, llamado Calasanz, y á Pertusa, muy
 antiguo pueblo en los ilegertes, á la ribera del rio Ca-
 nadre. Demás desto, recobraron la ciudad de Barbas-
 tro, que era vuelta á poder de moros. Poncio, obispo de
 Roda, enviado por el Rey á Roma, alcanzó del Pontí-
 fice que él y sus sucesores, mudado el apellido y la silla
 obispal, con retencion de lo que antes tenía, se intitula-
 sen obispos de Barbastro. La principal fuerza de los
 cristianos y de la guerra se enderezaba contra los de
 Zaragoza, la cual ciudad, quitada á los descendientes
 de los reyes antiguos, era venida á poder de los almo-
 ravides. Los reyes que en aquella ciudad antes desto
 reinaron, eran estos: El primero Mudir, despues Hia-
 ya, el tercero Almudafar; y de otro linaje, Zulema,
 Hamas, Juzef, Almazacín, Abdelmelich y su hijo Ha-
 mas, por sobrenombre Almuzacaito, á quien los almo-
 ravides quitaron el reino. Esto en España. En la Fran-
 cia Ato, que despues de la muerte de don Ramon,
 conde de Barcelona, padre de Arnaldo, se habia apo-
 derado como desleal de la ciudad de Carasona, cuyo
 gobierno tenía, sin reconocer al verdadero señor, fué
 por conjuración de los ciudadanos lanzado de la ciudad,
 y ella reducida á la obediencia de sus señores antiguos
 el año de 1102. En el mismo año Armengol, conde de
 Urgel, fué por los moros muerto en Mallorca, do pasó
 con deseo de mostrar su valor, por donde le dieron re-
 nombre de Balearico, que es en castellano mallorquin.
 Era señor en Castilla la Vieja de Valladolid, pueblo
 que se cree los antiguos romanos llamaron Pincia, Pe-
 ranzules, persona en riquezas, aliados y linaje muy
 principal, aunque vasallo del rey don Alonso; su mujer
 se llamó Elo. Casó Armengol con doña María, hija de
 Peranzules; y della dejó un hijo, cuya tierna edad y su
 estado gobernó su abuelo Peranzules, y á su tiempo le
 casó con una señora principal, llamada Arsenda. El
 año cuarto deste siglo y centuria, de Cristo 1104, fué
 desgraciado por la muerte de tres personajes muy gran-
 des. Don Pedro, hijo del rey de Aragon, y su hermana
 doña Isabel murieron en un mismo día, á 18 de agosto;

el mismo Rey, sea por la pena que recibió y dolor de la muerte de sus hijos, ó por otra enfermedad y accidente que le sobrevino, falleció el mes siguiente á 28 de setiembre. Fué sepultado en San Juan de la Peña. El pontífice Urbano concedió á este rey don Pedro y á sus sucesores y grandes del reino, á principio de la guerra de la Tierra-Santa, que llevasen los diezmos y rentas de las iglesias que de nuevo se edificasen ó quitasen á los moros, sacadas solamente aquellas iglesias en que estuviesen las sillas de los obispos; tan grande era el deseo de desarraigar aquella gente impía, que no parece consideraban bastantemente cuántos inconvenientes para adelante podría traer aquella liberalidad. La tristeza que en Aragon por aquellas tres muertes toda la provincia recibió, muy grande y casi sin par, en gran parte la alivió la esperanza que de don Alonso, hermano del Rey difunto, tenían concebida en sus ánimos, que luego le sucedió en el reino y en la corona. Su reinado fué largo, la fama de las cosas que hizo grande, su buenandanza, gravedad, constancia, fe, destreza en la guerra, y el señorío que alcanzó muy mas ancho que el de sus pasados. En particular el segundo año de su reinado casó con doña Urraca, hija del rey don Alonso de Castilla. Hizo el Rey este casamiento en desgracia de los grandes del reino que lo llevaban mal, y pretendieron desbaratarle y persuadir al Rey, que se hallaba flaco por la vejez y enfermedades, y que apenas podía vivir, que sería mas acertado la diese por mujer á don Gomez, conde de Candespina, que en riquezas y poder se aventajaba á los demás señores de Castilla. Todos extrañaban mucho, como es ordinario, llamar algun príncipe extranjero. Esto deseaban y trataban entre sí; mas cada uno temia de decirlo al Rey y llevarle este mensaje por no caer en su desgracia. Encomendáronse á un cierto médico judío, de quien el Rey se servia mucho y familiarmente con ocasion que le curaba sus enfermedades. Mandáronle que esperase buena coyuntura y que propusiese esta demanda con las mejores palabras que supiese. El Rey para desenfadarse se salió á la sazón de Toledo, y se entretenia en Magan, aldea cerca de aquella ciudad; otros dicen que en Mascaraque. El judío, hallada buena ocasion, hizo lo que le era mandado. Alteróse el Rey en gran manera que los grandes tomasen tanta autoridad y mano, que pretendiesen casar á su hija á su albedrío. Fué en tanto grado este disgusto, que mandó al médico que para siempre no entrase en su casa ni le viese mas; y luego por amonestacion del arzobispo don Bernardo, que no se apartaba de su lado, dió prisa á las bodas de su hija y de don Alonso, rey de Aragon, que se hicieron en Toledo con aparato real y maravillosa pompa el año de 1106. El Rey, un poco recreado con esta alegría y con deseo de vengar el dolor que recibió por la muerte de su hijo; demás desto, porque no quedase aquella afrenta y mengua del ejército cristiano sin emienda, magüer que era de aquella edad, tomó de nuevo las armas. Entró por las tierras de Andalucía matando hombres y animales, sin perdonar á las casas, sembrados y arboledas. Toda la provincia fué trabajada, y padeció todos los daños que la guerra suele causar. Hecho esto, lo que le quedó de la vida se estuvo en reposo, sin tratar de otras empresas, á que le convidaba su larga edad, la grandeza del reino y la gloria de sus hazañas. Reti-

róse, no solo de las cosas de la guerra, sino asimismo del gobierno, por cuanto le era lícito en tan gran peso de cuidados. Procuraba empero que la ciudad de Salamanca y de Segovia, como lo dice don Lúcas de Tuy, maltratadas por las guerras pasadas y yermas de moradores, fuesen reparadas, fortificadas y adornadas. Peranzules, que en aquella edad fué persona muy grave y muy sabia, fué ayo de doña Urraca en su menor edad, y al presente tenia el primer lugar en autoridad y privanza con el Rey. Era el que gobernaba los consejos de la paz y de la guerra; y solo entre todos parecia que con virtud y prudencia sustentaba el peso de todo el gobierno en el mismo tiempo que al Rey cargado de años, ca vivió setenta y nueve, le apretó una enfermedad, que le duró un año y siete meses; puesto que para mejorar cada día por órden de los médicos salia á caballo á ejercitar el cuerpo y avivar el calor que faltaba. No prestó algun remedio por estar la virtud tan caída y la dolencia tan arraigada, que vencía todo lo al, sin bastar medicinas algunas para darle salud. Agravósele finalmente de suerte, que falleció en Toledo, juéves 1.º de julio del año de nuestra salvacion de 1109, como lo testifica Pelagio, ovetense, que pudo deponer de vista conforme al tiempo en que él vivió. Reinó despues de la muerte de su padre por espacio de cuarenta y tres años; fué modesto en las cosas prósperas, en las adversidades constante. Sufrió fuerte y pacientemente los impetus de la fortuna; grande loa y la mayor de todas llevar lo que no se puede excusar, y estar apercebido para todo lo que á un hombre puede acontecer. Prudencia es proveer que no suceda; de ánimo constante sufrir fuertemente las mudanzas de las cosas humanas. La muchedumbre, en especial popular, se suele amedrentar fácilmente, y no son mayores los principios del temor que los remedios. Muerto pues el rey don Alonso, con cuya vida parece se conservaba todo, los ciudadanos de Toledo, que por la mayor parte constaban de avenida de muchas gentes, trataron de desamparar la ciudad. Entre tanto que este miedo se pasaba y para asegurar los ánimos, entretuvieron el cuerpo del Rey veinte dias en la ciudad. Sosegado el alboroto y perdido el miedo en parte, le llevaron á sepultar al monasterio de Sahagun, junto al rio Cea. Acompañáronle Bernardo, arzobispo de Toledo, y otros señores principales. El aparato del entierro fué magnífico por sí mismo, y mas por las muy verdaderas lágrimas de todo el reino, que lloraban, no mas la muerte del Rey que su pérdida tan grande. Estas lágrimas y los desastres que se siguieron por la muerte de tan gran Rey las mismas piedras en Leon parece dieron á entender y las pronosticaron. Junto al altar de San Isidro, en la peana donde el sacerdote suele poner los pies cuando dice misa, las piedras, no por las junturas, sino por el medio, manaron de suyo agua en espacio de ocho dias antes de la muerte del Rey, los tres dellos, es a saber, interpoladamente, con grande maravilla de todos los que presentes estaban. Pelagio dice aconteció en tres dias continuos, juéves, viérnes y sábado, y que los obispos y sacerdotes hicieron procesion para aplacar á Dios; y que se significó por aquel milagro el lloro de toda España y las lágrimas que todos despedían en abundancia por la muerte de tan buen Príncipe. En tiempo deste Rey vivió en Búrgos con gran crédito de santidad Lesmes,

de nacion francés, hombre de grande caridad; en particular se ejercitaba en hospedar los peregrinos; su memoria se celebra en aquella ciudad con fiesta que se le hace cada un año y templo que hay en su nombre. A cuatro leguas de Najara hacia vida muy santa un cierto hombre, llamado Domingo, español de nacion, ó como otros quieren italiano; ocupábase en el mismo oficio de piedad, y mas especialmente en abrir caminos y hacer calzadas por las partes que los romeros iban á Santiago; así vulgarmente le llaman santo Domingo de la Calzada. De la industria deste varon entiendo yo que se ayudó el rey don Alonso para fabricar las puentes que, como arriba se dijo, procuró se levantasen desde Logroño hasta Santiago. Hay un templo edificado en nombre deste santo varon, muy ancho, hermoso y magnífico, con una poblacion allí junto, que despues vino á hacerse ciudad, que al principio fué de los obispos de Calahorra, despues de los reyes de España; hay un privilegio en esta razon del rey don Fernando el Santo. Demás desto, cierto judío, llamado Moisés, de mucha erudicion y que sabia muchas lenguas, en lo postrero del reinado de don Alonso, abjurada la supersticion de sus padres, se hizo cristiano. El Rey mismo fué su padrino en el bautismo, que fué ocasion de llamalle Pero Alonso; impugnó por escrito las sectas de los judíos y de los moros, y muchos de la una y de la otra nacion por su diligencia se redujeron á la verdad. Famosa debió de ser y notable la conversion deste judío, pues los historiadores de Aragon la atribuyen á don Alonso, rey de Aragon. Dicen que en Huesca, á 29 de junio, se bautizó, el año de 1106; que don Estéban, obispo de aquella ciudad, hizo la ceremonia, y el padrino fué el rey mismo de Aragon. En este debate no queremos, ni aun podriamos, dar sentencia por ninguna de las partes; cada cual por sí mismo siga lo que le pareciere mas probable.

CAPITULO VIII.

Del reinado de doña Urraca.

A la sazón que falleció don Alonso, rey de Castilla, doña Urraca, su hija, á quien por derecho venia el reino, estaba ausente en compañía de su marido, que no se fiaba de todo punto de las voluntades de los grandes de Castilla. Sabia bien le fueron contrarios y procuraron desbaratar aquel casamiento. No queria meterse entre ellos, sino era acompañado de un buen número de los suyos para todo lo que pudiese suceder; además que diversos negocios de su reino le entretenian para que no tomase posesion del nuevo y muy ancho reino que heredaba. Todas las cosas empero se enderezaban á la majestad del nuevo señorío; templábanse en los deleites; las deshonestidades de la Reina con disimulacion se tapaban y cubrian, en que no sin grave mengua suya y de su marido andaba mas suelta de lo que sufría el estado de su persona. Pusiéronse en las ciudades y castillos guarniciones de aragoneses, todo con intento que los castellanos no se pudiesen mover ni intentar cosas nuevas. Verdad es que á Peranzules, por tener grandes alianzas con entrambas naciones, en el entre tanto se le encomendó el gobierno de Castilla. El tenia todo el cuidado universal, y gobernaba todas las cosas, así las de la guerra como las de la paz; por sus

consejos y prudencia parecia que todo se encaminaba bien. El poder no le duró mucho; la Reina, mujer recia de condicion y brava, luego que llegó á Castilla, que su marido la envió delante, al que fuera razon tener en lugar de padre, le maltrató á sinrazon, quitóle el gobierno y juntamente le despojó de su estado propio. No hay cosa mas deleznable que la gracia de los príncipes; mas presto acuden á satisfacerse de sus desgustos que á pagar los servicios que les han hecho. La ocasion que tomó para hacer este desaguisado no fué mas de que en sus letras daba á don Alonso, su marido, título de rey de Castilla. Esto se decia en público; la verdad era que á la Reina pesaba de haberse casado, porque el casamiento enfrenaba sus apetitos desapoderados y sin término, y como yo sospecho, no podia sufrir las reprehensiones que aquel varon gravísimo le daba por sus mal encubiertas deshonestidades. Esto dolía, aunque se tomó otra capa. Pesóle al Rey que varon tan señalado fuese maltratado; que su inocencia y servicios y virtudes, porque se le debía antes galardón, fuesen tan mal recompensadas; restituyóle el estado que le habia sido quitado y sus pueblos y hacienda. El, por temer la ira de la Reina, se retiró al condado de Urgel, cuyo gobierno, como queda dicho, tenia á su cargo. Estos fueron principios de grandes alteraciones, y no podian las cosas estar sosegadas en tanta diversidad de voluntades y deseos, en especial estando la Reina tan desabrida y viviendo con tanta libertad. Del Andalucía se movió nueva guerra, y nuevo peligro sobrevino. Fué así, que Alf, rey moro, avisado de la muerte del rey don Alonso, como quitado el freno, entró por tierras de cristianos feroz y espantoso; llegó hasta Toledo, y cerca dél en los ojos y á vista de los ciudadanos abatió el castillo de Azeca y el monasterio de San Servando. Los campos y alquerías humeaban con el fuego que todo lo abrasaba. Pasó tan adelante, que puso sitio sobre la misma ciudad, y por espacio de ocho dias la combatió con toda suerte de ingenios. Libróla de aquel peligro su sitio fuerte y una nueva muralla que el rey don Alonso á lo mas bajo de la ciudad dejó levantada; demás desto, el esfuerzo de Alvar Fañez, varon en aquel tiempo muy poderoso y muy diestro en las armas, cuyo sepulcro se ve hoy día en el campo sicuendense, que es parte de la Celtiberia, en que tenia el señorío de muchos pueblos. Los moros, pérdida la esperanza de apoderarse de aquella ciudad, á la vuelta que dieron á sus tierras, saquearon á Madrid y á Talavera, y les abatieron los muros; de todas partes llevaron grande presa y despojos. El rey de Aragon hacia prósperamente en sus tierras la guerra á los moros; ganó á Ejea, pueblo principal de Navarra, el año 1110. Demás desto, cerca de Valterra venció en batalla á Abuhasalem, que se llamaba rey de Zaragoza. Hechas estas cosas, don Alonso, á ejemplo de su suegro, se llamó emperador de España; título que, si se mira la anchura del señorío que tenia, no parece fuera de propósito, por ser á la sazón el mas poderoso de los reyes que España, despues de su destruccion, habia tenido; pero imprudentemente, por tomar ocasion para aquel ditado del señorío ajeno y poco durable. En fin, ordenadas las cosas de Aragon, vino á Castilla el año siguiente, en que con afabilidad y clemencia procuraba conquistar

las voluntades de los naturales. El por sí mismo oía los pleitos y hacía justicia, amparaba las viudas, huérfanos y pobres para que los mas poderosos no les hiciesen agravio. Honraba á los señores y acrecentábalos conforme á los méritos de cada cual; adornaba y enriquecía el reino de todas las maneras que él podía. Por este camino los vasallos se le aficionaban; solo el endurecido corazón de la Reina no se domeñaba. Dió orden como se poblasen Villorado, Berlanga, Soria, Almazan, pueblos yermos y abatidos por causa de las guerras. Dió la vuelta á Aragon con intento, pues todo le sucedía prósperamente, de hacer la guerra de nuevo y con mayor atuendo á los moros. Sabía bien que debemos ayudarnos de la fama y de las ocasiones que se presentan, y que conforme á los principios sucede lo demás. Cuando las cosas en Castilla se alteraron en muy mala sazón; don Alonso era pariente de doña Urraca, su mujer, en tercero grado de parte de padres, ca fué bisabuelo de ambos don Sancho el Mayor, rey de Navarra. No estaba aun por este tiempo introducida la costumbre que, por dispensacion de los papas, se pudiesen casar los deudos; y así, consideramos que diversos casamientos de príncipes se apartaron muchas veces como ilegítimos y ilícitos por este solo respeto. Esta causa pienso yo hizo que este rey don Alonso no se contase en el número de los reyes de Castilla acerca los escritores antiguos; que no es justo con nuevas opiniones alterar lo que antiguamente tenían recebido y asentado, como lo hacen los que cuentan á este Rey por seteno deste nombre entre los de Castilla, como quier que ningun derecho ni título pudo tener sobre aquel reino, por quedar legítimo heredero del primer matrimonio, y ser el segundo ninguno contra las leyes eclesiásticas. Los desgustos pasaron tan adelante, que la Reina por su mala vida y torpe fué puesta en prision en el castillo llamado Castellar, de que con ayuda de los suyos salió, y se volvió á Castilla. No halló la acogida que cuidaba, antes de nuevo los grandes la enviaron á su marido, y él la tornó á poner en la cárcel. En este medio los señores de Galicia, do se criaba don Alonso, hijo de doña Urraca, y por el testamento de su abuelo tenía el mando, hacían juntas y ligas entre sí para desbaratar lo que los aragoneses pretendían. Holgaban en particular haber hallado ocasion de apartar y dirimir aquel casamiento desgraciado, que contra la voluntad de la nobleza y injustamente se hizo. Ponían por esta causa escrúpulos al pueblo; decían no ser lícito obedecer al que no era legítimo rey. Enviaron una embajada á Pascual II, pontífice romano, en que le daban cuenta de todo lo que pasaba. Ganaron dél un breve, en que cometió el conocimiento de la causa á don Diego Gelmírez, obispo de Santiago; un pedazo del cual pareció se podía engerir en este lugar. «Pascual, siervo de los siervos de »Dios, al venerable hermano Diego, obispo compos- »tellano, salud y apostólica bendicion. Para esto orde- »nó el omnipotente Dios que presidieses á su pueblo, »para que corrijas sus pecados y anuncies la voluntad »del Señor. Procura pues, segun las fuerzas que Dios »te da, corregir con conveniente castigo tan grande »maldad de incesto que ha cometido la hija del Rey, »para que desista de tan gran presuncion ó sea privada »de la comunión de la Iglesia y del señorío seglar.» Qué

hayan establecido los jueces señalados para remediar, ó por decir mejor, para castigar aquel exceso, no hay dello memoria; solo consta que desde aquel tiempo el rey don Alonso comenzó á tener acedia y embravecerse contra los obispos. El de Búrgos y el de Leon fueron echados de sus iglesias, el de Palencia preso, el abad de Sahagun despojado de aquella dignidad, y en su lugar puesto fray Ramiro, hermano del Rey, por su nombramiento y con su ayuda. Don Bernardo, arzobispo de Toledo, fué forzado á andar desterrado dos años fuera de su diócesi, no obstante la majestad sacrosanta y autoridad que representaba de legado apostólico y de primado de España. En el cual tiempo juntó y tuvo el Concilio palentino, cuya copia se conserva hasta hoy, y el legionense con otros obispos y grandes; en particular se halló en estas juntas presente don Diego Gelmírez, el de Santiago. Todos andaban con cuidado de cosegar y pacificar la provincia, porque las armas de Aragon y de Navarra se movían contra los gallegos, en que tomaron por fuerza el castillo de Monterroso. Verdad es que á instancia y persuasion de varones santos que se interpusieron se apartó el rey de Aragon desta demanda y desistió de las armas. Todo procedía arrebatada y tumultuariamente sin considerar lo que las leyes permitían; los unos y los otros buscaban ayudas para salir con su intento. A los castellanos y gallegos se les hacía de mal ser gobernados por los aragoneses. El rey de Aragon pretendía á derecho ó á tuerto conservar el reino de que se apoderara. Los que hacían resistencia eran echados de sus dignidades, despojados de sus bienes. Los gallegos, pasado aquel primer miedo, hicieron liga con don Enrique, conde de Portugal. Pasaron con esto tan adelante, que si bien el infante don Alonso era de pequeña edad, le alzaron por rey. En Compostella en la iglesia mayor se hizo el auto; ungióse con el óleo sagrado el prelado don Diego Gelmírez, ceremonia desusada en aquel reino, pero á propósito de dar mas autoridad á lo que hicieron. Pedro, conde de Trava, ayo de don Alonso, fué el principal movedor de todas estas tramas. Alteró mucho esta nueva trama y este hecho al rey de Aragon; hizo divorcio con la Reina, y con tanto la dejó libre y la soltó de Soria, en cuyo castillo la tenía arrestada. Sin embargo, atraído de la dulzura del mandar, no dejaba el señorío que en dote tenía, demasia que á todos parecia mal. Los gobernadores de las ciudades y castillos, como no les soltase el homenaje que le tenían hecho, quitado el escrúpulo y la obligacion, á cada paso se pasaban á la Reina y le juraban fidelidad. Lo mismo hizo Peranzules, varon de aprobadas costumbres; y no obstante que todos aprobaban lo que hizo, cuidadoso de la fe que antes dió al rey de Aragon, se fué para él con un dogal al cuello, para que, puesto que imprudentemente se habia obligado á quien no debiera, le castigase por el homenaje que le quebrantara en entregar los castillos que dél tenía en guarda. Alteróse al principio el Rey con aquel espectáculo; despues, amonestado de los suyos, que en lo uno y en lo otro aquel caballero cumplía muy bien con lo que debía, y que no le debía empecer su lealtad, al fin con mucha humanidad que le mostró y con palabras muy honradas le perdonó aquella ofensa. Los demás grandes de toda Castilla se comunaban y ligaban

por la salud y libertad de la patria, aparejados á padecer antes cualquier afan y menoscabo que sufrir el señorío y gobierno aragonés. Don Gomez, conde de Candespina, el que antes pretendió casar con la Reina, y entonces por estar en la flor de su edad tenia mas cabida con ella de lo que sufría la majestad real y la honestidad de mujer, se ofrecia el primero de todos á defender la tierra y hacer la guerra á los de Aragon; blasonaba antes del peligro. Don Pedro, conde de Lara, su competidor en los amores de la Reina, tenia el segundo lugar en autoridad y poderío. Discordar los capitanes, ni la paz pública se podía conservar, ni hacerse la guerra como convenia. Don Alonso, rey de Aragon, con un grueso ejército que juntó de los suyos, se metió en Castilla por parte de Soria y de Osma, do se tendian antiguamente los arevacos. Acudieron á la defensa los grandes y ricos hombres y el ejército de Castilla. Asentaron los unos y los otros sus reales cerca de Sepúlveda. Resueltos de encontrarse, ordenaron las haces en esta forma: la vanguardia de los castellanos regia el conde de Lara, la retaguardia el conde don Gomez, el cuerpo de la batalla gobernaban otros grandes. El rey de Aragon formó un escuadrón cuadrado de toda su gente. Dióse la señal de arremeter y cerrar. En el campo llamado de la Espina se trabó la pelea, que fué de las mas nombradas de aquel tiempo. El conde de Lara, como quier que no pudiese sufrir el primer ímpetu y carga de los contrarios, volvió las espaldas y se huyó á Búrgos, do la Reina se hallaba con cuidado del suceso; hombre no menos afeminado que cobarde. Don Gomez con algo mayor ánimo sufrió solo la fuerza de los enemigos y peso de la batalla, y desbaratados los suyos murió él mismo noblemente sin volver las espaldas; esta postrera muestra dió de su esfuerzo. Ni fué de menor constancia un caballero de la casa de Olea, alférez de don Gomez, que como le hobiesen muerto el caballo y cortado las manos, abrazado el estandarte con los brazos, y á voces repitiendo muchas veces el nombre de Olea, cayó muerto de muchas heridas que le dieron. Don Enrique, conde de Portugal, mas por odio de la torpeza de la Reina que por aprobar la causa del rey don Alonso, desamparado el partido de Castilla, se juntara con los aragoneses; ayuda que fué de gran momento para alcanzar la victoria. La confianza que destes principios los aragoneses cobraron fué tan grande, que, pasado el rio Duero, por tierra de Palencia llegaron hasta Leon. Los campos, pueblos, aldeas eran maltratados con todo el mal y daño que hacer podian. Los principales de Galicia se rehicieron de fuerzas, determinados de probar otra vez la suerte de la batalla. Pelearon con todo su poder en un lugar entre Leon y Astorga, llamado Fuente de Culebras. Sucedió la batalla de la misma manera que la pasada, prósperamente á los aragoneses, al contrario á los castellanos. Fué preso en la pelea don Pedro, conde de Trava, persona de grande autoridad y poder, y que estaba casado con una hija de Armengol, conde de Urgel, llamada doña Mayor. El mozo rey don Alonso no se halló en esta pelea, que el obispo don Diego Gelmirez le sacó de aquel peligro y puso en parte segura; perdida la jornada, se fué al castillo de Orsilon, do estaba la Reina, su madre. Ninguna batalla en aquella era fué mas señalada ni mas memo-

rable que esta por el daño y estrago que della resultó á Castilla. Las ciudades de Najara, Búrgos, Palencia, Leon se rindieron al vencedor. Sin embargo, por no tener dinero para pagar los soldados, por consejo del conde de Portugal, metió la mano en los tesoros de los templos, que fué grave exceso, y aun le fué muy mal contado. San Isidro y otros santos con graves castigos que dél tomaron adelante vengaron aquella injuria; juntóse el odio del pueblo, y palabras con que murmuraban de aquella libertad; decian que merecian ser severamente castigados los que metieron mano en los vasos sagrados y tesoros de las iglesias. La verdad es que desde este tiempo de repente se trocó la fortuna de la guerra. Trabajaron los aragoneses primero el reino de Toledo, despues pasaron á cercar la ciudad de Astorga, porque fueron avisados que la Reina con toda su gente se aparejaba para hacer la guerra por aquella parte. Traia Martin Muñoz al rey de Aragon trecientos caballos aragoneses de socorro. Cayó en una emboscada de enemigos que le pararon, en que muertos y huídos los demás, él mesmo fué preso. El Rey, movido por este daño y con miedo de mayor peligro por el poco número de gente que tenia, á causa de los muchos que eran muertos y por estar los demás repartidos en las guarniciones de los pueblos que ganara, se retiró á Carrion confiado en la fortificacion de aquella plaza. Allí fué cercado de los enemigos por algun tiempo, hasta tanto que el abad clusense, enviado por el Pontífice para componer aquellas diferencias, con su venida alcanzó de los de la Reina treguas de algunos dias, y no mucho despues que se levantase el cerco. Los soldados de Castilla asimismo, como levantados y juntados arrebatadamente y sin concierto y capitan á quien todos reconociesen, ni sabian las cosas de la milicia ni los podian detener en los reales largo tiempo. Pasado este peligro, las armas de Aragon volvieron contra la casa de Lara, contra sus pueblos y castillos. Por otra parte, las gentes de la Reina con un largo cerco que tuvieron sobre el castillo de Búrgos, se apoderaron dél y echaron dende la guarnicion que tenia de aragoneses. El conde don Pedro de Lara, como pretendiese casar con la Reina y se tratase no de otra suerte que si fuera rey, con la soberbia de sus costumbres y su arrogancia tenia alterados los corazones de muchos, que públicamente le odiaban. Andaban su nombre y el de la Reina puestos afrentosamente en cantares y coplas. Pasó tan adelante esto, que en el castillo de Mansilla fué preso y puesto á recado por Gutierre Fernandez de Castro. Soltóse de la prision, pero fuéle forzoso, por no asegurarse de los de Castilla que tanto le aborrecian, huirse muy léjos y no parar hasta Barcelona. Fué hijo de don Diego Ordóñez, el que retó á Zamora sobre la muerte del rey don Sancho, y sobre el caso hizo campo con los tres hijos de de Arias Gonzalo. Despues desto, el infante don Alonso, ya rey de Galicia, con gran voluntad de todos los estados fué alzado por rey de Castilla. Era necesario recobrar por las armas el reino, que halló dividido en tres parcialidades y bandos; no menos tenia que hacer contra su madre que contra el padraastro, ni menos dolor ella recibió que su marido de que su hijo hobiese sido alzado por rey, por tener entendido que en su acrecentamiento consistia la caída de ambos; juicio en

que no se engañaban. Doña Urraca, por miedo de la indignacion de su hijo y por verse aborrecida de los suyos, determinó fortificarse en el castillo de Leon, confiada que por ser muy fuerte podria en él mantener el nombre de reina y la dignidad real, sin embargo del odio grande que el pueblo la tenia. Pero como quier que el hijo se pusiese sobre aquel castillo, se concertaron que la Reina dejase á su hijo el reino, dádole con gran voluntad de los grandes y del pueblo, y á ella señalasen rentas con que pudiese pasar. La razon de los tiempos no se puede fácilmente señalar á cada cual destas cosas, por la diversidad que hay de opiniones; es maravilla en cosas no muy antiguas cuan á tienta paredes andan los escritores, que hace ser muy dificultoso terminar la verdad, tanto, que aun no se sabe en qué año murió la reina doña Urraca; los mas dicen que como diez y siete años despues de la muerte de su padre. La verdad es que en tanto que vivió tuvo poca cuenta con la honestidad. Algunos afirman que en el castillo de Saldaña falleció de parto; gran mengua y afrenta de España. Otros dicen que en Leon, tomado que hobo los tesoros de san Isidro, que no era lícito tocarlos, reventó en el mismo umbral del templo; manifiesto castigo de Dios. Menos probabilidad tiene cierta hablilla que anda entre gente vulgar, es á saber, que de la Reina y del conde de Candespina nació un hijo, por nombre don Fernando, al cual por su nacimiento y ser bastardo llamaron Hurlado. Añaden otrosí que fué principio del linaje que en España usa deste apellido, en nobleza muy ilustre, poderoso en rentas y en vasallos.

CAPITULO IX.

De la guerra de Mallorca.

Destá manera procedian las cosas en Castilla en el tiempo que á los moros de Mallorca y de Zaragoza acometieron las armas de muchas naciones que contra ellos se juntaron. Habia fallecido Giberto, conde de la Proenza y de Amillan en Francia; dejó á doña Dulce, su hija, por heredera. Don Ramon Berenguel, conde de Barcelona, marido de doña Dulce, principe poderoso y de grande señorío por lo que antes tenia, y por aquel estado de su suegro que por su muerte heredó tan principal, determinó con las fuerzas de ambas naciones apoderarse de las islas Balcares, que son Mallorca y Menorca, desde donde los moros ejercitados en ser cosarios hacian robos y correrías en las riberas de España, que está cercana, y tambien de Francia. Para llevar adelante este intento tenia necesidad de una gruesa y grande armada. Juntó en sus riberas la que pudo, principio de donde las armas de los catalanes comenzaron á ser famosas por la mar, cuyos señores por algun tiempo fueron con gran interés y fama. Pero como su armada no fuese bastante, él mismo pasó en persona á Génova y á Pisa, ciudades en aquella sazón poderosas por la mar. Convidóles á hacerle compañía en aquella guerra que trataba; púsoles delante los premios de la victoria, la inmortalidad del nombre, si por su esfuerzo los bárbaros fuesen echados de aquellas islas, de do, como de un castillo roquero, amenazaban y hacian daño á las tierras de los cristianos. Prometiéronle soldados y naves, y enviáronlos al tiempo señalado. Juntados estos

socorros con el ejército de los catalanes, pasaron á las islas. Fué la guerra brava y dificultosa y larga, porque los moros, desconfiados de sus fuerzas, con astucia alzadas las vituallas y tomados los pasos, parte se fortificaron en los pueblos y castillos, parte se enricaron en los montes sin querer meterse al peligro de la batalla. Consideraban los varios y dudosos trances que traen consigo las guerras, y que los enemigos se podrían quebrantar con la falta de lo necesario, con enfermedades, con la tardanza, cosas que de ordinario suelen sobrevenir á los soldados. La constancia de los nuestros venció todas las dificultades, y la ciudad principal por fuerza y á escala vista se entró en la isla de Mallorca el año 1115. Murió en aquella jornada Raimundo ó Ramon, prelado de Barcelona. Sucedió en su lugar Oldegario, al cual poco despues por muerte de Berengario, arzobispo de Tarragona, pasaron á aquella iglesia. Ganada la ciudad, parecia sería fácil lo que restaba de conquistar. En esto vino aviso que los moros en tierra firme, quier con intento de robar, quier por forzar al Conde se retirase de las islas, con gente que echaron en tierra de Barcelona, habian henchido toda aquella comarca de miedo, temblor y lloro, tanto, que sitiaron la misma ciudad. Esta nueva puso en grande cuidado al Conde sobre lo que debía hacer y en mucha duda; por una parte el temor de perder lo suyo, por otra el desseo de concluir aquella guerra, le aquejaban y traian en balanzas; venció empero el miedo del peligro y los ruegos de los suyos. Dejó encargadas las islas á los ginoveses, y el pasó á tierra firme. Los bárbaros sin dilacion alzaron el cerco; siguiéronlos, vencieronlos y desbaratáronlos cerca de Martorel; fué la pelea mas á manera de escaramuza y de tropel que ordenadas las haces. La alegría desta victoria hicieron que fuese menor dos incomodidades: la una, que los ginoveses con el oro que les dieron los moros se partieron de las islas y se las dejaron, como afirman los escritores catalanes, que en las historias de los ginoveses ninguna mencion hay desta jornada; la otra, que en la Gallia Narbonense se perdió la ciudad de Carcasona. Poco antes deste tiempo Aton se apoderó de aquella ciudad sin otro derecho mas de la fuerza. Era en su gobierno cruel y feroz. Movidos desto los ciudadanos, se conjuraron contra él, y oclado, restituyeron el señorío de la ciudad al conde de Barcelona, cuya era de tiempo antiguo, como antes queda mostrado. Aton con el ayuda de Guillen, conde de Potiers, forzó á los ciudadanos que se le rindiesen. Rugerio, hijo mayor de Aton, entrado que hobo en la ciudad, hizo que todos rindiesen las armas. Como obedeciesen y las dejasen, mandóles á todos matar. La crueldad que en los miserables se ejercitó, fué extraordinaria con toda muestra de fiereza y soberbia inhumana. Muchos que pudieron salvarse se fueron á Barcelona. A ruego dellos el conde Ramon Arnaldo Berenguel con ejército se metió por la Francia. Pusieronse de por medio varones buenos y santos; posábales que las fuerzas deste buen Principe con aquella guerra civil se divertiesen de la guerra sagrada. Concertóse la paz desta manera. Que lo que Aton habia prometido á Guillen, conde de Potiers, de serle él y sus descendientes sus feudatarios, mudado el concierto, poseyesen aquella ciudad, pero como en feudo de los condes de Barcelona. Fué este Guillen, conde de Po-

tiers, hombre que procuraba ocasion de aumentar su señorío, trabar unas guerras de otras, aunque fuesen con daño ajeno, sin ningun cuidado de lo que era honesto y de la fama. Así, despues que Ramon, conde de Tolosa, partió á la guerra de la Tierra-Santa, como arriba queda dicho, se apoderó con las armas de todo lo que aquel Príncipe tenia en Francia; hombre desapoderado y que no temia á Dios ni los juicios de los hombres. Beltran, hijo de don Ramon, por este tiempo, despues de gastados tantos años en la guerra, desde la Tierra-Santa, en que tenia el señorío de Tripol, y en cuyo cerco le mataron á su padre con una saeta que del adarve le tiraron, dió la vuelta á su patria. No tenia esperanza que el de Potiers vendria en lo que era razon. Comenzó á tratar con los príncipes comarcanos cómo os podria recobrar el antiguo estado de su padre. En los demás no halló ayuda bastante. Acordó acudir á don Alonso, rey de Aragon, de cuyas proezas y virtudes se decian grandes cosas; demás que la amistad trabada de tiempo atrás entre aquellas dos casas y el deudo le obligaba á no desamparalle. ¡Qué grande maldad! El que, perdido su padre y la flor de su edad en la guerra sagrada, tan léjos de su patria se pusiera á tantos trabajos y peligros, sin embargo despojado de su tierra y de su estado, fué forzado á pedir ayuda y acudir y hacer recurso á la misericordia de otros. Recibióle aquel Rey benignamente en Barbastro. Allí tuvieron su acuerdo; y el Conde se hizo feudatario de Aragon por los estados de Rodes, de Agde ó Agatense, de Cahors, de Albi, de Narbona y de Tolosa y otras ciudades comarcanas á las sobredichas, á tal empero que por las armas de Aragon él y sus descendientes fuesen restituidos y amparados en los estados de que estaban despojados. Hízose esta avenencia el año del Señor de 1116; bien que don Beltran no fué restituido á causa que el poder de los condes de Potiers era grande, y las fuerzas de Aragon estaban divididas, parte en la guerra civil contra Castilla, parte en la que con mejor acuerdo se hacia contra los moros. Verdad es que, pasados algunos años, don Alonso Jordan, hermano de don Beltran, del castillo de Tolosa, en que le tenia preso el conde de Potiers, fué por aquellos ciudadanos sacado para hacerle señor de aquella ciudad, y echado della Guillen Morello, que tenia aquel gobierno por el dicho conde de Potiers. Los descendientes de don Alonso fueron su hijo Raimundo ó Ramon, su nieto Raimundo y su biznieto y tatarafieto, que se llamaron tambien Raimundos y tuvieron el señorío de aquella ciudad hasta tanto que Juana, hija del postrer Raimundo, por falta de hijos varones, casó con Alonso, conde de Potiers. Deste casamiento no quedó sucesion alguna, por donde san Luis, rey de Francia, hermano del dicho conde de Potiers, por su muerte juntó con lo demás de su reino los estados y condados de Potiers y de Tolosa, segun que en el casamiento de aquella señora lo capitularan.

CAPITULO X.

De la guerra de Zaragoza.

Confinaban con el señorío de don Alonso, rey de Aragon, las tierras de Zaragoza, muy poderosa y fuerte ciudad por su nobleza, riqueza y grandeza. Los moradores della hacian ordinarias correrías y cabalgadas

en los campos comarcanos de los cristianos, sin dejar de hacer todo el mal y daño que de hombres bárbaros y enemigos del nombre cristiano se podia esperar. El rey de Aragon, movido por estos males, sin embargo que la guerra de Castilla no la tenia del todo acabada, se determinó con todas sus fuerzas y gentes de combatir aquella ciudad. Representábase grandes dificultades, trabajos y peligros, que la constancia del invencible Rey fácilmente menospreciaba. Taluste, villa principal á la ribera del rio Ebro, se ganó á esta sazón por el valor y industria de un caballero principal, llamado Bacalla. Asimismo ganaron á Borgia, á la raya de Navarra, Magalona y otros pueblos y castillos por aquella comarca. A los almogaraves (así se llamaban los soldados viejos de gran experiencia y valor) se dió órden que estuviesen de guarnicion en el Castellar, plaza fundada, como de suso queda dicho, sobre Zaragoza en un altozano. Proveyéronles de mantenimientos, armas y municiones á propósito de hacer salidas y correrías por los lugares al derredor, y que si necesario fuese, pudiesen sufrir un largo cerco. Este fué el principio que se dió á la guerra y conquista de Zaragoza: á la fama acudieron de diversas partes grandes personajes, entre otros vinieron los condes Gaston, de Bearn; Rotron, de Alperche, y Centullo, de los bigerones. Formaron un grueso ejército de diversas gentes y naciones, con que se pusieron sobre aquella ciudad el año que se contaba de nuestra salvacion 1118, por el mes de mayo. Al octavo dia ganaron el arrabal que está de la otra parte del rio. Rotron, conde de Alperche, en el mismo tiempo que se continuaba el cerco, con seiscientos caballos que le dieron, se apoderó de Tudela, ciudad principal en el reino de Navarra, puesta en un sitio fuerte á la ribera del rio Ebro; con la qual se quedó en premio de su trabajo. Los moros de España, como quier que conociesen bien de cuánta importancia era para sus cosas y intentos la ciudad de Zaragoza, y el riesgo que corria todo lo demás si se perdiere, acudieron en gran número para socorrer á los cercados. Vino otro sí de Africa un famoso caudillo, por nombre Temin, con un grueso ejército de moros berberescos; tenia puestos sus reales en un lugar aventajado á la ribera de Güerba, mas arriba de Zaragoza y junto al castillo de María, que se tenia por los moros. Pero visto que los nuestros le hacian ventaja en muchedumbre y esfuerzo, dió vuelta á lo mas adentro de la Celtiberia. Los cercados padecian falta de vituallas, y no tenian esperanza de socorro, que era el mayor de los males. A los cristianos causaba la tardanza. Aprestaban nuevos ingenios para batir las murallas y entrar por fuerza la ciudad, cuando fueron avisados que un sobrino de Temin, otros dicen era hijo del rey de Córdoba, venia y llegaba ya cerca con resolucion de meterse en la ciudad como por su tio le era mandado. Alteróse el rey don Alonso con este aviso, tuvo su acuerdo, y determinó salir al encuentro á los que venian de socorro, ea bien entendia que si entrasen en la ciudad á él seria forzoso partirse del cerco con poca reputacion y mengua. Marchó pues con sus gentes, dió vista á los enemigos, juntáronse las huestes no léjos de Daroca en un lugar llamado Cutanda, dióse la batalla, en que los moros fueron vencidos y muertos y preso su general. Los de Zaragoza, avisados de aquella desgracia, por no quedarles esperanza alguna de

poderse defender, despues de ocho meses de cerco á 18 de diciembre rindieron sobre pleitesía la ciudad. Fué aquel día muy alegre para los cristianos, no solo por el provecho presente, puesto que era muy grande, sino mucho mas por la esperanza que cobraron de desarraigat el señorío de los moros de todo puuto, quitádoles aquel fortísimo baluarte. Estaban los nuestros tan ciertos que tomarían la ciudad, que tenían antes de tomalla consagrado en obispo della á Pedro Librana, que consagró la iglesia y se encargó del gobierno espiritual. A los condes Gaston, de Bearne, y Rotron, de Alperche, en premio de su trabajo dió el Rey por juro de heredad sendos barrios en aquella ciudad. Tales eran las costumbres de aquel tiempo; no tenían por inconveniente poner muchos señores en un pueblo y en una ciudad. A la ribera de Ebro, nueve leguas de Zaragoza, estuvo antiguamente una noble colonia de romanos, llamada Julia Celsa, ahora es un lugar desierto, y á una legua tiene un pueblo, que el día de hoy llaman Jelsa, que es el solo rastro que queda de aquella antigüedad. A esta comarca pasó el Rey con sus gentes luego que la sazón del tiempo dió para ello lugar. Por allí hicieron correrías en los campos de los moros al derredor. Dende pasaron á la Celtiberia, provincia por la aspereza de los lugares y esfuerzo de los naturales de todo tiempo muy poderosa y fuerte, cuyos linderos antiguamente, unas veces se ensanchaban y otras se estrechaban, como sucedían las cosas. Pero propiamente los celtiberos corrían de oeste al este desde las fuentes del rio Jalon, que tienen su nacimiento en Medinaceli, que algunos tienen, aunque con engaño, fué la antigua Ecolesta, hasta Nertobriga, que hoy es Ricla. Por la banda de setentrion tenían por aledaño á Moncayo, y á la parte de mediodía las fuentes de Tajo cerca de Albarracin, ciudad que en otro tiempo se llamó Lobeto; en aquella comarca la guerra sucedió á los nuestros como suele á los vencedores, todo se les rendía y allanaba. Ganaron desta vez á Tarazona, á Alavona y á Epila, que se tiene llamaron antiguamente Segoncia. Asimismo Calatayud vino á poder de los cristianos, poblacion que fué de moros y de su capitán Ayub, que la fundó no léjos de la antigua famosa Babilis, de que queda rastro en un monte que cerca de aquella ciudad se empina y hasta el día de hoy se llama Bombola. Ariza tambien y Daroca corrieron la misma fortuna; adelante de la cual villa el Rey hizo edificar un pueblo, que llamó Monreal, en un sitio muy á propósito para enfrenar las correrías y los intentos de los moros de Valencia. Los monjes cartujos y los del Cistel, nuevamente fundados, tenían gran fama y crédito por todas las partes de la cristiandad. Demás destas órdenes, en Jersalem los caballeros templarios y los hospitalarios, conforme á su santo y religioso instituto, inventado por el mismo tiempo, se empleaban con todas sus fuerzas en adelantar por aquellas partes el partido de los cristianos. Los templarios en vestidura blanca traían cruz roja á la manera de la de Caravaca con dos traviesas. Los hospitalarios, que tambien se llamaban de San Juan, en capa negra cruz blanca. San Bernardo, principal fundador de la órden del Cistel, que vivía por estos tiempos, y aun se sabe vino á España, persuadió al Rey entregase aquel pueblo á los templarios. Hizose así, edificáronles allí un convento, diéronles asimismo otras rentas, en par-

ticular se les señaló la quinta parte de los despojos que se ganasen en la guerra, todo á propósito que tuviesen con que sustentar los gastos y por aquella parte fuesen fronteros de los moros. Guillen, prelado de Aux en la Guiena, y los demás obispos de Aragon con sus sermones encendían los corazones de la gente á tomar la cruz y ayudar con sus personas y haciendas los intentos de aquellos caballeros. Esta fué la primera entrada que los templarios tuvieron en España, este el principio de las grandes rentas que adelante poseyeron, y aun, como se tuvo por cierto, últimamente fueron causa de su total ruina.

CAPITULO XI.

Del scisma de Burdino, natural de Limoges.

Gobernaba por este tiempo la Iglesia de Roma Gelasio, segundo deste nombre, al cual poco antes pusieron en la silla de san Pedro por la muerte del pontífice Pascual. Fué persona de gran corazon, pues no dudó proseguir las enemistades de sus antecesores contra el emperador Enrique, cuarto deste nombre, en defensa de la libertad de la Iglesia y de la majestad pontificia, en que pasó tan adelante, que, como el Emperador viniese á Roma y él no se hallase con fuerzas para reprimir sus intentos, en una barca por el Tibre se fué primero á Gaeta, de donde era natural, y de allí pasó en Francia con intento de celebrar un concilio de obispos que tenía convocado para la ciudad de Rems. La muerte atajó sus intentos, que le tomó en el camino en el monasterio de Cluñi. Tuvo el pontificado pocos días mas de un año. En este tiempo dejó concedida una indulgencia á los soldados que estaban sobre Zaragoza y á todos los demás que acudiesen con alguna ayuda para edificar el templo de aquella ciudad. La bula, por ser muy señalada y porque por ella se entiende cómo se concedían las indulgencias antiguamente, pondré aquí vuelta en romance: «Gelasio, obispo, siervo de los siervos de Dios, al ejército de los cristianos que tiene cerca de la ciudad de Zaragoza y á todos los que tienen la fe cristiana, salud y apostólica bendicion. Hemos visto las letras de vuestra devocion, y de buena gana dimos favor á la peticion que enviastes á la Sede Apostólica por el electo de Zaragoza. Tornando pues á enviar al dicho electo, consagraño por la gracia de Dios por nuestras manos como si por las del apóstol san Pedro lo fuera, os damos la bendicion de la visitacion apostólica, implorando la justa misericordia del omnipotente Dios para que por los ruegos y merecimientos de los santos os haga obrar su obra á honra suya y dilatacion de su Iglesia. Y porque habeis de terminado de poner á vos y á vuestras cosas á extremos peligros; si alguno de vos, recibida la penitencia de sus pecados muere en esta jornada, nos, por los merecimientos de todos y ruegos de la Iglesia católica, le absolvemos de las ataduras de sus pecados. Demás desto, los que por el mismo servicio de Dios ó trabajaren ó han trabajado, y los que donan alguna cosa ó hobieren donado á la iglesia de la dicha ciudad, destruida por los sarracenos y moabitas, para ayuda á su reparo, y á los clérigos que allí sirven á Dios para su sustento, conforme á la cantidad de sus trabajos ó buenas obras que hicieron á la Iglesia, y á juicio de

» Los obispos en cuyas parroquias viven, alcancen remisión de sus penitencias y indulgencia. Dado en Aleste » á 4 de los idus de diciembre. Yo Bernardo, arzobispo de la silla toledana, hago y confirmo esta absolución. Yo, el obispo de Huesca, hago y confirmo esta absolución. Yo Sancho, obispo de Calahorra, hago y confirmo esta absolución. Yo Guido, obispo lascurrense, hago y confirmo esta absolución. Yo Boso, cardenal de la santa Iglesia romana, hago y confirmo esta absolución. » En lugar del papa Gelasio, por voto de los cardenales que á su muerte se hallaron, el año de 1119 á 1.º de hebrero fué elegido Guido, de nacion borgoñon, hermano de don Ramon, y tío de don Alonso, rey de Castilla. Era á la sazón arzobispo de Viena de Francia; llamóse en el pontificado Calixto II, dado que no aceptó la elección hecha por los cardenales en su persona hasta tanto que el clero de Roma viniese en lo mismo; y así, no se coronó hasta los 15 de octubre. En el Concilio remense, en que se halló presente, promulgó sentencia de descomunión contra el Emperador; estableció otrosí nuevas leyes contra el pecado de la simonía, que era muy ordinario, tanto, que ni bautizaban los niños ni enterraban los muertos sino por dineros. Procuró que los presbíteros, diáconos y subdiáconos se apartasen de las concubinas, las cuales en tiempos tan revueltos ellos tenían con el repuesto y libertad como si fueran sus mujeres; en España en particular todavía se continuaba la mala costumbre que introdujo el perverso rey Witiza, en especial en Galicia, sin poderla extirpar del todo, bien que se ponía en ello diligencia, de que da muestra un breve que pocos años antes deste tiempo envió el papa Pascual á don Diego Gelmírez, obispo de Santiago, cuyo tenor es el que se sigue: « Pascual, obispo, siervo de los siervos de Dios, al venerable Diego, obispo de Compostella, salud y apostólica bendición. La iglesia que por voluntad de Dios has recibido para gobernar, mucho ha que, aun pareciendo que tenía pastor, carece del consuelo de pastor. Por ende con mayor cuidado debes procurar que todas las cosas en ella se dispongan legalmente conforme á la regla de la Sede Apostólica. Pon en tu iglesia tales cardenales, presbíteros ó diáconos, que puedan dignamente sustentar las cargas cometidas á ellos del gobierno eclesiástico. Allende desto, lo que toca á los presbíteros, se encomiende á los presbíteros, lo que es de los diáconos á los diáconos se encargue, para que ninguno se entremeta en oficio ajeno. Si algunos ciertamente antes que fuese recibida la ley romana, segun la comun costumbre de la tierra, trajeron matrimonios, los hijos nacidos dellos no los excluimos ni de la dignidad seglar ni de la eclesiástica. Aquello de todo punto es indecente que en vuestra provincia, segun somos informados, moran juntamente los monjes y las monjas. Lo cual debe procurarse estorbar tu experiencia, para que los que al presente están juntos, sean apartados en moradas muy diversas conforme al juicio de personas religiosas; y para adelante no se use de semejante libertad. Dado en el Laterano, año de la encarnación del Señor 1103, de nuestro pontificado el cuarto. » La ley romana de que se hace mención en este breve, segun yo entiendo, era la ley de la continencia impuesta á los del clero. La causa de descomulgar al Emperador en el

Concilio remense fué que luego que el papa Gelasio se salió de Roma, como queda dicho, el Emperador procuró y hizo que en su lugar fuese nombrado por romano pontífice el obispo de Braga, llamado Burdino, con nombre de Gregorio VIII. Principio y ocasión con que, por la discordia de dos que se llamaban pontífices, se alteró la paz de la Iglesia en muy mala sazón. Cada cual de los dos pretendía ser el verdadero papa, y ponía dolo en la elección de su contrario, como es ordinario en semejantes casos. Era Burdino natural de Limoges, en Francia; vino á España en compañía de Bernardo, arzobispo de Toledo, como queda dicho de suso. Despues con ayuda del mismo alcanzó el obispado de Coimbra. En él trocó el nombre de Burdino y se llamó Mauricio; pero no se despojó de sus malas mañas y dañadas costumbres. De Coimbra con la misma ayuda de Bernardo fué promovido al arzobispado de Braga. A todos estos beneficios no correspondió con el agradecimiento debido; antes con dineros que de todas partes juntó, en que llevaba mas confianza que en la justicia de lo que pretendía, se partió para Roma con intento de alcanzar del pontífice Pascual absolviése á Bernardo y le quitase la dignidad que tenía, con color que por su vejez no era bastante para el gobierno de aquella iglesia, y esto hecho, le pudiese á él en su lugar y le hiciese arzobispo de Toledo. Acometió el negocio por todos los medios que supo; pero, perdida la esperanza que el Pontífice vendría en cosa tan fuera de razón, como era sagaz y doblado, acordó tomar otro camino para su acrecentamiento. Supo la discordia y diferencias que tenían el Emperador y el Papa; fuese para el Emperador, y con sus mañas le ganó la voluntad de tal suerte, que con su ayuda se apoderó de la Iglesia de Roma y se hizo falso pontífice. Hay un breve del papa Gelasio para Bernardo, arzobispo de Toledo, en que le avisa que Burdino por sus excesos fué anatematizado por el pontífice Pascual, y le ordena que en su lugar haga poner otro prelado en la iglesia de Braga. Grandes fueron las alteraciones que por causa deste scisma de Burdino se siguieron. Remediólo Dios; que el verdadero Papa usó de diligencia, y el falso pontífice, tres años despues que usurpó aquel apellido, fué en Sutrio preso, y en Roma traído como en triunfo en un camello por las calles y por las plazas; últimamente, le desterraron á lo postrero de Italia, y en el destierro murió en el monasterio de la Cava, llamado de la Trinidad, en que por sentencia y en pago de sus deméritos le tenían recluso. Este fué el premio de la ambición de aquel hombre sin mesura; este el fin de grandes movimientos, sospechas y miedos, que tenían suspenso y con cuidado á todo el mundo.

CAPITULO XII.

De las paces que se asentaron entre Aragon y Castilla.

La elección del papa Calixto dió mucho contento á su sobrino el rey de Castilla, y para toda España fué muy saludable, ca todos entendían favorecería sus cosas con muchas veras, mayormente las de Castilla, por el dendo que en ella tenía; donde á la sazón las principales ciudades y castillos mas fuertes se tenían por Aragon con guarniciones que en ellas ponían, sin otro mejor derecho que el que los reyes suelen poner en las armas y en la fuerza. Los castellanos comunmente, unos por la

larga costumbre de servir y obedecer, otros por diversos respetos y obligaciones que tenían á los aragoneses, poco caso hacian del menoscabo y afrenta de todo el reino, y muy poco los movia el deseo de la libertad. Era el rey de Castilla, aunque de pocos años, igual en grandeza de ánimo á cualquiera de sus antepasados; no podia sufrir los agravios que su padrastro le hacia y la mengua de su reino. Enviáronse de una parte á otra embajadas sobre el caso. El de Aragon ni claramente rehusaba de hacer lo que se le pedia, ni venia luego en ello. Solo de dia en dia, con varias excusas que alegaba, dilataba la ejecucion y entretenia á su antenado. Llegóse á los postreros plazos y términos, que fué enviar reyes de armas para pedir los castillos y plazas; y caso que no se hiciese así, denunciar y romper la guerra á los contrarios. El de Aragon, por la continua prosperidad que en sus cosas tenia y por la pequeña edad de su antenado, hacia poco caso destas amenazas, y parecia estar olvidado de la poca firmeza que tienen las cosas de la tierra. Vinieron á las armas, juntaron grandes huestes por la una y por la otra parte. El rey de Aragon, como se hallaba mas apercibido de todas las cosas necesarias, fué el primero que salió en campo, rompió por la parte de Navarra y entró por los campos de la Rioja. Dicen que el que acomete vence. Pareciale otrosí mas á propósito para ganar reputacion y salir con la victoria ofender que defenderse, y forzar á los enemigos en sus mismas tierras á poner á riesgo sus haciendas, sus casas, hijos y mujeres y todas las demás cosas que suelen estimar los hombres mas que la misma vida. Grandes males y estragos amenazaban á España por cualquiera de las partes que la victoria quedase. Acudieron personas de buena vida y prelados del uno y del otro reino, pusieron de por medio á mover tratos de paz, bien que poca esperanza tenían de salir con ello por las muchas veces que en balde se intentara. Mas como quier que los corazones de los príncipes están en las manos de Dios, todo sucedió mejor que pensaban, porque el rey de Aragon dió oídos á estas pláticas y se dejó persuadir de las razones que le pusieron delante. Estas eran que el de Castilla podia justicia en sus pretensiones; ofrecian tendria al Aragonés en lugar de padre sin le enojar en cosa alguna. Por el contrario, los aragoneses no harian bien ni razon si mas tiempo detuviesen los castillos y ciudades de Castilla, pues la excusa que alegaban de la pequeña edad del Rey y el derecho que pretendian por el casamiento de doña Urraca, su madre, de todo punto cesaban; pues por una parte aquel matrimonio era ninguno, y como tal estaba apartado, y por otra don Alonso era ya rey y señor de todo con beneplácito de su madre y voluntad de todo el reino. Que por sola fuerza sin razon ni derecho tener oprimido el reino ajeno, sus amigos y deudos, era cosa de mala sonada, y que no se podria tolerar. Finalmente, le advirtieron que los sucesos de la guerra suelen ser desgraciados, por lo menos muy dudoso su remate, mayormente que está á cuenta de Dios el amparar la inocencia y la justicia contra los que á tuerto la atropellan. Vinieron pues á concierto; las condiciones fueron que por los aragoneses quedase todo lo que hay desde Villorodo á Calahorra, á que pretendian tener derecho por razones y escrituras que declaraban pertenecer á aquella comarca á los reyes de

Navarra. Demás desto, que en Vizcaya quedase por los mismos lo que se llama Guipúzcoa y Alava, provincias que pocos años antes el rey don Alonso el Sexto quitara por fuerza á los navarros. Quanto á las demás ciudades y fuerzas de Castilla, acordaron se quitasen las guarniciones que tenían de aragoneses, y nombradamente de Toledo. Bien entiendo que en todo esto se tuvo respeto á dar contento al pontífice Calisto; y todavía no sabia determinar á cuál destes dos príncipes se deba mayor loa y prez en este caso. Parece que cada cual de los dos se señaló y se la ganó al otro en modestia y en blandura. El Aragonés se mostró muy liberal por dejar lo que tenia, sin embargo de razones aparentes que para continuar no faltaban, como es ordinario. El de Castilla se señaló en paciencia y en prudencia mas que llevaba su edad, pues con parte de su reino quiso comprar la paz tan deseada de todos. Concertadas estas diferencias, que avino el año de Cristo 1122, si bien algunos añaden á este cuento mas años, en adelante estos dos reyes, como si fueran dos hermanos ó padre y hijo, se mantuvieron en grande concordia y se gobernaron con gran prudencia; defendieron sus reinos de las tormentas y guerras que amenazaban de diversas partes. Lo primero sin dilacion resolvieron contra los moros. El de Aragon rompió por aquella parte que bañan y abrazan los rios Cinga y Segre, donde el pueblo de Alcolea, que era vuelto á poder de moros, se recobró. Pasaron al reino de Valencia, y de la otra parte del rio Júcar entraron asimismo por la comarca de Murcia. Revolvieron sobre la ciudad de Alcaraz, pero aunque la combatieron, no pudieron salir con ella por la fortaleza de su sitio. De allí pasaron á lo mas adentro de Andalucía, en que los pueblos y ciudades á porfia se les rendian, y se ofrecian á pagar cierto tributo cada un año porque no les talasen los campos ni les robasen ni quemasen la tierra. Vinieron á batalla con el rey de Córdoba y otros diez señores moros, que se dió junto á un pueblo llamado Arenzol el año 1123. La victoria y el campo quedó por los nuestros. Por otra parte, el año luego siguiente ganaron por fuerza de los moros á Medinaceli, villa puesta en un collado empinado en aquella parte por do partian términos la Celtiberia y la Carpetania. Desta manera procedian las cosas de Aragon. El rey de Castilla, con el mismo deseo de hacer mal á los moros y huir la ociosidad, con que las fuerzas se enflaquecen y marchitan, acometió las tierras de Extremadura. Allí recobró la ciudad de Coria, que despues de la muerte del rey don Alonso, su abuelo, volviera á poder de moros. Dió el Rey orden y asiento en las cosas de aquella ciudad. Don Bernardo, por la autoridad que tenia de primado y legado apostólico, concertó lo que tocaba á la religion y culto divino. Dende corrieron todas las tierras que se extienden largamente entre los dos rios Guadiana y Tajo, y son parte de la antigua Lusitania. Las talas de los campos y las presas de hombres y ganados fueron muy grandes, con que el ejército, alegre por el buen suceso, rico y cargado de despojos, dió la vuelta y se fueron los soldados á descansar á sus casas. Con estos principios ganó el Rey reputacion, y dió bastante prueba de aquellas virtudes, fe, liberalidad, constancia, culto muy puro de la religion, en que apenas tuvo par. Era muy devoto de Bernardo, abad á la sazón de Claravalle, al cual la co-

nocida bondad de su vida y los grandes trabajos que sufrió por la religion puso adelante en el número de los santos. Era de nacion borgoñon, como el Rey lo era de parte de su padre, y así por su consejo hizo edificar muchos monasterios de cistercienses, que son casi los mismos que en este tiempo en toda aquella parte de España se ven fundados con magníficos edificios y heredades de gruesas rentas y posesiones. Contentábanse con poco al principio aquellos religiosos por el menosprecio que profesaban de las cosas humanas; despues en poco tiempo, por la ayuda que muchos á porfia les dieron, persuadidos que con esto servian mucho á Dios, juntaron grandes riquezas. Que san Bernardo viniese á España á lo postrero de su vida se entiende por una carta suya á Pedro, abad de Cluñi. Aumentó otrosí el Rey con gran liberalidad los demás templos y monasterios que por todo su señorío estaban fundados, como lo muestran escrituras antiguas y privilegios, que por toda España fielmente se guardan en los archivos antiguos de Santo Domingo de la Calzada, de San Millan de la Cogulla, de San Miguel del Pedroso, de Santo Domingo de Silos; templos en aquella sazón muy célebres por su devocion y por el concurso de la gente que á ellos acudia. Alcanzó del Pontífice, su tío, que la ciudad de Zamora y su iglesia fuese catodral. Bernardo, arcediano de Toledo, de nacion francés, como arriba queda declarado, fué puesto por prelado el primero en aquella ciudad. Sucedióle Estéban, en cuyo tiempo por dicho de un pastor que tuvo dello revelacion, se descubrió y conoció el lugar en que el cuerpo de san Ildefonso, arzobispo de Toledo, yacia del todo olvidado por la perturbacion de los tiempos. Verdad es que sus palabras por entonces fueron menospreciadas por ser él persona tan baja; mas en tiempo del rey don Alonso VIII se averiguó la verdad de aquella revelacion, y que el pastor no andaba deslumbrado, cuando en tiempo de don Severo, obispo de aquella ciudad, la iglesia de San Pedro, que se caía y estaba maltratada, se comenzó á reedificar; en cuyos cimientos al abrirlos hallaron un sepulcro de mármol con el nombre de san Ildefonso, de que salió un olor de maravillosa fragancia. Averiguado todo el negocio, los sagrados huesos fueron puestos en una caja junto al mismo altar de San Pedro. La iglesia otrosí de Santiago á la misma sazón por concesion del mismo Pontífice y á instancia del Rey fué hecha arzobispal; y para este efecto y para que tuviese mayor autoridad trasladaron á ella los derechos y privilegios de la iglesia de Mérida, que estaba todavia en poder de moros, como consta todo esto por un privilegio que el Rey otorgó en esta razon. Señalaron doce obispos que fuesen sufragáneos del nuevo arzobispo; los de Salamanca, Avila, Zamora, Ciudad Rodrigo, Coria, Badajoz, Lugo, Astorga, Orense, Moudoñedo, Tuy; el tiempo adelante añadieron el de Plasencia. El arcediano de Ronda dice que los obispos de Zamora, Avila y Salamanca en tiempo del arzobispo don Bernardo eran sufragáneos de Toledo, y que al presente los pasaron á Santiago; no sé cuánta verdad tenga esto. El nuevo arzobispo don Diego Gelmírez fué nombrado por legado apostólico en las provincias de Braga y de Mérida; de que hay breve deste Papa en el libro 2 de la *Historia compostellana*, su data á 28 de febrero, año 1120, indiceion trece, año segundo de su pontificado,

cosa que sintió mucho el arzobispo de Toledo don Bernardo. Hízole contradiccion, pero salió con el pleito su contrario, y por el poder que tenía, celebró un concilio en la ciudad de Santiago; acudieron á su llamado los obispos y abades de las dos provincias emeritense y bracarense. Por esta manera y con estos principios se echaban los cimientos de la grandeza que hoy tiene la iglesia de Santiago; en todo esto se tuvo respeto á la grandeza de aquel santuario, y á que don Ramon de Borgoña, padre del Rey y hermano del Pontífice, estaba allí sepultado. Sucedió esto por los años del Señor de 1124. En el mismo año por el mes de diciembre pasó desta vida el mismo papa Calixto. Sucedióle en el pontificado Honorio, segundo deste nombre. El año siguiente hobo guerras civiles en Francia por causa que Alonso, conde de Tolosa, primo hermano que era del rey de Castilla, y su mujer, la condesa Faidida, pretendian tener derecho al condado de la Proenza y apoderarse dél por las armas. El conde de Barcelona defendia con todas sus fuerzas aquel estado, como dote que era de doña Dulce, su mujer. Resultó que despues de grandes diferencias y debates se vino á concierto; acordaron que Argencia y Belicadro, pueblos sobre que la duda era mayor á cuál de las partes pertenecian, y aquella parte de la Proenza que está entre los rios Druencia y Isara, quedasen por el conde de Tolosa; los demás pueblos y ciudades y la mayor parte de Avión, ciudad puesta á la otra parte del rio Ródano, populosa y rica, se adjudicaron á los condes de Barcelona. Concertaron otrosí que, así ellos como sus decendientes, á trueco se prohibjasen unos á otros para efecto de sucederse, caso que alguna de las partes muriese sin dejar hijos.

CAPITULO XIII.

De los principios del reino de Portugal.

En la parte de España que hoy se llama Portugal, y casi es la misma que la antigua Lusitania, un nuevo reino se fundaba por estos tiempos en su distrito no muy ancho, en el tiempo el postrero entre los reinos de España, en hazañas y valor muy noble y muy dichoso; pues no solo antiguamente pudo echar de toda aquella tierra los moros enemigos de cristianos, sino los años adelante en tiempo de nuestros abuelos y de nuestros padres mostraron tanto valor los portugueses, que con increíble esfuerzo y buena dicha abrieron camino para pasar á todas las partes del mundo, y sujetar en la Africa y en la Asia muchos reyes y provincias, y hacerlas tributarias á su imperio. La luz de la verdadera religion y del Evangelio la llevaron y la mostraron entre naciones y gentes muy apartadas y bárbaras; gran gloria de su nacion y acrecentamiento de la religion cristiana. Tiéndese la provincia de Portugal largamente por las riberas del mar Océano occidental en lo postrero de España; tiene por sus aladaños á mediodía y á septentrion los rios Guadiana y Miño; es larga mas de cien leguas, la anchura es mucho menor; por la parte que se tiende mas pasa de treinta y cinco leguas, por la que mas se estrecha tiene mas de veinte. Divídese en tres partes, los de aqueude y allende Tajo, y la comarca que está entre Duero y Miño, que es la mas fértil y alegre, do está situada la antigua ciudad de Braga; de

la una parte de Tajo está Lisboa, de la otra Eborá, todas tres ciudades arzobispales. El terreno por la mayor parte es estéril y delgado, tanto, que de ordinario se sustentan de acarreo ó por la mar. La gente es muy deseosa de honra y muy valiente entre todas las de España, señalada en la templanza del comer y del vestido, dada á la piedad y á los estudios de sabiduría, de toda humanidad y policía. Una parte pequeña desta provincia, que los reyes de Castilla tenían ganada de moros, se dió á don Enrique de Lorena, como queda dicho de suso, con nombre de conde y en dote con doña Teresa, su mujer, que fué hija, bien que fuera de matrimonio, del rey don Alonso el Sexto. Sus hijos, don Alonso, doña Elvira y doña Sancha; don Enrique, su padre, teniendo ya estos hijos despues de la muerte de Jofre, rey de Jerusalem, encendido en deseo de ayudar á Balduino, hermano del difunto, que era de su nacion y aun su deudo, como algunos piensau, pasó por mar á la Tierra-Santa, consejo y acuerdo, si se miran las razones humanas, ni prudente ni recatado, por dejar á su mujer y hijos en peligro y tener tanto que hacer en su tierra contra los moros. Su ida no fué de algun efecto notable en levante; así, dió la vuelta á España. Vuelto, trató con el arzobispo de Toledo don Bernardo, á cuyo cargo por ser primado estaba el estado de las cosas eclesiásticas, que las ciudades de Braga, Coimbra, Viseo, Lamego y Porto, que caian todas en su distrito, volviesen á su antigua dignidad y pusiesen en ellas obispos. La reparacion de Braga y qué ciudades tenia sujetas mejor se entenderá por una bula de Calixto II, cuyo fragmento me pareció engerir en este lugar, que dice así: «Que la iglesia de Braga haya antiguamente sido insigne en los reinos de España por muchos títulos de dignidad y gloria esclarecida, así los indicios de su antigua nobleza como los testimonios de antiguas escrituras lo comprueban. Pero porque quiso Dios castigar los pecados del pueblo que en ella vivia con la entrada de los moros ó moabitás, así la dignidad arzobispal fué diminuida, como confundidos los términos de sus parroquias. Mas despues de largos espacios de tiempos, la divina misericordia de nuevo se ha dignado restituir la metrópoli y librar en gran parte las parroquias de la tiranía de los infieles. Por donde nuestro predecesor, de santa memoria, el papa Pascual, la restituyó enteramente en su antigua dignidad, y la tornó á juntar todos sus miembros por el privilegio de la Sede Apostólica. Nosotros pues, siguiendo sus pisadas, hermano carísimo y coepiscopo nuestro de la iglesia de Braga, Pelagio, do por voluntad de Dios presides, por la escritura deste presente privilegio confirmamos la misma ciudad de Braga toda con el coto ó término entero que á la misma iglesia dieron el conde don Enrique y doña Teresa, su mujer, como se contiene en la descripcion del sobredicho señor. Y á la misma metrópoli de Braga restituímos la provincia de Galicia, y en ella las ciudades catedrales; item Astorga, Lugo, Tuy, Mondoñedo, Orense, Portu, Columbria y los pueblos que hoy tienen nombre de obispales, que son: Viseo, Lamego, Egítania, Britonia, y con todas sus parroquias.» Hasta aquí son palabras de Calixto. Catorce años antes deste tiempo en que vamos pasó desta vida don Enrique en Astorga, ciudad de Galicia, donde era ido para sosegar las guerras civiles de

Castilla y Aragon. Su cuerpo sepultaron en Braga en una capilla humilde; que la grandeza ó locura de los sepulcros que hoy se usan y de los gastos intolerables que en esto se hacen no se habia introducido en aquella edad. La condesa doña Teresa, su mujer, despues de muerto su marido, no tuvo mucha mas cuenta con la honestidad que su hermana doña Urraca, porque casó con el conde de Trastamara Fernan Paez, casamiento por lo menos humilde, si ya no fué del todo ilícito por ser clandestino. Dicen otros que tuvo conversacion con un hermano del mismo, llamado Bermudo, y que, sin embargo, le dió por mujer á doña Elvira, su hija; y la otra hija, llamada doña Sancha, casó con Fernando de Meneses. Pudo ser que por odio se impusiesen falsamente algunas cosas de las sobredichas contra la honestidad desta Señora. La verdad es que Fernan Paez alcanzó mucha cabida con la Condesa, y gobernaba lo mas alto y lo mas bajo, y lo trastrocaba todo á su voluntad. El hacia la guerra, él gobernaba en tiempo de paz sin hacer caso de su antenado. Sufrió él con paciencia este desaguizado y la mengua de su casa por la poca edad que tenia; pero adelante, como quier que por el odio y torpeza de su madre se le arrimase mucha gente, determinó de tomar las armas. No se descuidó su padrastro, hicieron levas de gente, diéronse vista y juntáronse los campos. Dióse la batalla en la vega de Santibañez, cerca de Guimaranes, que se entiende fué la antigua Araduca, asentada do se juntan los rios Avo y Viscella. Quedó la victoria por don Alonso, y con ella hobo en su poder á Fernan Paez y á doña Teresa, su madre. Al padrastro soltó sobre pleitesía que saldria de todo Portugal, á su madre puso en una estrecha prision. Ella, embravecida por aquel desacato, envió á convidar y rogar al rey de Castilla, su sobrino, la ayudase contra los intentos crueles de su hijo. Prometióle de darle el condado de Portugal, que era muy justo quitar á su hijo por su inobediencia. Condescendió el de Castilla á los ruegos de su tia, sea por compasion y lástima que la tenia, ó con deseo de ensanchar su señorío. Juntó un buen ejército, con que se metió por las tierras de Portugal; acudió su primo, dióse la batalla, que fué muy herida, en la vega de Valdeves, puesta entre Monzon y la puente de Limia. Fueron los castellanos vencidos y forzados á retirarse á Leon. El orgullo que por causa desta victoria cobraron los portugueses fué tan grande, que sin mirar lo de adelante y sin tener cuenta con sus pocas fuerzas, se tenían y publicaban por libres y exemptos del señorío de Castilla. El rey don Alonso, con deseo de satisfacerse y reprimir la lozanía de los contrarios, juntado que hobo mas fuerzas, revolvió sobre Portugal con mayor furia que antes. Los portugueses, por no tener fuerzas bastantes, se encerraron dentro de Guimaranes para con la fortaleza de aquella plaza defenderse del enemigo poderoso y bravo. Pusieronse los castellanos sobre ella, determinados de no partirse de allí antes de tomalla y vengar la afrenta pasada. Estaba dentro con el Infante, que otros llaman duque de Portugal, Egas Nuñez, su ayo, persona de mucha prudencia, y que con su buena crianza cultivó maravillosamente el buen natural de aquel Príncipe, y fué causa que sus buenas inclinaciones se mejorasen y diesen el fruto de virtudes aventajadas. Este caballero, habida licencia, salió á

verse y hablar con el Rey; díjole tales razones, que le ablandó y inclinó á que se hiciesen paces. Las condiciones fueron las que el mismo Egas quiso otorgar; con tanto se alzó el cerco. Añaden los historiadores de Portugal, á cuya cuenta se pongan estas cosas, que pasados algunos años, como don Alonso el de Portugal mostrase estar olvidado y no querer cumplir lo que su ayo en su nombre asentara, que se partió para Toledo, y llegado á la presencia del Rey, con un dogal al cuello se le presentó delante. Díjole: Tomad, señor, con mi muerte emienda de la palabra y homenaje que contra mi voluntad os han quebrantado. Reparó el Rey con espectáculo tan extraordinario, movióse á misericordia por las lágrimas y aquel traje de persona tan venerable, perdonóle lo hecho, dado que no le quiso honrar, por sospechar algunos que debajo de aquella apariencia podía haber algún trato doble y engaño.

CAPITULO XIV.

De las guerras que el rey de Castilla hizo contra los moros.

Este fué el fin que tuvo por entonces la guerra de Portugal; los que tienen mayor cuidado en rastrear y ajustar los tiempos, piensan que concurrió con el año de nuestra salvacion de 1126, en el cual año la reina doña Urraca y el arzobispo de Toledo, don Bernardo, fallecieron casi en un mismo tiempo. La Reina en el castillo de Saldaña ó en Leon, como antes se dijo, reventó en la iglesia de San Isidro. Concuerdan las historias en el dia de su muerte, que fué á 7 de marzo; la *Historia compostellana* dice á 10, sexto de los idus, y que finó en tierra de Campos. Su cuerpo sepultaron magníficamente en Leon. Don Bernardo, como se saca de diversos papeles de la iglesia de Toledo, si bien señalan un año antes deste, falleció en Toledo á los 3 de abril, cargado de años y de edad, asaz esclarecido por las cosas que hizo y por él pasaron. Sepultáronle en la misma ciudad en la iglesia mayor con una letra, conforme al tiempo algo grosera, que comenzaba por estas palabras:

PRIMERO BERNARDO FUÉ AQUÍ PRIMADO VENERANDO.

Verdad es que el arcediano de Alcor dice que está enterrado en el monasterio de Sahagun junto al lucillo del rey don Alonso el Sexto. Fué arzobispo por espacio de cuarenta años. Doce años antes que falleciese, los *Anales de Sevilla* dicen ocho, con sus gentes y á sus expensas ganó de moros la villa de Alcalá, en aquella sazón puesta de la otra parte del rio de Henáres en un recuesto áspero que se levanta sobre la misma ribera. Los reales del Arzobispo se asentaron en un collado mas alto y como padrastro, que al presente se llama de la Vera-Cruz. Desde allí los fieles apretaron á los moros y los trabajaron de tal guisa, que fueron forzados á desamparar el lugar, magüer que era muy fuerte. Por esta causa desde aquel tiempo quedó cuanto á lo temporal y espiritual por los arzobispos de Toledo: Sucedió á don Bernardo don Raimundo ó Ramon, obispo á la sazón de Osma; vinieron en su eleccion, primero el clero de Toledo que la votó, despues el papa Honorio. En cuyo tiempo los obispos, abades y señores del reino se juntaron en Palencia, y con ellos el nuevo prelado de Toledo, que se llamaba primado y aun legado de

la Sede Apostólica, según que se halla en la *Historia compostellana*. Debió de ser de solo nombre, porque el que presidió y por cuya autoridad se juntó este Concilio fué don Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, por título de legado, ca la legacía que tuvo don Bernardo, como lo nota el arcediano de Ronda, no se dió á su sucesor, sino á este don Diego Gelmírez, y despues dél á Juan, arzobispo de Braga, el cual muerto, dice no se dió á otro ninguno. En Palencia se hallaron presentes el Rey y la Reina. Abrióse el Concilio al principio de la cuaresma del año 1129. En él, demás de otras cosas, hallo que se establecieron dos muy notables: la primera, que no se recibieran ofrendas ni diezmos de los descomulgados; la segunda, que no se diesen las iglesias á los legos, quier fuese con color de prestimonio, quier de vilicacion, de donde se puede entender el principio y origen que los beneficios llamados préstamos tuvieron en España, que eran como mayor-domos de las iglesias. Expidió eso mismo el Rey un privilegio, en que á ejemplo de su tío el pontífice Calixto, dice que trasiada de Mérida, luego que fuere recobrada de moros, los derechos reales á la ciudad de Santiago. Poco despues el cardinal Humberto, que vino á España por legado, juntó en Leon otro concilio de obispos para tratar del matrimonio del Rey, que algunos pretendian era inválido. Casóse el rey don Alonso el segundo año despues de la muerte de su madre, con doña Berenguela, hija de Ramon Berenguel, conde de Barcelona. Celebráronse las bodas en Saldaña por el mes de noviembre; tuvo en ella los años siguientes á sus hijos don Sancho, don Fernando, doña Isabel y doña Sancha. Constaba que doña Berenguela tenia deudo con su marido por la linea de los reyes de Castilla y asimismo por la de los condes de Barcelona. Tratóse el negocio, y hiciéronse los autos acostumbrados; venidos á sentencia, los obispos pronunciaron que aquel parentesco no era en alguno de los grados prohibidos por la Iglesia y por derecho. El emperador don Alonso era bisnieto de don Fernando, rey de Castilla. Doña Berenguela, tercera nieta de su hermano don Ramiro, rey de Aragon, por via de su hija doña Teresa, que casó en la Proenza, y fué madre del conde Gilberto, padre de doña Dulce, que casó con Ramon Berenguel, conde de Barcelona ya dicho. Conforme á esto el deudo era en cuarto y quinto grado y no mas. Concluido esto pleito, las fuerzas del reino se enderezaron contra moros. Hizo el Rey entrada en las tierras de los infieles por la parte del reino de Toledo. Púsose sobre Calatrava, cuyos moradores hacian grandes daños en los campos comarcanos, apretóse el cerco, que fué largo; en fin, se ganó, y el Rey la entregó al arzobispo de Toledo para que fuese señor della y la tuviese á su cargo. El crédito y fama de los caballeros templarios, de su valor y esfuerzo no tenia par; por esta causa el Arzobispo les entregó aquella plaza. Así lo afirman los mas autores, puesto que algunos piensan que estos caballeros no fueron los templarios, sino otros que, tomada la señal de la cruz á imitacion de la guerra que se hacia en la Tierra-Santa, seguian á sus expensas los reales de los cristianos con celo de hacer daño á los moros y intento de ganar la indulgencia á los tales concedida por los papas. Ganáronse desta vez por aquella comarca Alarcos, Caracuel, que Antonino en su *Itinerario* llama Carcuivio,

Mestanza, Alcudia, Almodovar del Campo, y en la misma Sierramorená ganaron el lugar de Pedroche. Lo demás parecia sería fácil de conquistar por el gran miedo que se apoderara de aquella gente infiel; pero la sazón del tiempo, que era tarde, reprimió los intentos del Rey. Pasado el invierno, sacó las gentes de sus alojamientos, con que por los desiertos de Cazlona, que es parte de Sierramorená, rompió por el Andalucía talando, saqueando y robando por todas las partes. Cercaron á Jaen, mas no la pudieron tomar; dado que por todo el tiempo del invierno estuvieron sobre aquella ciudad; la fortaleza de los muros y esfuerzo de los cercados hizo que no se pudiese entrar. Tenia por aquella sazón el imperio de los almoravides en Africa y en España Albohali, hijo de Ali, nieto de Juzef, príncipe de menor poder y fuerzas que sus antepasados por causa de las guerras civiles que andaban encendidas entre los moros. Era esta buena ocasion para dañarle y hacerle guerra. El suegro del rey don Alonso, conde de Barcelona, falleció el año de 1134; dejó por señor de Barcelona y de Carcasona y de Rodés, ciudades de Francia que eran de su señorío, á su hijo mayor don Ramon. A don Berenguel, su hijo segundo, mandó los condados de la Proenza y de Aimillan. Doña Cecilia, su hija, casó con don Bernardo, conde de Fox; con Aimerico, conde de Narbona, casó otra su hija, cuyo nombre no se sabe. Las demás hijas que tenia, quedaron encomendadas á don Berenguel, su hermano, que casaron en Francia con otros grandes personajes. El año que se siguió no tuvo cosa que de contar sea, salvo que el rey don Alonso volvió de la guerra de Andalucía alzado el cerco de Jaen; y don Sancho, hijo del Rey, fué armado caballero el mismo día del apóstol san Matía en Valladolid con la ceremonia muy solemne que en aquellos tiempos se acostumbraba. Su mismo padre le armó de todas armas y le ciñó la espada, que era muestra de darle por mayor de edad y emanciparle; servia otrosí de espuelas para que con grande ánimo remedase las virtudes y valor de sus antepasados, y á su ejemplo pretendiese ganar honra, prez y renombre inmortal en servicio de Dios y de su patria.

CAPITULO XV.

Cómo don Alonso, rey de Aragon, fué muerto.

Este era el estado de las cosas en Castilla y en Portugal. En Aragon, como habian comenzado, tenian buen progreso. Los pueblos y castillos cercanos de los moros se ganaban, y el señorío de aquella gente infiel iba cuesta abajo. Toda la Celtiberia quedó por los nuestros; asimismo Molina en la misma comarca, que ya era tributaria á los cristianos, fué forzada á rendirse. A la ciudad de Pamplona se añadió el arrabal llamado de San Saturnino, en que pusieron franceses con derecho que se les dió de naturales y ciudadanos. Concedióseles otrosí que tuviesen por leyes el fuero de Jaca, y conforme á él en particular y en comun se gobernasen y sentenciasen los pleitos. Estaban los moros muy extendidos y enseñoreados de las riberas del mar por la parte que en ella desagua el rio Ebro; desde allí hacian daño con correrías y cabalgadas en los pueblos y campos comarcanos. Para reprimillos tenian necesidad de flota, y así, el Rey mandó hacer muchas barcas y bajeles en

Zaragoza; y consta que antiguamente en el imperio de Vespasiano y de sus hijos, reparadas y enderezadas y acanaladas las riberas de Ebro, se navegaba aquel rio hasta un pueblo llamado Vario, que demarcan no léjos de do al presente está la ciudad de Logroño, sesenta y cinco leguas de la mar; grande comodidad para los tratos y comercio. Mequinencia, que se entiende es la que César llamó Octogesa, pueblo fuerte por su sitio y por las murallas, está asentado en la parte en que los rios Cinga y Segre se juntan en una madre. Deste pueblo al presente se apoderó el rey de Aragon, ecliada dél la guarnicion de moros que dentro tenia. Toda esta prosperidad y alegría se trocó en lloro y se añubló por una desgracia, que sucedió sin pensar, muy grande. Es así que de ordinario las cosas de la tierra tienen poca firmeza, y el alegría muchas veces se nos agua, porque de la prosperidad, unos toman ocasion de descaidarse, otros de atreverse demasiado; lo uno y lo otro hace que se trueque la buenandanza en contrario. El caso pasó desta manera. Fraga, pueblo de los ilergetes, á la cual Ptolemeo llama Gállica Flavia, mas conocido por el desastre desta guerra que por otra cosa alguna que en él haya, está asentado en un altozano y monte de tierra, que por delante, comido con las corrientes y crecientes del rio Cinga, hace que la entrada sea áspera, de guisa que pocos se la pueden á muchos defender. Por las espaldas se levantan unos collados no ásperos y todos cultivados, pero tan pegados con el pueblo, que impiden no se pueda batir con los ingenios ni aprovecharse de la artillería. El Rey, despues que tomó á Mequinencia, animado con aquel suceso, con intento de pasar adelante en sus conquistas, se metió por la tierra de los ilergetes el rio de Segre arriba, en que entra el rio Cinga; quedaba por aquellas partes lo mas dificultoso de la guerra, por ser los pueblos muy fuertes y por que los moros en gran número se retiraran á aquellos lugares para salvarse. Los reyes de Lérida y de Fraga con tan gran concurso de gente cobraron por esta causa muchas fuerzas, y comenzaban á poner espanto á los cristianos. Los reales del Rey se asentaron sobre Fraga el mes de agosto del año de Cristo de 1133. La esperanza y aparato fué mayor que el provecho; el tiempo del año, que comenzaba el invierno, y por tanto las ordinarias lluvias, forzaron á despedir el ejército, y envalle á invernar, con órden que de nuevo se juntasen al principio del verano. Volvieron al cerco por el mes de febrero, no con menor esfuerzo ni con menor ejército que antes. Gastáronse en él los meses de marzo y abril, sin hacer efecto que de contar sea, por estar los moradores apercebidos de todas las cosas, almacén y municiones contra la tempestad que les amenazaba; y con la esperanza que tenian de ser socorridos llevaban en paciencia los daños de la guerra y los trabajos del cerco. Abengamia, rey de Lérida, con gentes que juntó de todas partes vino al socorro de los cercados. Dióse la batalla cerca de Fraga el día de las santas Justa y Rufina. Los fieles se hallaban cansados con la guerra, y eran en pequeño número, por quedar buena parte en guarda de los reales, ca temian no fuesen de los de dentro acometidos por las espaldas; los moros entraban en la pelea de refresco y muy feroces. Perecieron muchos cristianos en aquella batalla. Esta pérdida no fué parte para que el cerco se alzase á causa que el daño de los

moros no fué mucho menor. El Rey, todavía temeroso de mayor peligro, se partió á la raya de Castilla para juntar nuevas gentes en Soria y su comarca. Con esta traza y socorro corrió los campos de los enemigos, sin parar hasta dar vista á Monzon. Iba en pos de los demás no muy léjos el mismo Rey con una compañía de trecientos de á caballo. Este escuadrón encontró acaso con un gran número de la caballería enemiga, que le rodeó por todas partes. El Rey, visto el peligro en que se hallaba, con pocas palabras que dijo animó á los suyos á hacer el deber. «Que se acordasen que eran cristianos, y con su acostumbrado esfuerzo acometiesen á los enemigos; que el atrevimiento les serviría de reparo, y en el miedo estaría su perdicion. Con el hierro, dice, y con la fortaleza saldréis deste aprieto, no pongais en al vuestra esperanza; y si á vuestra valentía la fortuna no ayudare, y Dios que lo puede todo y acorre á los suyos en semejantes aprietos, procurad á lo menos de vender caras vuestras vidas, y no hagais con rendiros afrenta á vuestro valor y fama; antes con las armas en las manos y con el esfuerzo que conviene morid como buenos si fuere necesario.» Vinose luego á las manos. Los fieles, conforme al aprieto en que estaban, peleaban valientemente. El Rey andaba entre los primeros; señalábase por su esfuerzo, por la sobreveste y lucidas armas que llevaba; así, los golpes y tiros de los moros se enderezaban contra él. Diéronle tanta priesa, que en fin le mataron. Los demás, perdido su caudillo, parte como buenos murieron en la demanda, parte se salvaron por los piés. Desta manera pasó aquel encuentro tan desgraciado, si bien de la muerte del Rey se levantaron despues diversos rumores. El vulgo en casos semejantes suele trovar y inventar varias consejas; los unos de buena gana creen lo que desean, los otros á lo que oyen añaden siempre algo para que las nuevas sean mas alegres ó menos pesadas. Algunos decian que cansado de vivir, perdida aquella batalla, se fué á Jerusalem; otros escribieron que el cuerpo, comprado por dineros, fué sepultado en el monasterio de Montaragon. El mas acertado parecer, que cayó en aquel desastre por poner las manos con codicia en los tesoros de las iglesias, dado que el arzobispo don Rodrigo y las historias de Aragon alaban á este Rey de religioso, pio y manso. Lo que yo entiendo, y tiene mas probabilidad, es que su cuerpo no se pudo hallar por ser grande el número de los muertos, y que esta fué la causa de las varias opiniones que resultaron. Lo cierto que aquella desgracia sucedió cerca del lugar de Sariñena, á 7 de setiembre del año que se contó 1134. Fué este Principe gran capitán, en ánimo, valor, fortaleza sin par, gran gloria y honra de España, Trató batalla con sus enemigos por veinte y nueve veces, como lo afirma un autor antiguo, y las mas salió vencedor; reinó por espacio de treinta años. Otorgó su testamento tres años antes de su muerte en sazón que tenia sitio sobre Bayona de Francia, que dicen nuestras historias la tomó, y que en aquel cerco el conde don Pedro de Lara hizo campo con Alonso Jordan, conde de Tolosa, y que el de Lara quedó allí muerto. Aquel testamento fué muy notable y que dió mucho que decir, y aun ocasion á muchas revueltas y debates. Hizo en él mandas de muchos pueblos y castillos á los templos y monasterios de casi toda España; porque no tenia hijos dejó por herederos de

todos sus estados á los templarios y á los hospitalarios y tambien á los que guardaban el santo sepulcro de Jerusalem, para que aquellas tres órdenes de caballería los repartiesen entre sí, ejemplo de liberalidad, murmurada mucho de los presentes, y de que no menos se maravillaron los de adelante. Era tan grande el deseo que todos tenian de ayudar á la guerra que se hacia en la Tierra-Santa para que se conservase y aumentase lo ganado, que á porfia varones y mujeres, príncipes y particulares, daban para este efecto pueblos, castillos, heredades. Remata el dicho testamento con graves maldiciones que echa contra los que intentasen innovar algo en lo que dejaba mandado. Pero sin embargo, los aragoneses y navarros se juntaron en Borgia, puesta á la raya de Navarra, para nombrar rey. Era señor de aquella ciudad, por merced del Rey muerto, don Pedro de Alarés, varon muy ilustre, y como algunos sospechan mas que prueban, decendia de la casa real. Sus partes sin duda eran muy aventajadas y muy grande la voluntad que el pueblo le tenia. Parecia que sin contradiccion le alzarían por rey, y fuera así si no se desabriera, con la soberbia y arrogancia de que comenzó á usar, gran parte de los señores y ricos hombres. El apresurarse es á muchos ocasion de perder lo que tenian en la mano. Los varones prudentes consideraban cuál seria, hecho rey, el que siendo particular era intolerable. Atizaba á los demás en esta razon un hombre muy noble y de grande ingenio, por nombre Pedro Tizon, cuya autoridad y consejos como siguiesen los otros y en este parecer se conformasen, sin concluir se partieron de las Cortes. Los navarros aborrecian el señorío de los aragoneses, y juzgaban que siempre á los despojados fué lícito recobrar de los tiranos ó de sus sucesores lo que injustamente les tomaron. Por esto hicieron sus juntas aparte, y á persuasion de Sancho Rosa, obispo de Pamplona, alzaron por su rey á don García, que venia de sus antiguos reyes, ca era hijo de don Ramiro, nieto del rey don Sancho, que dijimos fué muerto por su hermano don Ramon. Así, por voto comun de la gente fué nombrado por rey en Pamplona. Al contrario, los aragoneses en Monzon, de se juntaron, declararon por rey á don Ramiro, hermano del Rey muerto, aunque monje y de abad de Sahagun, electo obispo primero de Búrgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro. La corona que le dieron en Huesca juntó con la cogulla, y con la mitra la púrpura real, cosa en todo tiempo de grande maravilla. Conformáronse en este acuerdo, á lo que sospecho, por no poderlo excusar, no solo por ser el mas cercano en dendo á que el pueblo se inclinaba, sino por evitar la guerra que amenazaba si contrastaran al que desde supo la muerte de su hermano se llamó luego rey. Hay escritura y instrumento original en que se halla que luego por el mes de octubre se llama rey y sacerdote, su data en Barbastro. No pararon en esto las aliciones del pueblo; magüer que era de mucha edad, tanto, que mas de cuarenta años eran pasados despues que tomó el hábito en el monasterio de Tomer, le forzaron para tener sucesion á casarse con dispensacion, como se debe creer y lo dicen autores, del romano pontífice Inocencio II. De donde resultó otra maravilla, ser uno mismo monje, sacerdote, obispo, casado y rey. Casó con doña Inés, hermana de Guillon, conde de Potiers y de Guiena, el

cual dos años adelante murió en Santiago de Galicia, do vino por su devocion en romería. Su hija mayor, por nombre Leonor, casó por mandado de su padre con Luis, rey de Francia, llamado el mas Mozo. Desta señora despues de tener dos hijas se apartó por decreto del papa Eugenio III, á causa que eran parientes. Hecho este divorcio, casó de nuevo el Francés con doña Isabel, hija de don Alonso el Seteno, emperador y rey de Castilla. Doña Leonor casó con Enrique, duque de Anjou y Normandía, que adelante fué rey de Inglaterra, y juntó lo de Potiers y Guiena ó Aquitania con aquel reino; ocasion de que resultaron largas y crueles guerras que se hicieron aquellas dos naciones, para toda la Francia perjudiciales, feas y malas para toda la cristiandad.

CAPITULO XVI.

De nuevas guerras que hobo en España entre los príncipes cristianos.

Por la eleccion de los reyes don García y don Ramiro resultaron grandes alteraciones, levantóse cruel tormenta de guerras, y los reinos de Navarra y Aragon, como la nave en el mar alterado, cuando mayor necesidad tenían de piloto y gobernalle, entonces se hallaban mas desamparados y faltos de toda ayuda, á causa de las pocas fuerzas que tenia don García y por la mucha edad y vejez de don Ramiro. El rey de Castilla pretendía y publicaba que el uno y el otro reino pertenecian á su corona. El derecho que para esto alegaba se tomaba de su tercer abuelo don Sancho, rey de Navarra, por sobrenombre el Mayor; pretension no muy fuera de camino, que las órdenes militares, á las cuales don Alonso, rey de Aragon, nombró por sus herederos, de todos eran excluidas, pues no era razon ni conforme á las leyes que alguno subiese á la cumbre del reino que no fuese de la alcuña y sangre de los reyes antiguos. Estas razones y otras semejantes ventilaban los legistas en sus rincones y por las plazas; los mejores y mas fuertes derechos de reinar, que son de ordinario las fuerzas y poder, estaban el rramente por el de Castilla, sin que le faltasen aficionados en el un reino y en el otro en tiempo tan revuelto y tanta diversidad de pareceres. Pues porque no pareciese faltaba á la ocasion, con todas sus gentes rompió por la Rioja, y por aquella parte se apoderó de las plazas y castillos que don Alonso, su padrastró, desde Villorado hasta Catahorra, primero por fuerza, y despues por virtud del asiento que últimamente tomaron, le tenia usurpados; estos fueron las ciudades de Najara y Logroño, Arnedo y Viguera, sin otros lugares de menor cuantía. Demás desto, en Vizcaya y en aquella parte que se llama Alava puso sitio sobre Victoria, que le defendieron valientemente los naturales de manora, que no la pudo entrar, si bien al rededor della se apoderó de otros pueblos. Con esto el rio Ebro quedó desta vez por raya entre los dos reinos de Castilla y de Navarra. Grande era la alteracion de las cosas; muchos, así señores seglares como obispos, seguian el campo del Rey; en este número se contaban Bernardo, obispo de Sigüenza; Sancho, de Najara; Boltran, de Osma. Ayudaban otrosi con sus gentes don Ramon, conde de Barcelona; Armengol, conde de Urgel; Alonso Jordan, de Tolosa; Rogerio, de Fox; Miro, de Pallas, sin otro gran número de señores

extraños, que todos estaban á su devocion. Con tantas ayudas que de todas partes acudian, el Rey, concluido lo de la Rioja y Vizcaya, revolvió luego sobre Aragon con tanto denuedo y presteza, que el próximo mes de diciembre estaba apoderado de todo lo que de aquel reino está desta parte de Ebro. El rey don Ramiro no se hallaba apercebido para contrastar á tan grande poder, y no menos se recelaba de sus pocas fuerzas que de las voluntades de algunos de sus vasallos. Acordó retirarse á lo de Sobrarve para con la fragura y maleza de aquellos lugares entretenerse y esperar mejores temporales ó que se viniese á concierto, á que él mucho se inclinaba, á tal que fuese honesto y tolerable. Andaba de por medio para concertar estas diferencias Oldegario, arzobispo de Tarragona, persona de grandes prendas y mucha autoridad. El trabajo era grande, pequeña la esperanza de hacer efecto, por las grandes dificultades que se ofrecian, y la mayor, que ninguno se contentaba con la parte por la codicia y esperanza que tenia de salir con el todo. El de Navarra, resuelto de concertarse y tomar algun asiento por lo que le tocaba, sobre seguro vino á Castilla. En una junta y Cortes muy grandes que se tuvieron en la ciudad de Leon, se hallaron presentes el rey don Alonso de Castilla, doña Berenguela, su mujer, y doña Sancha, su hermana, y el mismo don García, rey de Navarra, sin otros grandes señores y personas de cuenta. En estas Cortes se acordó que el de Castilla tomase titulo y armas de emperador. Parecíales pues tenia por sujetos y feudatarios los aragoneses, los navarros, los catalanes con parte de la Francia, que bien le cuadraba aquella corona y majestad. Coronóle el arzobispo de Toledo. Tenia á manderecha al rey de Navarra, y al otro lado el obispo de Leon, llamado Arriano. Dió su consentimiento el Papa, segun que lo testifican nuestras historias, es á saber, Inocencio II, que en aquella sazón tenia el gobierno de la Iglesia, dado que apenas se puede creer quisiese hacer tan grande befa á Alemania; si ya no fué que con nombrar nuevo emperador en España quiso castigar y satisfacerse de las insolencias y desacatos muy grandes y ordinarios de aquellos emperadores. Hizose este auto tan solemne en Santa María de Leon, el mismo dia de la Pascua de Espíritu Santo del año de 1135, como lo testifica un escritor de aquel tiempo y se entiende por los actos de aquellas Cortes. Despues desto, el nuevo Emperador se tornó á coronar en Toledo, bien que no se sabe en qué dia ni año. Destas dos coronaciones resultó, á lo que se entiende, la diversidad de opiniones y que unos escribiesen que se coronó en Toledo, otros que en Leon. En los archivos de Toledo hay un privilegio que concedió el rey don Alonso á esta ciudad; allí dice que tomó la primera corona del imperio en Leon, palabras de que con razon se saca que á imitacion de los emperadores de Alemania, que se coronan por tres veces, quiso el nuevo Emperador coronarse primera y segunda vez en diversas partes. Autor de aquel tiempo dice que se coronó tres veces; la primera en Toledo, dia de Navidad; la segunda en Leon, y que la corona de oro la tomó en Compostella; todo á imitacion de los emperadores de Alemania. Lo cierto es que si bien algunos otros reyes de España acometieron antes deste tiempo á tomar apellido de emperador, este Príncipe, entre todos ellos,

conserva este sobrenombre, que vulgarmente le llaman don Alonso el Emperador. Asimismo se tiene por cosa averiguada que la ciudad de Toledo desde este tiempo comenzó á usar de las armas que hoy tiene, que es un emperador asentado en su trono con vestidura rozagante, el globo del mundo en la mano siniestra, y en la derecha una espada desnuda. Antes desto tenía dos estrellas por armas, y despues un leon rapanante. Comenzóse otrosí á llamar ciudad imperial, como se tiene comunmente por tradicion; demás que del rey don Juan el Segundo hay una escritura ó cédula real en que le dá ese apellido. San Bernardo en una carta que escribe á la infanta doña Sancha la llama hermana del emperador de España. Fué esta señora muy pia; murió sin casarse; llamábase Reina porque su hermano le dió este apellido desde el principio de su reinado. Demás desto Pedro, abad cluniacense, en una carta que escribe al mismo papa Inocencio II, usa deste principio: «El emperador de España, gran príncipe del pueblo cristiano, devoto hijo de vuestra majestad, etc.» Ruégale en aquella carta venga en que el obispo de Salamanca se traslade á Santiago de Galicia y que condescienda en esto con el deseo del clero y pueblo de aquella ciudad que lo pedia. Este obispo era Berengario, que cuatro años adelante, por muerte de don Diego Gelmírez, fué elegido en segundo arzobispo de la iglesia de Santiago. Volvamos al Emperador. Luego que tomó aquel título, nombró á sus hijos por reyes; á don Sancho, el hijo mayor, señaló el reino de Castilla, y á don Fernando, el menor, el de Leon, con que dejó divididos sus estados; resolucíon poco acertada, que siempre se tachará, y sin embargo, se usará muchas veces por tener los padres mas cuenta con la comodidad de sus hijos que del bien comun. No se descuidaban los prelados y señores que tomaran la mano en concertar las diferencias susodichas de apretar y llevar adelante estas prácticas. Lo de Aragon aun no estaba sazonado; concertaron despues de mucho trabajo que los reyes don Alonso y don García se juntasen de nuevo para tratar de sus haciendas en el lugar de Paradilla, puesto á la ribera del rio Ebro. Allí se vieron el día señalado, que fué á 27 de setiembre. Hallóse presente la reina doña Berenguela, ya emperatriz. Concertóse la paz con esta condicion: Que por don García quedase el reino de Navarra y demás del todo lo que el Emperador tenía conquistado del reino de Aragon, á tal que tuviese todo su estado como feudatario y moviente de Castilla. Demás desto, se asentó que los dos juntasen sus fuerzas contra don Ramiro para quitalle el reino que tenía á tuerto usurpado, como ellos decían. Con este concierto los aragoneses y navarros quedaron revueltos entre sí, y se hicieron graves daños. Acudieron á atajar estas diferencias los señores y obispos de aquellas dos naciones. Acordaron se nombrasen tres jueces por cada una de las partes para componer estos debates. Juntáronse en una aldea llamada Vadoluengo, por Aragon, don Cajal y Ferriz de Huesca y don Pedro de Atarés; por Navarra, don Ladrón, don Guillen Aznar y don Jimeno Aznar. Concertaron que se dejasen las armas; que los términos de Aragon y Navarra fuesen los mismos que el rey don Sancho el Mayor dejó señalados, es á saber, los rios Sarazaso, Ida y Aragon hasta que mezclan sus aguas con las de Ebro. Lo de Valderron-

cal y Biozal con otros lugares comarcanos, dado que caian en la parte que adjudicaban á los aragoneses, quedaron en poder de don García por todo el tiempo de su vida; que tendria empero todo su reino y estado como sujeto y feudatario de Aragon, que era lo mismo que tenía concertado y prometido al de Castilla; tan poca firmeza tenía lo que por estos tiempos se concertaba. Para que todo esto fuese mas firme se juntaron los dos reyes en Pamplona. Con esto parecía que las cosas se encaminarian como se deseaba, cuando un caso no pensado lo desbarató todo. Iñigo Aivar, quier por ser así verdad, quier porque le pesaba de las paces, avisó al rey don Ramiro que los navarros trataban de secreto de matale. Como el Rey diese crédito al reporte, disfrazado y de noche se salió de Pamplona, sin parar hasta llegar al monasterio de San Salvador de Leire; de allí se partió mas ofendido que vino, y quitada, mal pecado, toda esperanza de concierto, de nuevo volvieron á rompimiento. Don Ramiro por su edad, no solo de los príncipes, sino tambien del pueblo, parece era menospreciado en tanto grado, que vulgarmente le llamaban el rey Cogulla, y le ponian otros nombres de desprecio. Es el vulgo una bestia indómita, y que ni con beneficios ni por miedo enfrena las lenguas. A ejemplo pues de Periandro, tirano de Corinto, y de Tarquinio, último rey de los romanos, se dice acometió una hazaña digna de memoria para la posteridad, pero cruel y fea para una persona consagrada. Llamó á Cortes los grandes del reino para Huesca, el año 1136. La voz era que quería allí tratar negocios muy graves. Acudieron á su llamado muchos, de los cuales hizo luego matar quince señores, que parecían serle mas contrarios, los cinco de la casa de Luna, los demás de la principal nobleza del reino, cuyos nombres no me pareció era necesario relatarlos en particular. El abad del monasterio de Tomer, con quien comunicó todo esto, refieren le dió este consejo, ca preguntado por los embajadores que el Rey le despachó en esta razon, lo que debía hacer en tan grande revuelta como la en que las cosas andaban, en presencia dellos con una hoz derribó lo mas alto de las coles que en su huerta plantara, sin dar otra respuesta mas que esta, que fué avisalle de lo que hizo. Lo que se dice de don Ramiro y de su atamiento y poca maña no parece creible; que era tan para poco y de tan poca habilidad, que en la guerra, por llevar el escudo embrazado en la izquierda y en la derecha la lanza, regia el caballo y las riendas con los dientes; parece fábula sin propósito. Lo que consta es que fué tenido por hombre poco á propósito para el gobierno, y de menos valor que pedia peso tan grande; de que se tomó ocasion para tramar estas consejas. Por conclusion, como ni á sí mismo satisficiese ni á los otros, enfadado del gobierno, determinado de dejarle, porque ya tenía una hija, que se llamó doña Petronila, en aquellas Cortes de Huesca dió intencion de lo que pretendia hacer, y amonestó á los presentes que pospuesto todo lo al, debían con mucha instancia procurar la amistad del emperador don Alonso, sin hacer mencion alguna de vengar las injurias de los navarros, quier fuese por deseo de la paz, quier por haberse ellos purgado bastante-mente de lo que les levantaron, haber puesto asechanzas á su vida. Don Ramon, conde de Barcelona, fué el que principalmente se puso de por medio para concer-

tar las diferencias entre Castilla y Aragon, como persona que tenia grandes alianzas con el un príncipe y con el otro, demás que le dieron intencion, por medio de don Cajal, hombre principal, de casarle con la infanta doña Petronila y hacerle rey de Aragon. A la ribera de Ebro, tres leguas arriba de Zaragoza, está Alagon; este pueblo señalaron para que los dos reyes se viesen. Acudieron el día señalado, que fué á 24 del mes de agosto. Acordóse que la ciudad de Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon; quedaron por Castilla Calatayud y Alagon, con los demás pueblos que están desta parte de Ebro. Para mayor seguridad deste concierto el rey don Ramiro dió su hija en rehenes, dado que no se pudo alcanzar casase con don Sancho, hijo mayor del Emperador, por estar prometida al conde de Barcelona, que les venia mas á cuenta, por ser gran señor y cueries lo de Cataluña muy cerca. Además, que se entendia alcanzaria del Emperador todo lo que quisiese por el estrecho deudo y amistad que con él tenia. En todo esto, no solo no se hizo caso de la confederacion que por entrambas partes tenian puesta con el rey de Navarra; antes uno de los principales capítulos desta nueva avenencia fué que juntarian las armas de Castilla y Aragon para hacer la guerra al Navarro; mas él, avisado de lo que pasaba, se apercebía de todo lo necesario: príncipe de gran corazon y brio, pues contra las armas de los dos reyes tan poderosos, se atrevió, no solo á mantenerse en su reino, sino á procurar de ensanchallo. Casó con doña Mergelina ó Margarita, hija de Rotron, conde de Alperche, y con ella hobo en dote la ciudad de Tudela. Los privilegios y escrituras de aquel tiempo rezan que reinaba en Pamplona, en Najara, en Alava, en Vizcaya y Guipúzcoa. Ayudáronle mucho los franceses con sus fuerzas, porque Luis, rey de Francia, tuvo por cosa honrosa tomar debajo su amparo y favorecer este nuevo y flaco Rey, ayuda con que el Navarro prevaleció, si bien, segun lo tenian concertado, sin dilacion de todas partes sus contrarios acudieron á las armas. Los campos de Castilla y de Navarra se asentaron cerca de los pueblos Gallur y Cortes; no se vino á batalla por rehusar los unos y los otros de ponerse á semejante peligro. Esto es mas verisímil que lo que se publicó por la fama, es á saber, que por reverencia de la Pascua de Resurreccion, que cayó en aquellos días, dejaron de pelear. Concertóse el casamiento entre don Ramon, conde de Barcelona, y la infanta doña Petronila, á 11 del mes de agosto del mismo año, que se contaba de 1137. Hecho esto, el rey don Ramiro, renunciado el enuidado y gobierno del reino, se recogió en la iglesia de San Pedro de Huesca, deseoso de vida mas susegada. Reservóse solamente el nombre de rey y el poder usar de su autoridad cada y cuando que quisiese. A los alcaides de los castillos y pueblos de todo el reino envió orden para que hiciesen de nuevo homenaje al conde de Barcelona. Y porque en aquellas revueltas y alborotos, como es ordinario, los señores vendieran el servicio que hacian al viejo Rey lo mas caro que podian, por pueblos y castillos que les dió en tan gran número, que divididas las fuerzas del reino y menoscabadas, parecia que al Rey no le quedaba mas que la vana sombra de aquel nombre; se hizo una ley en que todas aquellas donaciones, como ganadas fuera de tiempo, se revocaron y dieron

por ningunas y do ningun valor, mayormente aquellas que se impetraron despues que aquel Rey tomó por yerno al conde de Barcelona. En lo tocante á Navarra se determinó que los linderos de los dos reinos fuesen los que se señalaron en Pamplona y en Vadoluengo en la confederacion que allí se hizo. Don Ramon, luego que se encargó del gobierno de aquel reino y dió asiento en las cosas dél, se fué á ver con el emperador don Alonso; con él en Carrion, pueblo de Castilla la Vieja, trató de reformar las condiciones de la paz que poco antes entre Castilla y Aragon se asentaron. Hizo grande efecto su venida; otorgáronle que todas las tierras de Aragon que están desta parte del rio Ebro quedasen por aquellos reyes como antes las tenian, mas que por ellas fuesen feudatarios de Castilla. Con esto, por el mes próximo de octubre, don Ramon hizo su entrada en Zaragoza; fueron grandes los regocijos y el aplauso del pueblo, que le llamaba padre de la patria, autor de la paz y felicidad del reino. Dió asiento en las cosas de aquella ciudad y de todo lo demás, con que fundó el sosiego tan deseado de todos. En acabar todas estas cosas se señaló mucho Guillen Ramon, senescal de Cataluña, que era lo que ahora llamamos mayordomo mayor; y como tal tenia gran cabida y privanza con el rey don Ramiro. Por sus servicios el conde de Barcelona le hizo merced en Cataluña de la villa de Moncada, principio de donde como de tronco salió y se fundó en aquella provincia la muy noble casa y linaje de los Moncadas.

CAPITULO XVII.

Que don Alonso, príncipe de Portugal, se llamó rey.

De la alteracion ajena tomaron los portugueses ocasion de aumentar su señorío y ganar mayor renombre. Don Alonso, quién dice infante ó príncipe, quién duque de Portugal, por ser, como era, no menos ilustré en la guerra que en la paz, y no cesaba de ennoblecer su estado, acrecentalle y hermosealle de todas las maneras que podia. En la ciudad de Coimbra fundó el monasterio de Santa Cruz, obra muy principal, que escogió para su sepultura. Hizole donacion de Leira, pueblo que por este tiempo se ganó de moros. Principios fueron estos de grandes cosas, porque el año de nuestra salvacion de 1139, con muchas gentes que juntó de todo su estado hizo entrada en tierra de moros, y pasado el rio Tajo, movió guerra á Ismar, rey moro que tenia el señorío de aquellas comarcas. En esta jornada antes que se viniese á las manos falleció Egas Nuñez, ayo del mismo don Alonso, por cuyos consejos hasta entonces se conservaron y gobernaron aquel Príncipe y sus cosas. En la ciudad de Portu hay un monasterio de benitos, llamado vulgarmente de Sosa, fundacion del mismo don Egas, en que se ven las sepulturas deste caballero y de sus hijos. La de doña Teresa, su mujer, está en el monasterio de Cereceda de la orden del Cistel, que asimismo ella fundó á dos leguas de Lamego, á lo que yo entiendo el uno y el otro de los despojos de la guerra. Ismar, avisado del intento que don Alonso llevaba, á toda diligencia levantó y alistó gente en su tierra. Acudiéronle otros cuatro reyes ó señores moros, con que formaron un grueso ejército. Llegaron á vista unos de otros cerca de Castoverde, en una llanura que

á la sazón se llamaba Uriquiu, y al presente Cabezas de Reyes, y pareció á propósito para dar la batalla. Riega aquellos campos el rio de Palma, llamado otro tiempo Chalib; por tierra de Beja, do tiene su nacimiento, lleva poca agua; pero con otros rios que se le juntan, poco á poco se engruesa de tal suerte, que cuando llega al mar y al golfo salaciense, cerca de Alcázar de Sal, tiene hondo bastante para navegarse. Don Alonso, vista la muchedumbre de los enemigos, al principio estuvo congojado; por una parte se le representaba el riesgo á que ponía todo su estado, por otra la afrenta y mengua suya y de los suyos, si volvía atrás, mas pesada que la misma muerte. Venció el deseo de la honra al recato cobarde, en especial que sus soldados dos dias antes que la batalla se diese, que fué á 25 de julio, dia del apóstol Santiago de aquel mismo año, con grande resolucion y regocijo, tan animados estaban, en los reales dieron al principe don Alonso nombre de rey. Esto le hizo de todo punto resolverse y probar la suerte de la batalla, por no parecer, si la excusaba, que amancillaba aquella nueva dignidad y dítado. Llegado pues el dia, ordenadas sus haces en guisa de pelear, les habló en esta sustancia: «Las palabras, amigos míos, no hacen á los hombres valientes. Los corazones que se avivan con el razonamiento del capitán, luego que se viene á las manos vuelven á su natural. El esfuerzo de cada cual en el peligro le descubre. El estado en que todos nos hallamos, bien así como yo, lo veis todos. La muchedumbre de los enemigos y el sitio en que estamos no da lugar para que ninguno pueda volver atrás. Vuestro esfuerzo, valientes soldados, os servirá de reparo. ¿Qué cosa hay mas torpe que poner en los piés la esperanza quien tiene empuñadas las armas? Qué volver las espaldas á los que no se atreverán á mirar vuestros rostros y denuedo? Afuera el miedo y cobardía. La alegría que veo en vos da bastante muestra de vuestro esfuerzo y valor. Yo determinado estoy de cumplir con lo que debo, sea con la muerte, sea con la victoria; lo primero no lo permitirá Dios ni sus santos, lo al en vuestras manos está. Contra esta canalla que tantas veces vencistes al presente habeis de pelear. Los ánimos pues de los enemigos y vuestros será como de vencidos á vencedores; el de ellos bajo, medroso y cobarde, el vuestro alegre y denodado. De mí no esperéis solamente el gobierno, sino el ejemplo en el pelear. Parad mientes no parezca me distes el apellido de rey para afrentarme en este trance.» Dichas estas palabras, dió señal de acometer, mandó que los estandartes se adelantasen; lo mismo hicieron los enemigos. Trabóse una brava pelea, como de los que contendian por la honra, por la vida y por el imperio de todo Portugal. Ultimamente, la muchedumbre de los moros fué vencida por la fortaleza de los cristianos; muchos quedaron muertos, y no pocos presos. Los cinco estandartes de los reyes vinieron en poder de los vencedores. Principio y ocasion de las armas de que usaron en adelante los reyes de Portugal, en escudo y campo azul cinco menores escudos. Otros dan diversa interpretacion, y pretenden que significan las cinco plagas de Cristo, hijo de Dios; pero no sé si con fundamento bastante. En tiempo de don Sancho, segundo deste nombre, rey de Portugal, á las armas antiguas añadieron castillos por ora, no siempre en un mismo número, al presente ponen siete.

Esta fué aquella batalla tan celebrada con razon por los historiadores portugueses, de las mas memorables que se vieron en aquella era, despues de la cual en breve el poder y fuerzas de Portugal se aumentaron en grande manera. Verdad es que todo lo escurecía y afeaba la prision tan larga de su madre. Avisado desto el pontífice Innocencio II, que todavía lo era por estos tiempos, procuró apartalle de aquel propósito y hacer que se reconciasen. Con este intento envió desde Roma con muy grandes poderes al obispo de Coimbra, cuyo nombre no se dice. El no cesó de amonestar al Rey que hiciese oficio de hijo para con su madre; esquivase la mala voz que corría de aquel hecho; que era cosa de muy mala sonada tenella, no solo despojada de su estado y dote, sino privada de la libertad; ninguna causa bastante se podía alegar para hacer tan grande injuria y tal desacato á la que le engendró. Las orejas del Rey estaban sordas á estas palabras; tanta vez tiene la indignacion concebida contra lo á que obliga la ley natural. El Obispo, puesto entredicho en aquella su ciudad, se salió de Portugal. Por esta misma causa vino de Roma cierto cardenal, mas no hizo efecto alguno, antes forzado por las amenazas del Rey, alzó el entredicho que en todo el reino tenia puesto. Era en aquella sazón don Manrique ó Amalarico de Lara muy principal en riquezas y en nobleza, y por merced de los reyes de Castilla era señor de Molina. Don Alonso, rey de Portugal, procuró casarse con una hija deste caballero, que se llamaba Malfada. Quién hace á doña Malfada hija ó hermana de Amedeo, conde de Mauriena y de Saboya; y aun debe ser lo mas cierto, atento que el arzobispo don Rodrigo dice que casó con Malfada, hija del conde de Mauriena. Nacieron deste matrimonio don Sancho, doña Urraca y doña Teresa, aquella que casó adelante con Filipe, conde de Flándes. Demás destes hijos tuvo este Rey otro hijo bastardo, llamado don Pedro. Hecho los regocijos destas bodas, volvieron los portugueses á la guerra. Santaren, villa principal de aquel reino, está á la ribera de Tajo. Llegaron de improviso los nuestros, y antes de amanecer sin ser sentidos la escalaron y echaron della los moros. De los despojos desta guerra fundó aquel Rey el monasterio de Alcobaza de monjes bernardos, por voto que hizo al pasar por donde está de havello así, caso que ganase aquella plaza. Sobre el imperio de Africa contendian con gran porfía Albohali, que era del linaje de los almoravides, y Abdelmon de los almohades, nuevo linaje y secta que entre los moros se levantaba. Estas diferencias dieron ocasion que los moros de España fuesen por los nuestros maltratados; á la verdad en esta sazón mas se conservaban por estar los cristianos ocupados en guerras civiles que por su mismo esfuerzo. Y aun por este tiempo en algunas partes gozaban los moros de tanto sosiego, que tenían lugar para darse muy de propósito al estudio de las letras, en especial en Córdoba, madre que siempre fué de buenos ingenios, hobo en esta sazón varones esclarecidos y excelentes en todo género de filosofia. Avicena fué uno, al cual algunos tienen por hombre principal y hijo de rey, otros pretenden que no fué español, ni jamás aportó en España. Averroes fué otro nobilísimo comentador de Aristóteles, él mismo dice de sí que escribía los *Comentarios sobre los libros de Coelo* de Aristóteles

el año 530 de los árabes, que concurre con el año de Cristo de 1433. Avenzoar asimismo fué señalado en aquella ciudad en los estudios de matemáticas y astrología. Esto en Córdoba. En Portugal con gentes que juntaron ganaron los cristianos por fuerza de armas la villa de Siatra, asentada junto al promontorio que los antiguos llamaron Artabro y no lejos de aquella parte por donde el río Tajo desagua en el mar. Era el lugar muy á propósito para llamar socorros extraños. Por esta causa, á persuasión del Rey, vinieron gruesas armadas de Francia, Ingalaterra y Flándes. Las ayudas fueron tales, que se determinó de poner cerco sobre Lisbona, ciudad en aquella comarca muy populosa y lo mas principal de Portugal. Pero antes que declaremos el fin que tuvo este cerco muy famoso, volverémos la pluma á lo que se queda atrás.

CAPITULO XVIII.

Cómo los fieles ganaron á Almería.

Entre tanto que estas cosas pasaban en Portugal, los navarros y aragoneses traían guerras entre sí. Don Alonso el Emperador tenía en su mano la guerra y la paz; el que de los dos reyes fuese el primero á ganar su amistad se prometía seguramente la victoria de su contrario; así, á porfía los unos y los otros la pretendían. El primero, don Ramon, conde de Barcelona, encargado que se vió del nuevo reino de Aragon, y por el mismo caso envuelto en graves dificultades, con intento de granjearle la voluntad y atraello á su parecer, fué á Carrion, villa de Castilla, como queda dicho. La ida no fué en vano, porque alcanzó que Zaragoza, Tarazona, Calatayud y los demás pueblos de la corona de Aragon que están de esta parte de Ebro, y á la sazón tenían guarnicion de castellanos, se le entregasen como á feudatario de los reyes de Castilla. De don García, rey de Navarra, dado que con ordinarias entradas que hacia molestaba los aragoneses por toda la comarca que hay desde Tudela á Zaragoza, por entonces no se hizo mencion alguna; pero dos años adelante, que fué el de 1440, don Ramon, movido por aquellos desaguisados, y confiado en la amistad de don Alonso, vino segunda vez á verse con él en el mismo lugar de Carrion, donde entre aragoneses y castellanos se hizo liga contra el de Navarra, y se concertó que los pueblos de la corona de Aragon que tenían usurpados los navarros volviesen á los aragoneses, asimismo que los que del señorío de Castilla poseían desta parte de Ebro, luego que fuesen ganados del comun enemigo, se restituyesen fielmente á Castilla. Tocante al reino mismo de Navarra, acordaron que la tercera parte quedase por el Emperador, las otras dos partes se adjudicaron á don Ramon con nombre otrosí por ellas de feudatario de Castilla. Repartian los despojos antes de matar la caza. Despedidas estas vistas, como si hobieran tocado al arma, acudieron por ambas partes á la guerra. A don Ramon entretenian otros cuidados; así don Alonso el Emperador fué el primero que ido á Búrgos, con un grueso ejército que levantó y juntó de todas partes, pasados los montes Doca, rompió por tierras de navarros. El ruido y el espanto fué mayor que el efecto que se hizo; con embajadas que de una y de otra parte se enviaron y por medio de los prelados que acompa-

ñaban á los reyes, finalmente se hicieron paces entre aquellas dos naciones. Para concluir acordaron que los dos príncipes se hablasen; las vistas fueron á la ribera de Ebro, entre Calaborra y Alfaro. Hallóse presente en esta junta doña Berenguela, mujer del Emperador; allí, no solo se concertaron las paces, sino tambien para mayor firmeza acordaron que don Sancho, hijo mayor del Emperador, casase con doña Blanca, hija del Navarro. La Infanta, bien que de muy poca edad para que estuviese como en rehenes, fué desde luego entregada á su suegro. Hizose esta confederacion á 24 del mes de octubre del año susodicho. Desta mudanza tan repentina del emperador don Alonso no hallo bastante causa, ni que satisfaga del todo, si bien entiendo que no fué inconstancia ni liviandad, porque ¿qué Príncipe hobo en aquel tiempo ni mas grave ni mas santo? A la verdad era muy fuera de propósito que los aragoneses ocupados en otros negocios, y que poco le podian ayudar, se llevasen el fruto del peligro ajeno y de su trabajo; así determinó en particular mirar por lo que le estaba bien, ca gravísimos cuidados dentro y fuera de su estado apartaban á don Ramon y le impedían de la guerra de Navarra. Primeramente tenía mucho en que entender con los moros de su distrito, de quien en esta sazón los capitanes y fronteros de Aragon ganaron, á las riberas del rio Ginga, los pueblos de Calamera y Alcolea. Demás desto, los caballeros jerosolimitanos, por el testamento de don Alonso, rey de Aragon, que fué muerto los años pasados, todavía pretendían tener derecho al reino; y era razon contentallos en alguna manera y dar algun corte en esto, mayormente que Raimundo, maestre de la caballería de San Juan, era venido por este respeto á España. Por cuya diligencia, despues de largos debates sobre el caso, últimamente se asentó que los caballeros jerosolimitanos en Zaragoza, Calatayud, Huesca, Barbastro y Daroca, con todos los demás pueblos que se ganasen de moros, tuviesen de cada una de las tres naciones, cristianos, moros y judíos, un vecino por vasallo, que les acudiesen con sus tributos y á su llamado y debajo de su conducta cuando se hiciese guerra con sus personas y armas. Fuera desto, en todo el reino les señalaron otras rentas y heredamientos muy grandes con que sustentasen la vida y los gastos de la guerra, si bien fuesen muy grandes. En Jaca y en otros lugares les dieron sitios para hacer sus conventos. Púsose otra condicion muy principal, que si don Ramon muriese sin hijos, el reino volviese á los caballeros. En estas prácticas y en asentar estos concertos pasaron algunos años. El asiento Guillermo, patriarca de Jerusalem, y los demás caballeros de San Juan interesados aprobaron en Jerusalem, á 29 de agosto del año de 1441, y de todo otorgaron escritura pública. Vino tambien en ello y dió su consentimiento Falcon, rey de Jerusalem, y últimamente aprobó todo esto el papa Adriano IV, que algunos años adelante comenzó á gobernar la Iglesia de Roma. En esta avenencia comprehendieron eso mismo las otras dos órdenes militares, y en particular los templarios, á los cuales don Ramon tenía mas devocion por causa que su padre, don Ramon Berenguel, tomó el hábito de aquella religion y la profesó los años pasados. Por esto fueron aventajados á los demás, ca

les consigné á Monzon y otro gran número de pueblos y castillos, la décima parte de las rentas reales y la quinta de todo lo que se ganase en la guerra de los moros. Finalmente, todos los caballeros quedaron exentos de tributos y de la jurisdicción real, en particular se concertó y juró por expresas palabras que sin su consentimiento no se harían en tiempo alguno paces con los moros. Estos concertos se hicieron en Girona, presente el cardenal Guidon, legado del Pontífice romano, que interpuso su autoridad en ello, y fué á 27 de noviembre, año de 1143. Siguióse una nueva guerra en Francia contra los Baucios, linaje en aquel tiempo muy poderoso en riquezas y aliados. La causa fué que Raimundo Baucio estaba casado con doña Estefanía, hija de Gilberto, conde que fué de Aimillan y de la Proenza, hermana de doña Dulce, madre de don Ramon y de don Berenguel, como arriba se ha mostrado. Este pues por el derecho de su mujer pretendía apoderarse de una parte de la Proenza, si no pudiese por bien y por via jurídica, á lo menos por las armas. No le faltaban entre aquella gente aficionados por la aversion que tenían á don Berenguel como á príncipe extranjero, además que la gente popular, como suele, pensaba que las cosas nuevas serían mejores que las presentes. Esta guerra se comenzó en tiempo del susodicho don Berenguel, y por su muerte se encendió mas contra su hijo, que se llamó don Ramon Berenguel. La edad deste Príncipe era poca, las fuerzas no bien aseguradas, en tanto grado, que don Ramon, conde de Barcelona, se determinó, pospuesto todo lo al, tomar el amparo de aquel mozo, su sobrino; y aun, á lo que yo creo, para tener mayor autoridad, se llamó marqués de la Proenza. La guerra se comenzó, que fué brava; con ella los contrarios se vieron apretados de manera, que Raimundo Baucio, despojado de casi todo su estado paterno, de su voluntad vino á Barcelona para entregar á sí y á sus cosas á la voluntad y merced de aquel Príncipe. Hicieron las paces entre estas dos casas con buenas condiciones; con que Baucio fué restituído en todo lo que le quitaron en el discurso de la guerra. Demás desto le dieron á Trencatayo, que es un pueblo principal en aquella comarca, á tal que fuese por él feudatario de los condes de la Proenza. Estas fueron las dificultades y negocios que tenían embarazado á don Ramon; con que don García, rey de Navarra, tuvo comodidad y espacio de reforzarse; y en particular con intento de granjear al emperador don Alonso, que tenia el mando de todo y mayor poder que los demás, por ser muerta doña Mergerina, su primera mujer, casó el Navarro con doña Urraca, hija bastarda del Emperador. El año 1144, á 24 de junio, se celebraron las bodas con real magnificencia en la ciudad de Leon. Hobo justas y torneos, corriéronse toros. Entre los otros juegos que hicieron era uno de mucho gusto: en un lugar cerrado soltaban un puerco, seguanle por el gruñido dos ciegos armados con sendos bastones, y sus celadas en las cabezas; el que le mataba era suyo. Avenia que por herirle muchas veces el golpe del un ciego por yerro descargaba sobre el otro, con grande risa de los que se hallaban presentes. La madre de doña Urraca se llamó Gontroda, mujer muy noble en las Astúrias, cuyo sepulcro con su letrero está en Oviedo en un monasterio de monjas, llamado de Vegua, que

ella edificó á sus expensas y en que pasó lo mas de la vida; del rey don García y de doña Urraca fué hija doña Sancha, que casó dos veces; la primera con Gaston, vizconde de Bearne; la segunda, muerto este sin hijos, casó con don Pedro, conde de Molina; deste matrimonio nació Aimerico, que el tiempo adelante fué señor de Narbona. En esta sazón Africa andaba alborotada con guerras civiles. En España, asimismo se levantaron entre los moros grandes alteraciones por estar divididos en tres parcialidades. Zafadola, señor de Rota, pueblo asentado á la boca del rio Guadalquivir, sin embargo que era de la antigua sangre de los reyes moros, favorecia á los cristianos por sus respetos, que debajo de su conducta hicieron entrada hasta dar vista á Sevilla. Azuel, gobernador de Córdoba, y Abengamia, gobernador de Valencia, tenían entre sí diferencias; pero Abengamia era mas poderoso en fuerzas, y no paró hasta echar de Córdoba á su contrario. Entre los cristianos parece habia mas sosiego; solo don Ramon y el rey don García no tenían del todo compuestas sus diferencias. Tocaban ambos al emperador don Alonso en estrecho parentesco demás de la alianza que con ellos tenia puesta. Porque no se pasase tan buena ocasion de hacer la guerra á los moros, que estaban muy apoderados del Andalucía, los convidó y rogó por sus letras y embajadores para que se viesen con él en Santisteban de Gormaz. Hicieron estas vistas el año 1146, por el mes de noviembre; en ellas, si bien no se pudieron concertar paces perpetuas, negocióse que entre las dos naciones, aragonesas y navarros, se hiciesen treguas. Añadieron que por cuanto el emperador don Alonso pretendia hacer guerra á los moros, y para este efecto tenia apercebido un ejército muy escogido, don García por tierra y don Ramon por mar con una gruesa armada suya y de ginoveses ayudasen sus intentos. A la primavera del año siguiente los tres reyes hicieron guerra en el Andalucía, saquearon y quemaron los pueblos, talaron los campos, pasaron hasta Córdoba, ciudad muy principal y muy grande á la ribera de Guadalquivir, asentada en un llano, poderosa en armas y riquezas, demás desto muy señalada por haber tenido no mucho tiempo antes el imperio de casi toda España cuanto se extendia el señorío de los moros. Los campos son muy fértiles en todo género de esquilmos cuanto los mejores de España. Tenia el gobierno desta ciudad Abengamia en nombre del rey de Marruecos. Este, espantado de tan grande aparato de guerra, entregó luego la ciudad, ofreciéndose á obedecer y ayudar á los cristianos con mantenimientos y dinero. Raimundo, arzobispo de Toledo, por mandado del Rey, consagró con las ceremonias acostumbradas la mezquita mayor, que era la mas rica y vistosa de España. Resolucion apresurada y antes de tiempo, pues se partieron sin dejar en la ciudad alguna guarnicion de soldados. Recelábanse que si dividian el ejército se disminuirian las fuerzas y no les quedarían gentes bastantes para guerra tan grande como pretendian hacer, ni la ciudad por su grandeza se podia guarnecer sin mucha gente, ni era tanta la que tenían que se pudiese acudir á todo, mayormente que la gente de la tierra se apellidaba para hacelles rostro. Acordaron pues de dejar aquella ciudad sin guarda; solo hicieron que Abengamia, tocado el Alcoran, que es la ceremonia mas

grave que los moros usan en sus juras, hiciese homenaje que tendria aquella ciudad por el Emperador, y en su nombre la gobernaria con toda lealtad. El miedo no es maestro duradero de virtud, ni es acertado hacer confianza de los desleales á Dios. Apenas los nuestros se partieron de aquella ciudad cuando el gobernador moro faltó en la fe y palabra. Pasó el campo de los cristianos á Baeza, donde tenian los moros juntadas las fuerzas de toda la tierra con determinacion de venir á batalla. El peligro era grande; aquejaba el cuidado y recelo al emperador don Alonso. Aparecióle san Isidoro entre sueños con muestra de majestad mas que humana, así se tuvo por cierto, y le animó y quitó la duda y el miedo. El suceso dió á entender que la revelacion no fué vana. El dia siguiente con el sol se trabó la pelea, en que los moros fueron destrozados y puestos en huida; la ciudad se rindió, y en ella, mudado parecer, dejaron guarnicion de soldados, porque á ejemplo de los de Córdoba no se rebelasen, además que no convenia dejar á las espaldas algun pueblo enemigo. En la toma y cerco desta ciudad se señaló entre todos el esfuérzo y diligencia de Rodrigo de Azagra, señor que era de Estella de Navarra. Pedro Rodriguez de Azagra fué su hijo; y entre los de aquel linaje de Azagras el primer señor de la ciudad de Albaracin. En aquella sazón Almería era tenida por ciudad muy fuerte. Está asentada á la ribera del mar Mediterráneo, á los confines del Andalucía y del reino de Murcia; llamóse antiguamente Abdera ó Puerto Grande. Della se derramaban muchas fustas á robar. Esta ciudad pretendieron ganar los nuestros, y con este intento se adelantaron con todas sus gentes en el mismo tiempo que los de Génova y los de Barcelona, conforme al órden que llevaban que costearan aquellas riberas poco á poco con su armada, doblado el cabo de Gatas, dieron vista á la ciudad. Asentados los reales, combatieron los muros por mar y por tierra, y despues de algunas salidas y escaramuzas que se hicieron, con la batería abrieron entrada y forzaron algunas torres; dende lo demás de la ciudad se ganó por fuerza á 17 de octubre del año 1147. Veinte mil moros, que tomada la ciudad se retiraron al castiilo, fueron forzados á comprar sus vidas por dineros. Desta manera se quitó aquel nido de cosarios, que ponía espanto á las riberas cercanas y distantes de España, Francia y Italia, que fué la causa principal de apresurar esta empresa. Los despojos se repartieron entre los soldados. A los ginoveses se dió en premio un plato de esmeralda muy grande, que ellos entonces juzgaron debian preferir á toda la demás presa, y al presente le guardan entre sus tesoros. Otros escriben se halló en la Suria cuando por fuerza se tomó Cesarea. El vulgo dice que Cristo, hijo de Dios, cenó en él la postrera vez con sus discípulos; opinion sin autor ni fundamento. Clemente, alexandrino, por lo menos dice que Cristo cenó en un plato de poca estima. La sazón del tiempo se acercaba al invierno; los soldados por ende dieron vuelta á sus tierras, no menos alegres por la venganza que tomaron de los moros, que por el interés que de la victoria sacaron. Con ocasion de aquella armada gruesa que trajeron los ginoveses en aquel tiempo muy poderosos por el mar, don Ramon, príncipe de Barcelona, se concertó con ellos que á la vuelta le ayudasen contra los moros

que tenian parte de Aragon con las islas Baleares, hoy Mallorca y Menorca. Prometió para mas animallos de darles la tercera parte de lo que en la guerra se ganase, demás que en todos los pueblos que se tomasen de los moros tendrian los ginoveses templo y juzgado aparte; lo que era mas, que todos los mercaderes de aquella nacion serian libres de tributos. Eran estas condiciones aventajadas; acordaron de aceptallas. Revolvieron sobre las marinas de Cataluña, y con su buena maña ganaron de consuno á Tortosa, ciudad muy noble, y que por estar asentada á la boca del rio Ebro era muy á propósito para las contrataciones y comercio del mar. Estas cosas sucedieron el año siguiente, y luego el año adelante Lérida y Fraga vinieron á poder de cristianos, pueblos muy conocidos, el primero por la victoria que antiguamente cerca dél ganó Julio César y por el cerco que sobre él tuvo; el otro por el desastre fresco y muerte desgraciada de don Alonso, rey de Aragon. Lérida se dió al conde de Urgel en premio de lo mucho que en aquella guerra hizo y trabajó. A Guillen Perez, obispo de Roda, nombraron por obispo de Lérida con retencion de las ciudades Roda y Barbastro, que ordenaron se comprendiesen en aquella diócesi; y aun se halla que algunos obispos de Lérida en el tiempo adelante se intitulaban obispos de Roda y de Barbastro.

CAPITULO XIX.

Cómo la ciudad de Lisbona se ganó de los moros.

Las cosas de los moros iban de caída, las de los cristianos en pujanza, y su nacion en España florecia en riquezas, caballos, armas y toda prosperidad. A cada paso se apoderaban de nuevos castillos, pueblos y ciudades. Casi en medio de Portugal, á la boca del rio Tajo, por do descarga con sus corrientes en el mar Océano, está un puerto contrapuesto al viento de poniente; la barra tiene angosta y peligrosa, dentro es muy ancho y capaz. A la ribera deste puerto, á la parte del norte, se extiende grandemente Lisbona, ciudad la mas noble y mas rica de Portugal. A las espaldas se levantan poco á poco unos collados, que tienen la subida fácil, y están cubiertos de los edificios de la ciudad. Su anchura es menor que conforme á su longura. El ruedo de los muros antiguos no es muy grande; la poblacion de los arrabales es mucho mayor, en especial en este tiempo, en que por la mucha gente que acude al trato de las Indias Orientales y á feriar la especiería que de levante viene todos los años se ha mucho acrecentado. Los barrios y las calles en gran parte son mal trazadas, angostas y no tiradas á cordel, sea por la desigualdad del sitio, que tiene altos y bajos, sea por el descuido en edificar, mayormente en el tiempo que estubo en poder de moros, gente poco curiosa en esta parte. Los edificios nuevos y las calles son mucho mas hermosas. Los ciudadanos gente principal y honrada, los mercaderes ricos, las ganancias grandes, el sustento y arreo de los naturales muy templado. Goza de campos muy buenos, aldeas y alquerías que tiene por todas partes; muchas quintas ó casas derecreacion, que parecen edificios reales. Don Alonso, rey de Portugal, deseaba por todas estas causas apoderarse de aquella ciudad, y en especial por ser como castiilo y reparo del señorío de los

moros de aquella comarca. No tenía fuerzas bastantes para salir con su intento; los demás reyes de España no le podían acudir por estar ocupados, unos en unas guerras, y otros en otras; convino buscar ayudas de fuera. Por esto luego que ganó la villa de Sintra, como poco antes se tocó, movido por la comodidad de aquel lugar, convidó á los de Alemaña, Ingalaterra y Flándes con grandes partidos que les hizo para que en aquella guerra le acudiesen con sus armadas. Grande es la ayuda que consiste para todo en la amistad de los príncipes y alianza de las provincias cristianas entre sí, como se vió en este caso, ca por el esfuerzo de don Alonso y con las ayudas de fuera aquella muy poderosa ciudad el mismo mes puntualmente se ganó que Almería en el Andalucía. Las armadas se pusieron á la boca del puerto para que no pudiesen por el mar entrar vituallas ni socorros á los cercados. Los reales de los naturales barrearón do al presente está el convento de San Vicente. En los de los extranjeros despues se edificó el monasterio de San Francisco; sitios que en nuestra edad están el uno y el otro comprehendidos dentro de la ciudad. Hobo muchos encuentros y varios trances. Los nuestros peleaban fuertemente por extender su imperio, los enemigos por las vidas. Batieron los muros de la ciudad por muchas partes; alargábase el cerco; últimamente, el día de san Crispin y Crispinian, resueltos de dar asalto general, con grande esperanza de forzar aquella ciudad, ordenadas las haces, habló el rey don Alonso á los suyos desta manera: «No penseis, amigos, que esta empresa se endereza á combatir una sola ciudad, antes os persuadid que en una plaza tomáis á todo Portugal. Aquí está el dinero de los enemigos, que nos será de grande importancia para la guerra; aquí los trabucos, ingenios y toda suerte de armas. Esta es su fortaleza, su granero, su tesoro, en que tienen recogidas todas sus preseas y almacén. Los enemigos son los mismos que tantas veces vencistes en las guerras pasadas, del mismo esfuerzo y industria, sino que las compañías de ciudadanos son mas á propósito para los ejercicios de la paz y para sus granjerías que para menear las armas; ellos mismos se embarazarán en la pelea. Soldados en la ciudad hay pocos, y esos con el cerco continuo de cinco meses muy cansados y en pequeño número. Atreveos pues á vencer, y con el denuedo y esfuerzo á vos acostumbrado, acometed los muros de la ciudad, derribados por tantas partes. Entrad por las ruinas y piedras; ninguno podrá hacer contraste á vuestro valor.» Dicho esto, todos á una voz pidieron la señal de acometer; dada, arremetieron á la ciudad y á las murallas; lo que hacía mucho al caso para inflamar los soldados, el mismo Rey estaba presente como testigo y juez del esfuerzo de cada cual. El combate fué bravo y sangriento; los nuestros pretendían arrimarse á los muros y forzillos, los cercados tiraban todo género de armas y piedras, sin que alguna cayese en balde, por estar tan cerrados los soldados. Por conclusion, quebrantada la puerta que se llama del Alhama, entraron en la ciudad; la matanza fué grande y la sangre que se derramó; los que se rindieron tomaron por esclavos. El saco se dió á los soldados, que fué mayor de lo que se pensaba. Consagraron la mezaquita mayor, segun que era de costumbre, y nombraron por obispo á Gilberto, hombre, aunque forastero, pero

de mucha erudición y conocida virtud. Tomóse la ciudad de Lisbona á 25 de octubre, otros dicen á 21. En el lugar mismo en que tenían los reales, el Rey á sus expensas edificó un monasterio de canónigos reglares de San Agustín, con nombre de San Vicente, por tener particular devoción á este Santo y para que juntamente por el nombre fuese memoria á los venideros de aquella tan señalada victoria. Gran número de los soldados extraños se aficionaron á la abundancia de Portugal y á la hermosura, templanza del aire, que tiene el invierno templado, y el estío por los continuos embates del mar no muy caluroso. Estos, determinados de hacer su morada en aquella provincia y trocar sus patrias con Portugal, se dice que por permission del rey don Alonso edificaron á Almada, Villaverde, Arruda, Zambuya, Castañeda con otros pueblos. El Rey en prosecucion desta victoria con increíble felicidad ganó de los moros á Alanquer, Obidos, Ehora, Yelves, Mura, Serpa, Beja y otros pueblos y villas por toda aquella comarca; todo se allanaba y parecia ser fácil á su esfuerzo y valor; verdad es que la mayor parte destas cosas sucedieron algunos años adelante. Volvamos á nuestro camino y al órden de la historia que llevamos.

CAPITULO XX.

Cómo se halló el cuerpo de san Eugenio.

En el tiempo que estas cosas se hacian en España, Eugenio, pontífice tercero deste nombre, sucesor de Lucio II, natural de Pisa y de la órden del Cistel, gobernaba bien y prudentemente la Iglesia romana. Las cosas de los cristianos en la Tierra-Santa parecian empeorarse. Estaba en gran parte apagada y menguada la fortaleza militar de los de Lorena. Como algunos animales y semillas, así bien los ingenios de los hombres con el cielo y tierra diferentes, y en particular con la longura del tiempo, degeneran y se estragan. Los bárbaros, que por todas partes los cercaban, tenían puestas las cosas de los cristianos en gran aprieto y peligro. Balduino, tercero deste nombre, hijo de Fulcon, rey de Jerusalem, por sus pocas fuerzas y por la flaqueza de su edad no era suficiente para tan grande carga. El pontífice Eugenio, movido deste peligro y encendido del amor de la cristiana religion, en Francia, donde para esto fué en persona, no cesaba de animar á los príncipes cristianos y exhortallos acudiesen con sus fuerzas á la guerra sagrada. Movió al emperador Conrado y á Luis, rey de Francia, para que con muy buenas gentes partiesen camino de la Tierra-Santa. Para salir mejor con su intento y adelantar estas prácticas convocó concilio de todos los obispos del mundo para Rems, ciudad principal de Francia, el año 1148. A este Concilio partió don Ramon, arzobispo de Toledo, desde España. Llegado que fué á Paris, que caía en el mismo camino, por devocion quiso visitar la iglesia de San Dionisio, que está dos leguas francesas de aquella ciudad, en un pueblo del mismo apellido del Santo; y por estar en ella las reliquias de san Dionisio es de no menor devocion que célebre con las sepulturas de los reyes de Francia y asaz embarazada. Allí como mirase con curiosidad el edificio del templo y su hermosura, y con atencion pusiese la vista en cada una de las cosas que se ofrecian, acaso ó advertido de los que le acompaña-

ban, consideró en cierta capilla estas palabras grabadas en un mármol:

AQUÍ YACE EUGENIO, MÁRTIR, PRIMER ARZOBISPO DE TOLEDO.

Maravillóse primero deste letrado, por estar en España perdida del todo la memoria de san Eugenio y no quedar rastro de cosa tan grande; revolvió diligentemente los libros de aquella iglesia y memorias antiguas; halló que todo concordaba con la verdad. Hecho esto, muy alegre con nueva tan buena pasó al concilio de Rems, el cual despedido y acabadas á su voluntad todas las cosas que pretendia, volvió á España con la alegre nueva de cosa tan importante, que hinchó de muy grande gozo los ánimos del Rey y de los grandes y de toda la muchedumbre del pueblo. Desta manera sucedió entonces este negocio: El monasterio bronienense, que está en los estados de Flándes, en tierra de Namur y tiene advocacion de San Pedro, pretende tener el cuerpo de san Eugenio. Reficren aquellos monjes benitos que fué llevado el año 920, á 18 de agosto, por engaño ó á ruegos de Gerardo, su fundador, desde San Dionisio á Bronio, do está aquel monasterio. Lo que se entiende es que le dieron una parte del sagrado cuerpo, que fué causa de persuadirse le tenían en su poder todo entero, como es muy ordinario en cosas semejantes. Comenzóse por entonces á procurar que las sagradas cenizas de san Eugenio volviesen á Toledo; pero estas prácticas se estorbaron por las muertes que casi en un

mismo tiempo sobrevinieron de la reina doña Berenguela y del Arzobispo. La Reina falleció el año siguiente de 1149, y fué sepultada en la iglesia de Santiago, con quien en vida tuvo particular devocion. Este año, desgraciado por la muerte de la Reina, fué mas señalado por una lluvia de sangre que cayó en parte de Portugal y en el señorío de los moros. El año adelante de 1150, miércoles, á 9 dias de agosto, pasó desta vida el arzobispo Raimundo, quebrantado con la edad y con los trabajos de camino tan largo. Créese, mas por conjeturas que por cierta memoria que haya, le enteraron en la misma iglesia mayor de Toledo. Sucedió en el arzobispado don Juan, primero deste nombre, obispo á la sazón de Segovia, varon de grande ánimo y de conocida bondad. Desta manera procedian las cosas de Castilla. Por otra parte, el pontífice Eugenio confirmó el nombre y autoridad de rey á don Alonso, que ya se intitulaba rey de Portugal, y á su ejemplo, pasados algunos años, Alejandro, tercero deste nombre, hizo lo mismo por una bula que promulgó Alberto, cardenal y chanciller de la santa Iglesia romana; ambos pontífices por esta gracia le mandaron pagar cierto tributo á los papas en cada un año: Eugenio cuatro libras de oro, Alejandro dos marcos; tributo que no se sabe si en los primeros tiempos le pagó Portugal; en nuestra era y de nuestros antepasados siempre aquel reino se ha tenido por libre de todo punto y exempto de semejante carga y pension.

LIBRO UNDÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo los almohades vinieron á España.

UNA nueva entrada que los almohades hicieron en España, gente bárbara y fiera, hemos de contar; un nuevo reino que en Africa y en España se fundó por estos tiempos, nuevas asonadas de guerras sangrientas, con cuyas olas la república cristiana fué trabajada; maravillosos y extraordinarios juegos de la fortuna mudable hasta tanto que ganada una victoria señalada, y la mas ilustre que en aquella sazón hubo en el mundo, las fuerzas de los moros mucho se enflaquecieron y quebrantaron. Tenia el imperio de los moros en Africa y en España Albohali, príncipe del linaje de los almoravides, como arriba queda declarado, en el qual tiempo un cierto hombre, llamado Tumerto, en Africa, muy docto, así bien en las demás partes de astrología como señalado en pronosticar por el nacimiento de cada uno la vida, ingenio, costumbres y accidentes que habia de tener, que es una ciencia vanísima, considerado el rostro de un mozo llamado Abdelmon, de cuerpo membrudo y muy animoso y por el aspecto de las estrellas, sin embargo que era de muy bajo suelo, tanto, que su padre era ollero, le pronosticó seria rey de su nacion; que así lo mostraba el cielo y tales eran sus hados, cuya fuerza no poderse quebrantar la gente y nacion de los mo-

ros está muy persuadida. Abríanse las zanjas de una fábrica muy grande. Sucedió muy á propósito para sus intentos que un gran predicador de la ley mahometana, en aquella sazón tenido por hombre de santa vida y de doctrina singular, llamado Almohades, introduciendo y publicando nuevas declaraciones de la ley, despertaba y alborotaba los ánimos de la muchedumbre, mudable de ingenio, principalmente en Africa, y deseosa grandemente de novedades. A este como quier que Tumerto persuadiese su pronóstico, y él, ó de verdad lo creyese así, ó lo mostrase, trataron entre sí de mudar el estado de aquel reino. No hay trama mas engañosa en la apariencia que el pretexto y capa de la mala religion cuando se usa della para dar cubierta á otras maldades; ni hay cosa mas perjudicial en la república que alterar la fe y religion que los mayores abrazaron. Así de todo tiempo consideramos haberse destruido grandes imperios por la diferencia en la religion, porque dividido el pueblo en parcialidades, de la contienda y de las palabras se pasa á enemistades descubiertas; y la una parte y la otra defiende sus opiniones con las armas, sin parar hasta arruinallo todo; lo que sucedió al presente, ca Almohades por la mucha autoridad que tenia persuadió á los que le seguian tomasen las armas debajo la conducta de Abdelmon, atropellasen y destruyesen el reino de los almoravides, pues era ilegítimo el seño-

río que se fundara por fuerza destruyendo á los alavencinos, linaje que descendia de Fatima, hija mayor de Mahoma, su profeta. Demás desto, que si no sacudían de sí el imperio de los almoravides, no podrían las opiniones que de la religion tenían abrazadas pasar adelante, que los intentos impíos y insultos de aquella ralea de gente era justo fuesen castigados y vengados con toda diligencia. Movidos por estas razones los del pueblo, se determinaron á tomar las armas; pero como no fuesen diestros en la guerra, al principio quedaron vencidos en batalla por las armas y poder del rey Albohali. Sobrepujó el esfuerzo á la muchedumbre y canalla. Mas en breve juntadas nuevas fuerzas, volvieron á la guerra, y no pararon hasta que, vencidos los almoravides, dieron la muerte al rey Albohali. Abdelmon sucedió en su lugar. En tiempo deste Rey los que seguían á Almohades, de quien se tomó el nombre de los almohades, se apoderaron de aquel reino y mudaron en él las leyes y costumbres antiguas. Demás desto, dado asiento en las cosas de Africa, volvieron sus pensamientos á España. Tumerto se quedó en Africa con intento que sus enemigos no tuviesen lugar de alterarse; el nuevo rey Abdelmon y el profeta Almohades con mucha y muy buena gente pasaron á España, al principio sin hacer daño, porque no desconfiaban que los de su nacion voluntariamente se les rendirian; que si entretenían su esperanza y tomaban consejo diferente, venían determinados no excusar ninguna cosa de las que se pudiesen padecer ó temer, en fin usar de fuerza. Sucedióles como deseaban, que sin dificultad se persuadieron todos los moros que quedaban en España de acomodarse con el tiempo y recibir públicamente las nuevas opiniones y ritos que aquella gente abrazaba, esto con tanta afición y contanto odio, así de su antigua supersticion como de la religion cristiana, que todas las cosas ordenadas por los reyes moros pasados las trastocaban y forzaban á las reliquias de los cristianos, que mezclados con los moros como las estrellas en las tinieblas de la noche resplandecían, y vulgarmente los llamaban mozarabes, con tormentos que les daban de todas maneras para que dejasen la religion de sus padres. Muchos por este miedo se huyeron á tierras de cristianos; entre los demás Clemente, prelado de Sevilla, llegado á Talavera, falleció algunos años adelante por este tiempo en aquel lugar, persona santa y muy ejercitado en la lengua árábica. Otros muchos, oprimidos con el peso de los males, obedecieron á los vencedores, de tal suerte, que desde este tiempo pocos quedaron entre los moros que de nombre y de profesion fuesen cristianos. Los almohades, contentos de sujetar á su imperio los moros de España, no les pareció por entonces hacer guerra á los cristianos, que eran poderosos por tierra y por mar, antes acordaron dar la vuelta á Africa, donde tenían las principales fuerzas de aquella secta y parcialidad. Falleció el profeta Almohades en breve despues que volvieron, y cerca de Marruecos, silla de aquel reino, por mandado del Rey le edificaron un magnífico sepulcro; la muchedumbre, engañada con la muestra fingida de santidad y con la fama, comenzó á le honrar y hacer romerías á él por devocion. Vinieron á España los almohades año de nuestra salvacion de 1150, del imperio de los árabes 345. El arzobispo don Rodrigo pone seis años menos al fin de la *Historia*

de los árabes, pero sin duda lleva la razon de los años errada en esta parte.

CAPITULO II.

Cómo murió don García, rey de Navarra.

En el mismo año que salió el emperador don Alonso al encuentro á los almohades, y talados los campos de Andalucía, puso cerco á Córdoba despues que Abdelmon era vuelto á Africa, como yo sospecho; don García, rey de Navarra, cerca de Lorca, pueblo de su señorío, de una caída de un caballo que dió en la caza sobre una peña, murió á los 21 de noviembre, víspera de santa Cecilia. Iba á la sazón de Estella á Pamplona mal enojado con no muy grande causa contra aquellos ciudadanos y con resolucion de castigarlos; mas este accidente le atajó los pasos y pensamientos. Reinó diez y seis años; los hijos que dejó fueron estos: don Sancho, que luego le sucedió en el reino y se coronó en la iglesia mayor de Pamplona, do hizo enterrar á su padre; doña Blanca, nuera del Emperador, y doña Margarita, que casó con Guillermo, rey de Sicilia, por sobrenombre el Malo. Hijos otrosí legítimos del rey don García fueron don Alonso Ramirez, señor de Castro el Viejo, y doña Sancha, que casó primero con Gaston, vizconde de Bearne, despues con don Gonzalo, conde de Molina. La muerte de don García dió ocasion á los otros príncipes de nuevas alteraciones, en especial á don Ramon, príncipe de Barcelona, y al emperador don Alonso, no obstante los muchos vínculos de afinidad que con el muerto y con sus hijos tenía. Es así que los reyes en mas estiman ensanchar su señorío que ser alabados de humanos y de modestos; no hacen caso con el deseo de mandar de lo que la fama puede hablar dellos y pensar los venideros, como si con el poder presente se pudiese tambien apagar la memoria del tiempo adelante. Estos dos príncipes se juntaron en Tudelin, pueblo de Navarra, cerca de los baños que allí hay; hallóse asimismo presente don Sancho, ya dias antes declarado rey de Castilla por el Emperador, su padre. Hicieron dos acuerdos y convenencia con estas condiciones: que todo lo que de nuevo se quitara á Castilla se restituyese enteramente á don Alonso; lo que de Aragon á don Ramon; y que el antiguo señorío de Navarra, luego que juntadas las fuerzas le hobiesen quitado al nuevo Rey, le dividiesen entre sí por partes iguales, á cada cual lo que mas le estoviese á cuenta, en particular que Pamplona quedase por don Ramon, Estella por el Emperador, Tudela fuese de ambos, y cada uno pusiese en su parte quien la gobernase; que don Ramon por los pueblos y ciudades que adquiriese en Navarra fuese feudatario de Castilla, renovando en esto la confederacion de don Sancho y don Pedro, reyes de Aragon. Añadióse demás desto que pues el principal cuidado era de hacer guerra á los moros, luego que Valencia con todo lo que hay desde Tortosa hasta Júcar, y tambien Murcia, se ganase de moros, quedase por los aragoneses, como obligados eso mismo y feudatarios á los reyes de Castilla. Juraron los reyes estas condiciones; diéronse las manos entre sí, que conforme á las costumbres de España es una grande atadura de la dada y recebida; púsose término y señalóse tiempo para comenzar la guerra de Navarra, pasado el mes de setiem-

Bre. La Iga se hizo á 27 de enero, que tuvo no buen principio, y fué adelante de ningun efecto, porque el nuevo Rey, avisado de lo que pasaba, se aperció con mucha diligencia, y aunque era de pequeña edad, estaba muy fortalecido, no mas de socorros de fuera que de la benevolencia de los suyos, en que sobrepujó á su padre, príncipe que fué á sus vasallos pesado y comunmente de los mismos aborrecido. Entre los señores de Navarra, don Ladrón de Guevara, de antigua nobleza y señor de Aivar, tenía muy grande autoridad, tanto, que por pasar á los otros muy adelante en riquezas y poder, le llamaron príncipe de Navarra. Al Emperador y á don Ramon entretuvieron otros cuidados para que no pudiesen con todas sus fuerzas acudir á la nueva guerra, si bien los aragoneses con entradas que hicieron y correrías comenzaron á trabajar lo de Valderroncú, las gentes de Castilla á lo que de Navarra les caía cerca; los unos y los otros sía hacer cosa notable, mayormente que don Ramon se partió para Narbona contra Trencavello, vizconde de Carcasona, con quien finalmente se concertó por el mes de noviembre tuviese en feudo á Carcasona y Rodes. El emperador don Alonso se hallaba ocupado en concertar nuevos parentescos y casamientos, ca Luis, rey de Francia, repudiado que hobo á Leonor, condesa de Potiers, en quien tenía dos hijas, en su lugar se casó con hija del emperador don Alonso, que unos llaman doña Isabel, y otros doña Constanza, y pudo tener entrambos nombres. El Emperador por el mismo tiempo casó con Rica, hija de Uladislaw, duque de Polonia, que es parte de la antigua Sarmacia, habida en Berta, hermana de Oton, obispo frisingense, como lo dice Radevico en lo que añadió á la historia que escribió el mismo Oton. Entre tan grandes regocijos y aparatos de bodas como se hicieron no podían las armas tener lugar, fuera de que los navarros estaban confederados con los franceses, por lo cual pensamos que el Emperador se amansó mas y comenzó á divertirse su ánimo de aquella empresa, que condenaban las leyes de la amistad y los juicios de los hombres. Además que á don Sancho, rey de Navarra, favorecían todos ordinariamente por el excelente natural que en su pequeña edad mostraba; y el mismo don Alonso era muy amigo de justicia, aborrecedor de toda insolencia y demasía; virtud que por este tiempo mostró con un ejemplo digno de memoria. Un cierto soldado de sangre noble y del número de los que vulgarmente en España llaman infanzones, en Galicia, confiado en que aquella tierra caía lejos y en la revuelta de los tiempos, despojó á un labrador de todos sus bienes. Amonestado por el Rey y gobernador de la provincia hiciese satisfacción de lo que tomara injustamente, no quiso obedecer. Disimuló el Rey por entonces, y pospuestas todas las demás cosas, en hábito disfrazado para que la cosa fuese mas secreta, desde la ciudad de Toledo fué por la dicha causa á lo postrero de Galicia. Llegado, cercó de sobresalto las casas del soldado, que huyó por miedo del castigo, mas él le mandó prender y ahorcar delante de las mismas casas. Con este hecho el Rey ganó autoridad y la inocencia quedó valida, y aquel hombre castigado como su desatino y soberbia merecía. Valeroso Príncipe, que ni en paz ni en guerra estaba ocioso, antes vuelto á la guerra contra los moros, este año puso cerco á Jaen, el siguiente de 1152 á Guadix, ciudad de Andalucía, que

los antiguos llamaron Acci, pero no parece salió con estas empresas. Doña Petronila, reina de Aragón, parió un hijo, que en vida de su padre se llamó don Ramon, y despues dél muerto, don Alonso. Es cosa notable que, estando para parir, á 4 días del mes de abril, otorgó su testamento, en que dejaba el reino paterno al preñado, si naciese varon; pero si fuese hembra, nombraba por heredero á su marido don Ramon; que fué ejemplo bien extraordinario. Nombró por sus albaceas á tres obispos, Guillelmo, de Barcelona; Bernardo, de Zaragoza; Dodo, de Huesca; y junto con ellos otros hombres principales. Dice en él en particular que deja el reino á sus herederos libre como su tío don Alonso le tuvo, es á saber, pospuesta la confederacion y asiento que poco antes se tomó con Castilla. Por el mismo tiempo falleció don Pedro de Atarés, señor de Borgia; sepultáronle en el monasterio de Veruela, que no lejos de Zaragoza él mismo fundara. Borgia quedó por el rey; á los templarios, á quien el difunto la dejó en su testamento, dió en trueque y recompensa á Ambela y otros pueblos. Item, lo que los moros poseían á las riberas de Segre y Cinga, ó por fuerza ó por voluntad se ganó por los aragoneses. Demás desto, ciertos castillos que caían entre Tarragona y Tortosa en bosques y lugares altos, y por tanto era difícil conquistallos, en fin se venció la dificultad y vinieron á poder del Rey. Lo mismo Miravete, á la ribera de Ebro, pueblo muy fuerte, que se dió á los templarios para que le poseyesen y tuviesen en él guarnicion. En estas guerras se señalaron entre los demás en esfuerzo y diligencia el conde de Urgel y Ramon de Moncada y Ponceo Hugon, conde de Ampúrias, que falleció el mismo año. La tercera parte de Tortosa, que conforme á lo asentado cuando se ganó era de los ginoveses, el Rey al presente la compró dellos y la rescató con dinero. Con estas cosas el nombre de don Ramon comenzó en toda España y tambien acerca de las naciones extrañas á ser muy célebre, si bien él por su modestia ó porque el reino de Aragón le tenía en dote, nunca en toda su vida se quiso llamar rey; solamente se intitulaba príncipe de Aragón, y contento con este apellido, lo gobernaba todo él solo á su voluntad en guerra y en paz. Es cierto que desde este tiempo las armas antiguas de los reyes de Aragón se trocaron en las de los condes de Barcelona, que eran cuatro fajas ó bandas rojas, que á iguales espacios de arriba abajo dividen un campo ó escudo dorado. Don Sancho, el que adelante sucedió en el reino de Portugal á don Alonso, su padre, nació á 11 de noviembre del año 1154, en Coimbra, donde la Reina de buena gana moraba. Hermanas de don Sancho, doña Urraca, que casó en Leon, y doña Teresa, en Flándes. El nacimiento deste infante don Sancho fué la cosa mas señalada que sucedió este año, y juntamente la venida de Luis, rey de Francia, á España, de que se hablará luego.

CAPITULO III.

De la venida á España de Luis, rey de Francia.

Tenía Luis, rey de Francia, llamado el mas Mozo, un gran deseo de ver á España y visitar á su suegro. Era menester buscar algun color para tan larga jornada; pareció el mas á propósito ir en romería á Santiago por

voto que el tiempo pasado habia hecho. Esta era la voz que se decia en público; de secreto otra puridad le aguijonaba mas, como lo dice el arzobispo don Rodrigo, que los escritores franceses no hablan desto. Esta era informarse y saber en presencia si su mujer era nacida de legitimo matrimonio, porque algunos malsines, hombres malos, cuales tienen muchos los palacios de los príncipes, que todo lo tuercen, afirmaban al Rey que la Reina, su mujer, era bastarda, y por el mismo caso con aquel casamiento se disminuía y afeaba la majestad real de Francia. No dejaba él de dar oídos á estos chismes, porque á ejemplo de madama Leonor, su primera mujer, parece buscaba ocasion de repudialla, por haber tambien ella parido dos hijas y ningun hijo varon. Que Filipe, por sobrenombre Augusto, hijo deste rey Luis, nació de Alisa, hija que fué del señor de Bles, con quien este Rey se casó últimamente despues de la muerte de doña Isabel. El Emperador, su suegro, sin saber lo que pasaba, acompañado de sus dos hijos y de don Sancho, rey de Navarra, salió al encuentro á su yerno hasta Búrgos. Acudieron de toda España de las partes comarcanas, de las que caian léjos y de las posrteras, así señores como gran muchedumbre de hombres, á ver tantos reyes en unas mismas casas y morada. Sacaban arrees, galas, libreas, finalmente, todo lo que en España era hermoso y magnífico, como para hacer alarde y muestra de su grandezza acerea de los franceses, que tenian por pobreza todo lo de acá. Con este aparato llegaron desde Búrgos á Santiago, y cumplidos enteramente sus votos, volvieron á la ciudad de Toledo para donde de las dos naciones, moros y cristianos, que obedecian al Emperador, tenia convocadas Cortes con intento de hacer ostentacion de mayor grandezza y poderío. Vino entre otros á la fama y al llamado don Ramon, príncipe de Aragon, con muy lucido acompañamiento. El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío, así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto nunca en la ciudad real se vió antes; demás desto, sabida la verdad del negocio por que era venido, dijo no haber en Europa ni en Asia visto corte mas lucida ni arreada; provincias en que se hallara en el tiempo que fué á la guerra de la Tierra-Santa. Que daba gracias á Dios por tener por mujer hija del emperador don Alonso, sobrina de don Ramon, príncipe de Aragon. Hiciéronse juegos con gran magnificencia y presentes al Rey, huésped de gran estima; mas no quiso tomar cosa alguna, fuera de un carbunco muy grande y de gran valor, y con tanto se volvió alegre á su tierra. Acompañóle don Ramon hasta Jaca, en que los recibieron con aparato real y toda muestra de alegría, como testifican las historias de Aragon. Falleció el conde de Urgel á 28 dias del mes de agosto; fué nieto de don Peranzules, y del lugar donde se crió y para diferencialle de otros del mismo nombre, le llamaron Armengol de Castilla. El año siguiente 1155, á 11 de noviembre, viérnes, como dicen los *Anales toledanos*, nació á don Sancho, rey de Castilla, de doña Blanca, su mujer, un hijo, llamado don Alonso, heredero que fué adelante del reino de su padre y abuelo. Habíase tratado en la alianza que se hizo en Tudelin de repudiar á esta doña Blanca por no ser aun de edad para casarse; pero las leyes de la equidad, el amor del marido y la inocencia de aquella señora prevalecieron para que no

se le hiciese tal agravio. Siguióse una guerra en aquella parte de la Gallia Narbonense que se llama la Proenza por esta ocasion; Hugon Baucio y sus hermanos, hijos que eran de Raimundo Baucio y nietos de Gilberto, ganaron el tiempo pasado un privilegio de los emperadores alemanes Conrado y Federico, en que les concedian todo lo que el conde Gilberto, su abuelo, habia poseído. Fundados en este privilegio, pretendian toda la Proenza; y fortificándose en el pueblo Trencatayo, trabajaban todos los lugares comarcanos. Don Ramon, con el cuidado que tenia de su sobrino, marchó para allá con un grueso ejército, con que abatió el atrevimiento y orgullo de los Baucios y en breve los redujo á obediencia. En el mismo tiempo el cardenal Jacinto, legado en España, sossegaba las contiendas y daba asiento en el estado de las iglesias, en particular á instancia de Juan, arzobispo de Toledo, pronunció sentencia en Najara en favor del primado de Toledo contra los arzobispos de Santiago y de Braga. Fué esta legacia de Jacinto muy señalada y famosa en esta era. Envióle Anastasio IV, pero llegó á España en tiempo que era ya pontífice el que le sucedió, que fué Adriano IV. En el tiempo que Luis, rey de Francia, estaba en Toledo, sucedió hacerse mencion de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, cuyas reliquias poco antes se dijo tenian en la iglesia de San Dionisio cerca de Paris; pedian que los sagrados huesos se trasladasen á España; llevaban mal los franceses esta demanda; alcanzóse solamente que les enviasen una parte. El rey Luis, vuelto á su patria, hizo esto y lo cumplió enteramente, que envió el abad de aquel monasterio á su suegro con el brazo derecho del mártir. Ya que llegaba cerca de Toledo, salieron en procesion á recibirle el emperador don Alonso, los dos reyes, sus hijos, los grandes, el pueblo y varones sagrados. La sagrada arca fué en hombros del Emperador y de sus dos hijos llevada á la iglesia mayor, y puesta en el sagrario della á 12 dias de febrero el año de nuestra salud de 1156. Los demás huesos del sagrado cuerpo se trujeron á Toledo á instancia de don Felipe II, rey de las Españas, y por diligencia de don Pedro Manrique, canónigo de Toledo, que para este efecto fué enviado por embajador á Cárlos IX, rey de Francia, cuatrocientos y nueve años, nueve meses y seis dias mas adelante, con igual ejemplo de piedad, pompa y aparato el mayor que se vió en España; y se pusieron en el mismo templo debajo del altar mayor en capilla particular y devota.

CAPITULO IV.

De la muerte del emperador don Alonso.

Con las vistas destes príncipes parecia ser acabadas las guerras civiles entre cristianos; pero el haberse apartado y desmembrado el reino de Navarra del de Aragon, como se hizo los años pasados, tenia puesto en mayor cuidado á don Ramon, príncipe de Aragon, que fácilmente lo pudiese olvidar. Solicitó al Emperador para que renovado el asiento y liga hecha en Tudelin, juntas las fuerzas acometan á don Sancho, rey de Navarra, enemigo comun. Como prendas deste concierto y para mayor seguridad se concertó casamiento entre doña Sancha, hija del Emperador, habida en Rica, su mujer, y el hijo de don Ramon. Acordóse esto por en-

tonces sin pasar adelante á causa de la poca edad de los dos. En esta confederacion comprehendieron á los hijos del Emperador, don Sancho y don Fernando. Verdad es que don Alonso el Emperador deseaba mas ser mediano en la paz que movedor de la guerra, y aun estaba mas inclinado al rey de Navarra, de dō se mostraba igual esperanza y partido, esto es, de casar con él otra hija, llamada doña Beatriz, habida en su mujer doña Berengaria ó Berenguela, lo cual se efectuó adelante, y entonces se movió este tratado, que no era de menospreciar; por esto con diferentes excusas se entretenia de dia en dia, y alegaba, ya una, ya otra causa de la tardanza para no juntar, como lo tenian concertado, sus armas con los aragoneses; decia que se debía primero de acudir á la guerra sagrada y atajar las pretensiones de los moros, antes que el imperio de los almohades con el tiempo se arraigase mas en España, en especial que por muerte de Abdelmon, su hijo y sucesor Jacob, que otros llaman Juzef, hombre muy soberbio y de grande experiencia en las cosas de la guerra, asentadas las cosas de Africa, con sesenta mil de á caballo y mucho mayor número de infantes era pasado con grande espanto de los fieles en España, llamado de los moros que en ella estaban para ayudar á su gente y vengalla. Aquejábale este cuidado y riesgo; rogó grandemente á don Ramiro, príncipe de Aragon, que juntado un grueso ejército se aparejaba para entrar por tierras de Navarra, que no comenzase la guerra antes de la fiesta de san Martín. Hizose así, que se dilató aquella empresa; solamente por entonces se confirmó con nuevos homenajes en Toledo la confederacion pasada por el mes de febrero del año 1157. Llevó esta tardanza don Ramon con ánimo mas igual á causa que en el mismo tiempo los movimientos de Francia le forzaron á ir de nuevo á Narbona con esta ocasion: Hermengarda, vizcondesa de aquella ciudad, trabajada por las armas de los comarcanos, fué forzada entregarse á sí y á su señorío en la fe y amparo de don Ramon, su tío. El que dió este consejo, Berengario, arzobispo de Narbona, dejada la Francia, la acompañó hasta Perpiñan, donde todas estas prácticas se trataron y concluyeron. El emperador don Alonso, determinado de hacer guerra á los moros, convocó á sus dos hijos, á los prelados y señores de todo su estado, y formando un grueso campo, rompió por el Andalucía, taló los campos y quemó los lugares, robólos y saqueólos por todas partes. Era miserable aquella parte de España en este tiempo, por ser trabajada y afligida de la una gente y de la otra, moros y cristianos. Ganóse la ciudad de Baeza, que habia vuelto á poder de moros, Andújar y Quesada; y porque los calores del estío eran grandes y los lugares mal sanos, determinado el Emperador de volver á Castilla, dejó en el gobierno de aquellas ciudades al rey don Sancho, su hijo, porque si quedaban sin tal amparo no volviesen á poder de moros como otras muchas veces. La mayor parte del ejército quedó con don Sancho. El con don Fernando, su hijo, y con los demás volvieron atrás. En este camino, en el mismo bosque de Cazlona y Sierramorena el Emperador cayó enfermo, y como no pudiese sufrir ni disimular mas tiempo la fuerza de la dolencia, por tener el cuerpo quebrantado con tantos trabajos mas que por su edad, cerca del lugar de Fresneda mandó debajo de una encina le armasen una tienda;

haciale compañía don Juan, arzobispo de Toledo, que le confesó y comulgó; dió la postrera boqueada á 21 del mes de agosto; vivió cincuenta y un años, cinco meses, veinte y un dias; dignísimo príncipe de mas larga vida. No hobo persona mas santa que él siendo mozo, ni vió España cosa mas justa, fuerte y modesta siendo varon; reinó treinta y cinco años, poco mas ó menos; tuvo título y majestad de emperador veinte y dos años y seis meses; fué príncipe colmado de todo género de virtudes, y su memoria fué muy agradable á la posteridad por la voluntad que mostró perpetuamente de ayudar á la religion cristiana. Tuvo tres mujeres, doña Berenguela, doña Beatriz y doña Rica. En doña Beatriz no parece tuvo hijos; de doña Rica hobo á doña Sancha; doña Berenguela parió á don Sancho y don Fernando, que sucedieron á su padre, y á doña Isabel y doña Beatriz; demás destos, á don Alonso y don Fernando, como parece por un privilegio de la iglesia mayor de Toledo. Este don Fernando murió niño, y su padre le hizo sepultar en el monasterio de San Clemente que hay de monjas en aquella ciudad, que él edificó; el letrero de la sepultura decia:

AQUÍ ESTÁ EL MUY ILUSTRE DON FERNANDO, HIJO DEL EMPERADOR DON ALONSO, QUE HIZO ESTE MONASTERIO: PÚSOLE AQUÍ POR HONRALLE.

CAPITULO V.

Cómo don Sancho y don Fernando sucedieron á su padre.

Don Sancho y don Fernando, hijos del difunto Emperador, mozos el uno y el otro muy escogidos y aventajados, como su padre lo dejó señalado y dispuesto, así dividieron sus estados. El reino de Leon y los gallegos quedaron por don Fernando; don Sancho, que era el hermano mayor, poseyó á Castilla y á las demás provincias que andaban con ella; ambos fueron buenos principes en tiempo de paz y diestros en la guerra, de tal manera, que parece querian imitar á porfía las virtudes de su padre. Don Sancho era mas amado del pueblo, por ser de condicion blanda y benigna; por esto y porque murió antes de tiempo le llamaron don Sancho el Deseado; don Fernando daba orejas á los malvados, que tienen por costumbre torcer las palabras y los servicios de otros, con que se enajenó las voluntades de los grandes. Era otrosí sospechoso naturalmente, enfermedad que si no se reprime con la razon, acarrea mal y daño. Por esta causa como no se fiasse de su hermano, antes que hiciesen las honras á su padre y antes que le sepultasen, acudió á Leon para tomar la posesion de aquel reino. Al contrario don Sancho, sabida la muerte de su padre, á grandes jornadas llegó á Fresneda, donde, acompañado de los prelados y grandes llevó el cuerpo de su padre difunto á Toledo, do le sepultaron con aparato real, y muy célebre por las lágrimas de todo el pueblo, en la iglesia mayor de aquella ciudad. A esta sazón don Sancho, rey de Navarra, á quien con la edad por la grandeza de las cosas que hizo y por la erudicion de su ingenio dieron sobrenombre de Sabio, por parecerle tenia buena ocasion de vengar las injurias pasadas, juntado el ejército de los suyos que tenia apercebido para defenderse, pasó hasta Búrgos haciendo mal y daño. Parecia haber con esto hecho lo que bastaba para sustentar el cré-

dito y opinión, pues acometía á sus contrarios el que apenas se entendia seria bastante para defenderse de los intentos de tan grandes reyes que le pretendian derribar. Para muestra de lo cual traia este Rey por blason en campo rojo una banda dorada con dos leones, que por una parte y otra la despedazaban á porfia. Hecha pues esta entrada, con la misma presteza dió la vuelta para su tierra. Los moros de Andalucía, por quedar las plazas, que en la guerra de anos de las habian sido tomadas, desamparadas de la ayuda de don Sancho, sin dilacion las tornaron á recobrar. Era necesario acudir á entrambas partes; pareció reprimir primero el atrevimiento del rey de Navarra, porque disimulando la injuria, no se disminuyese la autoridad y majestad del nuevo Rey, dado que de su condicion se inclinaba mas á la paz que á la guerra. Hacia sus apercebimientos de armas, dinero y soldados. Sucedió muy á propósito que Ponce, conde de la Minerva, el mas principal de los señores leoneses, y que fué paje de armas del emperador don Alonso, agraviado por el rey don Fernando que le despojó de su estado, dejado Leon, se pasó á Castilla. Era grande el crédito de su esfuerzo, y muy aventajado el ejercicio que en las armas tenia. Por esto y porque don Sancho estaba ocupado en dar asiento en las cosas del reino, recibido que hubo benignamente al Conde, y dándole esperanza de alcanzarle perdon de su señor, le hizo general y le dió cuidado de la guerra de Navarra. Aceptó el cargo, y con un grueso ejército que llevaba, por tierra de Briesca llegó á la Rioja en busca del enemigo. Hay una llanura no léjos del lugar de Bañares, llamada Valpie-dra, en que se dió la batalla. Los navarros ordenaron sus huestes desta manera. Don Lope de Haro iba en laanguardia, don Ladrón de Guevara en la retaguardia, el mismo rey don Sancho en el cuerpo de la batalla. Las gentes de Castilla, como en número así en valor sobrepujaban; ordenaron tambien ellos sus haces, y presentaron la batalla al enemigo; cerraron los escuadrones con igual denuedo. Los castellanos al principio fueron echados de su lugar, despues mudándose la fortuna de la pelea, quedaron con la victoria. Los navarros volvieron las espaldas desapoderadamente. La matanza fué menor que conforme á la victoria. Muchos se acogieron y salvaron en los pueblos y castillos comarcanos, que eran suyos. Hizoles daño no esperar los socorros que de franceses les venian. Sin embargo, luego que llegaron, cobrado el Rey ánimo de nuevo, no temió ponerse al trance de la batalla. En el mismo lugar y en el mismo llano tornaron á pelear. La batalla fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, los otros por vencer. Finalmente, los navarros, atemorizados con la matanza pasada y daño recibido, quedaron vencidos, y el campo por los contrarios. Muchos de los mas nobles quedaron presos, que trató don Ponce benignamente. Decia no era venido á hacer guerra con los prisioneros y con su miseria, sino á vengar solamente la temeridad del Rey. Soltólos demás desto, y dejólos ir libres; humanidad que fué entonces muy alabada, en especial que, no solo dió libertad á los navarros, sino tambien á los franceses. Ganada esta victoria, volvió á Búrgos; el Rey, despues de alabar el esfuerzo de los soldados y hacerles mercedes según los méritos de cada cual, mas que á todos honró con

todo género de cortesía al general Ponce. El agrado llegó á tanto, que con deseo de restituírle en su patria y en su estado, como lo tenia prometido, revolvió contra las tierras de Leon, y llegó con su ejército y con sus gentes hasta Sahagun, determinado hacer la guerra á don Fernando, su hermano, si no venia en lo que parecia justo y él queria. El rey don Fernando, vistió el peligro que corría, vino desarmado á verse con su hermano el rey don Sancho; con estas vistas se acabaron los desabrimientos, mayormente que don Fernando, no solo prometia de restituír al conde don Ponce su estado y perdonalle, sino de hacelle mucho mayores honras y mercedes. Ofrecia otrosi para mayor muestra de humildad de hacer pleito homenaje á su hermano y ponerse en su poder y en sus manos; cortesía que don Sancho, trocado el enojo en humanidad, como acontecía seosegura la contienda, dijo que no sufriria que el hijo del Emperador fuese sujeto ni reconociese homenaje á imperio de ningun príncipe ni monarca.

CAPÍTULO VI

De los principios de la caballería de Calatrava

El lugar de Calatrava está puesto en los orefanos, cerca de Almagro, en un sitio fuerte y á la ribera de Guadiana. En el tiempo que se ganó de los moros le entregaron para fortificarle y guardarle á los templarios, soldados de cuyo esfuerzo y valentía se tenia grande crédito; pretendian que sirviese como de fuerte para reprimir las correrías de los bárbaros; pero ellos, por aviso que tuvieron que los moros con grande esfuerzo en muy gran número le querian poner cerco, perdida la esperanza de podelle defender, le volvieron al Rey. No se hallaba entre los grandes alguno que de su voluntad ó convidado por el Rey se ofreciese y atreviese á ponerse al peligro de la defensa; solos dos monjes del Cistel, que venidos por otras causas á la corte, se hallaban á la sazón en Toledo, se atrevieron á esta empresa; estos eran fray Raimundo, abad de Fitero, junto al rio de Pisuerga (yerran los que atribuyen esta loa á otro monasterio de Fitero que está en Navarra cerca de Tudela, pues consta que no estaba edificado en este tiempo), y el compañero que traía, llamado fray Diego Velazquez; este habia sido soldado viejo del emperador don Alonso, afamado por muchas cosas que en la guerra hiciera, despues cansado y por menosprecio de las cosas humanas se metió monje, y al presente, como era de gran corazon, con muchas y buenas razones persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza; consejo, al parecer, temerario, pero en efecto inspirado de Dios, como yo pienso, porque contra tantas dificultades como se presentaban, ninguna razon ni prudencia era bastante. Fué esta oferta muy agradable; primero al Rey, despues á don Juan, arzobispo de Toledo, que estaban antes tristes y faltos de consejo en aquel aprieto tan grande. El dicho Arzobispo demás desto, porque Calatrava era de su diócesi, ayudó con sus dineros, y desde el púlpito persuadió así á los nobles como á los del pueblo que debajo de la conducta del Abad se ofreciesen al peligro y á la defensa; porque no pareciese que desamparaban en aquel trance y faltaban al deber y á las cosas de los cristianos; cuanto menos perdonasen á sí y á sus haciendas, tanto esta-

rian y serian mas seguros; perdido aquel pueblo, que era como baluarte, la llama y el fuego pasaria á las haciendas particulares y tierras de cada cual. Sucdieron estas cosas al principio del año 1158. El Rey hizo donacion del señorío de Calatrava y de su tierra á Santa María, de la órden del Cistel, y en su nombre al abad Raimundo y compañeros para siempre. Es de grande momento la fama para cualquier negocio; que las mas veces es mayor que la verdad. Así, como se divulgase el ruido deste apercebimiento que se hacia para defender aquel pueblo, los moros, perdida la esperanza de ganalle ó embarazados en otras cosas, no vinieron sobre Calatrava. Este fué el principio dichoso y bienaventurado de aquella milicia y órden; porque muchos soldados siguieron al Abad y tomaron el hábito que él les dió, señalado y á propósito para no impedir el uso de las armas; y luego vuelto á Toledo, hinchó al Rey y á los ciudadanos y corte de alegría por lo que acometiera y hiciera; juntamente de su monasterio, do era prelado, trajo gran copia de ganado, y de los lugares comarcanos hasta veinte mil personas, á quien repartió los campos y pueblos cercanos á Calatrava para que en ellos poblasen y viviesen, por estar yermos de moradores. Con esta diligencia el pueblo de Calatrava quedó muy bien fortificado para cualquier cosa que sucediese. El abad Raimundo falleció algunos años despues en Ciruelos, aldea en que tambien estuvo sepultado. La gente de aquel lugar, por la diligencia que usó en defender á Calatrava, le hace tanta honra, que se persuade haber hecho milagros, y le ponen en el número de los santos. Dende fué trasladado el año 1471 á Nuestra Señora de Monte Sion, monasterio de bernardos, junto á Toledo, por bula de Paulo II, expedida á instancia del doctor Luis Nuñez de Toledo, arcediano de Madrid y canónigo de Toledo. Diego Velazquez, despues que vivió muchos años adelante, falleció en Gumiel en el monasterio de San Pedro, en que está enterrado. Destos principios la sagrada milicia y órden de Calatrava ha llegado al lustre que hoy tiene y vemos. Alejandro III la confirmó con su bula, siendo un caballero, llamado don García, el primer maestre de aquella órden, que fué el año 1164; á don García sucedió Fernando Escaya, á este don Martin Perez, á don Martin Nuño Perez de Quiñones, á estos otros. El convento que la primera vez fué puesto en Calatrava, despues le pasaron á Ciruelos; y mas adelante á Bujeda, y de allí á Corcoles y á Salvatierra, últimamente á Covos en tiempo de Nuño Fernandez, el maestre duodécimo de aquella órden. Hay otros menores conventos de aquella órden fundados en otros lugares, pero este es el principal. Esta milicia adquirió adelante riquezas, autoridad y señorío de muchos lugares por sus servicios y por la gran liberalidad de los reyes. Estos lugares y encomiendas se daban antiguamente á los soldados viejos de aquella órden para que con aquellas rentas sustentasen honestamente la vida, sin que los pudiesen dejar en su testamento á los herederos; al presente con la paz, mudadas de lo antiguo las cosas, sirven por voluntad de los reyes á los deleites, estado y regalo de los cortesanos; así ordinariamente las cosas de la tierra de buenos principios suelen trocarse con el tiempo y alterarse.

CAPITULO VII.

Cómo el rey don Sancho de Castilla falleció.

A este tiempo don Ramon, principe de Aragon, por entender que con la muerte del Emperador espiró la confederacion pasada, en cuya virtud tenia como en feudo la parte de Aragon que cae desta parte del rio Ebro, acordó de verse con el rey don Sancho. Señalaron para estas vistas un pueblo llamado Najama; allí en presencia de los grandes y de don Juan, primado de Toledo, se trató desta diferencia. El Aragonés pretendia que Zaragoza, Calatayud y otros pueblos y ciudades quedaban libres de toda jurisdiccion de Castilla; mas como quier que no pudiese alcanzar esto, por conclusion se concertaron que el de Castilla no poseyese en aquella comarca algunos castillos ó lugares, y sin embargo, los reyes de Aragon les hiciesen homenaje por aquellas ciudades y fuesen obligados cuando los llamasen de venir á las Cortes del reino de Castilla; demás desto, la liga que tantas veces se hiciera contra el rey de Navarra se renovó y confirmó, sin que fuese de mayor efecto que antes, dado que la fresca memoria de la guerra pasada estimulaba á don Sancho, á don Ramon el dolor de habelle quitado á sin razon aquel reino. Acabadas estas vistas, que fueron por el mes de febrero, los aragoneses movieron guerra contra el rey de Navarra. Las armas de Castilla no pudieron acudir, como quedó concertado, á causa de las muertes, que sucedieron casi á un mismo tiempo del Rey y de la Reina. La Reina falleció á 24 de junio el año 1158 de Cristo. Fué sepultada en Najara en el monasterio real de Santa María, en que estaban los sepulcros de los reyes de Navarra; y ella poco antes le habia hecho donacion de un pueblo llamado Nestar, por la cual causa todos los años le hacen allí un aniversario el dia de su muerte. El Rey, aquejado del dolor que recibió muy grande por la muerte de su mujer ó de otra dolencia que le sobrevino, falleció en Toledo, postrero de agosto luego siguiente, en sazón que se apercebía para la guerra sagrada, que juntados socorros y gentes de todas partes, con todo su poder pensaba hacer contra los moros. Sepultáronle junto al sepulcro de su padre en la iglesia mayor de la misma ciudad, á la cual iglesia dejó á Illescas y Hazaña. Reinó un año y once dias; fué esclarecido en la guerra y en la paz, y que se igualara con la gloria de sus antepasados si tuviera mas larga vida. Dejó sin duda increíble deseo de sí, que parece encendieron mas las desventuras y alteraciones del reino, que por su muerte resultaron y se siguieron. Con todo esto, las gentes que tenia apercebidas, con la divisa que cada uno llevaba de la cruz, y por tanto espantosas á los enemigos de la religion cristiana, aunque el Rey era fallecido, luego que entraron por el Andalucía, vencieron en una grande batalla á Jacob, miramamolín, que iba la vuelta de Sevilla. Fué grande el destrozo de la morisma; el Moro, pasado este peligro, rehaciéndose de fuerzas, acometió á otros reyes moros que no le querian obedecer, y dando la vuelta, hizo guerra al rey de Valencia y de Murcia; mas no pudo salir con su intento, porque le defendió don Ramon, principe de Aragon y Barcelona, á cuya devocion estaba. Desde allí, vueltas sus fuerzas contra Alhagio, rey de Mérida, le puso en término, que se le rindió, aparejado á hacer lo que

puede pensar género de trabajo que los naturales no padeciesen, cansados no mas con el sentimiento de los males presentes que con el miedo de los que amenazaban, en tanto grado, que el mismo don Manrique, perdida la esperanza de poderse defender y movido por el peligro que sus cosas corrían, fué forzado hacer homenaje al rey don Fernando que le entregaría el gobierno del reino y las rentas reales, que las tuviese por espacio de doce años juntamente con la crianza del Rey. Para que esto se confirmase con comun consentimiento del reino llamaron Cortes para la ciudad de Soria, do guardaban al Rey niño. En este peligro que amenazaba mayores males, la resolucion y esfuerzo de un hombre noble, llamado Nuño Almeyxir, sustentó y defendió el partido de Castilla. Este, viendo llevar el niño á su tío, le arrebató á los que le llevaban, y cubierto con su manto lo llevó al castillo de San Estéban de Gormaz, con la cual diligencia quedaron burlados los intentos del rey don Fernando, porque los tres hermanos de Lara, con muestra de querer seguir y alcanzar al niño Rey, despididos de don Fernando, hicieron para mayor seguridad fuese el niño llevado á Atienza, plaza muy fuerte. Segun esto, arrepentidos del consejo y asiento que tomaran, últimamente andando con él huyendo por diversas partes, pararon en Avila, ciudad muy fuerte. Allí con grande lealtad los ciudadanos le defendieron hasta el año oncenno de su edad. Por este hecho los de Avila se comenzaron á llamar vulgarmente los fieles. El rey don Fernando, burlada su esperanza, con que se prometía el reino de Castilla, y por esta razon movido á furor, acusó primero á don Nuño de Lara, despues á don Manrique, su hermano, de habelle quebrantado la fe y palabra; envió para esto reyes de armas para desafiallos; pero la revuelta de los tiempos no dió lugar á que defendiesen por las armas su inocencia ni se purgasen en el palenque de lo que les era impuesto, como era de costumbre. Recelábanse que si les sucedía alguna desgracia, se pondría en cuentos y peligro todo el reino. Solamente respondieron á don Fernando que la conciencia de lo hecho y lealtad que guardaron con el Rey niño, si no á los otros, á lo menos á sí mismos daban satisfaccion bastante. Era grande el regocijo que tenía todo el reino por ver el Rey niño escapado de las asechanzas de su tío; pero en breve toda aquella alegría se desvaneció, porque toda Castilla fué trabajada con las armas del rey don Fernando. Las ciudades y los lugares, ó por fuerza ó de grado, á cada paso se ponian en su poder y le hacian homenaje, en tanto grado, que fuera de una pequeña parte del reino que perseveró en la fe del niño, todo lo demás quedó por el vencedor. Toledo tambien ciudad real, y don Juan, su prelado, siguieron las partes de don Fernando, creo por algun desabrimiento que tenían ó por acomodarse al tiempo. Hay un privilegio del rey don Fernando dado en Atienza, 4.º de febrero, año 1162, en que entre los otros grandes y ricos hombres y obispos firma tambien el arzobispo don Juan; demás desto, consta de los *Anales de Toledo* que el rey don Fernando entró en Toledo á 9 del mes de agosto luego siguiente. Allegóse á estas desgracias una nueva guerra que hicieron los navarros, porque el rey don Sancho de Navarra despues de grandes alteraciones se concertó con el Aragonés. Hecho esto, por entender que era buena ocasion para vengar

las injurias pasadas y recobrar por las armas lo que los reyes de Castilla le tomaron en la Rioja y en lo de Bureva, con un grueso ejército que de los suyos juntó se apoderó de Logroño, de Entrena, de Briviesca y de otros lugares por aquellas partes. Tenia soldados muy buenos y ejercitados en muchas guerras. Los señores de Navarra eran personas muy escogidas. Entre los demás se cuentan los Davalos, casa muy noble y poderosa, como lo muestran las escrituras y memorias de aquel tiempo. Con esto no tenían fin ni término las guerras ni los males, todo andaba muy revuelto y alterado.

CAPITULO IX.

De la muerte de don Ramon, príncipe de Aragon.

Estaba Castilla encendida con alteraciones civiles en un tiempo muy fuera de propósito por quedar en la provincia gran número de gente bárbara; solo con las armas de Portugal y de Aragon eran los moros apretados; mas en el Andalucía, donde tenían mayor señorío, vivían con todo sosiego, y el poder de aquella nueva gente de los almohades con el tiempo se arraigaba mas de lo que fuera razon. En este tiempo Italia era trabajada con no menores males y discordias que lo de España. Dos se tenían en Roma por pontífices, y cada cual pretendia que él era el verdadero, y el contrario no tenía razon ni derecho alguno. Estos eran Alejandro III, natural de Sena, y Victor IV, ciudadano romano; á este ayudaba mucho el emperador Federico Barbaroja por la grande amistad que con él tenía. A Alejandro nombró por pontífice la mayor y mas sana parte de los cardenales; pero como no tuviese bastantes fuerzas para resistir al Emperador, que se apoderaba de las ciudades y lugares de la Iglesia, en una armada de Guillermo, rey de Sicilia, se huyó á Francia, y en ella para sosegar estas discordias y este scisma juntó en Turs, el año 1163, un concilio muy principal. Acudieron á su llamado ciento y cincuenta obispos, y entre ellos don Juan, primado de Toledo. Por el mismo tiempo don Ramon, aragonés, era muy nombrado por la fama de las cosas que acabó y su perpetua felicidad, tanto, que tenía por sugeto en España á Lope, rey moro de Murcia, y á los Baucios en Francia, que movian guerra en la Proenza, los trabajaba con muchos daños que les hacia, porque, no solamente defendió la Proenza sobre que contendian, sino tambien les quitó de su estado antiguo treinta castillos, y la villa de Trencatayo, que era muy fuerte, tomado que la hobo por fuerza, la allanó y arrasó el año 1164. Con aquella victoria quedaron de todo punto quebrantadas las fuerzas de los Baucios. El emperador Federico, que parecia favoracer á los enemigos y contrarios, con nueva confederacion que con él hizo quedó muy su amigo. Trajo don Ramon de Castilla á Aragon á Rica, viuda del emperador don Alonso, y á su hija doña Saucha, que estaba desposada con el hijo del mismo don Ramon. A instancia pues del emperador Federico se concertó que Rica, que era denda suya, casase con don Ramon Berengario ó Berenguel, conde de la Proenza; y que los aragoneses y proenzales jurasen por pontífice y diesen la obediencia al que él ayudaba. Con esto les hacia merced que, no solo quedasen con el principado de la Proenza, que se comprendia y extendia desde el rio Druenza hasta el mar, y desde el rio

Ródano hasta los Alpes, sino demás desto de la ciudad de Arles con toda su tierra. Para que todo esto fuese mas firme, se decretó y concertó que ambos los don Ramones, el aragonés y el proenzal, fuesen á Turin, ciudad de Italia, á verse con el Emperador. Señalóse el primer día de agosto para estas vistas del año 1162. En este camino, en San Dalmacio, que es un pueblo á las raíces de los Alpes hácia Italia, adoleció don Ramon, príncipe de Aragon, y falleció de aquella enfermedad á 6 días de aquel mismo mes. Parecía que aquella muerte sucedia en muy mala sazón, dado que don Ramon, conde de la Proenza, fácilmente alcanzó del Emperador todas las cosas por que eran idos, luego que se vió con él en Turin, como tenían concertado; y aun el Emperador dice en sus letras que se expidieron sobre el caso gratificar al difunto porque había tratado muy honradamente á la reina Rica y mirado por la honra de aquella matrona viuda. De aquí tomaron ocasion los escritores catalanes de fingir que don Ramon, príncipe de Aragon, en Alemaña defendió en un desaffo y campo que hizo, la fama de una reina viuda que la acusaban haber hecho lo que no debía, y que el premio de defender la honestidad de aquella señora fué darle el principado de la Proenza. Nosotros, siguiendo la verdad de la historia, contamos la cosa como pasó. El cuerpo del difunto traído á su tierra sepultaron en el monasterio de Ripol, como él mismo á la muerte lo dejó ordenado. Hiciéronse Cortes del reino en Huesca, y refirióse el testamento de aquel Príncipe, que hizo á la hora de su muerte solo de palabra, en que nombró por su heredero á don Ramon, su hijo, que trocado este nombre en el de don Alonso, entró en posesion del principado, de su padre. A don Pedro, hijo segundo, mandó á Cerdeña, Carcasona y Narbona con el mismo derecho que él las tenia. Don Sancho, que era el menor de todos, quedó nombrado en lugar de don Pedro para que le sucediese si muriese sin hijos. De doña Dulce, su hija, que adelante fué reina de Portugal, no hizo mencion alguna; tampoco de don Berengario ó Berenguel, que fué obispo de Tarazona y de Lérida y abad de Montaragon, al cual el Príncipe hobo fuera de matrimonio. La edad del nuevo rey don Alonso no era bastante para el gobierno, porque apenas tenia once años. Esto y la flaqueza y pocas fuerzas de la Reina, su madre, pareció á propósito á los amigos de novedades para revolver el reino. Un cierto embaidor se hizo caudillo de los que mal pensaban con afirmar públicamente era el rey don Alonso, aquel que veinte y ocho años antes deste fué muerto en la batalla de Fraga, como de suso queda dicho. Decia que cansado de las cosas humanas estuvo por tanto tiempo disrazado en Asia, y se halló en muchas guerras que los cristianos hicieron contra los moros en la Tierra-Santa. Su larga edad hacia que muchos le creyesen, y las facciones del rostro no de todo punto desemejable; el vulgo, amigo de fábulas, acrecentaba estas mismas cosas, por donde el gobierno de la Reina, como de mujer, era de muchos menospreciado. Grandes males se aparejaban por esta causa, si el embaidor no fuera preso en Zaragoza y no le dieran la muerte en los mismos principios del alboroto. Este fué el pago de la invencion y fin de toda esta tragedia mal trazada. El año próximo de 1163 se tuvieron otrosí Cortes del reino de Aragon en Barcelona.

En ellas la reina doña Petronilla, á persuasion de los grandes, dió y renunció el reino á su hijo, que andaba ya en trece años. Don Ramon, conde de la Proenza, que un poco de tiempo gobernara á Cataluña por el Rey su primo, dejado el gobierno, se volvió á su tierra, que andaba alborotada otra vez y trabajada por las armas de los Baucios. Para fortificarse contra aquella familia y linaje y apercebirse de socorros de fuera procuró hacer liga con el conde de Tolosa y concertar casamiento de su hija, una sola que tenia, con el hijo de aquel Conde; prácticas que se impidieron por su muerte, que sucedió el año 1166. El rey de Aragon, que se hallaba á la sazón en Girona; avisado que su primo era muerto, á ejemplo de su padre y á persuasion de los grandes, se llamó marqués de la Proenza. Así pretendian estar decretado por el privilegio del emperador Federico, que aquel principado, no solo se daba al conde de la Proenza, sino asimismo á don Ramon, príncipe de Aragon, y sus descendientes; ocasion de nuevos movimientos y alteraciones que sucedieron en Francia.

CAPITULO X.

Cómo don Alonso, rey de Castilla, visitó el reino.

Gran mudanza de las cosas se hizo en Castilla; por que los naturales, cansados del gobierno del rey de Leon, aficionados al mozo rey don Alonso, como es cosa natural y lo merecía la memoria agradable del rey don Sancho, su padre, no cesaban de movelle con cartas y embajadores para que tomase el ceptro y mando del reino paterno. Ofrecíanle que no le faltarian las voluntades de los suyos ni sus fuerzas, que siempre de secreto estuvieron por él, dado que por acomodarse al tiempo y forzados suportaban el señorío forastero. El Rey á la sazón andaba en el año undécimo de su edad; á los grandes que le tenian en su poder parecia aquella edad bastante, especial que les movia el ejemplo fresco de los aragoneses, que entregaron el gobierno á su Rey, que tenia poca mas edad. A persuasion pues dellos y por su consejo determinó partir de Avila para visitar el reino y hacer entrada en cada una de las ciudades, el año de nuestra salvacion de 1168, como algunos dicen; nosotros de la razon destes años y deste número quitamos dos años con fundamento bastante y cierto, pues cuando murió su padre se sabe era este Rey de cuatro años, y ahora once no cumplidos. No le engañó su esperanza; muchas ciudades y pueblos en toda la provincia, como lo tenian ofrecido, abrian con gran voluntad las puertas al Rey y le ayudaban con dinero, provision y todas las demás cosas. Al principio pocos eran los que acompañaban al Rey, que fueron algunos grandes de Castilla que perseveraran con él ó de nuevo se le juntaron. Demás destes, una compañía de guarda de ciento y cincuenta de á caballo, que los de Avila le dieron para que le acompañasen; poca gente para acabar cosas tan grandes y para recobrar el reino, parte del cual tenian los grandes, parte estaba en poder de los leoneses con guarniciones que tenian puestas por todas partes. No hay cosa mas segura en las revueltas civiles que apresurarse. Al Rey parecia que todas las cosas le serian fáciles; y así, determinaron de probar á Toledo, cabeza del reino, y experimentar cuánta

lealtad hobiese en sus ciudadanos. Poca esperanza tenían que don Fernando Ruiz de Castro, que la tenía en su poder, la entregase de su voluntad. El color que tomaba era no ser lícito, como él decía, entregar aquella ciudad á alguno antes de la edad que por el Rey difunto quedó señalada. Lo que principalmente le movía era que tenía pena de que le hobiesen quitado la tutela del Rey y sus contrarios estuviesen apoderados del gobierno del reino. Don Estéban Illan, ciudadano principal de aquella ciudad, en la parte mas alta della á sus expensas edificara la iglesia de San Roman, y á ella pegada una torre, que servia de ornato y fortaleza. Era este caballero contrario por particulares disgustos de don Fernando y de sus intentos. Salió secretamente de la ciudad, y trajo al Rey en hábito disfrazado con cierta esperanza de apoderarle de todo. Para esto le metió en la torre susodicha de San Roman; campearon los estandartes reales en aquella torre y avisaron al pueblo que el Rey estaba presente. Los moradores, alterados con cosa tan repentina, corren á las armas, unos en favor de don Fernando, los mas acudían á la majestad real; parecía que si con presteza no se apagaba aquella discordia, que se encendería una grande llama y revuelta en la ciudad; pero como suele suceder en los alborotos y ruidos semejantes, á quien acudían los mas, casi todos los otros siguieron la autoridad real. Don Fernando, perdida la esperanza de defender la ciudad por ver los ánimos tan inclinados al Rey, salido della, se fué á Huete, ciudad en aquel tiempo, por ser frontera de moros y raya del reino, muy fuerte, así por el sitio como por los muros y baluartes. Los de Toledo librados del peligro á voces y por muestra de amor decían: «Viva el Rey.» Esto hacían no mas los que habían estado por él, que la parcialidad contraria entraban donde estaba á besarle la mano, y cuanto mas fingido era lo que algunos hacían, tanto daban mayores muestras de voluntad y le adulaban con mas cuidado. A don Estéban en gratificación de aquel servicio le hizo el Rey mucha honra y le encomendó el cuidado de la ciudad. Despues de su muerte los ciudadanos, para memoria de tan gran varon, en la iglesia catedral, en lo mas alto de la bóveda, detrás del altar mayor, hicieron pintar su imagen á caballo como está hoy. Entró el Rey en Toledo á 26 de agosto, día viérnes. Luego el día de san Miguel, don Juan, arzobispo de Toledo, falleció cansado de la pesadumbre de tantos males ó por su larga edad. La letra dominical muestra que la entrada del Rey no pudo ser sino el año 1166. Conforman los *Anales de Toledo* y el letrado del sagrario de aquella iglesia, que señalan la muerte del arzobispo, era 1204, que es el año dicho puntualmente, y así se debe tener. Gobernó aquella iglesia loablemente como diez y seis años; su cuerpo se entiende fué allí mismo sepultado. Algunos dicen que renunció y que de su voluntad dejó el arzobispado, y dél explican la ley pontificia y cánon promulgado por Alejandro III, pontífice romano, que es el primer capítulo en el título de las órdenes hechas despues de renunciado el obispado, enderezado al arzobispo de Toledo, como se contiene en su título. La verdad es que en las decretales de mano antiguas no reza aquel título al arzobispo de Toledo, sino al coloniense; así, lo de la renunciacion no se debe tener por verdadero. Sucedió don Cerebruno ó Cene-

bruno, persona de igual ánimo y prudencia, agradable al rey don Alonso, ca fué su maestro y le enseñó las primeras letras. Fué arcediano de Toledo antes, y obispo de Sigüenza, y aun se sospecha era francés de nacion. A este prelado parece se enderezó sin duda la epístola decretal del mismo Alejandro III, que es el capítulo 11 en el título de Simonía, sobre la que se cometió en la eleccion del obispo de Osma. Conforman con esto lo que ordenó el mismo rey don Alonso en su testamento, su fecha en Fuentidueña, á 8 de diciembre, era 1242; dice que sus tutores, el conde don Nuño y don Pedro, por elegir al obispo de Osma, recibieron cinco mil maravedis; manda que se restituyan. Era por el mismo tiempo prelado de Tarragona Hugo Cervellon, que sucedió á Bernardo Torté. El rey de Castilla, sosegado que tuvo á Toledo, á persuasion del conde don Manrique, salió contra don Fernando de Castro, ca ayudado de las gentes de Huete, que le eran aficionadas y muy leales, salió al encuentro al ejército del Rey. Dióse la batalla dos leguas de aquel pueblo junto á Garcinabarro; era grande la fama del esfuerzo de don Manrique; era tenido por gran defensor de la autoridad real, tales eran las muestras, si bien muchos pensaban que en nombre ajeno quería mandallo todo, por ser, como era, atrevido, astuto, presto y conforme á los negocios y ocurrencias, cuándo seguía la virtud, cuándo lo malo. Don Fernando, por recelarse en la pelea de sus fuerzas, entró en la batalla, quitadas las sobrevistas y disfrazado. Don Manrique, por yerro, con todas sus fuerzas embistió y mató á un caballero ordinario, el cual, porque llevaba vestidura de general, creyó era su contrario. Quedó cansado de aquella pelea y á propósito para ser agraviado; así fué él mismo muerto; uno de los que acompañaban á don Fernando le metió por el cuerpo la espada. Con la muerte del general los del Rey, parte se pusieron en huida, parte fueron muertos en la pelea. Sabido el engaño y astucia, don Nuño, hermano de don Manrique, acusaba á don Fernando de aleve. No paró en esto, sino que le desafió á pelear de persona á persona y hacer campo, como se acostumbraba en casos semejantes. Intervinieron varones santos y personas graves, por cuyo medio por entonces la diferencia se sosegó algun tanto, pero el odio entre aquellas dos casas quedó muy mas arraigado que antes, con grande daño muchas veces de las cosas y del reino, por anteponer cada cual de las partes sus particulares pasiones y debates al bien comun. Verdad es que la guerra que hizo el Rey por entonces no fué muy grande ni continuada, y muchas ciudades y castillos, por estar obligados con beneficios que recibieran, quedaron en poder de don Fernando de Castro, con que el Rey desistió del intento y esperanza de atropellalle, y vuelto hacía otras partes, no dejaba de sujetar á su señorío las ciudades y castillos que hallaba sin guarnicion. Demás desto, pareció por la comodidad del lugar probar el castillo de Zurita, que está puesto en un collado empinado, cuyas raíces y baldas baña el rio Tajo. Tenía la guarda desta fuerza Lope de Arenas como teniente de don Fernando de Castro. Convidado á que se rindiese, se excusó con la edad del Rey, como otros muchos, que él no era señor, sino lugarteniente, y como tal tenía jurado á don Fernando; que si no fuese con su licencia, no entregaría el castillo á persona alguna; que no su-

fría que con color y voz de la autoridad real se burlasen de los demás aquellos que por la flaca edad del Rey le tenían en su poder y le aconsejaban lo que les parecía. Como los del Rey perdiesen la esperanza que el alcaide haría por su voluntad lo que pretendían, determinaron de usar de fuerza y apretar el cerco de aquel castillo. Convocaron para este efecto socorros de todas partes. Don Lope de Haro, avisado de lo que el Rey pretendía, de lo postrero de Vizcaya, en que tenía grande estado, sin ser llamado, á causa que él y el conde don Nuño tenían diferencias particulares y andaban torcidos, de su voluntad vino á servir en aquel cerco. Llegado, miró el sitio del castillo, y se encargó de acometerle por aquella parte que parecía mas agria y de que mayor peligro se mostraba; cosa propia de la nacion vizcaína. Iba adelante el cerco. Los del Rey no tenían esperanza de salir con su intento. Los cercados padecían falta de mantenimientos; por esta causa usaron de engaño, y con dar esperanza de rendirse, convidado que hobieron y recibido dentro para tratar desto á los condes don Nuño y don Suero, los prendieron á traicion, por entender que el Rey, movido de su peligro, se apartaría del propósito que tenía de combatir el castillo, por lo menos vendría en algun buen partido. En lo que pensaron consistía su remedio estuvo su destruición. Hallábase en los reales del Rey un cierto hombre, llamado Domingo, que salió del castillo no se dice por qué causa; este, si le diesen algun premio, prometió haría entregar aquella fuerza. Aceptado el partido, en cierto ruido hechizo dió una herida á Pedro Ruiz, ciudadano de Toledo; él mismo vino en ello y con voluntad del Rey; hecho esto, Domingo se puso en huida. Con esta ficcion las guardas le recibieron en el castillo. Era criado del alcaide, mañoso, servicial, y por aquella nueva hazaña le ganó mas la voluntad; trataba con él muy familiarmente sin recelo de lo que le sobrevino. El traidor, hallada ocasion á propósito para ejecutar su intento, á tiempo que el alcaide se afeitaba la barba le mató; trás esto se huyó á los reales. El pueblo sin dilacion, muerto su caudillo, sin grande dificultad vino en poder del Rey y se rindió luego; perdonó el Rey á los soldados, y el lugar no fué puesto á saco; solo á Domingo hizo sacar los ojos, que fué ejemplo señalado de castigo contra los traidores, dado que le señalaron sustento bastante para pasar la vida, porque no pareciese que el Rey quebrantaba su palabra. Este sustento no mucho despues por mandado del mismo le quitaron junto con la vida, porque magüer que ciego y castigado se alababa de aquella maldad; doblada alevosía que cometió en matar á su señor y hacer traicion á los cercados. Esto del traidor. Los soldados, alegres con la victoria, se partieron para sus casas. Don Lope de Haro, que entre todos se señaló de animoso, alabado con palabras muy honrosas, se volvió á su tierra, sin querer aceptar los dones que le ofrecían, por saber muy bien cuánta falta y pobreza padecía el tesoro real. Este caballero dicen edificó en la Rioja la villa de Haro, no lejos del rio Ebro, y que de aquel pueblo y de su nombre, así él como sus descendientes, tomaron este apellido. El Rey se fué á Toledo á las Cortes del reino, para donde tenía convocados los grandes y ciudades de toda la provincia. Tratóse en ellas de componer el estado del reino, que por la revuelta de los tiempos andaba muy

alterado, y de recobrar las ciudades y pueblos que aun no se querían entregar. Fué este año memorable por las muchas lluvias y grandes crecientes, en particular en Toledo el rio Tajo salió de madre y llegó hasta la iglesia de San Isidro, á 20 de febrero; el año luego siguiente de 1169, á 8 de febrero, tembló la tierra en aquella ciudad; cosa que sucede pocas veces y que puso en cuidado á los ciudadanos, por pensar que aquel temblor era pronóstico de algunos nuevos y mayores trabajos.

CAPITULO XI.

De las bodas de don Alonso, rey de Castilla.

Don Fernando, rey de Leon, los años pasados casó con doña Urraca, hija de don Alonso, rey de Portugal; deste casamiento nació don Alonso, el que sucedió á su padre en el reino de Leon, dado que la misma doña Urraca, por el parentesco que tenía con su marido, fué dél repudiada y apartada. Este camino hallaban para deshacer los casamientos cuando nacían desabrimientos entre los casados; que aun no estaba introducida la costumbre de dispensar en las leyes matrimoniales, ni los pontífices comenzaban á usar de semejantes dispensaciones. Deste repudio resultaron grandes enemistades entre el suegro y el yerno, y dellas muchos daños que se hicieron y recibieron de una parte y de otra. Don Fernando andaba ocupado en reedificar las ciudades y pueblos que por la revuelta de los tiempos pasados estaban destruidas, otros edificaba de nuevo. Cerca de Salamanca reparó la antigua Bletisa con nombre de Ledesma, á Granada cerca de Coria, demás desto Benavente, Valencia de Oviedo, Villalpando, Mansilla, Mayorga. Fuera destas poblaciones, por consejo de un forjido portugués edificó en los confines del reino, por do se divide de Portugal, á Ciudad Rodrigo, que antiguamente se llamó Mirobriga, para que fuese como firme baluarte en que se quebrantasen los impetus de los portugueses y para hacer dende correrías y cabalgadas por los lugares comarcanos. El desabrimiento que comenzó destes principios entre leoneses y portugueses se encendió despues y paró en graves enemistados. Era don Fernando príncipe de grande corazon y bravo; y aunque de costumbres muy suaves, condicion simple, liberal y manso, no dudaba hacer rostro á las armas y poder de dos los reyes de Castilla y de Portugal. Don Alonso, rey de Castilla, al principio del año de nuestra salvacion de 1170 fué á Búrgos para tener Cortes del reino, en las cuales, porque el Rey era entrado en los quince años de su edad, que era el tiempo señalado por el testamento de su padre, y legal para que le entregasen las ciudades, se trató de que se ejecutase así; y con grande voluntad de los grandes y de todos salió decretado se hiciese guerra, así á los señores si no obedeciesen á la voluntad del Rey, como al rey don Fernando, su tio; que tenía todavía con guarniciones ocupada una parte no pequeña del reino; pero esta guerra, á causa de otras dificultades, se dilató mucho. Los grandes, interesados por no ser acusados de traidores y porque no les quedaba excusa alguna para no hacello, entregaron al Rey los castillos, fuerzas y lugares que tenían en su poder. Entre los primeros hizo esto don Fernando de Castro; dado que desconfiado de la voluntad del Rey por estar

muchos grandes irritados contra él y la parcialidad contraria apoderada del gobierno, determinó dejar la tierra; y públicamente renunciada la patria, conforme á lo que entonces los españoles usaban, se retiró á tierra de moros, ca decía que el destierro sería tolerable, principalmente al que se hallaba inocente y no habia hecho vileza alguna; pero que él haria que al que no querian por amigo experimentasen series enemigo muy grave. Muchas veces la paciencia ofendida se muda en furor; así, don Fernando, agraviado con muchas injurias como él se quejaba, no dejaba de hacer muchos daños en tierras de cristianos. Tratóse demás desto en las Cortes de Búrgos del casamiento del Rey por ser la edad á propósito y tener todos grande cuidado de que quedase del sucesion. Enrique, segundo deste nombre, rey de Ingalaterra, muy poderoso á la sazón, abrazaba debajo de su señorío lo de Angers y Normandía en Francia y toda Ingalaterra; y su mujer doña Leonor en dote le ayuntó á los demás estados lo de Guiena y Portiers, como arriba queda dicho. Parecían á los grandes que sería á propósito Leonor, hija destos príncipes, doncella muy escogida, para casalla con su Rey, si su padre viniese en ello. Don Alonso, rey de Aragon, con desseo de verse con el rey de Castilla, su primo, y que era casi de la misma edad, vino á Sahagun; allí se puso confederacion entre aquellas dos naciones. Hecho esto, los dos reyes, mediado el mes de julio, fueron á Zaragoza; desde allí se envió una embajada muy principal á Francia para tratar lo del casamiento del Rey. La cabeza desta embajada era don Cerebruno, arzobispo de Toledo; acompañábale don Ramon, obispo de Palencia, con otros prelados y caballeros en gran número. Llegados á Burdeos, do estaba la reina de Ingalaterra con su hija, fácilmente alcanzaron lo que pretendian. Concertáronse las bodas, la doncella vino á España, y en su compañía, no solo los que envió el rey don Alonso, sino tambien se juntaron con ellos Bernardo, prelado de Burdeos, y otros señores de Francia. Entre tanto que esto pasaba en Francia, en España entre los dos reyes de Castilla y de Aragon se hizo liga y avenencia en que se juntaban las fuerzas de los dos reinos contra todos los príncipes, sacado solo el de Ingalaterra, en que se tuvo respeto al nuevo parentesco. Para confirmar este concierto y palabra de una parte y otra se dieron algunos pueblos para que en poder del otro estuviesen como en rehenes y en tercería: al de Aragon dieron á Najara y Biguera, á don Alonso, rey de Castilla, Hariza y Daroca, que por aquel tiempo tambien, como ahora, pertenecian al reino de Aragon. La doncella esposa del rey de Castilla llegó finalmente á Tarazona. Allí, como antes tenían concertado, se hicieron los desposorios con grandes rogocijos por el mes de setiembre. El rey de Aragon fué el padrino; las arras que dieron á la esposa fué gran parte de Castilla, Búrgos, Medina del Campo con otros lugares en gran número; fuera desto, le consignaron la mitad de todo lo que se ganase de los moros. El Rey, aficionado á la hermosura de su esposa, que era apuesta y agraciada, como era de poca edad, parecia querer en liberalidad demasiada aventajarse á los reyes pasados. Lope, rey moro de Murcia, tenia confederacion y amistad con el rey de Castilla, porque halló tambien que por estos años vino á Toledo. Estaba el rey de

Aragon ofendido del mismo, y pretendia hacelle guerra, porque rehusaba de pagar las parias que acostumbraba dar á don Ramon, su padre. Concertóse que aquel Rey bárbaro le quedase sujeto á tal que él desistiese de favorecer á los macedetes, bando entre los moros contrario al rey Lope. Ibase por estos tiempos despeñando el imperio de los moros en España, por estar dividido en parcialidades, en especial la ciudad de Murcia muchas veces andaba alborotada con discordias civiles. Despedidos entre sí los dos reyes y concluidas las fiestas de Tarazona, las bodas se celebraron en Búrgos con aparato increíble, y concurso de gentes no menor. Acabadas las fiestas, se dió licencia á la compañía de á caballo de los de Avila que hasta entonces acompañaron y guardaron al Rey. A la ciudad de Avila, por la fidelidad que guardó muy grande en tiempos tan ásperos, otorgó el Rey grandes y señalados privilegios. Concluidas estas cosas, el Rey y Reina se partieron para Toledo. En el mismo tiempo el rey de Aragon procuró y hizo que la cabeza del mártir san Valerio, obispo que fué de Zaragoza, desde Roda do estaba fuese llevada á Zaragoza. Vino en ello, por dar contento al Rey, don Guillen Perez, obispo de Lérida y de Roda. Doña Garsendis, princesa de Bearne, muertas su padre y hermano, á ejemplo de sus antepasados, hizo su homenaje al rey de Aragon; y en particular renovó la confederacion hecha antes, en que se mandaba no se pudiese casar sin voluntad del Rey. Los obispos Bernardo, de Oleron, y Guillelmo, de Lascar, fueron los que hicieron los conciertos en su nombre. Algunos piensan que casó, y fué mujer de Guillen de Moncada, hombre principal en Cataluña y senescal; cosa que no se puede probar con bastantes fundamentos, y que nos pareció sería mejor dejalla sin resolver que poner por cierto en lo que dudamos.

CAPITULO XII.

De la confederacion que se hizo contra don Pero Ruiz de Azagra.

Entre las ocupaciones y ejercicios de la paz no se dejaba el cuidado de la guerra, en especial las reliquias de los moros eran trabajadas por las armas de los aragoneses de tal guisa, que apenas les quedaba por aquella parte lugar en que pudiesen estar seguros. En Edetania la Vieja, á las riberas del rio Alga, los pueblos Favara, Maella, Fresneda y otros muchos fueron con el próspero suceso de las guerras quitados á los moros; demás desto, Caspe, villa muy fuerte junto al rio Ebro. Quedaba por conquistar una parte del monte Idubeda en los confines de la Edetania y de la Celliberia, porque gran número de moros, confiados en la fortaleza y fragura de los lugares, se habian retirado á aquella parte. A los fieles por la aspereza de los montes era dificultosa la empresa y la entrada; con el esfuerzo vencieron todas las dificultades y echaron de aquellos lugares á los enemigos, juntamente se apoderaron de la ciudad de Teruel, que es lo postrero de Aragon. Así el señorío de los moros por aquella parte desde allí adelante tuvo por término y linderó la tierra y reino de Valencia. En el mismo tiempo Pero Ruiz Azagra, hijo de Rodrigo Azagra, señor que era de Estella, como arriba queda dicho, por cierta ayuda que dió á Lope, rey de Murcia, le obligó de tal suerte, que alcanzó del que le hi-

CAPITULO XIII.

Del principio de la caballería de Santiago.

Por estos tiempos comenzaron á ser nombrados los caballeros que tienen el apellido de Santiago, que nos da ocasion para tratar brevemente de los principios desta milicia y órden y en qué manera de bajos principios ha crecido y llegado á la grandeza que hoy tiene, poco menos que real, y que algun tiempo se hizo temer de los reyes. En el tiempo que se descubrió el sepulcro del apóstol Santiago comenzó la devocion de aquel lugar á extenderse, no solamente por toda España, sino tambien acerca de las naciones extrañas; muchos de todas partes del mundo concurrían á visitarle, á otros muchos espantaba la dificultad del camino por la aspereza y esterilidad de aquellos lugares y las correrías de los moros, que se decia cautivaban á muchos de los peregrinos. Los canónigos de San Eloy, no se sabe puntualmente en qué tiempo, los años siguientes, con deseo de remediar estos males, edificaron en muchas partes por todo aquel camino que llega hasta Francia hospitales para recibir á los peregrinos. Entre estos el que se edificó en el arrabal de Leon, con nombre de San Márcos, fué el de mas cuenta y tuvo el mas principal lugar. Con este oficio de piedad, no solo ganaron los ánimos del pueblo, sino tambien las voluntades de los principales, tanto, que les dieron por entonces grandes riquezas y rentas; y adelante por su ejemplo algunos en Castilla, ejercitados en la guerra, personas nobles y ricas, con el celo que tenían de ensanchar el señorío de cristianos, juntaron en comun los bienes particulares de cada uno á manera de religiosos. Estos, por industria del cardenal Jacinto y á su persuasion, por estos tiempos determinaron de unirse y juntar sus fuerzas con los canónigos de San Eloy, que tienen su convento fuera de Santiago. Con este acuerdo se partieron para Roma para alcanzar aprobacion del pontífice Alejandro de su instituto y manera de vida, que querían ordenar conforme á la regla de san Agustín, que abrazaban los dichos canónigos. Pero Fernandez de Puente Encalada, que fué el principal en esta embajada, á persuasion de Cerebruno, arzobispo de Toledo, ganó una bula del Pontífice, su data á 5 de julio, año de 1175, en que se señala á los soldados la manera de vivir, poniéndoles leyes muy buenas; á la cual manera de vida se reciben tambien mujeres, con tal que no se puedan casar, sino fuere con consentimiento del maestre. Mandóse que de todo el número de los caballeros señalasen trece que nunca se apartasen del lado del maestre, y juntamente con él todos los años en un lugar señalado hiciesen su capitulo general. Demás desto, otras muchas cosas se ordenaron, que sería largo relatarlas. El mismo Pero Fernandez fué criado por maestre de aquella milicia y órden, y así fué el primero de los maestres; las insignias de los soldados en manto blanco una cruz roja hecha á manera de espada. Señalósetes por convento el hospital de San Márcos, que estaba en Leon. Tenian por este mismo tiempo en Castilla y en Leon grandes heredamientos, no pocos castillos y lugares, entre los demás se cuentan Uclés, Mora, Estriana, Almodóvar, Larunda, Santacruz de la Zarza, que así se llama en la bula del Papa un lugar que antiguamente se llamó

Vicus Cuminarius cerca de Ocaña. Sucedió el año siguiente de 1176 que don Alonso, rey de Castilla, siendo de mayor edad y estando determinado de vengar los agravios que los navarros y leoneses le hicieron los años pasados, se aparejaba para la guerra. Hizo sus votos en Toledo antes que se pudiese en camino y saliese en campaña; hizo donacion de Illescas, que parece habia vuelto á ser del Rey, y de Hazaña á la iglesia mayor de Toledo por el mes de julio para alcanzar de los santos patronos de aquella ciudad que la guerra que trataba de hacer tuviese próspero fin. Hecho esto, entró por la Rioja con grandes gentes hasta la ribera de Ebro. Lo demás que sucedió en esta guerra no se sabe, sino que despues de maltratados los navarros, consta dió la vuelta contra el reino de Leon, taló los campos, tomó y saqueó y abrasó los lugares; y esto á causa que el Rey, su tío, era de menores fuerzas y relusaba de venir á las manos con aquel bravo y mozo príncipe. Pero la ira del rey de Leon se volvió contra los nuevos soldados de Santiago, por sospechar favorecian al rey de Castilla como á su antiguo señor, tanto, que los echó á todos del reino y los forzó á retirarse á Castilla. Arrepintióse presto el rey don Fernando de lo que hizo, por despojar sin bastante causa su reino de una ayuda tan grande como era la destes caballeros; mas no lo pudo remediar, dado que por intercesion de prelados y grandes y otras buenas personas, con cierta manera de treguas por entonces se dejaron las armas y se apaciguaron estos bullicios. Esto nos pareció referir y poner por escrito de los principios de aquella órden, que parecerá corto si se mira á su dignidad, si la brevedad que llevamos en esta obra, lo que basta. No ignoramos que algunos le señalan mas alto principio; unos de don Alonso el Casto, otros del rey don Ramiro; engañó sin duda á los unos y á los otros el deseo de ilustrar aquella milicia y un privilegio que alegan en esta razon de don Fernando el Magno, primer rey de Castilla, con data y antigüedad de mas de cien años antes deste tiempo, que dicen concedió al monasterio de monjas de Salamanca, que se llama de Sancti Spiritus; pero los mas eruditos le tienen por falso. Las razones que les mueven no hay para qué declararlas; la misma cosa se da á entender, ora se considere el estilo diferente del que en aquellos tiempos tan groseros se usaba, ora la cuenta que sigue de los años por el nacimiento de Cristo; cuenta por estos tiempos aun no recebida en España. Dejado esto aparte, en Francia entre el rey de Aragon y el conde de Tolosa, despues de grandes alteraciones se hicieron paces. Estaba el de Tolosa sentido que el matrimonio de su hijo, que dejó antes de su muerte concertado el Conde de la Proenza, don Ramon Brenguel, que falleció diez años antes deste, con su hija y heredera, habida en Rica, la emperatriz, el rey de Aragon le hobiese impedido. Pretendía con las armas el condado de la Proenza, así por el derecho antiguo que mostraba tener como nuevamente por tocar á su hijo como dote de aquella doncella. Concertó el Rey y prometió de dalle tres mil marcos de plata porque se apartase de aquella que-rella. Con esto una hermana de Trencavello, vizconde de Carcasona, llamada doña Beatriz, casó con el hijo del conde de Tolosa; que no se pudo alcanzar del Rey de Aragon le diese, como él lo pretendia, por mujer la hija del conde de la Proenza. Hizose esta confedera-

cion principalmente por diligencia y autoridad de Hugo Jofre, maestre de los templarios, que intervino en todo esto.

CAPITULO XIV.

Cómo los de Castilla ganaron la ciudad de Cuenca.

Comenzaba Castilla despues de largas miserias á alzar cabeza por el esfuerzo del rey don Alonso y como de unas tinieblas muy profundas á mirar la luz. Las fuerzas de los moros se iban enflaqueciendo y envejeciendo. Los almohades ocupados con los movimientos de Africa, no podian cuidar de las cosas de España; tanto mas, que por muerte de Abdelmon, fundador de aquel nuevo imperio, su hijo Abenjacob los años pasados se encargó del imperio de aquella gente, puesto que hombre animoso, pero ni de igual esfuerzo ni de igual felicidad á su padre. Por lo uno y por lo otro se ofrecia buena ocasion de volver con mayor esfuerzo á la guerra sagrada. Los fieles hasta ahora impedidos ó por la flaca edad de los reyes, ó por los movimientos civiles de la provincia, no parece miraban bastantemente por la dignidad del nombre cristiano. Don Alonso, rey de Castilla, venido á mayor edad, fué el primero á tomar aquel cuidado, y despues que en la guerra pasada se satisfizo de los navarros y de los leoneses, se determinó de tratar con el rey de Aragon de acometer la guerra contra los moros. Juntáronse para esto á vistas; trataron en ellas por qué parte seria bien hacer la guerra á los moros. Ofrecióse la ciudad de Cuenca, puesta en los fines de la Celtiberia, edificada por los moros (que en el imperio romano ni en la historia de los godos no hay mencion alguna de aquella ciudad) y asentada en un collado áspero y empinado, que á mauderecha y á mano izquierda estrechan los rios Júcar y Huecar con las riberas y hoces muy altas, de tal guisa, que es inexpugnable por la naturaleza del lugar. La subida dificultosa, las calles estrechas y tan agrias, que muchas veces no se pueden andar á caballo, y apenas se andan á pié. No tenian en aquel tiempo fuentes ni pozos dentro de la ciudad; mas en nuestra era han traído de los montes cercanos fuentes y caños perpetuos, que corren por todas las partes; así, que podíanle quitar el agua, mas no la podían ceñir con cerco por la aspereza de los lugares y sitio. Pareció á los reyes de combatir primero esta ciudad, porque era como un fortísimo baluarte de los moros y de su señorío. Hicieronse grandes juntas de gentes en la una provincia y en la otra; capitanes muy señalados en sangre y en hazañas, prelados y grandes en buen número acompañaban á los reyes, como fueron: Pedro, obispo de Búrgos; Jocelin, de Sigüenza; Sancho, de Avila; Raimundo, de Palencia; sin estos Pedro, arcediano de Toledo, y Gonzalo, arcediano de Talavera; don Gonzalo Marañon, paje de armas del rey de Castilla; Ordoño Garcés y Garcí Garcés. Entre todos, don Pedro de Azagra, ya reconciliado con los dos reyes, fué el primero de todos que con su particular escuadron se presentó delante de aquella ciudad. Comenzóse el cerco al principio del año; el sitio del lugar no sufría que acometiesen la ciudad, ni se aprovechasen de los ingenios. Y los moros, así por su esfuerzo como con la esperanza que tenian de ser socorridos de Africa, se defendian valientemente; duraba

el cerco mucho tiempo, y no padecian mucho menor falta de mantenimientos en los reales que dentro de la ciudad. Erales forzoso sustentarse con lo que robaban y de las presas, de que tenian poca comodidad por la esterilidad de los lugares; faltaba el dinero para pagar el sueldo, que es lo que convida á los obligados y hace á los regatones traer provisiones á los reales. Movido el rey de Castilla por estas dificultades, se partió para Búrgos con intento de juntar dineros. Hicieronse Cortes del reino y procuróse que, no solo los pecheros y gente popular, sino tambien los francos, que en España llamamos hidalgos, cada año pagasen al Rey cinco maravedís de oro, y esto á causa que el pueblo, gastado con tantas imposiciones, no podía llevar los gastos de la guerra; que era justo moviese á los demás el amor de la patria y la falta del tesoro real, para que cediesen en parte á su derecho y á su antigua libertad; daño que se podía recompensar adelante con mayores provechos. Daba este consejo don Diego de Haro, señor de Vizcaya, hombre poderoso por sus fuerzas y por el parentesco del rey de Leon, de grande presuncion y ánimo; porque don Fernando, rey de Leon, repudiado que hobo la reina doña Urraca, como arriba queda dicho, casó con doña Teresa, hija de don Nuño, conde de Lara; por cuya muerte, que fué en breve, casó de nuevo con doña Urraca, hija de don Lope de Haro y hermana deste don Diego. Deste casamiento nacieron don Sancho y don García. Opúsose á los intentos de don Diego don Pedro, conde de Lara. Arrimósele gran número de nobles, que arrebatadamente se salieron de las Cortes, determinados de defender por las armas la franqueza ganada por las armas y esfuerzo de los antepasados. Decia que en ninguna manera sufriria que en su vida se abriese aquella puerta, y se hiciese aquel principio para oprimir la nobleza y trabajalla con nuevas imposiciones, bien que fuese necesario dejar el cerco de Cuenca. El Rey, movido por el peligro, desistió de aquel pensamiento. A don Pedro, por lo que hizo y por el valor que mostró, acordaron los nobles entre sí que cada año á él y á sus sucesores le hiciesen un gran convite para que quedase memoria de aquel hecho y los descendientes fuesen por aquella manera amonestados á no sufrir por cualquiera ocasion que se presente les sea menoscabado el derecho de la antigua libertad. Entre tanto que estas cosas pasaban en Búrgos, pasados nueve meses que duraba el cerco, fué Cuenca por el esfuerzo de los fieles ganada por el mes de setiembre el mismo día de San Mateo, año de 1177. El cual año, no solamente fué señalado por la memoria desta jornada y empresa, sino eso mismo dichoso por la virtud y felicidad del pontífice Alejandro y haberse acabado la discordia y scisma que en Roma duraba, á causa que Inocencio, sucesor de Victor, de su voluntad renunció el pontificado. Fué tambien alegre á los navarros por el nacimiento de don Fernando, que le parió la reina doña Beatriz, abundante en sucesion, porque antes desto tuvo estos hijos: don Sancho, don Ramon, doña Berenguela, doña Teresa y doña Blanca. Los vencedores, concluda aquella empresa, con intento de ennoblecer la ciudad de Cuenca, ganada de nuevo, trataron de hacella catedral y trasladar á ella los derechos de Valera, en que hobo silla obispal en tiempo de los godos. Vino en esto el Pontífice romano y en que su pri-

mero obispo fuese un varón señalado por nombre Juan. A los ciudadanos fué concedido que tuviesen voto en las Cortes del reino. A los aragoneses en premio de su esfuerzo alzaron la sujecion, con que solian obedecer y hacer homenaje á los reyes de Castilla como sus feudatarios y que eran forzados á juralles fidelidad. Hizose confederacion entre los dos reyes contra todos los principes, excepto solamente el rey de Leon; hizosele aquella honra por ser pariente tan cercano. Ganada que fué Cuenca, la villa de Alarcon, de asiento y sitio no menos fuerte, se ganó, ca continuaron la guerra contra los moros por aquella parte los años siguientes. Demás desto, la villa de Iniesta vino á poder de cristianos, pueblo en aquella comarca, mas conocido por las minas que tiene de sal á manera de piedras transparentes y espejadas, que por la fertilidad de los campos. A los caballeros de Santiago se ordenó que para que mejor pudiesen hacer la guerra á los moros, pusiesen su asiento y convento en Uclés, de donde, como don Fernando, rey de Leon, arrepentido de lo hecho, pretendiese volverlos á su antigua morada, despues de muchos debates sobre el caso, se hizo concierto que cuatro sacerdotes de aquella órden se enviasen á Leon; con tal condicion que quedasen sujetos al convento de Uclés: sujecion que ellos adelante por ser diferentes los reyes rehusaron constantemente de sufrir. Tratóse mucho tiempo el pleito, hasta tanto que las diferencias se sosugaron por autoridad de Urbano V, que mandó ambos conventos fuesen exemptos el uno del otro y que obedeciesen solamente al maestro de la órden. No mucho despues recibieron á estos caballeros en Portugal, y en él les dieron riquezas y lugares, obedecieron largo tiempo al maestro de toda la órden, hasta tanto que don Dionisio, rey de Portugal, puéstoles diferente cabeza, los eximió de la sujecion y la obediencia de Castilla. Estas cosas, aunque sucedieron en muchos y diferentes años, las juntamos aquí para ayudar la memoria. Volvamos al órden de los tiempos. Cuando el rey don Alonso hizo donacion de diversas rentas á estos caballeros, á los principios de su órden les dió á Ocaña y á Colmenar de Oreja, que está á la ribera del Tajo, con otros pueblos. Maqueda, Azeca, Cogolludo, Zorita, asimismo fueron por el mismo Rey dados á los caballeros de Calatrava. Edificó él mismo á la frontera del reino la ciudad de Plasencia, y quiso que fuese obispal, donde antes se via una aldea llamada Ambroz; este nombre quiso mudar en el de Plasencia para pronosticar que seria agradable y daría placer á los santos y á los hombres y tambien por la frescura del sitio, bien que el cielo que tiene no es muy saludable. Reparáronse los muros de Toledo, y el pueblo de Alarcos se edificó y pobló en los oretanos, no léjos de Almagro, en un sitio alto. Estas cosas se hacian en el año del Señor de 1178, en el tiempo que don Alonso, rey de Aragon, se apoderó del condado de Ruisellon por muerte del conde Giraldo, que no dejó sucesion. Así comenzó á intitularse en escrituras públicas rey de Aragon, conde de Barcelona y Ruisellon y marqués de la Proenza. El año siguiente de 1179, á 20 del mes de marzo, partió de Perpiñan y fué al lugar de Cazola, donde tenian señaladas vistas entre él y el rey de Castilla. En esta habla, porque tenian diferencia sobre la manera cómo se debía hacer la guerra á los moros y qué parte de aquella conquista á cada cual de los dos toca-

ba, se acordó que á la conquista de Aragon perteneciesen Valencia, Játiva, Denia con todas sus tierras; los demás pueblos y ciudades que se contenian en los contestanos, que eran el reino de Murcia, fuesen de la conquista de Castilla. Hicieron liga contra don Sancho, rey de Navarra, en gran perjuicio suyo, porque con las armas de Castilla fueron ganados y quedaron por aquellos reyes Briviesca, Cerezo, Logroño y los demás pueblos que hay desde los montes Doña hasta Calahorra. El arzobispo don Rodrigo pone tambien en este cuento á Navarrete, pueblo que otros dicen aun no era edificado en aquel tiempo; pero mas caso se debe hacer de la autoridad y testimonio de don Rodrigo. Desde allí revolviéron las armas de Castilla contra los leoneses, talaron los campos, tomaron y saquearon los lugares y robaron todo lo que pudieron. El rey de Leon, como quier que no tuviese fuerzas bastantes, no desistía de mover al rey de Aragon, y con cartas y mensajeros avisalle que el rey de Castilla habia quebrado la confederacion hecha en Cuenca; que pertenecia á su dignidad quebrantar la soberbia de aquel fiero mozo, porque, aumentado su poder, no destruyese á los demás, que siempre es bien contrapesar las potencias. Daba el de Aragon oídos á esto; mas era menester algun color nuevo para romper. Envió á don Berenguel, obispo de Lérida, y don Ramon de Moncada al de Castilla para pedir el pueblo de Hariza y su castillo, que por los conciertos pasados quedó como en tercería, con órden que si no alcanzasen por bien lo que pretendian, le denunciasen la guerra. Grande espanto y muestra de una grande guerra se representaba á toda España, por revolverse entre sí en un mismo tiempo tantos reyes. La modestia del rey de Castilla lo allanó todo, ca entregó á Hariza á los aragoneses y se la restituyó. Dejó otrosí y alzó mano de la guerra de Leon, pareciéndole con lo hecho dejaba vengadas bastantemente las injurias y excesos pasados.

CAPITULO XV.

Cómo don Alonso, rey de Portugal, fué preso por el de Leon.

Los ánimos de los leoneses estaban aversos de don Fernando, su rey, y parece que si se ofrecia ocasion, mostrarian el odio que tanto tiempo tenian en sus pechos encubierto. Cansados con nuevas imposiciones que les cargaba, llevaban mal la aspereza del Rey y su condicion. A otros movian otras causas particulares; en particular los de Salamanca sentian que habiendo el Rey reedificado á Ledesma, les hobiese, para dalle término, quitado parte de su tierra. Así, en sazón que el Rey se hallaba embarazado en la guerra sobredicha, fueron los primeros á declararse y se levantaron contra él. El principal movedor deste alboroto, llamado Nuño Ravia, fué elegido por capitán; don Lúcas de Tuy dice que le llamaron rey. Los de Avila, con quien tenian antigua amistad, avisados de todo el negocio, les enviaron ayudas. El rey don Fernando, porque el mal no cundiese, acudió luego á sosegar estos alborotos. Juntáronse los campos; dióse la batalla junto á Valdemusa, en que fueron vencidos y desbaratados los rebeldes; forzáronles asimismo y ganáronles los reales. El mismo capitán Nuño Ravia fué preso y justiciado conforme á las leyes de la guerra. Los demás, de feroces

que poco antes eran, luego quedaron humildes y obdientes; que ninguna cosa hay en el vulgo templada y mediana; ó espantan ó temen. La misma ciudad de Salamanca volvió á la obediencia. Desde allí partió el rey para Zamora, porque le avisaban que tambien aquella ciudad con deseo de novedades andaba alterada; pero ella fácilmente se sosegó; el ejemplo y trabajo ajeno la hizo mas recatada. En esta sazón el cuerpo del rey don Ramiro, tercero deste nombre, fué trasladado del lugar de Destriana á Astorga y puesto en la iglesia mayor en un sepulcro mas cómodo que antes. Sosegados estos movimientos, al Rey aquejaba el cuidado de defender á Ciudad-Rodrigo, que la tenia cercada don Fernando de Castro con gran número de moros. La ayuda de san Isidro, al cual los leoneses tenían por patron particular, les asistió para que los bárbaros quedasen por el rey don Fernando vencidos en batalla, muertos y desbaratados. Con esta victoria cobraron los leoneses orgullo, pasaron adelante y trabajaron las tierras de Portugal comarcanas con talas y con robos. Lo que mas era á propósito y muchos grandemente deseaban, el mismo don Fernando de Castro por diligencia deste Rey se redujo á mejor consejo; ca le exhortó que le ayudase á él contra el rey de Castilla antes que á los enemigos del nombre cristiano. Aceptó él este partido que le ofrecian, y como era de gran corazón y en las cosas de la guerra señalado entre pocos, con deseo de mostrarse entró luego por las tierras de Castilla con gentes de Leon. En tierra de Campos, junto á un lugar llamado Lubrical, venció en una batalla las gentes contrarias que le salieron al encuentro. Muchos señores quedaron presos, y entre ellos el mismo don Nuño de Lara, su enemigo capital. Mas él los trató benigna y cortesmente, y con grande loa de modestia y de humanidad los dejó ir libres á sus tierras, solamente les hizo jurar que le serian amigos fieles. El mismo, repudiada su primera mujer, casó con doña Estefanía, hermana del rey don Fernando; y el que por sangre y hazañas era esclarecido, quedó mas ennoblecido por el parentesco real. Deste matrimonio nació don Pedro de Castro, de quien adelante se hará mención. Siguióse otra guerra, que se hizo contra Portugal por esta ocasion: Don Alonso, rey de Portugal, puesto que de grande edad y muy viejo, nunca alojaba en el cuidado de la guerra. Tenia el ánimo muy fuerte, si bien el cuerpo era flaco. Llevaba mal que el rey don Fernando con haber roedificado á Ciudad-Rodrigo á la raya de su reino hobiese por el mismo caso puesto como grillos á Portugal y edificado una fuerza, de donde los campos de aquella provincia pudiesen libremente, como poco antes lo hicieran, ser maltratados. Juntó un grueso ejército y mandó á don Sancho, su hijo, que con aquellas gentes se pusiese sobre aquella ciudad. Prometiase seguramente la victoria, á causa que el rey de Leon en el mismo tiempo se hallaba apretado con la guerra de Castilla, como poco antes se ha dicho, y los suyos alborotados. El rey don Fernando en aquel peligro no se olvidó de la honra y reputacion, además que no ignoraba cuánto se disminuirian sus fuerzas si perdiere aquella ciudad. Salió pues con parte de sus gentes al encuentro á los portugueses. Pelearon cerca del lugar llamado Arraganal; los portugueses fueron vencidos, unos muertos y desbaratados, otros presos, que dejó

todos ir libres á sus tierras. Don Alonso, rey de Portugal, avisado de aquella pérdida, juntadas sus gentes, entró por las tierras de Galicia, apoderóse de Limia, de Turonia y otros lugares por aquella comarca. Despues desto, rehaciéndose de nuevas gentes, con deseo de vengarse, determinó acometer á Badajoz, ciudad que aunque era de moros, estaba á devocion del rey don Fernando. Por esto, juzgando él que pertenecia á su autoridad no desampararla en aquel peligro, acudió á socorrerla. El Portugués tenia ya tomada gran parte de la ciudad; mas como se atreviese á dar la batalla á los leoneses, fué en ella vencido y forzado á retirarse á la misma ciudad de do saliera. No era la recogida segura; apretaban al vencido de una parte los moros, que tenían en su poder lo mas alto del pueblo, y de la otra los leoneses; intentó de salvarse por los piés y huir; al salir se hirió malamente en el cerrojo de la puerta de la ciudad y cayó del caballo. Así, preso de los enemigos, vino en poder del rey don Fernando, que le trató humanísimamente, y le hizo curar la herida, no con menos cuidado que si fuera su padre. Fuera desto, luego que estuvo sano le dejó ir á su tierra; si bien el Portugués, movido desta humanidad, se mostraba aparejado á poner en su poder todo su reino y obedecelle como á señor. Mas no quiso aceptar el rey don Fernando, contento solo con recobrar los lugares que poco antes le tomara en Galicia. Tenia otrosí por bastante fruto de la victoria usar de templanza y humanidad. En Cuenca por la muerte de Juan II, obispo de aquella ciudad, fué puesto en su lugar Julian, hombre santo, maravilloso por la vida y la erudicion. Era natural de Búrgos, y aun se halla en los papeles de la iglesia de Toledo que fué arcediano de Toledo; con sus predicaciones en la mayor parte de Castilla tenia hecho gran provecho en los moros y cristianos y ganado gran renombre y fama en el oficio de predicar, que fué el escalon por donde subió al obispado, y despues en el número de los santos le pusieron esta y otras virtudes. Doña Urraca, reina de Navarra, hija del Emperador, despues de la muerte del primer marido, casó los años pasados con don Alvaro Rodriguez, persona principal en Castilla, y sin tener hijos deste matrimonio, falleció este año por el mes de agosto. Su cuerpo yace en Palencia en la iglesia mayor con este letrero:

AQUÍ REPOSA DOÑA URRACA, REINA DE NAVARRA, MUJER DE DON GARCÍ RAMÍREZ, LA CUAL FUÉ HIJA DEL SERENÍSIMO DON ALONSO, EMPERADOR DE ESPAÑA, QUE GANÓ Á ALMERÍA; FALLECIÓ Á 12 DE OCTUBRE, AÑO DEL SEÑOR DE 1189.

Así dice el letrero. Nos en la razon de los tiempos seguimos los *Anales de Toledo*, y por ellos quitamos diez años desta cuenta. El año luego siguiente de 1180, á 5 de octubre, Luis, rey de Francia, seteno deste nombre, falleció en Paris; dejó por su sucesor á su hijo Filipe, por sobrenombre Augusto. Por el mismo tiempo en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava edificaron por mandado de don Sancho, rey de Navarra, la ciudad de Victoria, cabeza de aquella provincia, do antes estaba una aldea llamada Gasteizo. La causa de mudalle el nombre antiguo y ponelle este no se sabe, aunque no debió faltar. En Tarragona otrosí se tuvo un concilio de obispos, en que se trató, así de otras muchas cosas, como tambien se estableció por ley que

en adelante mudada la antigua costumbre que los catalanes guardaban, se dejase, y no escribiesen en las escrituras públicas el nombre de los reyes de Francia ni pusiesen en ellas el año de su reinado, como lo acostumbraban. Siguióse el año 1181 y en él la muerte de don Cerebruno, arzobispo de Toledo, á 12 de mayo. Sepultáronle en su iglesia en la capilla de San Andrés. Sucedióle don Gonzalo, primero deste nombre, varon de grande y excelente virtud. Quién pone antes de don Gonzalo á Pedro de Cardona, quién despues dél; debió ser electo y no consagrado, y aun hay memoria en Toledo que le hace cardenal; los mas le pasan en silencio en este cuento de los prelados de Toledo.

CAPITULO XVI.

Cómo murieron los reyes de Portugal y de Leon.

La jornada que don Alonso, rey de Portugal, hizo contra los moros, dado que le sucedió mal, fué ocasion que los nuestros entendiesen se podrian apoderar de Badajoz; por esto don Fernando, rey de Leon, á cuya conquista pertenecía, juzgó que no se debía dejar pasar aquella ocasion, como principe que era de suyo enemigo de ocio y de condición bulliciosa y mas aventajado en la disciplina militar que en las artes de la paz. De Zámora, donde se retiró despues que soltó al rey de Portugal, apercebido de nuevas gentes, marchó para aquella guerra y ganó la dicha ciudad de Badajoz. Era habitada de moros, y no podia por entonces llevar nueva poblacion de cristianos ni poner en ella guarnicion bastante de soldados. Acordó dejar por gobernador á un moro, llamado Abenabel. Los bárbaros no guardan la fe, la palabra ni juramento sino cuando no pueden mas. En breve pues se rebeló contra don Fernando y llamó en socorro suyo á los almohades. Pasó adelante, que no contento con la posesion de aquella ciudad, formado un buen ejército, acometió primeramente las tierras de Leon, en que taló, saqueó y robó todo lo que por aquella parte se le puso delante; luego dió la vuelta á Portugal, cercó al rey don Alonso dentro de Santaren, que halló descuidado y desapercibido de todo lo necesario. Don Fernando, rey de Leon, encendido en deseo de vengar sus injurias y movido por el peligro del Rey, su suegro, de cuya defensa ya una vez se encargó, juntadas de presto sus gentes, salió al encuentro á los moros que estaban feroces por lo hecho. Pero ellos luego se pusieron en huida por no sentirse iguales á las fuerzas de ambas naciones. El rey de Portugal, como al principio sospechase que don Fernando venia mudado de voluntad contra él y no menos se recelase de su poder que de las armas de los moros, sabida la verdad, se alegró y cobró ánimo. Don Fernando, ganada muy gran gloria y cargado de los despojos de moros, volvió á su tierra el mismo año, que fué el de nuestra salud de 1184, en que comenzó á gobernar la Iglesia de Roma Lucio, tercero deste nombre, natural de Luca, sucesor de Alejandro III. Deste Pontífice dicen que envió cierto cardenal, cuyo nombre no se refiere, por su legado y con grandes poderes á España para asentar las paces entre los reyes cristianos, que, divididos en gran daño del comun, contendian entre sí con odios muy grandes, muchas veces sin muy grande ocasion, por donde dejaban pasar grandes ocasiones que se ofrecian y co-

modidades para oprimir la morisma, gente bárbara. El rey de Aragon, por estar determinado de ir en romería á Santiago, hizo compañía al legado hasta Castilla, en particular por el deseo que tenia de interponer su autoridad para que se hiciesen las paces. Parecíale cosa muy honrosa que por su medio se estableciese la concordia deseada entre los reyes y se dejasen las armas. Sucedió como lo pensaba, que á su instancia se concertó la paz, y á cada uno de los reyes señalaron los términos hasta donde llegasen sus estados. De lo que quedaba en poder de los moros, al tanto determinaron las ciudades, lugares y castillos que pertenecian á la conquista de cada cual destes príncipes, sobre lo cual tenian antes desto no pequeño debate. En estas pláticas, no solo ganó el rey de Aragon loa de pacificador, sino tambien de modestia; ca se contentó con lo que le señalaron para su conquista, que fué sola aquella comarca que desde Aragon llega hasta Valencia, dado que por agraviarse el rey don Pedro, su hijo, que en esta confederacion y concordia se le hizo sinrazon, alcanzó que los términos de la conquista de Aragon llegasen y se extendiesen hasta Alicante. Los demás reyes con los términos y rayas que se les señalaron terminaron de buena gana su señorío. Solamente el rey de Navarra quedaba sentido y extrañaba los grandes agravios que le tenia hechos don Alonso, rey de Castilla. Por esta causa no se pudo persuadir á venir en aquella comun confederacion y corte que se dió entre los demás. Todavía despues deste asiento duró algun tiempo la paz entre los cristianos; por lo menos hobo pocas revueltas y de poca consideracion. Hacíase la guerra á los moros, mayormente el rey de Portugal se señalaba en esto; demás que entre los alborotos de la guerra, cuidadoso de acrecentar la piedad cristiana y culto divino, él mismo desde el promontorio Sacro, que por este respeto y para con su presencia considerar el lugar fué allá por dos veces, procuró y hizo que los huesos de san Vicente mártir, se trasladasen á la iglesia mayor de Lisboa, que fué el año 1183. El se ocupaba en esta y semejantes obras de piedad. A su hijo don Sancho envió de la otra parte de Tajo para que tuviese cuidado de la frontera y hiciese rostro á los moros. El, como mozo y fervoroso por la edad y con deseo de ganar honra, con buen número de los suyos entró en Andalucía y taló las tierras de los moros por todas partes hasta llegar á Sevilla. Asimismo á los sevillanos, que con intento de vengar aquella afrenta le salieron al encuentro, los desbarató en batalla, puso cerco sobre Ilipa, que hoy se llama Niebla, pero no la pudo ganar, porque vino nueva que grandes gentes de moros tenian puesto cerco sobre Beja, en los confines de Portugal. Así don Sancho, movido por el peligro de los suyos y porque no pareciese que por pretender lo ajeno dejaba perder lo que era suyo y cayese en reprehension de lo que pretendia honrarse, alzado el cerco de Niebla, acudió á Portugal. Con su venida los bárbaros fueron vencidos y forzados á partirse de aquella ciudad. Don Sancho, esclarecido con tantas victorias, entró en Santaren á manera de triunfante. Al mismo tiempo vino aviso que los almohades con su caudillo el rey Abenjacob apercebían grandes gentes contra Portugal. La diligencia de que usaron fué grande; mas presto que se pensaba pusieron cerco sobre aquella villa de Santaren. Don Alonso, rey de Portugal, dado que se hallaba muy

pesado por la edad y por haber quedado cojo de una piedad despues que en Badajoz se le quebró, de tal manera, que usaba de coche por no poder andar á caballo, convocados soldados de todo su reino, se apresuró para ir á Santaren. Dióse la batalla, en que los moros no fueron iguales á los portugueses, porque el padre por frente, y el hijo, que salió de la villa, por las espaldas los apretaron; fué grande la mutanza y muchos los que se pusieron en huida; al mismo Rey bábaro dieron en la batalla una herida mortal, y como quier que pretendiese para escapar pasar á Tajo, que por aquella parte va muy arrebatado y lleva mucha agua, se ahogó en el rio, que fué el año de 1184. Sucedióle en los dos imperios de Africa y de España Abenjuzef, su hermano. Esta victoria se tuvo por muy señalada, y por ella se hicieron grandes regocijos en toda España. Verdad es que la muerte de Armengaudó ó Armengol, conde de Urgel, aguló algun tanto esta alegría; era hijo de Armengaudó Castilla, conde de Barcelona, y tenia por mujer una hermana del rey de Aragon; y no solo poseia gran estado en Cataluña y Aragon, sino tambien en Castilla era señor de Valladolid, por ser bisnieto de don Peranzules, de quien en su lugar se hizo mencion, que fué un gran personaje. Este Príncipe, con deseo de adelantar el partido de los cristianos, con sus gentes particulares rompió por la tierra de Valencia; pero despues de algunos buenos sucesos que tuvo fué muerto por los moros junto á la villa de Requena en una celada que le pararon y con engaño. Otros dicen que los castellanos le dieron la muerte; la pública voz y fama fué que los moros le mataron; que parece mas probable y es mas justo que se tenga por verdad. Lo cierto es que este desastre sucedió á 11 dias de agosto; dejó un hijo de su mismo nombre por heredero de sus estados. En otra parte don Sancho, rey de Navarra, se metió por tierras de Castilla, y llegado hasta el lugar de Atapuerca, como llevase gran presa robada por aquellos lugares, el abad de San Pedro de Cardena, movido por el trabajo y lágrimas de los comarcanos, fué apresuradamente en busca del Rey que se volvía á su tierra; alcanzóle y pidióle restituyese la presa á los que padecieron el daño, pues parecia cosa injusta que los agravios hechos por los reyes los pagase la gente miserable y sobre ellos descargase la saña. Condescendió el Rey á los ruegos del Abad por ser tan justificado lo que le pedia, demás del particular respeto que tuvo al estandarte del Cid, que el Abad y los monjes del templo do le tenían le tomaron y le llevaban delante para movelle mas. Lo cual hizo tal impresion en su ánimo y en tanto grado, que él mismo acompañó el dicho estandarte hasta dejalle en el lugar en que antes le tenían. Sucedieron estas cosas el año de 1185. En este año los reyes de Portugal, padre y hijo, fueron primero á Coimbra, dende se partieron para la ciudad de Portu. Allí celebraron las bodas entre Filipe, conde de Flándes, y doña Teresa, hija del mismo rey don Alfonso, á quien los flamencos llaman Matilde. Concluidas las fiestas, volvieron á Coimbra; allí el Rey, agravado de enfermedad y de los años, falleció á 6 del mes de diciembre en edad de noventa y un años. Su cuerpo, segun que él ordenó en su testamento, sepultaron en la iglesia de Santa Cruz, que él mismo fundó, en una sepultura humilde; de donde por mandado del rey don Manuel, en tiempo de nuestros abuelos, le pasaron á

otro sepulcro de mármol blanco de labor muy prima. Fué varon admirable, acabado en todo género de virtudes, del reino de Portugal no solo fundador, sino conquistador en gran parte. Pasó su larga edad y reinado casi sin ningun tropiezo. En las cosas de la guerra y en las artes de la paz se señaló igualmente, junto con el celo que tenia á la religion, de que dan muestra muchos templos que en Lisboa y en Eborá y en otros lugares edificó. Corria á las parejas en piedad y devocion su mujer doña Malfada, hacia en todo el reino edificar á sus expensas muchos monasterios y iglesias; señales muy manifestas de la virtud que ambos tenían. Hallábase España en sosiego despues que entre los reyes se concertaron las paces y por la muerte del rey Jacob de los almohades. Solo comenzaba por otra parte una nueva guerra y un nuevo miedo, que ponía á muchos en cuidado. Era cosa muy honrosa á don Pedro Ruiz de Azagra que en los ojos de tan grandes reyes conservase un tan pequeño estado como el que tenia sin reconocer á nadie vasallaje. Acudia él de buena gana á ayudar á los reyes en la guerra contra los moros, y arriba queda dicho lo mucho que hizo cuando se ganó la ciudad de Cuenca; pero no se podía persuadir á hacer homenaje á ninguno, y para mostrar su exencion se llamaba vasallo de Santa María, que era el nombre de la iglesia mayor de Albarracin. La causa de conservarse tanto tiempo, quanto no sé si alguno de los capitanes antiguos, entiendo fué la fortaleza del sitio y la emulacion y contienda que los reyes tenían entre sí por desear cada cual la presa, hacerle su vasallo y que no lo fuese del otro. El año pues luego siguiente de 1186, por el mes de enero, los reyes de Castilla y de Aragon se juntaron para tomar acuerdo sobre este caso en Agreda. En las vistas de comun consentimiento hicieron una ley en que desterraban de los dos reinos á todos los deudos y aliados del dicho don Pedro que siguiesen su partido; con este principio de rompimiento se contentaron por entonces. En el principio del año siguiente Gaston, vizconde de Bearne, á ejemplo de sus mayores, hizo en Huesca homenaje al rey de Aragon, año desgraciado por la prision de Guidon, rey de Jerusalem. Saladino, grande enemigo de cristianos, le prendió á él y al maestre de los templarios en la ciudad de Tiberiade; y se apoderó por concierto de la misma ciudad de Jerusalem á 2 dias del mes de octubre, que fué un daño y mengua notable y sin reparo. En Castilla el rey don Alfonso, vuelto el pensamiento á las cosas de la paz, con muy buenas leyes y estatutos ordenaba y enderezaba la milicia y orden de Calatrava en el mismo tiempo que don Fernando, su tio, rey de Leon, falleció en Bonavente el año que se contó de 1188; reinó por espacio de treinta y un años. Sepultáronle en Santiago en la capilla real. Fué tenido por mas aventajado y mas á propósito para la guerra que para el gobierno. Las señaladas partes que tuvo de cuerpo y ánimo pareció estragar la insaciable sed de reinar que mostró, mayormente en la menor edad del rey de Castilla, su sobrino. Por lo al sufría mucho los trabajos, su ingenio agudo, prudente y pródigo, y en los peligros tuvo corazon animoso y grande. Martin, presbítero de Leon, por estos tiempos florecia por la erudicion y por la su vida muy santa que hacia. Ocupábase en escribir muchos libros, si bien era persona idiota y sin letras; mas de re-

rente le hizo muy aventajado en letras una extraordinaria vision en que san Isidro, en cuyo monasterio vivia, entre sueños le dió á comer un libro en señal de la mucha doctrina que por aquel medio le comunicaba; desde entonces comenzó á señalarse en el conocimiento de las divinas letras y escritura sagrada. A nuestras manos no ha venido cosa alguna de aquellos sus libros. Dícese que los canónigos de aquella iglesia y convento los guardan con grande cuidado de un precioso tesoro y para testimonio muy claro de lo que sucedió y de aquel milagro.

CAPITULO XVII.

De varias confederaciones que se hicieron entre los reyes.

Los hijos sucedieron á sus padres, don Sancho á don Alonso, rey de Portugal; á don Fernando, rey de Leon, don Alonso, noveno deste nombre, que se volvió con la nueva de la muerte de su padre del camino que llevaba, porque se queria ausentar y se iba para su tío el nuevo rey de Portugal por miedo del odio y asechanzas de su madrastra. Llevaba ella mal que don Alonso, hijo bastardo, como ella decia, solo por ser de mas edad y porque se le antojaba á su padre, fuese preferido á sus hijos, y tratado como quien habia de suceder en aquella corona. De aquí resultaron desabrimientos perpetuos, de que avino que dado que el Rey, su antenado, al principio le dejó los lugares de su dote por respeto y contemplacion de su padre, pero en fin lo puso en necesidad de retirarse á Nejara, do pasó lo restante de su vida. En el monasterio de Santa María el Real de aquella ciudad están en una capilla, que se llama de Santa Cruz, dentro del claustro, las sepulturas desta señora y de sus hermanos, que fueron don Lope, obispo de Segovia, y don Martin de Haro. Don Alonso, rey de Leon, fué casado dos veces: la primera con doña Teresa, hija de don Sancho, rey de Portugal, en quien tuvo tres hijos: á doña Sancha, á don Fernando, que vivió poco, y á don Dulce; despues, por mandado de los pontífices, se apartó de doña Teresa á causa que era su parentica, y casó con doña Berenguela, hija de don Alonso, su primo, rey de Castilla. Don Sancho, rey de Portugal, primero deste nombre, que llamaron el Poblador y el Gordo, casó los años pasados con doña Aldonza Dulce, hermana del rey de Aragon. Deste matrimonio tuvo muchos hijos, es á saber, á don Alonso, el mayorazgo, á don Fernando, don Pedro, don Enrique, que murió mozo; cinco hijas, doña Teresa, doña Malfada, doña Sancha, doña Blanca, doña Berenguela. Y muerta la mujer, tuvo en otras dos concubinas seis hijos, parte varones, parte hembras: de la primera, por nombre Juana, á doña Urraca y á don Martin; de la otra, que se llamó María, á doña Teresa, don Egidio, doña Constanza y don Rodrigo. Doña Teresa casó con Alfonso Tello, el que fundó y pobló la villa de Alburquerque; tales eran las costumbres de aquel siglo, que no tenian por torpe cualquier antojo de los reyes, en que don Alonso, rey de Castilla, fué muy mas medido y juntamente dichoso en sucesion, porque de un solo matrimonio tuvo once hijos; entre los demás doña Blanca fué la mas dichosa, porque casada con Luis, rey de Francia, octavo deste nombre, con dichoso parto dió al mundo un hijo del mismo nombre

de su padre, el que por la conocida bondad de su vida y por su piedad muy señalada alcanzó renombre de santo y se llamó san Luis. Despues de doña Blanca se siguieron doña Berenguela, don Sancho, doña Urraca y don Fernando, que consta haber nacido el año 1189, á 29 de noviembre, dia miércoles. Despues dél se siguieron doña Malfada y doña Constanza, y luego adelante dos ó tres hermanas, cuyos nombres no se saben; demás desto doña Leonor y el menor de todos don Enrique, que con maravillosa variedad de las cosas vino á suceder en el reino á su padre, como se mostrará en otro lugar. Fuera de los muchos hijos que el rey de Castilla tuvo, se aventajaba á los demás príncipes sus vecinos en la grandeza del señorío, muy mayor que el de los otros, por do ponía espanto á todas las provincias de España. El, aunque se via rodeado de tantas riquezas y ayudas, no se daba al ocio ni á la flojedad, antes extendia con las armas los términos de su señorío y los dilatava; en que asimismo sobrepujaba á los demás reyes de su tiempo; y en ingenio y maña y en riquezas, gracia y destreza igualaba á sus antepasados. Con esto sustentaba la autoridad real y se hacia temer. Nunca el poder de los príncipes es seguro á los comarcanos, por ser cosa natural buscar cada uno ocasion de acrecentar sus estados, sea justa, sea injustamente. Por esta causa los demás reyes de España se hermanaban contra el rey de Castilla, y se confederaban y prometian que tendrian los mismos por amigos y por enemigos. Procuraban traer á esta confederacion al rey de Leon, si bien pareció estar mas aficionado y obligado al rey de Castilla, don Alonso, su primo. Y es así que luego que tomó la posesion del reino paterno, con desco de ganar su amistad, de su voluntad fué á las Cortes de Castilla, que se tenian en Carrion, el año 1188. Armóle allí caballero á la manera que entonces se usaba; y para muestra de darle la obediencia le besó la mano; cortesía en que pareció disminuir la majestad de su reino y reconocer á su primo por mas principal, como lo era. Halláronse en aquellas Cortes Conrado, hijo del emperador francés, llamado Barbaroja, que aportó á España en peregrinacion, y Raimundo Flacada, conde de Tolosa; el uno y el otro tuvieron por cosa honrosa que el Rey los armase caballeros con las ceremonias que en España se usaban. Fuera desto, se concertó casamiento entre Conrado y doña Berenguela, hija del Rey; pero no vino á efecto por esquivar la doncella de ir á Alemania, sea por aborrecer las costumbres de aquella nacion, sea por el largo y trabajoso camino, porque, ¿á qué propósito mudar la templanza de España y el arreo de su patria y trocarle por el cielo áspero de Alemania y otras condiciones asaz diferentes de sus naturales? Finalmente, este desposorio se apartó por autoridad de don Gonzalo, primado de Toledo, y de Gregorio, cardenal de Santangel. Los demás reyes, entre tanto que esto pasaba, consultaban entre sí por sus embajadores qué era lo que debian hacer, en especial el de Aragon, que llevaba mal que todas las cosas estuviesen en el albedrío de su cuñado, el rey de Castilla, y don Sancho, rey de Navarra, que pretendia recobrar por las armas lo que por fuerza le quitaron los años pasados. Con este intento el año de Cristo 1190 se juntaron de propósito en Borgia por el mes de setiembre; en esta habja hicieron entre

si confederacion y asiento contra las fuerzas de Castilla. Los leoneses otrosí y los portugueses entraron en esta liga, atraídos á ella por industria de los dos reyes. En Huesca se hallaron los embajadores de los otros reyes. Tratóse del negocio con el rey de Aragon, que hacia sus veces y las del Navarro. Allí, no solo se concertó paz entre los cuatro reyes y se ligaron para las guerras, sino demás desto se añadió expresamente que ninguno en particular sin que los otros lo supiesen y viniesen en ello por sus particulares intereses hiciese paz ó tregua con el enemigo, ni aun tuviese licencia sin el tal consentimiento de hacer guerra á nadie ni comenzalla. Estas cosas se concluyeron por el mes de mayo, año de 1191, en que falleció en Roma Clemente, tercero deste nombre, á 23 de marzo. Sucedió en su lugar cuatro dias despues Celestino III, llamado antes que fuese papa Jacinto Bobo. Fué natural de Roma, y en España mucho tiempo legado de los pontífices pasados. Don Gonzalo, arzobispo de Toledo, pasó asimismo desta vida á 29 del mes de agosto luego siguiente. En su tiempo el rey don Alonso dió á él y á su iglesia de Toledo á Talamanca y Esquivias. En su lugar fué puesto don Martin Lopez, que por la grandeza de su ánimo, y por las excelentes cosas que hizo, tuvo por sobrenombre y se llamó el Grande; tuvo antes el obispado de Sigüenza; su patria se llamó Pisorica; sus virtudes, don Rodrigo que le sucedió en la dignidad, las celebró y contó muy en particular. Este mismo año el rio Tajo se heló en Toledo; cosa que por la templanza de la region y del aire suele acontecer muy pocas veces.

CAPITULO XVIII.

Cómo se perdió la jornada de Alarcos.

En el mismo tiempo del arzobispo don Martin vivía Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya; en riquezas, prudencia y autoridad sobrepujaba claramente á los demás grandes de Castilla. Tenia en nombre del rey de Castilla y por su mandado el gobierno de Briviesca, Najara y Soria, como se muestra por las escrituras de aquellos tiempos. Este persuadió al Rey que se hiciesen Cortes de todo el reino de Castilla en Carrion, el año de nuestra salvacion de 1192, para resolverse en hacer guerra á los moros, que por la flojedad de los nuestros confirmaban sus fuerzas y eran espantosos á los cristianos. Impedia estos excelentes intentos y empecía la discordia y enemiga que andaba entre el rey de Castilla y los leoneses y navarros; temían que si por aquellas partes acometían á Castilla como por las espaldas, forzarían á dejar las armas contra los moros volver atrás; parecia sería lo mas acertado primeramente asentar amistad con aquellos reyes; con embajadas que de una parte y de otra se enviaron, al fin se hizo y se concluyeron las paces. Despues se mandó á don Martin, arzobispo de Toledo, que con buen número de soldados hiciese guerra en el Andalucía, que fué el principio de otra mas grande guerra que se siguió y emprendió por aquella parte. Entre tanto que se tenían las Cortes en Carrion, se tiene por fama, confirmada por el testimonio de muchos, que el rey de Castilla á la raya de su reino edificó á Navarrete, pueblo bien conocido. Yo entiendo que le reedificó ó aumentó, porque el arzo-

bispo don Rodrigo hace mencion de aquel lugar antes deste tiempo. En Aragon el conde de Urgel, que despues de la muerte de su padre anduvo fuera de aquel reino por enemistad particular que tenia con Ponce de Cabrera, hombre poderoso, en fin, en este tiempo volvió á la obediencia de su Rey y á sosegarle. Con don Gaston, conde de Bearne, casó una hija de Bernardo, conde de Cominges, y con ella hobo en dote el señorío de Bigorra, como feudatario y vasallo del rey de Aragon; asimismo don Berengario ó Berenguel, arzobispo de Tarragona, fué muerto á 16 de febrero, año de nuestra salvacion de 1194. Dícese que le mató don Guillen de Moncada, dado que no se saben las causas de aquellas enemistades. En Pamplona tambien don Sancho, séptimo deste nombre, rey de Navarra, siendo ya de larga edad y muy esclarecido por sus hazañas y grande prudencia, por lo cual y por ser en las letras mas que medianamente ejercitado, tuvo renombre de Sabio, falleció á 27 del mes de junio. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de aquella noble ciudad con enterramiento y honras y aparato real. Reinó por tiempo de cuarenta y tres años, siete meses y seis dias. De su mujer doña Sancha, tia que era del rey de Castilla, dejó á don Fernando, don Ramiro, doña Berenguela, doña Teresa, doña Blanca, sus hijos, y sin estos el mayor de todos, que le sucedió en el reino, conviene á saber, don Sancho, rey de Navarra, octavo deste nombre, el que por la grandeza de su ánimo y por sus excelentes hazañas en la guerra tuvo sobrenombre de Fuerte. Tambien le llamaron don Sancho el Encerrado, porque en lo último de su vida, por causa de una cruel dolencia que padecia de cáncer, se estuvo retirado en el castillo de Tudela del trato y conversacion de los hombres, sin dar lugar á que ninguno le visitase ó hablase. Hay grandes rastros y muestras de su magnificencia y liberalidad, en particular sacó á Ebro de su madre antigua para que pasase por Tudela, y edificó sobre él un puente para comodidad de los moradores. Fundó á su costa dos monasterios del Cistel, llamados de Fitero y de la Oliva; demás desto, en Roncesvalles una iglesia con nombre de Santa María, donde él y sus decendientes se enterrasen. Casó con doña Clemencia, hija de Raimundo, conde de Tolosa, cuarto deste nombre. En ella tuvo á don Fernando, que en vida de su padre murió de una caída que dió de un caballo andando á caza. Su cuerpo enteraron en Tudela en la iglesia de Santa María. En el tiempo que este don Sancho comenzó á reinar toda España estaba suspenso por el temor de una grande guerra que la amenazaba. Don Martin, arzobispo de Toledo, como le era mandado, rompió por los campos de Andalucía, destruyó por todas partes todo lo que se le puso delante; muchos hombres, ganados y otras cosas fueron robadas, quemados los edificios, los lugares y los campos destrozados; y por no salirle al encuentro algun ejército de moros, se volvió con el suyo á su tierra sano y salvo y rico. Los moros, movidos por el dolor de esta afrenta y daño, hicieron grandes juntas de soldados en toda la provincia. El mismo miramamolín Abenjuzeif Mazemuto, avisado de lo que pasaba, con gran número de gentes y con deseo de venganza pasó en España; no solo los almohades, sino tambien los etíopes y alárabes con la esperanza de la presa de España seguían sus reales. Con esta muchedumbre pasaron

á Sierramorená y llegaron al lugar de Alarcos, que poco antes los nuestros edificaran. Don Alonso, rey de Castilla, avisado del apercibimiento de los moros y del peligro de los suyos, en ninguna manera perdió el ánimo; antes avisado que hobo á los reyes de Navarra y de Leon que le acudiesen, con los cuales poco antes se concertó, el primero que nadie con su ejército particular acudió á Alarcos y puso sus reales cerca de los enemigos, cuya muchedumbre era tan grande, que con sus tiendas ocupaban todos aquellos campos y collados; por esto algunos juzgaban que se debían reportar y con astucia y maña entretener al enemigo hasta tanto que los otros reyes viniesen, que se decía llegarían muy presto. Otros eran de parecer que se viniese luego á las manos, porque los navarros y leoneses no tuviesen parte en la victoria y en la presa, que arrojada y temerariamente al cierto se prometían. Este parecer prevaleció como el que era el mas honrado, dado que el Rey no ignoraba que aquellos consejos en la guerra son mas saludables que mas seguros, y que menospreciar al enemigo y confiar en sí mismos es daño igualmente perjudicial á los grandes reyes, como el suceso de esta batalla lo dió á entender. Ordenaron los reyes sus gentes. Dióse la batalla junto á Alarcos, á 19 de julio, que fué miércoles, el año de 1195. Fué grande el coraje y denuedo de entrambas las partes; pero el esfuerzo de los nuestros fué vencido por la muchedumbre de los enemigos, porque mereciéndolo así los pecados del pueblo y por voluntad de Dios amedrentados los nuestros, les faltó el ánimo y corazon en la pelea. Muchos, así en la batalla como en la huida, fueron muertos, entre ellos Martín Martínez, maestre de Calatrava. Quién dice que don Martín, arzobispo de Toledo, se halló en esta batalla. De don Diego de Haro, que fuera el principal movedor desta guerra, se decía mostró cobardía, ca se retiró de la pelea y volvió á Alarcos al principio de la batalla, sea por no tener confianza de salir con la victoria, sea, como hobo fama, por estar agraviado del Rey, que en cierta ocasion igualó los caballeros del Andalucía con los nobles de Castilla en esfuerzo y destreza del pelear. Los moros, ensoberbecidos con tan grande victoria, no solo se apoderaron de Alarcos, que luego se les rindió, sino pasaron adelante, y metiéronse por las tierras del reino de Toledo. Llegaron hasta Yébenes, que está seis leguas de aquella ciudad; desde allí, hechos muchos daños, volvieron atrás. En nuestra edad solamente restan algunos paredones de Alarcos y un templo bien antiguo, con nombre de Santa María, con que los comarcianos tienen mucha devoción. Entiéndese que el Rey bárbaro hizo echar por tierra aquel pueblo y abatir sus murallas. Túvose por cierto que con aquel desastre tan grande castigó Dios en particular un pecado del Rey, y fué que en Toledo, menospreciada su mujer, se enamoró de cierta judía, que fuera de la hermosura, ninguna otra cosa tenía de estimar. Era este trato, no solo deshonesto, sino tambien afrentoso á la cristiandad. Los grandes, movidos por tan grande indignidad y porque no se esperaba emienda, hicieron matar aquella mujer. Andaba el Rey furioso por el amor y desseo. Un ángel que de noche le apareció en Illescus le apartó de aquel mal propósito; mostrósele en aquella forma que tenía en una pintura y imágen del mismo Rey, á manera de mancebo con rostro hermoso, mas

grave, que le amenazaba si no volviése en sí, y le apercibía esperarse el premio de la castidad si la guardase, y temiese el castigo si la menospreciase. En la iglesia de Illescas, á la mano derecha del altar mayor, hay una capilla, llamada del Angel, con un letrero que declara ser aquel el lugar en que se apareció el ángel al rey don Alonso el Bueno, que así le llaman. La verdad es que sabido el desastre de Alarcos, los reyes de Leon y de Navarra desistieron del propósito de ayudar en aquella empresa. El rey de Leon acudió á visitar al rey don Alonso, sea con ánimo llano, sea fingidamente; don Sancho, rey de Navarra, sin saludar al Rey se volvió á su tierra. La memoria desta descortésia quedó en el pecho del rey de Castilla fijada mas altamente que ninguno pudiera pensar; y desde aquel tiempo, congojado con la saña y con el miedo, comenzó á tratar y aparejarse para vengar el agravio y satisfacer aquel su sentimiento, no solo contra los moros, sino tambien contra los navarros.

CAPITULO XIX.

De lo que sucedió en Portugal.

El año luego siguiente, que se contaba de Cristo 1196, fué desgraciado en España por la muerte del rey don Alonso de Aragon, que entre los reyes de España tenía el segundo lugar en autoridad y señorío, y en esfuerzo no daba ventaja á ninguno. Falleció en Perpiñan, á 25 de abril, en tiempo que todo su señorío gozaba de gran paz y el reino de Aragon florecia en gente, riquezas y fama. Nombró por heredero á don Pedro, su hijo mayor, segundo deste nombre; á don Alonso mandó en su testamento el condado de la Proenza y los demás estados que dél dependen. A don Fernando, el menor de todos, mandó que en el monasterio de Poblete del Cistel, que su padre comenzó y él le dejó acabado, y está puesto entre Tarragona y Lérida, en que pensaba hacer el enterramiento suyo y de sus sucesores, tomado el hábito, se ocupase en rogar á Dios por las ánimas de sus antepasados. Las tres hijas infantas, doña Constanza, doña Leonor y doña Dulce, nombró y sustituyó á la sucesion del reino, si sus hermanos muriesen sin herederos, mudada en esta parte y corregida la voluntad de doña Petronilla, su madre, que excluyó las hembras de la herencia de aquellos estados, como arriba queda señalado. Este año, en que sucedió la muerte del rey de Aragon, fué tambien desgraciado por la hambre y peste, males que Cataluña principalmente padeció. Demás desto, con una nueva entrada que hizo el Rey bárbaro; Cáceres y Plasencia fueron tomadas, talados los campos de Talavera y puesto fuego á los olivares, que se dan allí muy buenos. La villa no pudo ser entrada por la fortaleza de los adarves y esfuerzo de los moradores, oché por tierra empero los lugares de Santolalla y Escalona, que están mas adelante. La misma ciudad de Toledo estuvo cercada espacio de diez dias. En Castilla la silla obispal de Nujara, en que hasta entonces estuvo, se trasladó á la iglesia de Santo Domingo de la Calzada, la cual de una excelente fábrica se comenzara diez y seis años antes, y á la sazón se acabó, de tanta grandeza y anchura, que compite con las principales de España. Lo uno y lo otro se hizo por diligencia de don Rodrigo, obispo de Calahorra. El año siguiente de 1197

hobo nuevos movimientos en Cataluña, por estar la provincia dividida en parcialidades; unos seguian á Ar-mengaud, conde de Urgel; otros favorecian á Raimundo Rogerio, conde de Fox; por la cual parcialidad la ciudad de Urgel fué cercada y tomada por fuerza. El moro Abenjuzef, soberbio por la victoria pasada y la prueba que hizo de sus fuerzas y fortuna, con orgullo se prometia en su pensamiento el señorío de toda España. Rehaciéndose pues de fuerzas y juntadas mas gentes, volvió otra vez á Toledo; no tenia esperanza de apoderarse de la ciudad por la fortaleza del sitio; taló los campos, saqueó los lugares comarcanos, hizo grandes robos, llegó con las talas hasta Madrid y Alcalá, y á mano izquierda hasta Ocaña, Uclés, Huelva y Cuenca, destrozando todo lo que encontraba. Los nuestros por los daños del año pasado y por el miedo presente estaban sin consejo y sin saber qué partido tomarian para defender la patria. Era extremo el peligro en que las cosas de los cristianos se hallaban, porque el Moro, efectuadas tan grandes cosas, se volvió al Andalucía con su ejército sano y salvo, determinado de tornar á la guerra el año siguiente con mayor furia. Don Alonso, rey de Castilla, rodeado de tantos males, por no tener fuerzas iguales al enemigo, trataba de buscar socorros y ayudas de fuera. Poca esperanza tenia que los leoneses y navarros hiciesen cosa de provecho, pues demás del desacato pasado, en tiempo tan trabajoso acometian por diversas partes las tierras de Castilla, sin tener cuenta con la cristiandad ni considerar lo que la fama diria dellos. Fué así, que el rey de Navarra trabajó las tierras de Soria y Almazan, por do entró á robar con sus soldados; el rey de Leon, puesta confederacion y alianza con los bárbaros que moraban en Extremadura en las tierras que caen entre Tajo y Guadiana, se metió por tierra de Campos, en que taló toda la campaña. En solo don Pedro, rey de Aragon, llamado el Católico, quedaba alguna esperanza. Convidóle el rey de Castilla para hacer confederacion y juntar las fuerzas contra los enemigos comunes. Vino el Aragonés en ello. Hecho este concierto, pareció primero vengar las injurias del rey de Leon, despues los agravios que hicieron los navarros; con esto de primera instancia fueron tomados del rey de Leon los pueblos de Bolaños, Castroverde, Valencia y el Carpio. Contra los navarros no se pudo hacer la guerra como lo tenian acordado, á causa que Abenjuzef se apercebía para hacer nueva guerra, como aquel que estaba acostumbrado demasíadamente á hacer entradas por nuestras tierras; con todo esto, los castellanos y aragoneses con la gente que fuera justo acometer á los bárbaros, sin ningun cuidado de la cristiandad, revolviéron contra el rey de Leon, causa de todos los males, como ellos decían; tornaron á entrar por sus tierras el año de 1198 y llegaron hasta Astorga; destrozaron la tierra de Salamanca, apoderáronse de la una y de la otra Alava, y de Monterey con otros lugares; despues desto tornaron á tratar de vengarse del rey de Navarra, que no menos agravios tenia hechos, y esto con tanta voluntad de los reyes de Castilla y Aragon, que olvidados de su reputacion y sin moverse por el peligro de la cristiandad, se determinaron hacer concierto con Abenjuzef, comun enemigo de cristianos, y no tuvieron por cosa fea ser los primeros á convidalle con la confederacion. El Bárbaro no deja-

ba de dar orejas á esta plática, por tener gran deseo de volver sus fuerzas contra el rey de Portugal, que tenia hecho en los bárbaros grande estrago, fuera de que estaba con cuidado de las cosas de Africa. Asentáronse treguas con los moros por diez años. En este tiempo don Sancho, rey de Portugal, parte de su cuidado y pensamiento ocupaba en reparar ó edificar de nuevo diferentes pueblos, de donde ganó el renombre y fué llamado don Sancho el Poblador; en este número se cuentan Valencia de Miño, Montemayor el Nuevo, Valledas, Peñamacor, Sortella y Penella con otros, parte de los cuales por donacion del Rey se dieron á los caballeros de Santiago, parte á los de Avis, que por este tiempo comenzaron en Portugal á tener fama. El mayor cuidado que tenia era de echar los moros de toda aquella provincia; y así, se apoderó de la ciudad de Silves, que está al promontorio Sacro ó cabo de San Vicente, ayudado de una gruesa armada que vino de Francia y Inglaterra. En particular el conde Filipe, cuñado del Rey, envió en su ayuda veinte y siete naves, y en ellas muy escogidos soldados de Flándes. En la razon del tiempo en que esto sucedió no concuerdan los escritores; algunos señalan el año de 1199, otros lo ponen diez años antes, que fué en el tiempo que los reyes Enrique, de Inglaterra, y Filipe, de Francia, con deseo de promover y sustentar la cristiandad que estaba para perderse, se determinaron de pasar por mar á la Tierra-Santa, despues que tuvieron primero vistas en los vellocases, donde está la villa de Gisors, cabeza que es de los pueblos que llaman vergasins; pero el Inglés, mudada la voluntad, se quedó en su tierra y envió en su lugar á su hijo Ricardo. Hizo compañía á los reyes Enrique, á la sazón conde de Campaña, en Francia; despues por casar con doña Isabel, hija del rey Amalarico, fué rey de Jerusalem. Hijo deste Enrique, de la primera mujer, fué Teobaldo, conde de Campaña, con quien por estos tiempos casó doña Blanca, hermana de don Sancho, rey de Navarra, madre de otro Teobaldo que el tiempo adelante vino á ser rey de Navarra. Los corazones de los mortales, trabajados con tantos males y aquejados de miedos, tenian otrosí atemorizados muchos prodigios, que se vian como anuncios de grandes males. En Portugal hobo peste y hambre gravísima, y en el cielo se vieron otras señales; el vulgo, inclinado á pensar lo peor y dado á supersticiones, decía ser venganza del cielo y ira de Dios, porque el matrimonio de don Alonso, rey de Leon, y de doña Teresa, infanta de Portugal, si bien era ilegítimo y por las leyes ninguno, no se apartaba; dado que Inocencio, pontífice tercero deste nombre, sucesor de Celestino, que habia comenzado á gobernar la Iglesia romana, lo procuraba con todo cuidado de tal suerte, que puso entredicho en todo Portugal y pena de excomunion á todos los que no obedeciesen á su mandato. Acrecentóse este miedo por perderse, como se perdió á la sazón, la ciudad de Silves, destruidos y talados los lugares y campos de aquella comarca; lo uno y lo otro por las armas y esfuerso de Abenjuzef, que pretendia por esta manera satisfacerse de las injurias y daños que el rey de Portugal le tenia hechas el tiempo pasado.

CAPITULO XX.

De la guerra que se hizo contra Navarra.

Apartóse aquel matrimonio del rey de Leon por causa del parentesco que tenían él y su mujer con dificultad y tarde; pero en fin, se apartó el año de nuestra salvacion de 1200, y luego se comenzó á poner en plática de pedir á la infanta doña Berenguela, hija de don Alonso, rey de Castilla, de la cual se dijo poco antes que estaba concertada de casar con Conrado, duque de Suevia, mas ella se excusaba por las costumbres de los alemanes y por el largo camino, puesto que no menos aborrecia el matrimonio de Leon por el parentesco que con él tenia, causa que el primero se apartase; pero los reyes muchas veces esponen la honestidad y religion á sus particulares. Los halagos de la madre ablandaron el corazon de la doncella, y á su padre parecia que los casamientos de diversas naciones muchas veces suelen ser desgraciados, y que no se debía dejar la ocasion de ganar al rey de Leon que les hacia tantos daños, demás de apartalle de la amistad del rey de Navarra, de quien principalmente deseaba satisfacerse y vengarse, y entendia que desamparado del rey de Leon, no tendria fuerzas bastantes para resistir. Por una epistola de Inocencio III, enderezada al de Compostella, se ve que el de Toledo fué á Roma el año pasado para alcanzar dispensacion del Papa sobre este matrimonio que se trataba, y no la quiso dar. Entre tanto pues que estas cosas se trataban y maduraban, el rey de Castilla don Alonso, con grande deseo de vengarse, se apercebia con todo cuidado para aquella guerra; á don Pedro, rey de Aragon, para no poder venir luego, como en la confederacion quedó asentado, impidió la discordia que tenia con su madre la reina doña Sancha; ca teniéndola por sospechosa y creyendo que trataba de volverse á Castilla, procuró quitalle los lugares de su dote. Pero á instancia del rey de Castilla se asentó la concordia entre la madre y el hijo; juntáronse los dos reyes en Hariza, pueblo asentado á la raya de los dos reinos, donde por medio y diligencia del rey don Alonso y por su voluntad, se determinó que á trueco de Tortosa y de Azcona y de otros pueblos la Reina diese al rey de Aragon los de Hariza, Epila y Embite, que le pertenecian á ella; en que pretendia el Aragonés quitar la entrada por aquella parte al rey de Castilla, si en algun tiempo quisiese acometer las tierras de Aragon; consideraba que las voluntades de los hombres, y mas las de los reyes, son varias y mudables, y por ningun respeto de parentesco se mueven cuando se les muestra esperanza de ensanchar su estado. Don Pero Ruiz de Azagra, señor de Albarracin, se halló en aquellas vistas de los reyes por estar, es á saber, ya reconciliado con ambos. Hízose esta confederacion á 30 de noviembre. En el mismo año doña Berenguela, hermana del rey don Sancho de Navarra, casó con Ricardo, rey de Inglaterra; así lo dicen las historias de España. Los escritores ingleses refieren que sucedió esto el año pasado, y afirman que en este falleció el mismo Ricardo. El rey don Alonso, con la comodidad de las treguas que tenia con los moros, deseaba reparar los daños que el tiempo pasado se recibieran, y para esto procuraba reparar á Plasencia y á Béjar, y á Mirabel y á Segura en el monte Argentario, á Monfredo y á Moya en la Mancha

de Aragon, á Aguilar en tierra de Campos. Estas cosas hacia, y no alojaba con eso el cuidado de la guerra que pensaba hacer á los navarros, ni cesaba de amonestar al rey de Aragon que juntase con él las fuerzas y las armas. Así en un tiempo las gentes de Aragon y Castilla se movieron contra los navarros. El rey don Sancho, vista la tempestad que cargaba sobre él y que no tenia fuerzas bastantes, como quier que esperase poca ayuda de los príncipes cristianos, que sentia estar enajenados por industria y maña del rey de Castilla, tanto, que se comenzaba á tratar del casamiento entre Luis, hijo de Filipe, rey de Francia, y la infanta doña Blanca, hija de don Alonso, rey de Castilla; determinó por el mar pasarse á Africa para pedir ayuda al miramolin Abenjuzef; grande afrenta y notable maldad, mayormente que se entendia no dejaría él, como era soberbio, pasar la ocasion que la discordia de los nuestros le presentaba de acometer de nuevo á España. Los historiadores navarros no conforman con lo que de verdad pasó, sino con deseo de excusar aquella jornada, fingen que don Sancho pasó en Africa con intento de socorrer al Rey moro de Tremecen contra el de Túnez; la invencion por sí misma se manifiesta, por no haber entonces reyes en Africa de aquellas ciudades; así, no me pareció era menester refutalla con mas palabras. La verdad es que pasado el rey don Sancho en Africa, los reyes de Castilla y de Aragon se metieron por Navarra como por tierra sin dueño y sin valedor. Aivar y lo de Valderroncal tomó el rey de Aragon. Los pueblos de Miranda y Inzula se dieron al rey de Castilla, que puso tambien cerco sobre Victoria, cabeza de Alava; y porque se defendian los ciudadanos valientemente y el cerco se dilatava, dejando en su lugar á don Diego de Haro para apretallos, el Rey se partió á Guipúzcoa, una de las tres provincias de Vizcaya, la cual, irritada por los agravios de los navarros, estaba aparejada á entregársele, como lo hicieron luego, ca riudieron al Rey todas las fuerzas de la provincia; lo que tambien al fin hizo Victoria, perdida la esperanza de poderse defender, y por su autoridad todas las demás villas de Alava. Solamente sacaron por condicion que no les pudiese el Rey dar leyes ni poner gobernadores, excepto en Victoria solamente y Treviño, lugares y plazas en que se permitía que el Rey pusiese quien los gobernase. Todo era fácil á los reyes de Castilla y de Aragon, por estar toda la provincia de Navarra desamparada de todo socorro y sin fuerzas, fuera de que de nuevo se divulgó por la fama que el rey don Sancho comenzara á estar enfermo de cáncer que le nació en una pierna, sin esperanza de poder sanar. La melancolia, que por la poca esperanza que tenia de remedio se le engendró, fué causa de aquella mala dolencia. Las marinas de Vizcaya, que importaba mucho para conservar el señorío de aquella provincia, fueron fortificadas, reparados los lugares de San Sebastian, Fuenterrabia, Guetaria y Motrico; los pueblos de Laredo, Santander y San Vicente de nuevo se fundaron en las riberas cercanas. Entre tanto que el rey don Alonso de Castilla se ocupaba en hacer estas cosas, don Sancho, rey de Navarra, sin hacer ningun efecto, volvió afrentado á su patria y reino, que halló diminuido y falto en muchas partes, muchos pueblos enajenados. Envió sobre estos agravios á los dos reyes embajadores con toda humil-

dad; pero no alcanzaron cosa alguna fuera de buenas palabras, por no poderse persuadir á restituir lo que tenían adquirido por el derecho de la guerra, ni les pedían faltar razones y títulos con que colorear su codicia y paliarla.

CAPITULO XXI.

Cómo el rey de Aragon fué á Roma.

Estas cosas sucedían en España en el tiempo que Ricardo, rey de Inglaterra, en prosecucion de la guerra que emprendió en Francia, con que mucho tiempo trabajó aquella provincia, en el cerco que tenia sobre Limoges, ciudad muy fuerte, fué muerto con una saeta que le tiraron desde los adarves. Sucedió en el reino su hermano de padre y madre, llamado Juan. Filipe, por sobrenombre Augusto, rey de Francia, con intento de derribar al nuevo Rey y desbaratar sus intentos antes que cobrase fuerzas, hizo grandes juntas de gentes. Acometió á la Normandía, á la Bretaña y á los de Anjou, estados que eran de los ingleses en Francia; apoderóse de las ciudades, de unas por fuerza, de otras de grado. Contra su poder no tenia el nuevo Rey ni le quedaba alguna esperanza, por ser desigual en fuerzas y no hallar camino para defenderse de contrario tan bravo y ejecutivo. Enviáronse el uno al otro embajadas, y por este medio, para que los reyes se viesan, señalaron á Butavento, pueblo de Normandía. Hizose allí confederacion y alianza, mas necesaria que honrosa para los ingleses, en que dejaban al Francés las ciudades de que se apoderara, solo con una condicion y gravámen, que una hija del rey de Castilla casase con Luis, hijo de Filipe, rey de Francia, sin llevar otra dote alguna. Este color se tomó y esta capa por ser sobrina del Inglés, hija de su hermana. Solo lo de Anjou se restituyó á los ingleses. Enviáronse embajadores al rey de Castilla de todo lo que pasaba. El, alegre con la nueva y con el concierto que demás del bien comun le traía á él tanto provecho, vino en lo que le pedían. Tenia el rey don Alonso cuatro hijas, las tres en edad de casarse; estas eran doña Berenguela, doña Urraca, doña Blanca. Doña Berenguela por este mismo tiempo casó con el rey de Leon. A los embajadores que de Francia vinieron sobre el caso dieron á escoger entre las dos que restaban. Doña Urraca era mas apuesta y de mas edad. Sin embargo, ellos ofendidos del nombre doña Urraca, escogieron á doña Blanca. En Búrgos se hicieron los desposorios, dende acompañada del padre fué la doncella llevada á la Guiena, por estar en poder de los ingleses; de allí con acompañamiento de grandes de Francia pasó adonde estaba su esposo. Los ingleses quedaron muy sentidos de que con aquella confederacion se hobiese escurecido la majestad de aquel reino, en tanto grado, que pasado el Rey á Inglaterra, le miraban de mala gana y con malos ojos, y al entrar en las ciudades no le hacían las aclamaciones que suelen y acostumbran. Sucedieron estas cosas el año de 1201. En el mismo año falleció Teobaldo, conde de Campaña; dejó por heredero el preñado de su mujer doña Blanca; parió despues de la muerte de su marido un hijo del mismo nombre. Doña Berenguela, hija de don Alonso, rey de Castilla, últimamente casó con don Alonso, rey de Leon. Era cosa muy honrosa para

don Alonso, rey de Castilla, casar dos hijas casi en un mismo tiempo con dos reyes sin dote ninguna, porque á doña Berenguela dió solamente los lugares que por las armas quitó poco antes á su marido, restituyéndoselos por las condiciones del casamiento. Celebráronse las bodas en Valladolid, do los reyes se juntaron, con grandes fiestas y muestras de alegría. Entre don Alonso, conde de la Proenza, en Francia, y don Guillen, conde de Focalquer, aunque era tio de doña Garsenda, mujer del mismo don Alonso, se levantó guerra, que forzó á don Pedro, rey de Aragon, para ponellos en paz de pasar en Francia. En Agnasmuertas, pueblo en las marinas de la Gallia Narbonense, que los antiguos llamaron Fosas Marianas, por la diligencia del Rey se trató de la concordia, y hechas sus avenencias, se apartaron de las armas. Deseaba el rey de Aragon con cuidado de hacer la guerra á los mallorquines, por estar aquellas islas en poder de moros. Para este efecto era menester ganar la voluntad de los ginoveses y pisanos, que en aquella sazón eran poderosos por el mar. La autoridad de Inocencio III, pontífice máximo, era muy grande, y no menor el deseo de ayudar á los aragoneses, como lo mostraba en muchas ocasiones. Partido pues el Rey de la Proenza, en una flota se fué á Roma á verse con el Pontífice; recibióle él con grande aparato, y para honrarle mas en la iglesia de San Pancracio, que está de la otra parte del Tibre, el año de nuestra salvacion de 1204, á 21 de noviembre fué ungido por Pedro, obispo portuense, y por la misma mano del Pontífice con solemne ceremonia recibió la corona y las demás insignias reales. Concedió otrosí para adelante que los reyes de Aragon pudiesen ser coronados en sus tierras y que hiciese el oficio y toda la ceremonia el arzobispo de Tarragona, como vicario del pontífice romano. Hay bula de todo esto, mas no pareció ponella en este lugar. Aun no se acostumbraba en aquel tiempo que los reyes de Aragon luego despues de la muerte de sus padres tomasen las insignias reales, sino quando á la manera usada entre los españoles los armaban caballeros ó se casaban; entonces, finalmente, usaban del nombre y insignias reales. Por esta merced que hizo á Aragon el Papa, el rey de Aragon hizo su reino feudatario á los pontífices romanos, concertó y prometió de pagar cada año cierta cantidad de oro; cosa que llevaron mal los naturales que se menoscabase con aquel color y capa el derecho de la libertad y se diese á los pontífices poder y ocasion y entrada con esto para intentar mayores cosas en Aragon. Este sentimiento se aumentó por un tributo que el año siguiente el Rey impuso sobre el reino muy pesado, que vulgarmente se llamaba monetal. En Huesca al fin del mes de noviembre se promulgaron los tales edictos, en que no solamente el vulgo, sino tambien todos los nobles y hidalgos se comprehendian sin sacar á nadie. Reprehendian al Rey y extrañaban que en particular fuese pródigo y en público codicioso para suplir con tales imposiciones públicas y comunes lo que deramaba sin propósito. No se habia el Rey casado por este tiempo, y estaban con cuidado que dejase sucesion pera heredar el reino. Procuró el pontífice romano Inocencio que madama María, hija de Isabel, reina de Jerusalem, que venia á suceder en aquel reino, casase con el rey de Aragon. Tenian este negocio para

concluirse, cuando el Rey, á persuasión de sus grandes, casó con madama María, hija y heredera de Guillen, señor de Mompeller, por la comodidad de aquel estado. Con esto los deseos piadosos del Pontífice quedaron burlados, que con aquel casamiento pretendia hacer que las fuerzas de Aragon se empleasen en la guerra de la Tierra-Santa. Doña Urraca, tercera hija de don Alonso, rey de Castilla, que pretendia antes casar con el Aragonés, perdida esta esperanza, casó el año 1206 con don Alonso, hijo primogénito de don Sancho, rey de Portugal. Este año, postrero de febrero, hubo grande eclipse del sol, tanto, que por espacio de seis horas el día se mudó en oscura noche. A 1.º de julio dió el Rey al arzobispo de Toledo don Martin el oficio de chanciller mayor de Castilla. Los rios con las continuas lluvias crecieron tanto, que Tajo en Toledo, á 27 de diciembre, principio del año siguiente, sobrepujo la puerta del Almofala un estado de hombre. Esto dicen los *Anales de Toledo*. La puerta del Almofala puede ser que fuese la que hoy se llama de San Isidoro. El rey de Navarra, perdida la esperanza de rehacerse, vino á verse con el rey de Castilla á Guadalajara, donde hicieron treguas por cinco años. Para mayor seguridad se dieron como en rehenes algunos pueblos de la una parte y de la otra; y en particular se concertó que el rey don Alonso procurase que el de Aragon entrase en la misma confederacion. El año adelante de 1208 fué señalado por la muerte de muchos príncipes y señores. A 28 de agosto murió don Martin, arzobispo de Toledo; sucedióle algo adelante don Rodrigo Jimenez, navarro de nacion, natural de Puente de Rada, su padre Jimeno Perez de Rada, su madre doña Eva. Tuvo por hermana á doña Guiomar de Rada, por sobrino á don Gil de Rada, á quien él mismo dió la tenencia de algunos castillos. Todo consta de papeles de la su iglesia de Toledo, y fué primero obispo de Osma; de allí le trasladaron á Toledo. Las raras virtudes y buena vida, y la erudicion, singular para en aquellos tiempos, hicieron que, sin embargo que era extranjero, subiese á aquel grado de honra y á aquella dignidad tan grande; y porque las treguas entre los reyes se concluyeron en gran parte por su diligencia, tenía ganada la gracia de los príncipes y las voluntades de la una y de la otra nacion. Por el mes de noviembre falleció doña Sancha, madre del rey de Aragon, en el monasterio de Jijena, que era de monjas, y ella le fundó á su costa debajo de la obediencia y gobierno de los comendadores de San Juan, y en el mismo, cansada de las cosas del mundo y con deseo de vida mas perfecta, había tomado aquel hábito. En Toledo el mismo día de San Martin falleció don Estéban Illan; fué enterrado en la iglesia de San Roman; persona señalada en todo género de virtud y que tenía el gobierno de la ciudad y la tenencia de los alcázares en premio del servicio que hizo los años pasados al Rey cuando le apoderó de Toledo. Fué piadoso para con Dios, de ánimo liberal con los pobres; las riquezas que alcanzó igualaron á su ánimo. Demás desto, falleció el conde de Urgel; de su mujer doña Elvira dejó una sola hija, llamada Aurenbiasis. Esta doncella, Gerardo de Cabrera, hijo de Ponce, despertadas diferencias y pleitos pasados, como quier que por ser mujer la trabajase y tratase de despojarla, por voluntad de doña Elvira, su madre, dió el estado de Urgel y le

entregó al Rey, y ellas se pusieron debajo de su amparo. Con esto la sucesion del gran Borello, antiguamente conde de Barcelona y de Urgel, cayó del señorío de aquella ciudad, si bien su padre mandó y dejó en su testamento la mitad de su villa de Valladolid al pontífice Inocencio con intento que amparase á su hija en lo demás; pero no entiendo que el Papa entró en posesion de aquella manda y legado.

CAPITULO XXII.

De las paces que se hicieron entre los reyes.

Espiraba el tiempo de las treguas asentadas con los moros, y el deseo de volver á hacerles guerra tenía á todos puestos en cuidado, mas que á todos al rey de Castilla, como el que caía mas cercano al peligro. Era menester sosegar las diferencias entre los cristianos y los movimientos, y concertar los reyes entre sí para que de buena gana hiciesen liga contra el comun enemigo, poderoso con la junta de tantos reinos, feroz con tantas victorias y que amenazaba á nuestras tierras. Los reinos comarcanos, mayormente si los reyes son bulliciosos, no pueden largamente estar sosegados, por nacer cada dia entre ellos nuevas causas de guerras y pleitos trabadas unas de otras. Don Alonso, rey de Leon, fué el primero que por acometer los lugares que tenía en dote su madrastra turbó el reposo comun. Reprehendia á su padre y quejábuse que por ser liberal con sus mujeres disminuyó la majestad del reino y enflaqueció las fuerzas. Don Diego de Haro, por ser hermano de la Reina viuda, como hiciese rostro á los intentos del Rey, despertó contra sí las armas de Leon y de Castilla de tal guisa, que ni pudo defender el estado y derecho de su hermana, y él, ofendidas las voluntades de los dos reyes, fué forzado á retirarse á Navarra. Hacia desde allí ordinariamente correrías en los campos de Castilla; sobrevinieron los reyes, que le vencieron cerca de la ciudad de Estella y le forzaron á meterse dentro de aquel pueblo, que era muy fuerte, por las murallas y baluartes; así, no trataron de comba-tille. Todavía los cuatro reyes de Castilla, Leon, Navarra y Aragon, con seguridad que entre sí se dieron, se juntaron á vistas en Alfaro, en que hicieron entre sí las paces; don Diego de Haro, desamparado de todos y desconfiado de sus fuerzas, se fué á Valencia á valerse de los moros. Avino que el rey de Aragon, con el cuidado que tenía de la guerra contra los moros y porque así quedó en la habla concertado, entró por las tierras de Valencia. Matáronle el caballo en cierto encuentro, y sin duda viviera en poder de los moros si don Diego de Haro, que se halló con ellos, movido de su humanidad y olvidado de las injurias, no le diera un caballo, con que se libró del peligro; cosa que á él fué causa de grande odio, y le fué mal contado entre los bárbaros, tanto, que para purgarse y aplacallos le fué necesario pasar á Africa y dar razon de sí al Miramolin y defender por derecho y por las leyes su inocencia. Concluido el pleito por una parte, y por otra aplacados los reyes cristianos, volvió desde á Castilla el año, como yo pienso, de 1209. Sea licito en la razon de los tiempos á veces andar á tienta, porque otros dicen que la confederacion de los reyes en Alfaro se hizo dos años antes deste, á instancia y por grande diligen-

cia de doña Sancha, madre del rey de Aragon, que aun no era difunta á la sazón, segun dicen. La verdad es que los dos reyes don Sancho, de Navarra, y don Pedro, de Aragon, que tenían entre sí mayores diferencias, se juntaron á vistas y habla este mismo año en una llanura cerca del lugar llamado Mallen. En aquel lugar, á 4 del mes de junio, se hicieron las paces, y por muestra de amistad don Sancho prestó al rey de Aragon veinte mil ducados, con prendas de cuatro lugares que consignó el Aragonés para que los tuviese en tercería don Jimeno de Rada, que sospecho era pariente de don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que tenia el mismo sobrenombre, ca se llamó don Rodrigo Jimenez de Rada. Pusieron por condicion que si al tiempo señalado no se pagase la deuda, él entregase aquellos lugares en poder del rey de Navarra. Don Alonso, rey de Castilla, fué el principal movedor y causa destas paces, que se asentaron entre los reyes por el miedo que de fuera amenazaba, que suele entre ciudadanos y parientes muchas veces quitar grandes diferencias. Procuraba tambien hacer venir socorros de Francia; pero impidió estos intentos y prácticas la guerra que entre ingleses y franceses, mas brava que antes, andaba de nuevo encendida, dado que con deseo de pacificar aquellos reyes entró armado en la Guicna con intento de emplear sus fuerzas contra la parte y nacion que no quisiese venir en las paces. Su trabajo fué en balde, porque toda la Francia ardía en guerras y discordias, sin mostrarse alguna esperanza de paz. Además que los apercebimientos que hacian los moros para la guerra le pusieron en necesidad de dar la vuelta para España. En el tiempo que las treguas duraron con los moros, á persuasion del arzobispo don Rodrigo, se fundó una universidad en Palencia por mandado del Rey y á sus expensas para la enseñanza de la juventud en letras y humanidad; ayuda y ornamento de que solo hasta entonces España carecia, á causa de las muchas guerras que los tenían ocupados. De Italia y de Francia, con grandes premios y salarios que les prometieron, trajeron cate-dráticos para enseñar las facultades y ciencias. En las Huelgas otrosí, cerca de la ciudad de Búrgos, se edificó á costa del Rey un monasterio muy grande de monjas con nombre de Santa María, para que fuese enterramiento de los reyes, y junto con él un hospital. Doña Constanza, hermana del rey de Aragon, que quedara viuda de Eimerico, rey de Hungria, del cual parió un hijo, llamado Ladislao, á persuasion del pontífice Inocencio III, casó con don Fadrique, rey de Sicilia, y este mismo año en una flota la llevaron á su marido. Festejaron los sicilianos asaz estas bodas, si bien fueron desgraciadas por la muerte del conde de la Proenza y de otros grandes que acompañaron la casada hasta Sicilia, que fallecieron en Palermo. El cielo y aire de España y Francia son muy sanos; aquellos lugares de Sicilia no tan saludables, á lo menos para extraños; esta mudanza les acarreó este daño.

CAPITULO XXIII.

Cómo se comenzó la guerra contra los moros.

Este era el estado de las cosas en España. Las paces hechas entre los príncipes cristianos despues de tantas discordias heuchian los ánimos de los naturales de esperanza muy grande y alegría. Que todos consideraban

cuánta ayuda y fuerzas hay en la agradable compañía y alianza entre los príncipes comarcanos. Dado que don Alonso, rey de Leon, en sazón por cierto muy mala, repudió á doña Berenguela, su mujer, por causa del parentesco y por mandado del pontífice Inocencio, y la enviara á su padre. Hay una carta del mismo Inocencio sobre esto á don Alonso, rey de Castilla, que hacia contradiccion al divorcio, grave y llena de amenazas. Por otra del mismo se entiende puso entredicho en el reino de Leon, porque no se apartaba aquel matrimonio, y tuvo descomulgado aquel Rey sobre el caso. Los moros con su rey Mahomad, el cual los años pasados sucediera en lugar de Abenjuzef, su hermano, entraron en grande esperanza de apoderarse de toda España, que determinaban de seguir hasta el cabo y deshacer el nombre cristiano y desarraigalle de toda ella. A los fieles no les faltaba ánimo ni brio para defender lo que tenían ganado, ni voluntad de echar los moros de la tierra. Los unos y los otros con gran resolucion y igual esperanza se movieron á las armas y entraron en este debate. Los cristianos se aventajaban en esfuerso y en la prudencia del capitán; los moros sobrepujaban en muchedumbre, y con grande diligencia juntaban en uno para aquella guerra las fuerzas de Africa y de España. En el mismo tiempo las armas de Castilla y de Aragon se movieron contra los moros. En el reino de Valencia se apoderó el rey don Pedro de Aragon de Adamuz y de otros lugares. Hizo donacion de Tortosa á los templarios en premio de lo que trabajaron y sirvieron en las guerras pasadas. Entrególa al maestre de aquella orden, que se llamaba don Pedro de Montagudo. Don Fernando, hijo de don Alonso, rey de Castilla, por mandado de su padre acometió las tierras de Andalucía, taló las campañas de Baeza, de Andújar y de Jaen por todas partes, cautivó hombres, hizo robos de ganados. En el mismo tiempo que Mahomad, rey de los moros, que llamaron el Verde, del turbante ó bonete que acostumbraba á traer desta color, se apoderó por fuerza del lugar de Salvatierra; los moradores, parte fueron pasados á cuchillo, parte tomados por esclavos. Por el mes de junio del año de Cristo de 1210 sitiaron el lugar y el mes de setiembre le tomaron; iba don Alonso, rey de Castilla, con gente escogida de los suyos á socorrer los cercados; mas llegado que hobo á Talavera, don Fernando, su hijo, que volvia de la empresa del Andalucía, le hizo tornar del camino dándole á entender el peligro en que se ponía y que era menester mayor ejército para hacer rostro á los enemigos. Los intentos del Rey que tenia concebidos en favor de la religion cristiana no poco alteró y entretuvo la muerte del mismo infante don Fernando, que se siguió el año luego adelante, dia viérnes, á 14 del mes de octubre. Fué tanto mayor el sentimiento de su padre y el lloro de toda la provincia, que daba ya asaz claras muestras de un grande y valeroso príncipe. Su cuerpo llevaron desde Madrid, donde falleció, á las Huelgas; acompañóle el arzobispo don Rodrigo y su hermana la reina doña Berenguela para horralle mas. Esta fué la causa por qué la empresa contra los moros se dilató hasta el año siguiente. Solamente se hicieron por entonces Cortes del reino en la ciudad de Toledo para aprestar las cosas que eran necesarias para la guerra. En estas Cortes se hicieron premáticas contra los demasiados gastos, porque las costumbres se iban estragando con los deleites.

Mandóse que en todo el reino se hiciesen procesiones para aplacar á Dios. A los reyes despacharon embajadores para requerirles no faltasen de acudir con sus gentes al peligro comun. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, fué á Roma por mandado de su Rey para alcanzar indulgencia y cruzada para todos los que conforme á la costumbre de aquellos tiempos, tomada la señal de la cruz, acudiesen á sus expensas á la guerra sagrada. El mismo con grande cuidado se apercebía de caballos, armas, dineros y vituallas. Los moros al contrario, avisados de tan grandes apercebimientos y de la determinacion de los cristianos, fortificaban con muros y baluartes cuanto el tiempo daba lugar, y ponian guarniciones en los lugares de su señorío, que tenian en el reino de Toledo y en el Andalucía y hacia el cabo de San Vicente, por tener entendido que el primer golpe de la guerra descargaria sobre aquellas partes. Demás desto llamaban nuevas gentes de socorro desde Africa. Don Alonso, rey de Castilla, en tanto que se juntaban todas las gentes, con deseo de poner espanto al enemigo, rompió por las tierras de los moros, y á la ribera de Júcar les ganó algunas plazas. Con tanto dió la vuelta á la ciudad de Cuenca, que cae por aquellas partes. Allí se vió con el rey de Aragon, y comunicó con él sus haciendas, todo lo que á la guerra tocaba. Don Sancho, rey de Navarra, por sus embajadores que envió, avisó que no faltaria de hallarse en la jornada. El arzobispo don Rodrigo dejó en su lugar para el gobierno del arzobispado y iglesia de Toledo á don Adam, obispo de Palencia; y él en Italia y en Francia, con esperanza de la indulgencia que alcanzó del pontífice Inocencio III, y mostrando el peligro si no socorrian á España, no cesaba de despertar á los grandes y prelados para la empresa sagrada, asimismo á la gente popular. Decia ser tan grande la soberbia del Bárbaro, que á todos los que adoraban la cruz por todo el mundo amenazaba guerra, muerte y destruicion: afrenta del nombre cristiano intolerable y que no se debía disimular; hizose gran fruto con esta diligencia. Tan grande era el deseo de pelear contra los enemigos de la religion cristiana y en tanto grado, que dicen se juntaron de las naciones extranjeras cien mil infantes y diez mil caballos, gran número y que apenas se puede creer; la verdad ¿quién la podrá averiguar? Como quier que en otra parte halle que fueron doce mil caballos, cincuenta mil peones los que de fuera vinieron. A todos estos, porque con la junta y avenida de tantas naciones no se alterase Toledo, donde se hacia la masa, señalaron la huerta del Rey, que es de muy grande frescura, y con ella otros lugares cerca de la ciudad á la ribera de Tajo para sus alojamientos. Comenzaron estas gentes á venir á Toledo por el mes de febrero, año de nuestra salvacion de 1212. Levantóse un alboroto de los soldados y pueblo en aquella ciudad contra los judfos. Todos pensaban hacian servicio á Dios en maltratillos. Estaba la ciudad para ensangrentarse, y corrieran gran peligro si no resistieran los nobles á la canalla, y ampararan con las armas y autoridad aquella miserable gente. Don Pedro, rey de Aragon, acudió y fué recebido en la ciudad con pública alegría de todos y con procesion la misma fiesta de la Trinidad. Venian con él desde Aragon veinte mil infantes, tres mil y quinientos caballos. Don Sancho, rey de Portugal, no pudo hallarse en la guerra sagrada,

porque falleció en este mismo tiempo en Coimbra; hizose allí el enterramiento en el monasterio de Santa Cruz en un humilde sepulcro, de donde en tiempo del rey don Manuel le trasladaron á otro mas magnífico. Sucedióle don Alonso, su hijo, segundo deste nombre, que ya tenia dos hijos infantes en su mujer doña Urraca, llamados don Sancho y don Alonso; don Fernando, tio del nuevo Rey, hermano del difunto don Sancho, el año pasado casó con madama Juana, condesa de Flandes, hija y heredera de Balduino, emperador de Constantinopla. Todavía de Portugal vino un buen golpe de soldados movidos de sí mismos ó enviados de socorro por su Rey. A toda la muchedumbre de soldados señaló el rey de Castilla sueldo para cada dia, á cada uno de los infantes cinco sueldos, á los hombres de á caballo veinte; á los príncipes conforme á cada cual era y á su dignidad se hicieron presentes muy grandes. Tenian apercebidas vituallas en abundancia y almacén para que no faltase alguna cosa necesaria á tan grande ejército, en tanto grado, que solo para llevar el bagaje tenian juntados sesenta mil carros, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo, que fué testigo de vista en toda la empresa, y puso por escrito para memoria de los venideros todo lo que en ella pasó; otros dicen que fueron bestias de carga hasta aquel número. Lo uno y lo otro fué cosa de gran maravilla en tan grande apretura de tiempos y pobreza de los tesoros reales; pero no hay cosa tan dificultosa que con diligencia no se alcance, y las naciones y príncipes extranjeros á porfia enviaban caballos, mulos y dinero. Partieron de Toledo á 21 de junio. Regia la avanguardia don Diego de Haro, en que iban las naciones extranjeras. En el segundo escuadron el rey de Aragon, y por caudillo de la retaguardia el rey de Castilla don Alonso, en que se contaban catorce mil de á caballo. La infantería apenas se podia contar, porque de toda Castilla los que eran de edad á propósito eran forzados todos á tomar las armas. El tercero dia llegaron á Malagon, lugar que tenia guarnicion de moros y está distante de Toledo catorce leguas. Los bárbaros por miedo de tan grande muchedumbre fueron forzados á desamparar el lugar y recogerse á la fortaleza que tenian en un cerro agrio; pero por el esfuerzo y ímpetu de las naciones extranjeras, tomado el castillo por fuerza á 23 dias de junio, todos sin faltar ninguno fueron degollados; tan grande era el deseo que tenian de destruir aquella nacion impia. A 1.º de junio, Calatrava, lugar muy fuerte puesto de la otra parte del rio Guadiana, se ganó por entrega que dél hicieron los moradores y vecinos que consideraban el extremo peligro que sus cosas corrian y que no tenian esperanza alguna de socorro. Los soldados extranjeros, conforme á su condicion, querian pasar á cuchillo los rendidos, y apenas se pudo alcanzar que se amansasen por intercesion de los nuestros, que decian cuán justo era y razonable se guardase la fe y seguridad dada á aquella gente, bien que infiel; y que no era razon con la desesperacion, que suele ser la mas fuerte arma de todas, exasperar mas y embravecer los ánimos de los enemigos. El pueblo se restituyó á los caballeros de Calatrava, á quien los moros le habian tomado; los despojos se dieron á los aragoneses y soldados extraños, á los cuales los desacostumbrados calores, ciclo malsano y falta de todas cosas, segun ellos decian, forzaban, dejada aque-

lla empresa, á volverse á sus tierras. Arnaldo, obispo de Narbona, y Teobaldo Blazon, natural de Potiers, como mas aficionado á nuestras cosas por ser castellano de nacion de parte de su madre, el uno y el otro con sus compañías particulares perseveraron en los reales. Acusaban la cobardía de su nacion, determinados de ponerse á cualquier peligro antes de faltar al deber. La partida de los extraños, puesto que causó miedo y tristeza en los ánimos del resto, fué provechosa por dos razones: la una, porque los extranjeros no tuviesen parte en la honra y prez de tan grande victoria; la otra, que con aquella ocasion Mahomad, que estaba en Jaen en balanzas y aun sin voluntad de pelear, se determinó á dar la batalla. Así que los nuestros con sus reales llegaron á Alarcos, el cual lugar porque pocos años antes fué destruido y desmantelado por los moros, desampararon los moradores que quedaban, y vino á poder de los cristianos. En este lugar, don Sancho, rey de Navarra, con un buen escuadron de los suyos alcanzó á los reyes, y se juntó con los demás. Fué su venida muy alegre; con ella la tristeza que por el suceso pasado de la partida de los extranjeros recibieran, se trocó en regocijo. Algunos castillos en aquella comarca se entraron por fuerza. En tierra de Salvatierra se hizo rescña; pasaron alarde gran número de á pié y de á caballo. Esto hecho, con todas las gentes llegaron al pié de Sierramorenna. El Moro, avisado de lo que pasaba, marchó para Baeza, determinado de, alzadas las vituallas, atajar el paso de aquellos montes y particularmente guardar el pueblo de la Losa, por donde era forzoso pasasen los nuestros. Si pasaban adelante, prometiase el Moro la victoria; si se detenían, se persuadia por cierto perecerian todos por falta de bastimentos; si volviesen atrás, sería grande la mengua y la pérdida de reputacion forzosa. Sus consejos, aunque prudentes, desbarató otro mas alto poder. Hízose junta de capitanes para resolver por qué parte pasarían los montes y lo que debían hacer. Los mas eran de parecer volviesen atrás; decían que rodeando algo mas por camino mas llano se podrian meter en los campos del Andalucía; que debían de excusar aquellas estrechuras de que el enemigo estaba apoderado. Por el contrario, el rey de Castilla don Alonso tenía por grande inconveniente la vuelta, por ser la fama de tan gran momento en semejantes empresas, que conforme á los principios sería lo demás; con volver los reyes atrás se daría muestra de huir torpemente, con que á los enemigos crecería el ánimo, los suyos se acobardarian, que de suyo parecía estar inclinados á desamparar los reales, como poco antes por la partida de los extranjeros se entendió. Contra las dificultades que se presentaban, invocasen el auxilio y socorro de Dios, cuyo negocio trataban, que les asistiría sin duda, si ellos no faltaban á sí mismos; muchas veces á los valerosos se hacen fáciles las cosas que á los cobardes parecían imposibles. Esta resolucion se tomó y este consejo. Con esto don Lope, hijo de don Diego de Haro, enviado por su padre con buen número de gente, en lo mas alto de los montes se apoderó del lugar de Ferral y hizo con escaramuzas arredrar algun tanto á los moros. No se atrevió á pasar el puerto de la Losa ni acometerle, por parecelle cosa áspera y temeraria pelear juntamente con la estrechura y fragura del lugar y paso, y con los enemigos que le guardaban.

CAPITULO XXIV.

Cómo la victoria quedó por los cristianos.

Toda muchedumbre, especial de soldados, se rige por ímpetu y mas por la opinion se mueve que por las mismas cosas y por la verdad, como sucedió en este negocio y trance; que los mas de los soldados, perdida la esperanza de salir con la demanda, trataban de desamparar los reales. Parciales corrían igual peligro, ora los reyes pasasen adelante, ora volviesen atrás; lo uno daría muestra de temeridad, lo otro sería cosa afrentosa. Ponían mala voz en la empresa, cundía el miedo por todo el campo. La ayuda de Dios y de los santos valió para que se sustentasen en pié las cosas casi perdidas de todo punto. Un cierto villano, que tenía grande noticia de aquellos lugares por haber en ellos largo tiempo pastoreado sus ganados (algunos creyeron ser ángel, movidos de que mostrado que hobo el camino, no se vió mas), prometió á los reyes que si dél se fiasen, por senderos que él sabía, todo el ejército y gente llegarían sin peligro á encumbrar lo mas alto de los montes. Dar crédito en cosa tan grande á un hombre que no conocian no era seguro, ni de personas prudentes no hacer de todo punto caso en aquella apretura de lo que ofrecía. Pareció que don Diego de Haro y Garcí Romero, como adalides, viesen por los ojos lo que decía aquel pastor. Era el camino al revés de lo que pretendían, y parecía iban á otra parte diferente, tanto, que los moros, considerada la vuelta que los nuestros hacían, pensaron que por falta de vituallas huían y se retiraban á lo mas adentro de la provincia. Conveníales subir por la ladera del monte, pasar valles en muchos lugares, peñascos empinados que embarazaban el camino. Pero no rehusaban algun trabajo con la esperanza cierta que tenían de la victoria si llegasen á las cumbres de los montes y á lo mas alto; el mayor cuidado que tenían era de apresurarse por recelo que los enemigos no se apoderasen antes del camino y les atajasen la subida. Pasadas pues aquellas fraguras, los reyes en un llano que hallaron fortificaron sus reales. Apercebíose el enemigo á la pelea y ordenó sus haces repartidas en cuatro escuadrones, quedóse el Rey mismo en el collado mas alto rodeado de la gente de su guarda. Los fieles, por estar cansados con el trabajo de tan largo y mal camino, usí hombres como jumentos, determinaron de esquivar la pelea; lo mismo el día siguiente, con tan grande alegría de los moros, que entendían era por miedo; que el Miranamolín con embajadores que envió y despachó á todas partes y muy arrogantes palabras prometía que dentro de tres días pondría en su poder los tres reyes que tenía cercados como con redes. La fama iba en aumento como suele, cada uno añadia algo á lo que oía para que la cosa fuese mas agradable. El día tercero, que fué lunes, á 16 del mes de julio, los nuestros, resueltos de presentar la batalla, al amanecer, confesados y comulgados, ordenaron sus batallas en guisa de pelear. En la avanguardia iba por capitán don Diego de Haro. Del escuadron de en medio tenía cuidado don Gonzalo Nuñez y con él otros caballeros templarios y de las demás órdenes y milicias sagradas. En la retaguardia quedaban el rey don Alonso, el arzobispo don Rodrigo y otros prelados. Los reyes de Ara-

gon y de Navarra con sus gentes fortificaban los lados, el Navarro á la derecha, á la izquierda el Aragonés. El Moro, al contrario, con el mismo orden de antes puso sus gentes en ordenanza. La parte de los reales en que armaron la tienda real cerraron con cadenas de hierro, y por guarda los mas fuertes moros y mas esclarecidos en linaje y en hazañas; los demás eran en tan gran número, que parecia cubrian los valles y los collados. Exhortaron los unos y los otros y animaban los suyos á la pelea. Los obispos andaban de compañía en compañía, y con la esperanza de ganar la indulgencia animaban á los nuestros. El rey don Alonso desde un lugar alto para que le pudiesen oír dijo en sustancia estas razones: «Los moros, salteadores y rebeldes al emperador Cristo, antiguamente ocuparon á España sin ningun derecho, ahora á manera de ladrones la maltratan. Muchas veces gran número dellos fueron vencidos de pocos, gran parte de su señorío les hemos quitado, y apenas les queda donde poner el pié en España. Si en esta batalla fueren vencidos, lo que promete el ayuda de Dios y se puede pronosticar por la alegría y buen talante que todos tenéis, habrémos acabado con esta gente malvada. Nosotros peleamos por la razon y por la justicia; ellos por ninguna república, porque no están entre sí atados con algunas leyes. No hay á do se recojan los vencidos, ni queda alguna esperanza salvo en los brazos. Comenzad pues la pelea con grande ánimo. Confiados en Dios tomastes las armas, confiados en el mismo arremetad á los enemigos y cerrad.» El Moro, al contrario, avisó á los suyos y les dijo: «Que aquel día debían pelear con extremo esfuerzo, que seria el fin de la guerra, quier venciesen, quier fuesen vencidos. Si venciesen, toda España seria el premio de la victoria, por tener juntadas los enemigos para aquella batalla con suma diligencia todas las fuerzas della; si fuesen vencidos, el imperio de los moros quedaba acabado en España; no era justo que en aquel peligro perdonasen á sí ó á sus cosas. Su ejército constaba de una nacion, el de los cristianos de una avenida de muchas gentes, diferentes en leyes, lengua y costumbres; la mayor parte habia desamparado las banderas, los demás no pelearian constantemente por ser de unos el peligro, el provecho y premio particular de otros.» Dichas estas razones, por una y por otra parte se comenzó la pelea con grande ánimo y coraje. La victoria por largo espacio estuvo dudosa de ambas partes; peleaban todos conforme al peligro con grande esfuerzo. La vista de los capitanes y su presencia no sufría que la cobardía ni el valor se ocultasen, y encendía á todos á pelear. Los del escuadron en medio y cuerpo de la batalla fueron los primeros á acometer, siguiéronles los navarros y aragoneses sin mejorarse al principio, dado que por tres veces dieron carga á los contrarios; antes, al contrario, nuestros escuadrones algun poco desalojados parece ciaban y se querian poner en huida. En esto el rey don Alonso, movido juntamente del peligro y de la afrenta, se queria meter por lo mas espeso de los enemigos, si no le detuviera el arzobispo don Rodrigo, que tenia á su lado. Advertióle que en su vida consistia la suma de la victoria y esperanza de los cristianos; que perseverase, como comenzara, á confiar del favor de Dios y no se metiese en el peligro. Con esto el postrer escuadron se adelantó, y por su esfuerzo y el de los de-

más se mejoró la pelea. Los que parecia titubeaban, por no quedar afrentados, vueltos á la ordenanza, tornaron á la batalla con mayor ferocidad. Los moros, cansados con el continuo trabajo de todo el día, no pudieron sufrir la carga de los que estaban de respeto los postreros y de nuevo entraban en la pelea. Fué muy grande la huida, la matanza no menor que tan grande victoria pedía. Perecieron en aquella batalla docientos mil moros, y entre ellos la mitad fueron hombres de á caballo, otros quitan la mitad deste número. La mayor maravilla que de los fieles no perecieron mas de veinte y cinco, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo; otros afirman que fueron ciento y quince; pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria. Otra maravilla, que con quedar muerta tan grande muchedumbre de moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vió rastro de sangre, segun que lo atestigua el mismo don Rodrigo. El rey Moro, por amonestacion de Zeit, su hermano, se salvó en un mulo, con que huyó hasta Baeza; desde allí, mudada la cabalgadura, no paró hasta llegar aquella misma noche á Jaen. A puesta de sol fueron tomados los reales de los enemigos, que robaron los aragoneses, porque los demás siguieron y ejecutaron el alcance. Las preseas del rey Moro y sus alhajas, que solas quedaron enteras, fueron por don Diego de Haro dadas por iguales partes á los reyes de Navarra y de Aragon. En particular la tienda de seda roja y carmesí en que alojaba el rey Bárbaro se dió al rey de Aragon por orden de don Alonso, rey de Castilla; el cual, como quier que deseoso solamente de honra se quedase con la mayor loa de la guerra y con el prez de la victoria, de buena gana dejó lo demás á sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacallo en público y repartillo, como era razon, conforme á los méritos de cada cual, antes dejaron que cada uno se quedase con lo que tomó, porque tenian recelo de algun alboroto y entendian que á los particulares seria mas agradable lo que por su mano tomaron que si de la presa comun se lo restituyesen mejorado y multiplicado. Algunos escriben que ayudó mucho para la victoria la señal de la cruz que de varios colores se vió en el aire ya que querian pelear. Otros refutan esto por no hacer el arzobispo don Rodrigo mencion de cosa tan grande, ni aun el Rey en la carta que escribió del suceso y prosecucion desta guerra al pontífice Inocencio. Verdad es que todos concuerdan que Pascual, á la sazón canónigo de Toledo, y que despues fué dean y aun arzobispo, cuya sepultura está en la capilla de Santa Lucía de la iglesia mayor de Toledo, con la cruz y guion que llevaba, como es de costumbre, delante el arzobispo don Rodrigo, pasó por los escuadrones de los enemigos dos veces sin recibir algun daño, dado que todos le pretendian herir con sus dardos, y muchas saetas que le tiraban quedaron hincadas en el asta de la cruz; cosa que á los nuestros dió mucho ánimo y puso grande espanto en los moros. Fué tan grande la muchedumbre que hallaron de lanzas y saetas de los enemigos, que en dos días enteros que allí se detuvieron los nuestros, aunque para los fuegos no usaban de otra leña y de propósito procuraban acaparlas, no lo pudieron hacer. La victoria se divulgó por todas partes, primero por la fama, despues por mensajeros que venian unos en pos de otros. Fué grande el

honor y sentimiento de los moros, no solo por el mal y daño presente, sino porque temian para adelante mayores inconvenientes y peligros. Entre los cristianos se hacian grandes fiestas, juegos, convites con toda magnificencia y regocijos y alegrías, no solo en España, sino tambien las naciones extrañas, con tanto mayor voluntad cuanto el miedo fué mayor. Nunca la gloria del nombre cristiano pareció mayor ni las naciones cristianas estuvieron en algun tiempo mas gloriosamente aliadas. Los españoles asimismo parecia igualar en valor la gloria de los antiguos; el mismo rey don Alonso comenzó á ser tenido como príncipe venido del cielo y mas que hombre mortal. El rey de Navarra para memoria de tan grande victoria al escudo bermejo de que usaban sus antepasados añadió por orla unas cadenas, y en medio del escudo una esmeralda por señal que fué el primero á romper las cadenas con que tenian los enemigos fortificada aquella parte de los reales en que el rey Bárbaro estaba. El mismo don Alonso á las insignias antiguas de los reyes de Castilla añadió un castillo dorado en escudo rojo, como lo afirman algunos varones de erudicion y diligencia muy grande; otros lo niegan movidos de los privilegios antiguos, en cuyos sellos se ve puesta antes destes tiempos en las insignias y armas de los reyes de Castilla la figura de torre ó castillo. De algo mas crédito es lo que hallo de algunos afirmado por testimonio de cierto historiador, que desde este tiempo se introdujo en España la costumbre que se guarda de no comer carne los sábados, sino solamente los menudos de los animales, y que se mudó, es á saber, por esta manera y templó lo que antiguamente se usaba, que era comer los tales dias carne; costumbre que los godos sin duda trajeron de Grecia y la tomaron cuando se hicieron cristianos. La verdad es que esta victoria nobilissima y la mas ilustre que hobo en España se alcanzó, no por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios y de los santos. Las plegarias y oraciones con que los procuraron aplacar por todo el mundo fueron muchas, principalmente en Roma, donde se hicieron procesiones y rogativas asaz. En que se debe notar que para aumento de la devocion y que no hobiese confusion y otros desórdenes, se ordenó fuesen á diversas iglesias los varones, las mujeres, el clero y los demás del pueblo. Hallábase presente el Pontífice, que movia á los demás con su ejemplo. De todo hay una carta suya al rey don Alonso, muy grave y muy elegante, la respuesta otrosi del Rey al Papa en que refiere todo el discurso desta empresa y batalla, pero muy larga para ponella en este lugar.

CAPITULO XXV.

Del fin desta guerra.

Halláronse en esta guerra los obispos Tello, de Palencia; Rodrigo, de Sigüenza; Menendo, de Osma; Pedro, de Avila; Domingo, de Plasencia; García Frontino, de Tarazona; Berengario, de Barcelona. El número de los grandes no se podia contar; los maestros de las órdenes Arias, de Santiago; Rodrigo Diaz, de Calatrava; Gomez Ramirez, de los templarios; demás destes, Juan Gelmirez, prior de San Juan. De Castilla Gomez Manrique, Alonso de Meneses, Gonzalo Giron, Íñigo de Mendoza, caballero vizcaíno y pariente de don Diego

de Haro, que es la primera vez que en la historia de España se hace mencion de la casa de Mendoza; fuera destes, se halló con los demás el conde don Fernando de Lara, de alto linaje, y él por su persona señalado, poderoso en grande estado y muchos aliados; estos fueron de Castilla; de Aragon Garci Romero, Jimeno Coronel, Aznar Pardo, Guillea de Peralta y otras personas principales que iban en compañía de su Rey. Ante todos se señaló Dalmacio Cresel, natural de las Ampúrias, de quien dicen los historiadores de Aragon que por el grande conocimiento que tenia de las cosas de la guerra y singular prudencia ordenó las haces para la batalla. Entre los navarros Garcés Argoncillo, García Almoravides, Pedro Leet, Pedro Arroniz, Fernando de Montagudo, Jimeno Aivar fueron los mas señalados que en esfuerzo, industria y ejercicio de guerra vinieron á esta empresa. En conclusion, el tercero dia despues de la victoria se movieron los reales de los fieles, ganaron de los moros el lugar de Ferral, que habia vuelto á poder de moros, Bilche, Baños, Tolosa, de la cual tomó nombre esta batalla, que vulgarmente se llama de las Navas de Tolosa. Todo era fácil á los vencedores, y por el contrario á los vencidos. La ciudad de Baeza, desamparada de sus ciudadanos, que perdida la esperanza de tenerse, se recogieron á Ubeda, vino en poder de los vencedores. Algunos pocos que confiados en la fortaleza de la mezquita mayor no se querian rendir, con fuego que les pusieron, los quemaron dentro della misma. El octavo dia despues de la victoria la ciudad de Ubeda fué entrada por fuerza, ca sin embargo que los ciudadanos ofrecian á los reyes cantidad de oro porque los dejasen en paz, los obispos fueron de parecer que no era justo perdonar aquella gente malvada. Conforme á este parecer se hizo grande matanza sin distincion de personas de aquella miserable gente. Una parte de los vecinos fué tomada por esclavos; toda la presa se dejó á los soldados, con que se puso miedo á los moros y se ganaron las voluntades del ejército, que estaba cansado con el largo trabajo. Las enfermedades los affigian y no podian sufrir la destemplanza del cielo; por esto los reyes fueron forzados en un tiempo muy fuera de propósito volver con sus gentes á tierras mas templadas. A la vuelta cerca de Calatrava llegó el duque de Austria con docientos de á caballo, que para muestra de su esfuerzo y ayudar en aquella santa guerra traía en su compañía. El rey de Aragon, por ser su pariente, á la vuelta para su tierra le acompañó hasta lo postrero de España. Al rey de Navarra restituyó el de Castilla catorce lugares sobre que tenian diferencia, y porque poco antes se ganaron por los de Castilla, la memoria de sus antiguos señores hacia que no se asegurasen de su lealtad; este fué el principal premio de su trabajo. Don Alonso, rey de Castilla, despedidos los dos reyes, entró en Toledo á manera de triunfador con grande aplauso, aclamaciones y regocijo de los ciudadanos y del pueblo. Lo primero que hizo fué dar gracias á Dios por la merced recebida; despues se mandó y estableció que para siempre se renovase la memoria de aquella victoria y se celebrase por toda España á 16 de julio; en Toledo mas en particular sacan aquel dia las banderas de los moros, y con toda muestra de alegría festejan aquella solemnidad; ca se ordenó fuese de guardar aquella fiesta

con nombre del Triunfo de la Santa Cruz. El Rey, por ser enemigo del ocio y con el deseo que tenía de seguir la victoria y ejecutarla, al principio del año siguiente de nuevo se metió por tierras de moros. Ganó el lugar de Dueñas de los moros, que dió á la órden de Calatrava, á la de Santiago el castillo de Eznavojor. Alcaraz, pequeña ciudad, y que está metida dentro de los montes Marianos y asentada en un collado áspero y empinado, con cerco de dos meses se ganó por el Rey y se entró por fuerza á 22 de mayo, día miércoles, vigilia y víspera de la Ascension; demás desto, algunos otros lugares de menos cuenta se tomaron por aquella comarca, entre los demás Lezuza, que se tiene por la antigua Libisosa. Concluidas estas cosas, el rey don

Alonso, ganada mayor fama que ninguno de los príncipes de Europa, dió vuelta á Toledo, donde las reinas doña Leonor, su mujer, doña Berenguela, su hija, y su hijo don Enrique, que le sucedió en sus estados y á la sazón era de diez años, aguardaban su venida. Toda la ciudad llena de juegos y de regocijos y fiestas, dado que el año fué muy falto de mantenimientos á causa de la sequedad, en especial en el reino de Toledo, dicen que en nueve meses continuos nunca llovió, tanto, que los labradores cuyo era el daño principal, eran forzados á desamparar las tierras, dejallas yermas y irse á otras partes para sustentarse; gravísima miseria y trabajo memorable.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo los albigenes alteraron á Francia.

GANADA aquella noble victoria de los moros, las cosas de España procedían bien y prósperamente á causa que los almohades, trabajados con una pérdida tan grande, no se rebullían, y los nuestros se hallaban con grande ánimo de sujetar todo lo que de aquella nación restaba en España, cuando por el mismo tiempo los reinos de Francia y de Aragon se alteraron grandemente y recibieron graves daños. Estas alteraciones tuvieron principio en la ciudad de Tolosa, muy principal entre las de Francia y que cae no lejos de la raya de España. La ocasion fueron ciertas opiniones nuevas que en materia de religion se levantaron en aquellas partes, con que los de Aragon y los de Francia se revolviéron entre sí y se ensangrentaron. En los tiempos pasados todas las naciones del cristianismo se conformaban en un mismo parecer en las cosas de la fe, todos seguían y profesaban una misma doctrina. No se diferenciaban el alemán del español, no el francés del italiano, ni el inglés del siciliano en lo que debían creer de Dios y de la inmortalidad y de los demás misterios; en todos se via un mismo corazón y un mismo lenguaje. Los waldenses, gente perversa y abominable, comenzaron los años pasados á inquietar la paz de la Iglesia con opiniones nuevas y extravagantes que enseñaron; y al presente los albigenes ó albienses, secta no menos aborrecible, apellido y nombre odioso acerca de los antiguos, siguieron las mismas pisadas y camino, con que grandemente alteraron el pueblo cristiano. Enseñaban que los sacerdotes, ministros de Dios y de la Iglesia, no tenían poder para perdonar los pecados. Que el verdadero cuerpo de Jesucristo no está en el santo Sacramento del altar. Que el agua del bautismo no tiene fuerza para lavar el alma de los pecados. Que las oraciones que se acostumbran á hacer por los muertos no les prestaban; todas opiniones nuevas y malas y acerca de los antiguos nunca oídas. Decían otrosí contra la Virgen, madre de Dios, blasfemias y deuestos, que no se refieren por no ofender al piadoso lector; dejélas escritas Guillermo Nangiaco, francés de nacion, y que

vivió poco adelante. Llegaba su desatino á poner lengua en la familiaridad de Cristo con la Madalena. Así lo refiere Pedro, monje del Cistel, en una historia que escribió de los albigenes, intitulada *Al papa Inocencio III*, en que depone como testigo de vista de las cosas en que él mismo se halló. Sería muy largo cuento declarar por menudo todos los desvarios destes herejes y secta; y es así, que la mentira es de muchas maneras, la verdad una y sencilla. La verdad es que en aquella parte de Francia donde está asentada la ciudad de Cahors, muy nombrada, se ve otra ciudad llamada Albis, que en otro tiempo tuvo nombre de Alba Augusta; y aun se entiende que César en los *Comentarios* de la guerra de Francia llamó helvios los moradores de aquella comarca. Riega sus campos el rio Tarnais, que son de los mas fértiles de Francia, de grandes cosechas y esquilmos, de trigo, vino, pastel y azafran; por donde el obispo de aquella ciudad tiene mas gruesas rentas que alguno otro obispo en toda la Francia. La iglesia catedral, grande y hermosa, está pegada con el muro de la ciudad, su advocacion de Santa Cecilia. Los moradores de la ciudad y de la tierra son gente llana, de condicion apacible y mansa, virtudes que pueden acarrear perjuicio si no hay el recato conveniente para no dar lugar á gente mala que las pervierta y estrague. Los mas se sustentan de sus labranzas y de los frutos de la tierra; el comercio y trato de mercaderes es pequeño por estar en medio de Francia y caer lejos el mar. Desta ciudad, en que tuvo su primer principio esta nueva locura y secta, tomó el nombre de albigenes, y desde allí se derramó por toda la Francia y aun por parte de España, puesto que el fuego emprendió en Tolosa mas que en otra parte alguna; y aun de aquí procedió que algunos atribuyeron la primera origen deste error y secta á aquella ciudad. Otros dicen que nació primeramente en la Proenza, parte de la Gallia Narbonense. Don Lucas de Tuy, que por su devocion y por hacerse mas erudito pasó á Roma, y de allí á Constantinopla y á Jerusalem, vuelto á su patria, entre otras cosas que escribió no menos docta que piamente, publicó una larga disputa contra todos estos errores, en que, como testigo de vista, relata lo que pasó en Leon,